



Portada: caricatura Javier Bonilla

ÍCONOS

**REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR**

Nº 7. - Abril, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR
Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

Del fracaso de la mayoría a la debacle del Estado
FELIPE BURBANO 3

La economía sin rumbo
DIEGO BORJA 18

La descentralización en el Ecuador de hoy: sus alternativas
FERNANDO CARRION 27



ACTUALIDAD

Violencia y seguridad ciudadana
FREDY RIVERA 34

Explorando en un agujero negro
FRANKLIN RAMIREZ 46

El efecto mitológico de la teoría de la cultura de pobreza
MARCELO BONILLA 60

Las claves para el futuro
GERMANICO SALGADO 68

RACISMO EN EL ECUADOR

Indigenistas, indios e ideologías raciales en el Ecuador
KIM CLARK 78

Sobre razas y esencialismos
DIEGO QUIROGA 86

Representaciones de gente negra en la Revista Vistazo
JEAN MUTEBA RAHIER 96



IDENTIDAD

La identidad perdida de los ecuatorianos
EDUARDO KINGMAN 108

La ecuatorianidad existe en un país heterogéneo
JORGE ENRIQUE ADOUM 118

FRONTERAS

Democracia cívico-militar o las tentaciones del poder
TIBISAY LUCENA 124

ENSAYO

Opinión pública y comunidad política
VIRGINIA GARCIA 136

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas:
- Homo videns: la sociedad teledirigida
- Liberation Ecologies
- Mujeres contracorriente. Voces de líderes indígenas
148

Los siete primeros meses de Mahuad

Del fracaso de la mayoría a la debacle del Estado

La relación de continuidad que se estableció entre gobernabilidad y mayoría se ha mostrado muy precaria para hacer frente a los problemas políticos del país

Felipe Burbano de Lara
FLACSO-Ecuador

Los siete meses del Gobierno de Jamil Mahuad constituyen una experiencia fallida de un intento de alianza política de mayoría. Si se considera la importancia que la última reforma política dio a la noción de mayoría como uno de los ejes para salir de las crisis de gobernabilidad, lo que ha ocurrido en estos meses no deja de tener algo de paradójico: el país se ha enfrentado a una mayoría que agudizó, hasta el extremo, la crisis política nacional. En otras palabras, la relación de continuidad que se estableció entre gobernabilidad y mayoría terminó mostrándose muy precaria para hacer frente a los problemas políticos nacionales.

Al calor de los acontecimientos vividos por el Ecuador las últimas semanas (1), en este artículo evaluaré el sentido de la reforma política aprobada por la Asamblea Nacional; plantearé unas hipótesis sobre el fracaso de la alianza entre el PSC y la DP; y problematizaré brevemente las relaciones complejas entre gobierno, mayoría, sistema político y Estado.

La pugna de poderes

La discusión sobre la mayoría formada entre el PSC y la DP, sus fragilidades y posterior ruptura, tiene que ser planteada desde dos perspectivas: por un lado, desde



lo que podría ser el funcionamiento de una mayoría parlamentaria en un país donde el Estado sufre un grave "déficit de representación". (2) Y, por otro, desde las concepciones contrapuestas del Estado, y su posible reforma, exhibidas por los dos partidos políticos que integraron dicha mayoría. Este segundo tema nos remite a la dinámica regional de la política ecuatoriana.

La experiencia del gobierno de Jamil Mahuad muestra que la magnitud de la crisis política rebasó las interpretaciones que la atribuyeron a un mal funcionamiento del sistema político y, de modo particular, a las tensiones permanentes entre el Ejecutivo y el Congreso. El término que resumió este enfoque sobre la crisis política fue el de gobernabilidad, al que se lo entendió desde una perspectiva estrecha como el funcionamiento articulado y eficiente de las instituciones que conforman el poder gubernamental.

No sería correcto, sin embargo, sostener que los diagnósticos de la realidad política formulados a partir del concepto de gobernabilidad resultaron equívocos. Más preciso sería sostener que resultaron insuficientes para dar cuenta de la magnitud de la crisis. No estamos frente a un problema de perversidad política, como suelen creer los sectores de izquierda críticos de la noción de gobernabilidad. Por el contrario, estamos frente a un problema de débil y pobre comprensión de las relaciones entre sistema político y Estado, que repercute sobre todo el proceso democrático del país.

En efecto, los estudios políticos de los últimos años han concentrado sus esfuerzos (Pachano, 1996; Echeverría, 1997; Sánchez Parga, 1998; Burbano-Rowland, 1998, Hurtado, 1998) en dar una explicación de la democracia como un sistema o régimen político de mediación entre el Estado y la sociedad. El objetivo de semejante empeño, plenamente justificado, apuntaba a redefinir el espacio y la forma de la política en la sociedad ecuatoriana, largamente dominada por la centralidad del Estado. (3) No nos encontrábamos solo frente a un problema de orden teórico importante -empezar a problematizar la noción de sistema político en un escenario dominado por la figura del Estado-, sino, y sobre todo, frente a un

problema de cultura y prácticas políticas. El punto de partida de esos estudios ha sido que, para consolidarse, existir, arraigarse, la democracia requiere desplazar las prácticas políticas desde el Estado hacia el sistema político, lo cual implica un cambio profundo de mentalidades.

Los problemas de gobernabilidad surgen precisamente como consecuencia de lo que podríamos llamar un bloqueo de ese desplazamiento de la política desde el Estado hacia el sistema político. Algunas de las razones del bloqueo son bastante conocidas. El sistema presidencial ecuatoriano ha mostrado problemas estructurales desde el mismo retorno a la democracia, hace 20 años. El signo más evidente de esos problemas ha sido la pugna de poderes, con su "onda expansiva" sobre el conjunto de la sociedad y la política (José Sánchez Parga, 1998). (4) Las permanentes confrontaciones entre el Ejecutivo y el Congreso generaron un ambiente global de polarización, del cual ninguna institución ni actor ha podido sentirse libre. La pugna de poderes produjo una realidad paradójica: lejos de articular el sistema político hacia la solución democrática de los problemas sociales derivados de la crisis, se convirtió en una fuente adicional de conflictos, que provocaba bloqueos permanentes al ejercicio del gobierno. Si se suponía que desde el sistema político se podía asegurar una representación más plural

de la sociedad en la política, y de ese modo un juego más democrático, el proceso imaginado con el retorno quedó trunco. Al bloquearse el sistema político, las demandas desde la sociedad siguieron canalizándose hacia el Ejecutivo, sin pasar obligadamente por la intermediación del Congreso y los partidos. Cada sector desarrolló o reforzó sus propios canales de negociación -corporativos o clientelares- con el Ejecutivo. La intermediación del sistema político, por efectos de la pugna de poderes, no operó de acuerdo con el diseño de finales de los 70.

La reforma política que se discutió en la Asamblea Nacional interpretó la pugna de poderes como la consecuencia de dos problemas básicos del sistema presidencial ecuatoriano: por un lado, un Congreso con excesivos poderes fiscalizadores sobre el Ejecutivo; y, por otro, una excesiva frag-

La experiencia del gobierno de Jamil Mahuad muestra que la magnitud de la crisis política rebasó las interpretaciones que la atribuyeron a un mal funcionamiento del sistema político

mentación de la representación política -algunos llamaron el abuso de las minorías- que obstaculizaba la formación de mayorías de gobierno. El diagnóstico presentaba un escenario incontestable: un presidente acosado por un Congreso armado de unos enormes poderes, utilizados de modo despiadado. Los “trofeos” que tiene para exhibir ese poder son las cabezas de 18 ministros destituidos a lo largo del período democrático. (5) Por el otro lado, el diagnóstico mostraba un presidente con débiles poderes partidarios en el Congreso -un bloque siempre de minoría- obligado a constantes y agotadores procesos de negociación para formar alianzas de mayorías siempre frágiles e inestables. (6)

Los escasos poderes partidarios del presidente en el Congreso tiene efectos perversos sobre el juego político (Sartori, 1994). Un presidente expuesto a una mayoría de oposición se ve casi obligado a “corromper” la política para evitar los bloqueos de la pugna de poderes. Sartori señala que esas estrategias de desbloqueo se mueven en tres niveles: a) debilitar los principios ideológicos de las fuerzas políticas; b) debilitar a los partidos mediante la indisciplina; y c) dar paso a una política centrada en temas locales. El resultado es una política de “componendas” que debilita estructuralmente al Estado (Sartori, 1994, 104-105).

Los dos problemas subrayados por el diagnóstico de la crisis desde la gobernabilidad, fueron enfrentados por la reforma política de la Asamblea Nacional. El poder del Congreso fue debilitado en su capacidad de fiscalizar al Ejecutivo a través de los juicios políticos. Con ello, el ejercicio de la oposición parlamentaria quedó restringido, con el propósito de dar continuidad a las políticas públicas diseñadas y puestas en práctica por el Ejecutivo. En el segundo de los frentes, la reforma implantada modificó drásticamente el sistema electoral para favorecer la formación de mayorías. Así, el Ecuador pasó de un sistema de *representación proporcional* de listas cerradas, aplicado desde el retorno a la democracia; a un sistema de *representación de mayoría* con listas abiertas. (7) El propósito de la reforma era bastante preciso: empujar la formación de bloques parlamentarios más grandes, aún cuando fuera a costa de la representación de las minorías. (8)

No cabe duda que el sistema aprobado respon-

día a los intereses políticos de la alianza que se había fraguado en la Asamblea Nacional entre el PSC y la DP. Si la reforma política daba los resultados que se esperaban, y la alianza se mantenía a lo largo del tiempo, como todo hacía pensar, la perspectiva de formar una mayoría parlamentaria en el siguiente período de gobierno parecía bastante probable. No hay que olvidar, además, que el PSC y la DP venían trabajando conjuntamente desde el interinazgo, formalizaron una alianza en la Asamblea Nacional, y las perspectivas electorales en ese preciso momento les colocaban como los partidos más opcionados en Guayas y Pichincha. Frente a la reforma política ocurrió, pues, lo que algunos analistas habían advertido: el peligro

de que se llevara a cabo una modificación del sistema electoral desde la perspectiva e intereses de las fuerzas dominantes en la escena política. Concebida así, la reforma electoral resultó instrumentalizada en beneficio de quienes dominaban circunstancialmente la política del país ese momento.

Como se esperaba, la reforma electoral no redujo la fragmentación partidaria en el Congreso, vinculada más bien con problemas de heterogeneidad estructural y regional del país, pero sí provocó una concentra-

ción de la representación en los distritos electorales más grandes del país, principalmente Pichincha y Guayas. El artificio electoral de la mayoría hizo que las votaciones históricas del PSC y la DP en esos distritos se tradujeran en un virtual monopolio de la representación. En el caso de Guayas, el artificio funcionó perfectamente: con una votación del 30%, el PSC logró el 90% de los escaños. Los resultados de la elección de diputados confirmaron los pronósticos. Los dos partidos que comandaron la reforma política habían logrado los bloques mayoritarios. Una alianza de gobierno parecía evidente, no solo por razones objetivas de control parlamentario, sino porque se inscribía claramente dentro de la concepción de la política que inspiró la reforma. Parecía, pues, que detrás de todo el proceso funcionaba una alianza política de centro-derecha de largo aliento. (9)

Los problemas aparecen en el gobierno

Una vez instalado el gobierno de Mahuad, las

Los escasos poderes partidarios del presidente en el Congreso tienen efectos perversos sobre el juego político

diferencias entre el PSC y la DP aparecieron al momento de discutir la reforma tributaria y, de modo más preciso, a propósito del impuesto del 1% a la circulación de capitales planteado por Jaime Nebot. El debate sacó a la luz pública las discrepancias entre los dos partidos en torno al rediseño de una política fiscal que permitiera enfrentar la crisis originada en la caída del petróleo. ¿Qué tesis se enfrentaron? En el plano más superficial, mientras el entonces ministro de Finanzas, Fidel Jaramillo, muy cercano al presidente de la República, defendía, por razones políticas y técnicas, una fórmula mixta que incluyera el 1% y el impuesto a la renta, el PSC planteó el 1% como sustituto del impuesto a la renta.

El debate lo perdió Jaramillo, cuya cercanía al presidente de la República sirvió de poco para evitar el pragmatismo del Jefe de Estado, convencido de la necesidad de mantener el entendimiento político con el PSC (10). Lo que el gobierno nunca entendió, ni siquiera Jaramillo, fue que detrás de la discusión sobre el sistema tributario, estaba en juego la transformación de un aspecto clave del modelo estatal y político de la época petrolera. Lamentablemente, la discusión tendió a plantearse desde el lado fiscal y desde el pragmatismo político del presidente, y no desde lo que habría podido ser un compromiso democrático sobre la base de un pacto tributario. (11)

¿Cuáles eran algunos de los temas que se juga-

ban en ese debate? En primer lugar, un pacto entre "ricos" y "pobres" para una redistribución del ingreso en un país extremadamente inequitativo. En segundo lugar, una nueva relación de los "ricos" con el Estado, al que, históricamente, no han reconocido ni autoridad ni legitimidad como para cumplir con las obligaciones tributarias. En consecuencia, se jugaba la incorporación de los "ricos" al Estado a través de un sistema tributario más equitativo. Al explicar las razones por las cuales los grupos de poder económico no pagan impuestos en el Ecuador, Germánico Salgado ha señalado implícitamente el alcance altamente político de la reforma tributaria en el Ecuador. Su explicación resume razones históricas y políticas: han tenido esos grupos, sostiene Salgado, una relación señorial con el Estado, al que, en cierto modo, miran como su hechura. A estos "señores" resulta "contra-natura" exigirles una función de contribuyentes. Se trata de un bloqueo de las élites económicas al Estado. (Salgado, 1998, 60-61)

Finalmente, estaba en juego la sustitución del Estado petrolero por un Estado de corte liberal, con mayores bases ciudadanas, que debía asentarse sobre un "pacto tributario". El petróleo generó lo que Carlos Arcos, con mucha lucidez, ha llamado "la economía del don" (Arcos, 1998). El Estado se convirtió en el gran señor que repartía la riqueza petrolera a todos, a cambio de nada. La reforma tributaria debía convertirse, pues, en la base desde la cual el Estado post-petrolero, asentado en el juego del mercado, habría de compensar las desigualdades sociales, y generar una estructura de obligaciones y derechos. El esquema es relativamente simple: el Estado garantiza condiciones de mercado eficientes para el funcionamiento de los negocios



privados, pero a cambio exige la contribución proporcional -cada quien tributa según sus rentas- para redistribuir la riqueza. El instrumento es el tributo, mientras la redistribución es el efecto político esperado. El tributo aparece, por tanto, como una de las bases para un proyecto democratizador de la riqueza. Ese proyecto pasaba por la incorporación de los grupos de poder al Estado, y no por su auto-exclusión. (12)

El gobierno jamás entendió el alcance de la reforma tributaria y de todo lo que sacrificaba políticamente al aceptar, por el pragmatismo de la mayoría, el impuesto del 1%. Renunciar a la idea del impuesto a la renta, bajo el pretexto de su ineficiencia, equivalía a ratificar un comportamiento perverso de lo privado frente a lo público. Evadir

los impuestos es una forma de expresar la separación de los empresarios respecto del Estado y el resto de la sociedad. Se trata de una forma de rebeldía política, de una forma de ejercicio del poder, y de una manera poco legítima de acumular riquezas. Al no pagar impuestos, los empresarios niegan la existencia de la sociedad y rompen con la idea del Estado como trascendencia de lo privado. Su opción es recluirse en lo privado como un espacio soberano. Al aceptar el 1% y descartar el impuesto a la renta, Mahuad legitimaba una forma de revuelta empresarial en contra del Estado, comandada por Nebot y los empresarios costeños. El problema de los impuestos quedó reducido a una aritmética de números destinada a cubrir los huecos fiscales. La percepción que dejó

esa negociación fue que el gobierno se sometía a la intransigencia socialcristiana sin ningún beneficio de inventario, salvo conservar la mayoría en el parlamento. Para un gobierno que daba los primeros pasos en la definición de sus políticas internas, ese pragmatismo supuso un renunciamiento a la figura de la autoridad estatal, es decir, de un gobierno que

actúa en representación de los intereses del conjunto de la sociedad. En términos políticos, suponía cerrarse a espacios de diálogo más amplios y apostar todo por la alianza con el socialcristianismo. (13)

Del Ministerio de GOBIERNO
voy a pasar... al
de CO GOBIERNO



El presupuesto: otra vez las diferencias

Las diferencias entre el PSC y la DP volvieron a presentarse a propósito del déficit presupuestario para el año 1999 y las medidas que debían adoptarse para corregirlo. La situación sirvió para que el presidente elaborara su metáfora del país como un barco estrellado contra un gigantesco ice-berg, que simbolizaba el déficit fiscal. Fruto de ese choque, el barco tenía un boquete en el casco por donde le entraba agua. Era la metáfora de un país que, para evitar el naufragio, requería medidas urgentes de sanea-

miento fiscal.

Pero lo que podía aparecer como un problema normal dentro de la política económica del Ecuador -al fin y al cabo el país ha vivido los últimos 20 años con déficit fiscales crónicos- terminó convirtiéndose en una bola de nieve económica y política, que desató un proceso de especulación financiera sin precedentes con el dólar, agravó la crisis de los bancos, provocó la ruptura de la alianza de gobierno, y desencadenó una gravísima crisis política que estuvo a punto de terminar con el gobierno de Jamil Mahuad.

El debate en torno a cómo financiar el déficit fiscal enfrentó nuevamente a Fidel Jaramillo con Jaime Nebot. La propuesta de Jaramillo era bastante convencional: impuestos a los vehículos de lujo, impuesto al patrimonio de las empresas, mayor endeudamiento y reducción del gasto público. Para el PSC ninguna propuesta que supusiera nuevos impuestos resultaba aceptable. Era claro que Nebot y el PSC, con el respaldo de las cámaras de Guayaquil, querían utilizar la crisis fiscal para golpear a lo que, en su imaginario político, representa el Estado central: una máquina de extraer dinero al sector privado para mantener una burocracia que no le devuelve nada a esa misma sociedad. Detrás de la postura socialcristiana aparecía una concepción de sociedad regional capaz de sobrevivir fuera del Estado.

Una sociedad regional a la que el Estado central asfixia y condena a la crisis.

Fue un segundo round que lo perdió el ministro Jaramillo y le obligó, finalmente, a presentar su renuncia. Por segunda ocasión, el presidente Mahuad hacía gala de un increíble pragmatismo político que le llevaba a ceder todo su poder, toda su autoridad, toda su línea de acción; en una palabra, a claudicar, en beneficio de su alianza con el socialcristianismo. El resultado de este segundo round fue desastroso para el gobierno. Mahuad perdió al más técnico de sus ministros, rompió el diálogo con el resto de los sectores políticos y, lo peor de todo, aprobaba un presupuesto desfinanciado, ya que las fórmulas socialcristianas para mejorar los ingresos eran más virtuales que reales. El resultado se puso en evidencia apenas los actores económicos sintieron que el déficit no estaba resuelto: vino la especulación con el dólar, aumentó la incertidumbre económica, y se agravó

la crisis financiera, que terminó de rematarse con el feriado bancario. En el interín, el gobierno se vio forzado a lanzar un durísimo paquete económico que provocó una paralización general del país.

Lo que interesa destacar aquí es que la crisis fiscal sacó a flote, nuevamente, las diferencias entre el PSC y la DP en torno al futuro del Estado ecuatoriano, a su tamaño y a su contenido. Los argumentos del PSC giraron en torno al manido tema de las burocracias sindicales doradas, de un Estado centralista, inflado e ineficiente, que margina a Guayaquil y la costa. A ese Estado, el PSC y los empresarios guayaquileños no están dispuestos a darle un sucre más. El problema político se agravó porque el PSC se estancó en una visión periférica del tema estatal, mientras el gobierno tampoco fue lo suficientemente lúcido como para proponer una reforma del Estado profunda tal como planteaban sectores de la costa. El impasse mostró que el PSC no tiene una propuesta alternativa de Estado, no tiene una visión de conjunto del país ni un proyecto político de alcance nacional. El PSC sabe lo que no quiere, el Estado centralista, pero no sabe con qué reemplazarlo. Lo mismo podríamos decir del resto de fuerzas políticas: ninguna tiene una visión del país capaz de abarcar a sus distintas regiones. Tampoco la DP y el presidente Mahuad percibieron la hondura de la crisis que planteaba las discrepancias con el PSC en torno al tema fiscal. El presidente no salió con ningún planteamiento audaz y agresivo para enfrentar el tema del Estado, y proponerlo a su aliado como parte de una agenda a mediano plazo. Bien pudo haberse negociado una salida urgente al problema fiscal, para evitar los peligros de la hiperinflación y la crisis financiera, a cambio de una reforma profunda de la estructura estatal. Pero una iniciativa de esa naturaleza es difícil de esperar del actual gobierno.

Desde esta perspectiva, la mayoría formada por el PSC y la DP sacó a flote dos problemas. Se trató, de un lado, de una mayoría que, a la hora de definir una propuesta de reestructuración del Estado, no encontró un terreno compartido. Por otro, en un país donde la estructura de representación del Estado ha colapsado, una alianza de mayoría (la aplanadora, como se la llamó) es

La crisis fiscal sacó a flote las diferencias entre el PSC y la DP en torno al futuro del Estado ecuatoriano, a su tamaño y a su contenido

percibida como una doble forma de exclusión: tanto del gobierno como del Estado. De allí la poca legitimidad que gozó durante los siete meses que duró.

La eterna lucha de “los modelos”

El debate sobre el déficit fiscal tiene, sin duda, las huellas de la influencia neoliberal en la política ecuatoriana, pero también, como hemos visto, de los problemas derivados de una fractura regional en la concepción del Estado.

El neoliberalismo ha satanizado el Estado como el responsable de la crisis económica del país. El crónico déficit fiscal del Ecuador en los últimos años alimentó ese prejuicio frente al Estado. Tantos años de crisis fiscal terminaron por convencer a amplios sectores sociales y políticos que el Estado es, efectivamente, un aparato incómodo, costoso e ineficiente, que tiene que ser reducido a como dé lugar.

El caso ecuatoriano es muy singular en este tema. Como en ningún otro país de América Latina, se ha dado un proceso de resistencia a las políticas de privatización. En esa línea trabajaron durante algunos años las FF.AA. -mentalizadoras de parte del modelo que se combate; los partidos de centro izquierda, surgidos al calor de las modernizaciones de los años 60 y 70; las centrales sindicales y los sindicatos estatales, éstos últimos muy activos en la defensa de las empresas públicas y su propia estabilidad. Los sindicatos estatales, con todos sus excesos y abusos, personificaron al “ogro filantrópico”. Había como ponerle nombre y apellido al Estado burocrático, y cuantificar el costo y el daño: contratos colectivos leoninos, indemnizaciones millonarias, control de sectores claves de la economía, paros y amenazas constantes.

Las críticas al Estado, de un lado; y sus defensas, de otro, han conducido a un impasse ideológico político, a un bloqueo en la lucha por los “modelos”, que ha impedido pensar el Estado como estructura política de representación de las diversidades sociales y regionales; es decir, como ese campo en donde la diversidad social encuentra no solo un espacio de representación para hacer oír sus voces, sino también un lugar de unidad

e integración democrática. Confundir sistemáticamente la “forma de Estado” con el “aparato de Estado” (Lechner, 1985) le ha costado al país sumirse en una crisis profunda de ingobernabilidad y anomia, sin un marco de referencia para procesar el debate político. La forma de Estado es una mediación de la sociedad consigo misma, a través de la cual se unifica y se representa. Es un poder que está fuera, más allá de cada uno de los sectores sociales y políticos, pero que los contiene y reconoce a todos (Lechner, 1985).

Tampoco el Estado centralista fruto de las políticas de los años 60 y 70 logró consolidar una estructura sólida de representación. No hay que olvidar que ese Estado surgió al margen de procesos democráticos, de una tutela militar aceptada ampliamente por los civiles.

El Estado desarrollista de los años 60 y 70 no es un Estado que incorpore, en sus propias definiciones, la democracia representativa. De allí que la concepción de la política que implantó en el país giró en torno a la centralidad del Estado. Esa centralidad se fortaleció profundamente en los años 70 con los recursos del petróleo. Se puede afirmar que todo el diseño institucional de fines de la década de los 70 - el llamado proceso de retornado - buscaba darle a ese Estado una estructura democrática de representación; a colocar, entre el Estado y la sociedad, una institucionalidad política

que le permitiera crear un lugar de representación y procesamiento de los conflictos sociales. Esa fue la innovación importante, en términos de diseño democrático, del proyecto de finales de los 70s. Era un proyecto de modernización política con fuertes rasgos anti-oligárquicos y anti-terrate-nientes, que buscaba separar el funcionamiento de la política de los intereses de los grupos económicos poderosos de la Costa y la Sierra.

El proceso democrático iniciado en los años ochenta exigía, sin duda, desplazar el escenario de la política desde el Estado hacia el sistema político. Ese desplazamiento implicaba consolidar un pluralismo político frente a las tendencias autoritarias y centralistas que se desprendían del Estado formado las dos décadas anteriores. Las dificultades ya señaladas del sistema político, más el arrastre de una cultura centrada en el Estado, bloqueó ese proceso de la transición democrática.

Los críticos y defensores del Estado han creado un impasse ideológico político, que ha impedido pensarlo como una estructura política de representación de las diversidades sociales y regionales

A lo largo de los 80s y 90s la conflictividad social y regional, lejos de procesarse en el sistema político, acosado por sus propios conflictos, siguió trasladándose hacia el Estado. La política implantada por todos los gobiernos fue una suerte de clientelismo estatal a partir del cual se construían y mantenían precarias lealtades gubernamentales. Esta forma de entender la política por referencia exclusiva al Estado, y desde el Estado como reparto clientelar de los recursos públicos, es una de las causas de los crónicos déficits fiscales. La experiencia muestra un comportamiento similar de todos los gobiernos: cuando inician su período gubernamental, entran en políticas de austeridad fiscal, los famosos paquetazos de los ajustes; pero conforme se deteriora su prestigio político, quedan expuestos al chantaje del reparto presupuestario para mantener la estabilidad. Esa debilidad de negociación política se compensó, si cabe el término, con arreglos clientelares vía aumento del gasto público y abandono de las políticas de austeridad. La integración a la "comunidad política" venía dada por la respuesta del Estado a las demandas individuales y fragmentarias de los distintos sectores sociales, no por su procesamiento en el sistema político. No hay una conformación democrática de la comunidad política, sino una suma constante e imperfecta de demandas resueltas y no-resueltas en el Estado.

La gravedad de la crisis fiscal, graficada por

algunos analistas como la muerte del Estado petrolero después de una larga agonía, ha llevado a la política ecuatoriana a un bloqueo general. Un gobierno sin recursos no sirve para nada, tiene el país en su contra, peor si ese mismo gobierno no tiene la creatividad y lucidez para ofrecer salidas a la crisis fiscal, lo cual también rompió la posibilidad de negociar los equilibrios regionales. Eso ha saltado muy claramente a la escena política con los problemas del sector financiero y la guerra entre los bancos de la Sierra y la Costa. La crisis llegó tan hondo que hoy los bancos se disputan los pocos recursos estatales para no liquidar. Nos hemos dado cuenta que todos, incluido los bancos, viven y dependen del Estado. El clientelismo y el corporativismo rompen toda estructura de representación democrática: imponen el chantaje, la fuerza, el compadrazgo y la huelga como modos de relacionamiento político y de acceso a los recursos estatales. Hemos caído en lo que el pensamiento Iusnaturalista define como un "estado de naturaleza", es decir, pérdida total de los pactos y contratos sociales.

Mayoría, gobierno y Estado

Una primera conclusión que se puede sacar de este análisis es que la lectura de la crisis como un problema fundamentalmente del sistema político resultó insuficiente. La reflexión de los últimos años no ha profundizado las relaciones entre el sistema político y el Estado. Se contentó con problematizar la democracia como sistema político.



En todas esas reflexiones, el Estado parecía ser suplantado por el juego del sistema político. Algunos, incluso, vieron entre el Estado y el sistema político formas excluyentes de organizar el juego político. Mientras el Estado siempre traduciría y expresaría una forma unitaria y totalitaria, condeñable, por lo tanto; el sistema político daría paso a un juego más plural a través de las representaciones sociales. Es más, el Estado, como eje de la política, traduciría siempre una forma "absolutista" de integración social. El poder del Estado no reconocería otra soberanía que no sea la que parte de él mismo. La razón del Estado tendría supremacía sobre las demás razones. En este análisis, el Estado anula el funcionamiento del sistema político (Echverría, 1997).

Pero la crisis de estos últimos días muestra lo contrario, es decir, que la crisis de representación del Estado impide un funcionamiento del sistema político. Lo que pone en juego como desafío esta crisis es la urgencia de pensar el Estado como una estructura de representación social, más que como una voluntad autoritaria. Reconstituir el Estado, si se quiere, como una estructura más profunda, estable, democrática, sobre la que es posible el funcionamiento del sistema político y, en consecuencia, la gestión del gobierno.

La crisis de gobernabilidad puede definirse como la ausencia de un campo reconocido, legitimado, para el juego político. Como ya hemos visto, la pugna de poderes impidió que la política se desplazara, como era lo deseable, desde el Estado hacia el sistema político, con lo cual parte de la transición democrática quedó bloqueada. La política siguió anclada al Estado, y a través de éste a un juego clientelar y corporativo.

La reforma planteada por la Asamblea Nacional pensó enfrentar los problemas de gobernabilidad a partir de la reorganización del sistema político desde dos ejes: el fortalecimiento del presidencialismo y la noción de mayoría parlamentaria. Los dos mecanismos se complementaban para asegurarle al presidente un mayor control sobre la institucionalidad política. Pero de esa institucionalidad política quedó excluido el Estado. Se pensó que desde un gobierno fuerte se podía controlar el Estado. Al descuidar ese tema crucial de toda la institucionalidad política, la reforma no pudo entender de mejor manera ya no solo las relaciones del gobierno con el sistema político, como lo hizo, sino las del gobierno con el Estado.

El ejercicio del gobierno en un sistema democrático es solo posible si el Estado asegura una estructura mínima de representación a la diversi-

dad social y regional, si las identidades unidas a la condición social y regional pueden ser incorporadas y procesadas en el seno del sistema político. Por estructura mínima de representación entiendo un espacio institucionalizado de la política capaz de incluir a la mayor parte de los sectores sociales, económicos y regionales. Sobre la ausencia de esa estructura mínima de representación, todo ejercicio del gobierno actúa en el aire, funciona, digámoslo así, sobre un gran vacío. El gobierno es percibido como un juego político excluyente, aún cuando sea el resultado de una mayoría parlamentaria. Esto es exactamente lo que



ocurrió en el Ecuador estos siete meses. El gobierno quiso sostenerse políticamente en el juego de una mayoría parlamentaria. Al desligar la relación del gobierno con una estructura mayor que es el Estado, la política se volvió abiertamente excluyente. En un Estado con un déficit de representación, la mayoría entra rápidamente en un proceso de pérdida de su legitimidad, que arrastra a todo el gobierno. El PSC percibió tempranamente ese efecto sobre la mayoría, de allí los esfuerzos constantes desplegados para tomar distancia respecto del gobierno. En su caso, la alianza tenía, además, repercusiones sobre sus propias bases regionales.

Todo proceso de exclusión en una situación de profunda crisis económica y social es una invitación a la violencia, a ejercer la política desde fuera del sistema que los excluye, a extremar las medidas de oposición. La incapacidad de los partidos y de la sociedad civil para llegar a consensos traduce esta sensación de escasa representatividad de la diversidad social en el Estado. Los partidos luchan encarnizadamente entre ellos para lograr un reconocimiento estatal a sus representaciones sociales y regionales. Por su puesto, la sociedad no entiende este juego, y lo ha satanizado como un puro conflicto al interior de la clase política. La pugna de poderes, junto al mito neoliberal de la tecnocracia yuppie, alimentó un discurso que satanizó a la clase política.

Hay que insistir en una diferenciación todavía más importante entre la representación en el sistema político, a través fundamentalmente de los partidos vía elecciones, y la representación social en el Estado. El gobierno es una forma de articular los dos niveles de representación. En su relación con el sistema político, la formación del gobierno abre el juego político a la lucha por la formación de mayorías, incluso en perjuicio de las minorías; pero en su relación con el Estado, el gobierno se halla obligado a respetar y reconocer una estructura más amplia de representación social. Si la mayoría del gobierno es un ejercicio legítimo de exclusión de las decisiones políticas, el Estado, en cambio, es un espacio que tiende siempre a la integración política. La democracia es una suerte de equilibrio precario en medio de esa tensión.

En un país donde nadie se siente plenamente representado por el Estado; donde la crisis ha

puesto en duda toda forma de representación y reconocimiento social en el Estado, la formación de una mayoría genera crisis de gobernabilidad permanentes. El problema es todavía más complejo si se lo mira desde la poca credibilidad de los partidos políticos. Se podría decir que si los partidos tuvieran fuertes arraigos sociales, su juego en el sistema político sería una forma condensada y legitimada de procesar las tensiones sociales. No es el caso del Ecuador, sin embargo, donde la clase política, en general, goza de un amplio desprestigio. De este modo, un juego político dominado por la clase política produce una ruptura con la sociedad. Los ecuatorianos han llegado a estigmatizar a los "políticos" como los responsables de la tragedia nacional. (14)

Si el problema de la mayoría es inherente a la democracia, ¿de qué depende su éxito en el gobierno? En primer lugar, de lo que ya se ha dicho: de un reconocimiento a las representaciones sociales y regionales en el Estado. Y, en segundo lugar, de su capacidad para consolidar una hegemonía política, es decir, de llevar la legitimidad de

su propio dominio más allá de las fuerzas que la integran. La hegemonía se refiere ya no a la relación de la mayoría con el sistema político, sino con el conjunto de la sociedad, es decir, con el Estado. No basta tener un dominio numérico en el Congreso si son unos números tontos, sin estructura, sin proyecto, sin una visión que vaya más allá de sí mismos. Los números deben proyectarse políticamente fuera del parlamento. Para volverse hegemónica, la política tiene que salir del parlamento hacia la sociedad. Es lo que nunca lograron el PSC y la DP, confiados, como estuvieron, en el control que podían ejercer sobre la institucionalidad política.

Lo que está en juego en la política democrática no es tanto la estructura de representación del Estado, que de alguna manera debe estar garantizada, sino la lucha por la mayoría, por el predominio político durante un tiempo determinado. Se puede hablar de una doble legitimidad democrática: aquella que sale de las urnas, y que permite formar un gobierno y una mayoría; y aquella que se desprende del ejercicio del gobierno, que depende de la capacidad de esa mayoría para relacionarse con esa es-

La pugna de poderes, junto al mito neoliberal de la tecnocracia yuppie, alimentó un discurso que satanizó a la clase política



estructura más amplia determinada por el Estado.

En el Ecuador hemos confundido mayoría con Estado. La mayoría no solo gobierna, sino que cree monopolizar el Estado, disponer arbitrariamente de sus recursos e instituciones. Son los equívocos que se producen cuando la mayoría asume toda la representación del Estado. La mayoría está en capacidad de organizar el gobierno y dar las orientaciones básicas de las políticas públicas, pero no puede poner en riesgo la estructura de representación del Estado. "Ciertamente, se podrá argumentar que un buen desempeño gubernamental será un factor fundamental en la legitimación de la democracia, y en efecto ello es así, pero para que eso ocurra deberán existir mínimas condiciones previas que aseguren el reconocimiento de todos y de cada uno de los actores sociales en el ordenamiento político". (Pachano, 1997, 54). Las posibilidades de un gobierno democrático están, en mucho, determinadas por unas condiciones que le preceden.

La izquierda y la derecha

La crisis política ecuatoriana, atrapada en la lucha de modelos, nos ha impedido re-plantear la estructura del Estado desde una renovada concepción democrática. Los vacíos han venido desde la derecha y desde la izquierda, con todos sus pequeños matices. La derecha se niega a reconocer que el Estado es una estructura, fundamentalmente, de representación, incluyente, y después un aparato. La derecha lo ha visto como un aparato, mientras la representación ha querido entenderla como una delegación total del poder a través de los procesos electorales. Ganar las elecciones es, para la derecha, hacer un ejercicio absoluto del dominio político. No es hegemonizar la política a partir del reconocimiento de "los otros" como partes constitutivas del Estado. Es imponer sus puntos de vista. Nos hace falta conocer más a la derecha para descubrir los orígenes de esta concepción cerrada y autoritaria de la política. Nos hace falta todavía conocer ese "sujeto oligárquico" denunciado sistemáticamente por el discurso populista, y que ha despertado tanta atracción entre los sectores populares. Por alguna razón será.

La crisis política ecuatoriana ha sido incapaz de llevarnos a replantear la actual estructura del Estado. Los vacíos han venido desde la derecha y desde la izquierda

La izquierda, en cambio, se ha concentrado exclusivamente en la defensa del Estado ante el acoso de los privados, y se ha negado a entender el problema de la mayoría como inherente al funcionamiento de los sistemas políticos en democracia. Todavía un discurso de clase, sospechoso, conspirativo, orienta sus conductas políticas y su desconfianza hacia la democracia. A lo sumo, la democracia es un espacio desde donde hay que luchar contra los intereses dominantes. La política de la izquierda ha debilitado sistemáticamente al sistema político como un espacio donde es posible una representación más plural de la política. Su práctica preferida sigue siendo la huelga. Para la izquierda, el sistema político es una simple derivación del Estado, y éste del poder de las clases dominantes, aliadas a las empresas transnacionales, e inmersos, todos, en el circuito perverso de la globalización.

En medio de estos dos fuegos, inexplicablemente, el gobierno de Mahuad, que se había definido durante la campaña electoral como un gobierno de centro, se inclinó hacia la derecha, con lo cual solamente agravó la crisis de bloqueo político ya contenida en el país. Mahuad nunca se dio cuenta que la crisis estatal no estaba resuelta, y tampoco se imaginó, como habían advertido muchos, que el arreglo de la paz con el Perú precipitaría los conflictos internos, los desangres regionales en un país que vivió durante años integrado por referencia a la frontera, que a su vez le remitía a un enemigo. Disuelto el enemigo, quedó disuelta nuestra precarísima unidad. Mahuad nunca creyó que el centro político podía existir. Nunca hizo nada por construirlo. En los días dramáticos de la crisis de marzo, encontró una salida precaria y frágil. Se desplazó desde la derecha hacia la izquierda, sin encontrar en medio de esos polos aparentes, un espacio de concertación para renegociar la forma del Estado. Pasamos, así, de la pugna de poderes, como diagnóstico inicial de la crisis, a la debacle del Estado.

Marzo de 1999

NOTAS

1.- Este artículo se escribió antes de la movilización de Guayaquil en defensa del banco del Progreso. Ese acontecimiento abrió un inusitado debate en torno a la descentralización del Estado. La coyuntura hace giros tan dramáticos en el Ecuador, que los análisis de coyuntura se ven desbordados por el vértigo de los acontecimientos.

2.- La expresión es de Adrián Bonilla en una entrevista al diario HOY. Se podría ser incluso más categórico y sostener que el Estado, como espacio de representación social, ha colapsado en el Ecuador.

3.- No está demás señalar que la centralidad del Estado en la política ecuatoriana queda formalizada en los años 60 con el modelo desarrollista y modernizador, y es profundamente fortalecida en los años 70 gracias a las exportaciones del petróleo. Hemos abordado este tema en otro documento: "Antecedentes de la 'nueva' democracia". Los años 60 y 70" (CORDES, 1997).

4.- No nos olvidemos que la democracia se reinauguró con una intensa pugna de poderes entre el ex presidente Jaime Roldós y Assad Bucaram, que anunciaba los bloqueos a los que se enfrentaría el nuevo sistema político.

5.- Ver, al respecto, tanto el estudio de José Sánchez Parga ya citado, como el de Felipe Burbano y Michel Rowland: "Pugna de Poderes. Presidencialismo y Partidos en el Ecuador: 1979-1997", Quito, CORDES, 1998.

6.- El mismo estudio de CORDES muestra que esas alianzas de gobierno debían renunciar a no menos de cinco partidos, y en ellas podían entrar hasta ocho.

7.- Para un análisis detallado del sentido de la última reforma electoral se puede consultar los estudios de Simón Pachano, "La Representación caótica", Quito, FLAGSO, 1999; y el estudio de CORDES "Temas para la reforma constitucional ecuatoriana", Quito, 1997.

8.- La reforma electoral solo modificó ligeramente el sistema utilizado para elegir a los representantes de la Asamblea Nacional, fruto, a su vez, de la consulta popular de mayo de 1997.

9.- Algunos analistas llegaron a sostener, incluso, que la no presentación de la candidatura de Nebot a la elección presidencial de 1998 era fruto del entendimiento. Si bien parece absurdo creer que un partido político, el más grande del país, renunciase a la mayor de las batallas en una democracia presidencial, no cabe duda que entre el PSC y la DP se tejía una alianza que parecía tener un alcance importante.

10.- Esa discrepancia sirvió para mostrar gráficamente la situación ideológica al interior del gobierno: mientras Jaramillo decía que ningún estudiante aprobaría el primer nivel de economía con una propuesta tributaria como la del 1%, el presidente sostuvo, en cambio, que aprobarlo para conservar una alianza política haría aprobar al mismo estudiante el curso de gobierno, y con la más alta calificación. En cualquier caso, el promedio resultaba bien mediocre. La anécdota ilustra hasta qué punto el pragmatismo se elevó como filosofía de gobierno.

11.- Fue un error imperdonable la estrechez de la mirada política oficial alrededor del tema tributario. Fueron necesarios siete meses y una crisis política de la gravedad de la marzo, para que el gobierno, finalmente, volviera sobre la idea de un sistema tributario basado en el impuesto a la renta sin exenciones ni escudos.

12.- Con el debate en torno a la descentralización que se abrió luego del lunes 23 de marzo, el problema de los tributos aparece más claro. Es el instrumento de negociación de los grupos de poder económico de Guayaquil para presionar por una reforma del Estado central.

13.- Habría que agregar en este punto la crisis de Filanbanco. El manejo que se hizo de este caso, con todas las modificaciones socialcristianas al proyecto de ley que creó la AGD, y las noticias posteriores de que el Banco Central había entregado 750 millones de dólares, rompió todavía más los espacios de diálogo del gobierno con los otros sectores sociales y políticos, y reforzó la imagen de un gobierno no solo dócil frente a los intereses políticos socialcristianos, sino dócil frente a ciertos poderes económicos íntimamente vinculados con ese partido. El presidente de la República, con una insensibilidad política y social enorme, jamás salió a explicar el caso. Guardó un silencio desconcertante.

14.- Pero es una estigmatización con matices regionales. Habría que estudiar más detenidamente las estructuras partidarias de la Costa y la Sierra para ver su grado de articulación a sus respectivas sociedades. Una hipótesis es que los partidos de la Costa tienen más arraigo social que los de la Sierra, de allí su perdurabilidad en el tiempo como canales de representación. Se podría decir que mientras la sociedad costeña se representa en el sistema político a través de sus partidos, la sociedad serrana se representa a sí misma directamente en el Estado. Se trata de una fuente de tensión regional permanente. Habría que tener la en cuenta como una de las causas del fallido entendimiento entre el PSC y la DP.

BIBLIOGRAFIA

Arcos, Carlos, Demandas y Conflictos Sociales en el Sistema Político Ecuatoriano, Quito, CORDES, 1998

Burbano Felipe, Rowland Michel, Puga de Poderes, CORDES, 1998

Echeverría Julio, La Democracia Bloqueada, Quito, Eskéletra, 1997

Lechner, Norbert, "Aparato de Estado y Forma de Estado", en Hegemonía y Alternativas Políticas en América Latina, Julio Labastida y Omar del Campo (coord), México, Siglo XXI, 1984

Pachano, Simón, Gobernabilidad, ¿moda o necesidad? Revista ICONOS N# 3, Quito, FLACSO, agosto-octubre, 1998

Salgado Germánico, Problemas Fiscales y Gobernabilidad, Quito, CORDES, 1998

Temas para la Reforma Constitucional Ecuatoriana, Quito, CORDES, 1998

Sánchez Parga, José, La Pugna de Poderes, Abya-Yala, 1998

Sartor, Giovanni, Ingeniería Constitucional Comparada, México, FCE, 1994

La economía sin rumbo

Mahuad y su gobierno heredaron un país políticamente bloqueado, con una sociedad que carece de una visión de futuro, con el síndrome del desacuerdo como estigma general, agravado por el desequilibrio macroeconómico

Diego Borja Cornejo
Economista - consultor

El síndrome del pensamiento único, de la razón universal, arrastra a la generación de fin de siglo, y advierte con volver trivial cualquier intento por pensar las cosas de manera diferente o, en el otro extremo, con descartar la reflexión por utópica e irreal.

Cualquier cambio de dirección o "golpe de timón" -para decirlo en lenguaje presidencial-, que valga la pena ser pensada se define por su cercanía o lejanía respecto de la realidad actual. Pero más importante, es la dirección de los cambios, los efectos sobre el imaginario que la gente tiene de sí misma y de sus intereses.

Difícil pero imprescindible tarea la de imaginar alternativas, porque si bien los polos de antaño se han acercado en el plano de la razón, los otros polos, los de la miseria y la abundancia, amenazan colapsar en una dinámica donde la supra - satisfacción, que bordea la soberbia, contrasta con la infra - satisfacción que limita con la muerte.

Tarea aún más ardua en el Ecuador, donde coexisten algunas identidades culturales y regionales, decenas de expresiones idiosincráticas, de aproximaciones ideológicas y de intereses individuales y de grupo, que en el límite tienden a yuxtaponer varios mundos ontológicos. A ello hay que añadir la

iniquidad de una clase política responsable, por acción y omisión, de una economía con ribetes de inviabilidad y de una sociedad con graves muestras de segmentación y marginalidad.

Este panorama alcanzó un estatuto de drama en los últimos años. Desde 1995 el país asistió a una guerra, la caída de un Vicepresidente y luego de un Presidente, por el que se apostó como en el juego de la ruleta rusa, y finalmente un interinazgo nefasto. En tales condiciones, las últimas elecciones cumplieron, una vez más, su rol purificador en el imaginario de un pueblo que neciamente se niega a perder las esperanzas. Fue electo el actual Presidente bajo la promesa de saber qué hacer con una República amenazada por la disolución.

Siete meses después, la figura del barco que se hunde, acuñada por el propio Presidente, amenaza volverse realidad y arrastrar en el torbellino a la tripulación y su timonel.

1. La herencia: una economía inviable

Mahuad y su gobierno heredaron un país políticamente bloqueado, con una sociedad que carece de una visión de futuro, con el síndrome del desacuerdo como estigma general, agravado por el desequilibrio de lo que los economistas llaman los fundamentos macroeconómicos.

En efecto, a pesar de que la reforma estructural fue lanzada a inicios de la década, ésta no se ha vuelto realidad: las reformas del Estado y del mercado son proyectos en ciernes que no terminan de nacer ni de morir.

En cuanto a lo primero, se halla postergada tanto la transformación de las condiciones de propiedad de las empresas del Estado, como la modificación de las formas de gestión pública.

En lo fundamental esto ha significado:

* Bloqueo de la puesta en marcha de acciones encaminadas a modificar las condiciones de propiedad y de gestión de los principales servicios



de infraestructura (telecomunicaciones, energía, puertos, aeropuertos, carreteras, saneamiento ambiental), determinantes en el proceso de modernización económica;

- * Bloqueo para la estructuración del sistema de regulación correspondiente con la modificación de las condiciones de propiedad y de gestión pública;
- * Retraso de la reforma institucional de los entes encargados del control y la vigilancia (Contraloría General de la República), la administración del aparato burocrático del Estado, la planificación, la asignación presupuestaria y la tributación;
- * Inexistencia de la institucionalidad necesaria para la ejecución de nuevas acciones requeridas por el proceso de apertura y globalización de mercados, como son los sistemas de competitividad, capacitación de la fuerza laboral; innovación y tecnología; financiamiento; y promoción comercial externa;
- * Retraso del proceso de descentralización, incluyendo traspaso de responsabilidades y recursos

hacia los organismos de gobierno local; y,

- * Retraso significativo y peligroso de la reforma institucional y operativa de las áreas relativas al desarrollo humano y la búsqueda de equidad de oportunidades: educación, salud y seguridad social.

En el ámbito del mercado, donde la responsabilidad del empresariado es relevante, la herencia incluye un sector empresarial caracterizado por un desempeño tradicional y rígido, donde priman:

- * Una estructura organizacional vertical y centralizada en la toma de decisiones dentro de la empresa;
- * El enfoque hacia el corto plazo y hacia la rentabilidad inmediata;
- * El ajuste de la pérdida de rentabilidad mediante la reducción de la plantilla laboral;
- * La cancelación de riesgos

de inversión y la generalización de prácticas especulativas;

- * Una actitud conservadora en la gestión de clientes y proveedores;
- * La inexistencia de un enfoque de cooperar para competir;
- * La presión por la mantención de rentas institucionales;
- * La postergación de los procesos de reconversión a nombre de su baja rentabilidad en el corto plazo; y,
- * La incapacidad de responder al cambio en las formas de regulación, especialmente en cuanto a nuevas formas de relación con el sector público y con los trabajadores.

En estas características influyen, además de la propia cultura empresarial, cuya comprensión habría que buscarla en la modalidad de constitución del empresariado privado en el país, entre otros factores, el proceso reciente e inacabado de apertura económica; la inestabilidad política; la inseguri-

dad jurídica y física, que se han convertido en una de las principales preocupaciones de los ciudadanos y de los inversionistas nacionales y extranjeros; y el retraso en el proceso de modernización del Estado.

Otra de las herencias tiene que ver con las formas tradicionales de organización y de comportamiento de los gremios de empresarios y trabajadores. En cuanto a los primeros, se mantiene un fuerte peso de las actividades de representación política en desmedro de una actividad tecno - política en el sentido de asesorar a los agremiados y al sector público en temas orientados a garantizar la competitividad de la economía; defender posiciones de los asociados siempre que estén en línea con una política general de fortalecer y profundizar la economía de mercado; y, emprender proyectos innovadores en áreas que coadyuven el logro de ventajas competitivas (innovación tecnológica, capacitación, información, asesoría técnica especializada, etc.).

Si el peso de la representación política es fuerte en el caso de los gremios empresariales no lo es menor en el caso de los gremios de trabajadores. Aquello se agrava debido a que su exclusión de la gestión institucional del Estado, además de la mantención de una vieja práctica política, ha perennizado una cultura de confrontación reivindicativa. A lo anterior hay que añadir la debilidad tecno - política de los gremios de trabajadores tanto en el nivel de las centrales nacionales, como en el de los sindicatos de las empresas; la rigidez de sus esquemas organizativos; la impermeabilidad de sus estructuras frente a nuevas corrientes, incluso aquellas alejadas de lo que se podría catalogar como la razón de Estado; la poca renovación de las dirigencias; y, la carencia de una visión clara y positiva de futuro.

Ambos, trabajadores y empresarios, actúan como contrarios que resguardan el equilibrio estático del actual orden de cosas.

Finalmente, en la herencia también hay que añadir la exacerbación del conflicto regional, que se expresa especialmente en Guayaquil; y la inexistencia de un polo social y político fuerte comprometido con el impulso de una reforma radical: económicamente eficiente, socialmente equitativa, ambientalmente sustentable y políticamente democrática.

El crecimiento de la economía en 1998 no superó el 1% -el más bajo de América Latina-, el déficit del sector público consolidado llegó al 6% del PIB y la inflación bordeó el 50%

A lo anterior, que es el grueso de la herencia, hay que aumentar los desequilibrios macroeconómicos.

El crecimiento de la economía en 1998 no superó el 1 % -el más bajo de América Latina-, el déficit del sector público consolidado llegó al 6 % del PIB, el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos alcanzó el 9.8% del PIB, y la inflación bordeó el 50 %.

La rentabilidad de las empresas no logra recuperarse y la incertidumbre en cuanto a la seguridad política, jurídica y física se mantiene en niveles elevados. Esta situación muestra un entorno de incertidumbre que tiende a prolongar la desaceleración de la economía, al generar expectativas desalentadoras sobre los agentes económicos. Los empresarios cancelan riesgos de inversión, retrasando el inicio de un nuevo ciclo de crecimiento. Aquello reproduce indefinidamente la búsqueda de la rentabilidad de corto plazo y las conductas especulativas, con la consiguiente presión sobre la tasa de interés. Igualmente se ha deteriorado el sistema financiero producto de las conductas especulativas y de la generalización del "riesgo al abuso" de lo cual es cómplice el débil sistema de regulación y control bancario. Se ha incrementado el desempleo superando el 14 % de la PEA y la calidad de vida de los ecuatorianos se ha deteriorado.

Una parte de todos estos hechos se debe al colapso del precio del petróleo y la menor producción petrolera, y a los efectos del fenómeno de El Niño.

Una parte de todos estos hechos se debe al colapso del precio del petróleo y la menor producción petrolera, y a los efectos del fenómeno de El Niño.

Una parte de todos estos hechos se debe al colapso del precio del petróleo y la menor producción petrolera, y a los efectos del fenómeno de El Niño.

2. Los errores: crisis fiscal y desintegración del sistema financiero

La noche del 11 de marzo, el segundo día de la segunda huelga nacional que soporta el gobierno en 7 meses, el Presidente admitió haber cometido errores. Estos, sin embargo, son muchos más de los aceptados.

En orden de importancia, el error esencial fue el no haber constituido una alianza política amplia, bajo la lógica de un acuerdo nacional, que le permita ampliar su margen de acción y le resguarde de los peligros de la infidelidad y el chantaje a los que le ha sometido su pacto con los socialcristianos.

Derivado de lo anterior, hay otros errores que contar:

- * La eliminación del impuesto a la renta y su reemplazo por el impuesto del 1 % a las transacciones financieras;
- * Las modalidades de salvataje a los bancos quebrados y la posibilidad de seguir otorgando recursos del Estado a instituciones financieras sometidas a saneamiento;
- * La carencia de un Plan Económico claro y coherente, que articule las acciones de corto plazo, con las de alcance estructural;
- * La aprobación de un Presupuesto desfinanciado y la postergación en el tratamiento al grave peso de la deuda externa; y,
- * La ejecución inoportuna de un sistema de flotación cambiaria.

Sobre el primer error cabe señalar que todo ejercicio tributario es un "juego de suma cero", es decir alguien está cediendo un ingreso, en el presente, para que se incremente la recaudación, lo cual afectará posteriormente su riqueza. Además, como cualquier actividad, la tributaria, tiene costos explícitos relacionados con el propio proceso de recaudación, y costos implícitos, relativos a sus efectos sobre la asignación eficiente de los recursos y sobre la distribución del ingreso.

Un impuesto es eficiente no solamente si permite un monto razonable de recaudación, sino también cuando no distorsiona los procesos de producción, la distribución del ingreso, el ahorro y la circulación monetaria. En tal sentido, un impuesto puede ser "costo - ineficiente" si la pérdida de bienestar es superior a sus logros; si quienes fijan los precios trasladan el tributo a otros agentes, provocando un cambio en la relación de precios; o si estimula diferentes grados y formas de evasión y elusión que reducen significativamente los ingresos esperados por el gobierno. En la eficiencia también debe considerarse la equidad: contribuyentes con un mismo ingreso deben tener una misma carga tributaria, y contribuyentes con ingresos diferentes deben tener una carga tributaria proporcional a su capacidad de pago. Por último, un impuesto es efi-

ciente si no altera las expectativas futuras de los agentes económicos, a través de sus efectos sobre la tasa de interés, los precios relativos y el tipo de cambio, de manera que si bien genera ingresos para el fisco hoy, no debe afectar gravemente la inversión, el ahorro, el crecimiento y la redistribución del ingreso, mañana.

Con el "impuesto Nebot" se induciría a reducir las transacciones financieras y, especialmente, a los pequeños depositantes, a cerrar las cuentas. Antes de las medidas de marzo, se estimaba que alrededor del 20 % de los depósitos monetarios en moneda nacional (correspondientes a cuentas con saldos inferiores a S/. 5'000.000) disminuirían la base imponible. Mucho peor, con el congelamiento de las cuentas, que algunos calculan en 70 % del M2 (dinero en circulación más depósitos a la vista y a plazo). Es un impuesto que desincentiva la intermediación financiera, reduciendo significativamente la velocidad del dinero con efectos poco previsibles sobre la demanda y el ritmo de la actividad productiva.

Si bien el impuesto del 1 % a la circulación de capitales ayuda a resolver el desequilibrio fiscal durante este año, aportando alrededor del 4 % del PIB, es un impuesto regresivo, en tanto beneficia a los mayores perceptores de ingresos. Es un impuesto "cascada", ya que las actividades que tienen una alta rotación de capital o un importante grado de intermediación productiva, serán gravadas en cada eslabón de la cadena, lo que incidiría directa-



mente en el nivel de precios del producto final, al igual que en el nivel de las tasas de interés. Es un impuesto que genera distorsiones en el proceso de formación de las expectativas de los agentes, a través de su efecto sobre los precios relativos de los bienes, al "castigar" a aquellos que demandan varios encadenamientos productivos y al "premiar" a las actividades con poca agregación de valor. Así mismo, genera distorsiones por su impacto sobre las tasas de interés, ya que eleva el costo de oportunidad de la utilización del dinero a través de las instituciones financieras; y sobre los precios de los bienes importados, por medio de las operaciones en divisas.

Dado que la principal base imponible de este impuesto son los depósitos monetarios, está sujeto a una alta volatilidad y discrecionalidad, puesto que depende de las decisiones de los depositantes, lo cual afectará las expectativas de ingresos fiscales. Más aún, en condiciones de una abrupta pérdida de credibilidad en el sistema financiero, luego de las medidas de incautación de las cuentas de depósito. Aquello ocasiona la elusión mediante la mayor utilización de pagos en efectivo, mecanismos de compensación entre empresas o grupos financieros, realización de operaciones fuera de frontera e incluso el cierre de cuentas.

Finalmente, cabe destacar los efectos perniciosos de las preasignaciones que contempla la Ley

ción presupuestaria.

Sobre el segundo gran error, vale recordar que una de las principales lecciones de la crisis del Asia es lo pernicioso que resulta la protección gubernamental indiscriminada y la mala regulación del sistema financiero.

Efectivamente, a juicio de connotados economistas, como Paul Krugman por ejemplo, un factor preponderante en el desate de la crisis financiera asiática fue la generalización del denominado "riesgo al abuso" por parte de los accionistas de los bancos y otras intermediarias financieras. Este riesgo consiste en pensar que cualquier cosa que ellos hagan, incluyendo la toma de decisiones financieramente irresponsables y la especulación a gran escala, en última instancia, va a estar garantizada por el Estado, de manera que éste responda ante los acreedores de los bancos, el momento que lleguen las facturas con saldo negativo.

En el Ecuador, las señales que se dieron al sistema financiero promovieron el "riesgo al abuso". En efecto, durante 1998, de acuerdo

a la Superintendencia de Bancos, catorce entidades financieras tuvieron problemas entre bancos, sociedades financieras y cambiarias, entre ellas el banco más grande del país (Filanbanco) por el número de cuenta - correntistas. Durante enero de 1999, tres más se sumaron al colapso, y en marzo, el Banco del Progreso se añade al rosario de quiebras.

El Banco Central no ha aclarado la magnitud de los recursos entregados al sistema financiero. No obstante, a causa de las operaciones financieras del Banco Central y de la AGD con algunas instituciones financieras, el Ministerio de Finanzas emitió deuda interna por un monto de 540' millones de dólares, además de Bonos del Estado para apalancar la emisión de BREs por US\$ 425' millones de dólares, que servirán para operaciones de permuta de cartera entre la banca privada y la CFN.

El salvataje financiero presionó el incremento de la emisión monetaria, la cual entre agosto de 1998 y febrero de 1999 creció en 44,27 %. Aquello, en condiciones de incertidumbre, falta de liderazgo y carencia de un rumbo económico cierto, propició una actitud especulativa entre los agentes, los cuales en el intento de resguardar sus posiciones demandaron fuertemente dólares generando un

Si bien el impuesto del 1% a la circulación de capitales ayudará a resolver el desequilibrio fiscal durante este año, es un impuesto regresivo, en tanto beneficia a los mayores perceptores de ingresos

TOOOS
SE ME BAJAN
DE LA
APLANADORA



incremento del precio de la divisa. Esto ocasionó una enorme pérdida de reservas internacionales por parte del Banco Central en su intento por defender un sistema de bandas que ya no funcionaba. Entre agosto de 1998 y febrero de 1999, la RMI disminuyó en 587 millones de dólares.

En medio de este contexto, dentro del proyecto de reforma tributaria, el gobierno incluye la creación de la Agencia de Garantía de Depósitos para que actúe como una estación de bomberos que apague los incendios creados por un sistema financiero estructuralmente débil.

Con esta medida no se resuelve el problema de fondo. No se toman medidas para evitar la concentración de créditos en empresas vinculadas; no se alerta sobre la inadecuada calificación del riesgo de la cartera de crédito de los bancos, propiciándose el señalado "riesgo al abuso"; no se regula adecuadamente a los bancos permitiéndoles, por ejemplo, que los pasivos de la banca excedan notablemente (casi 7 veces) su patrimonio o que se mantengan bajas provisiones para casos de pérdidas.

La Ley enviada por el Ejecutivo, para el reordenamiento tributario y financiero, no discrimina entre las distintas carteras con problemas y no toma provisiones para ligar la reestructuración de deudas con la reestructuración productiva de las empresas. En el primer caso, contribuye a distorsionar el valor que tienen carteras con distinto riesgo, haciendo tabla rasa de las diferencias que existen entre aquellas que son definitivamente incobrables y las que pueden ser recuperadas por medio de la reestructuración de deudas. Esto obviamente distorsiona las expectativas el momento de valorar la cartera y permiten la obtención de rentas extraordinarias por parte de quienes utilicen los mecanismos creados por el gobierno.

En el segundo caso, no precautela el cobro de las deudas reestructuradas una vez que culminen los plazos. Esto en la medida que, si no hay reestructuración productiva, en el sentido de mejorar la gestión empresarial, la capacidad de innovación de las firmas y su competitividad, el mecanismo en curso se convertirá en un instrumento de garantía

de las conductas rentistas y dispendiosas de los accionistas irresponsables de las empresas, haciendo que el Estado subsidie la reestructuración de sus pasivos producto de sus consumos de lujo y no de un esfuerzo de inversión y ahorro.

El tercer gran error de omisión es el no haber presentado oportunamente un Plan Económico. El candidato Mahuad llegó al gobierno diciendo que sabía qué hacer y cómo hacer. Si lo sabía, lo disimuló muy bien, pues resulta inaudito que sea únicamente cuando el país está al borde del abismo

cuando el gobierno se decide plantear una serie de medidas coherentes, de tinte estructural, desaprovechando todo el tiempo durante el cual pudo constituir una mayoría en el Congreso y mientras gozaba de enorme popularidad.

El cuarto error, fruto de su alianza con el PSC, fue haber permitido la aprobación de un Presupuesto desfinanciado. Aquello, durante la crisis de marzo, condujo a que el gobierno, entre las medidas desesperadas que tomó, triplique los precios de las gasolinas, elimine todos los subsidios a la electricidad y telecomunicaciones que quedaban y envíe proyectos de Ley para incrementar el IVA, imponer tributos a los autos de lujo y establecer un nuevo esquema tributario general. Aquello, después de la negociación

política con el centro - izquierda y la izquierda, quedó en un incremento importante de la gasolina, la eliminación de las excenciones al IVA, la imposición de tributos a los autos de más de 120 millones de sucres (USD 11.500), restablecimiento del impuesto a la renta, junto con el impuesto del 0.5 % a la circulación de capitales, impuesto al patrimonio de las empresas, aumento del costo unitario al transporte de petróleo por el oleoducto, entre otras.

Dentro del problema fiscal, cabe destacar el error gubernamental de no haber enfrentado con fuerza y decisión lo relativo al peso de la deuda externa. Esta significa desembolsos del 40 % del Presupuesto de cada año y, por tanto, si no se resuelve no habrá mecanismos tributarios que aguanten. Recién en marzo, el gobierno decide estructurar una oficina que trate el problema, cuando es el más importante causal de los desequilibrios presupuesta-

El candidato Mahuad dijo que en el gobierno sabía qué hacer y cómo hacer. Si lo sabía, lo disimuló muy bien, pues resulta inaudito que haya sido únicamente cuando el país estaba al borde del abismo, cuando decidió plantear una serie de medidas coherentes

rios, al menos en un plazo mediano.

Finalmente, otro error clave, esta vez cometido por el Banco Central, fue haber decidido la flotación de la divisa en el momento menos oportuno. Efectivamente, durante 1998 el Banco Central realizó en dos ocasiones ajustes a las bandas cambiarias, con el objeto de evitar mayores pérdidas de reservas internacionales. El 26 de marzo, desplazó las bandas en un 7.5 % y redujo su pendiente del 21 % al 20 % anual, como una medida que se anticipaba a probables ataques especulativos en contra del sucre. Luego, efectuó una nueva calibración de la banda el 14 de septiembre, fecha en la que subió el nivel de las bandas cambiarias en 15 %, mantuvo la misma pendiente y aumentó la amplitud de las bandas de un 5 % respecto al centro de la banda, a un 7.5 %. Posteriormente, en octubre se eliminó la intervención intrabanda con el fin de dar mayor flexibilidad a la política cambiaria. Estas medidas, se argumentó que se debían a los efectos de la transición de gobierno, la crisis internacional, las políticas de devaluación adoptadas en otros países, el deterioro de la balanza comercial y la pérdida registrada en la reserva monetaria internacional.

Sin embargo, la pérdida de reservas continuó y el precio de la divisa siguió aumentando. Durante 1998, la depreciación anual fue de 54 %, mientras que la inflación doméstica fue de 48 %.

El 12 de febrero el Banco Central anuncia el nuevo régimen cambiario y el dólar se dispara. Evidentemente, las presiones de tipo monetario derivadas del salvataje financiero, el déficit de la cuenta comercial y el Presupuesto desfinanciado, influyeron en tal aumento. Sin embargo, a esto contribuye decididamente el círculo vicioso que se origina en las expectativas de crecimiento del precio de la divisa y en general de incremento de los precios. En este contexto empieza a funcionar la famosa Ley de Murphy que sostiene que si se cree que algo va a suceder, eso sucederá. La idea de la profecía autocumplida juega un papel importante en el destape de la crisis y en su contagio.

Las esperanzas pesimistas sobre el futuro conducen a un pésimo futuro. No obstante, las expectativas no se generan de la nada. La acumulación

de los errores mencionados impulsaron y profundizaron la crisis.

Resulta incomprensible por qué la medida de flotación de la divisa tardó seis meses en ser decidida. ¿Por qué en vez de provocar que la discusión del Presupuesto se dé en condiciones de flotación cambiaria, se hizo lo contrario? ¿Por qué se mantuvo un sistema de bandas que dejó de funcionar como mecanismo de control de los precios, defendiéndole a costa de un gigantesco drenaje de la reserva monetaria?

Lo cierto es que esta cadena de desaciertos condujo al descalabro de inicios de marzo.

3. Golpe de timón

La gestión económica del gobierno marcada por la falta de decisión, la omisión y la obsecuencia frente al Partido Socialcristiano cambia dramáticamente durante los días de la crisis de marzo.

Frente a la agudización del problema financiero y cambiario, y en medio de protestas y paros, el Presidente anuncia un drástico paquete de medidas fiscalistas y monetarias, y un conjunto de proyectos de Ley que pretenden acelerar la reforma estructural de las condiciones de propiedad y administración del Estado, además de la reforma de la educación. Ciertamente fue un golpe de timón, tan abrupto como desconcertante. ¿Qué intentó Mahuad? Si suponemos que no intentaba caer, la única explicación es que quería demostrar que un paquete

fiscalista radical no tiene viabilidad. De esta forma, conseguiría apoyo externo -de índole política- y, especialmente, económico para disminuir la brecha fiscal, y alertar sobre nuevos requerimientos para el salvataje del resto del sistema financiero que implican, al menos, 1.500 millones de dólares adicionales a los ya desembolsados.

En este juego, el Presidente ha apostado su puesto, de ahí que la ganancia que espera, no pueda ser menor.

Hasta el momento, el gobierno ha logrado disminuir el déficit potencial de 1999 de 6.5 % del PIB a 3.5 %, ponerle al Congreso a discutir un esquema fiscal razonable, más allá de la demagogia, evidenciar ante los organismos financieros interna-

Cabe destacar el error gubernamental de no haber enfrentado con fuerza y decisión lo relativo al peso de la deuda externa. Esta significa desembolsos del 40% del Presupuesto de cada año. Si no se resuelve, no habrán mecanismos tributarios que aguanten

cionales que la crisis fiscal requiere apoyo externo para ser solucionada, y que la próxima ayuda crediticia la necesitará para el saneamiento del sistema financiero. Esto último en la medida que de no hacerlo se desatarán tanto los conflictos propios de la crisis global del sistema financiero ecuatoriano, como otros a los que servirá de pretexto, como son aquellos de carácter regional. Tal es el caso de la quiebra del Banco del Progreso convertido en causa regional y en pretexto para el llamado al levantamiento de Guayaquil contra el centralismo.

De otro lado, ¿qué perdió el gobierno? La agilidad para la puesta en marcha del marco jurídico de la agenda de reforma estructural ya que los Proyectos de Ley de carácter urgente tuvieron que ser retirados del Congreso y sufrirán los plazos político-burocráticos del Parlamento; la alianza que le permitía algún marco de gobernabilidad en Guayaquil y la Costa, contribuyendo a la constitución de un polo de oposición suprapolítico de carácter regional; y el apoyo de un importante sector corporativo de Guayaquil, y de la opinión pública, en general, lo cual ocasiona una tensión política de graves connotaciones.

En cualquier caso, el país ha perdido tiempo valioso para iniciar la reactivación económica, para continuar la reforma del Estado y del mercado, para sentar las bases mínimas que garanticen mejorar la inversión en desarrollo humano y para modificar las condiciones de inequidad y de pérdida del bienestar de la población.

4. Sin rumbo fijo

El golpe de timón del Presidente le ha permitido retomar el control del barco, aunque el mar estará lleno de brumas y necesitará mucha pericia para evitar que navegue a la deriva o que se hunda. Esto implica, entre otras cosas, definir el rumbo a seguir, las metas a alcanzar y las acciones inmediatas para lograrlo.

Hasta el momento el Presidente no ha hecho explícito el rumbo que quiere darle a la economía del país. Se ha perdido en el cortísimo plazo: cerrar la brecha fiscal de 1999, confundiendo instrumentos con objetivos; o en el marasmo de un discurso etéreo, de las armonías y los grandes acuerdos en abstracto. Entre la desesperación y el apuro, el gobierno anunció como siguiente puerto, en junio se dijo, la puesta en marcha de la "convertibilidad". Se anunció como objetivo a alcanzar, cuando

en realidad es también un instrumento. Posiblemente en ello influyó las presiones ejercidas por algunos sectores corporativos de la Costa, que hicieron de la convertibilidad una consigna, igual que otras muletillas que, sin mucho contenido, aparecen en los momentos de crisis.

Lo cierto es que la economía está sin rumbo, a pesar de que la agenda inmediata está plagada de problemas de distinta magnitud y profundidad. En términos macroeconómicos esto se expresa en un decrecimiento de la producción previsto entre 2 % y 3 % para 1999, una inflación esperada que bordea el 100 %, un déficit fiscal potencial del 3.5 % del PIB, un déficit en cuenta corriente de alrededor del 10 % del PIB, un déficit cuasi-fiscal (que incorpora los problemas derivados de la crisis financiera) de cerca del 9 % del PIB. Además hay que añadir un conjunto de desajustes y desequilibrios microeconómicos de empresas que postergan decisiones de inversión, registran pérdidas -en lo que va del año-, se mueven en un ambiente incierto, mantienen congeladas una parte importante de sus cuentas bancarias y soportan los efectos de un mercado interno restringido.

Entonces, la rectificación de errores y las acciones coherentes por parte del gobierno no pueden

Nosotros también está de hacer paro...

...a ver si aceptan nuestras demandas



BONIL

esperar. Es indispensable que impulse acciones orientadas a lograr el desbloqueo político y a superar el entrapamiento regional. Un camino podría ser la definición de una Agenda de Emergencia y de una coalición de gobierno que la ejecute. Aquella tendría que incluir prioritariamente:

a) La autonomía regional, incorporando el tratamiento de la generación y gestión de recursos fiscales en los niveles regionales, el traslado de responsabilidades y competencias de gobierno, de prestación de servicios y de representación política. La reforma del Estado con un fuerte componente descentralizador.

b) El saneamiento del sistema financiero, que implica la determinación de una nueva institucionalidad donde estén claras las responsabilidades del sector privado y las del Estado. Esto incluye, la regulación y control, los regímenes de garantías patrimoniales, la prohibición de créditos vinculados, la gestión de la cartera y los riesgos, la entrega de información y su monitoreo, los incrementos de capital, las fusiones, etc.

c) La reactivación de la economía, incluyendo la asignación de recursos de crédito a sectores productivos específicos, especialmente en las áreas agrícolas y agro-industriales, la pesca y el turismo.

d) La reforma de las condiciones de propiedad y de gestión estatal en los sectores de infraestructura, educación, salud y seguridad social; y la configuración del marco de regulación, y de las condiciones de participación del sector privado, de los usuarios de los servicios, y de los trabajadores.

Para ello es necesario la constitución de una coalición de gobierno, liderada por el Presidente. Esta debe incorporar a sectores sociales y políticos de distinta definición ideológica y de variada naturaleza regional, comprometidos a poner en marcha la Agenda de Emergencia.

de Emergencia.

El peligro de no hacerlo ya no es tan solo la continuación de la recesión y el estancamiento económico, sino la disolución de la República.

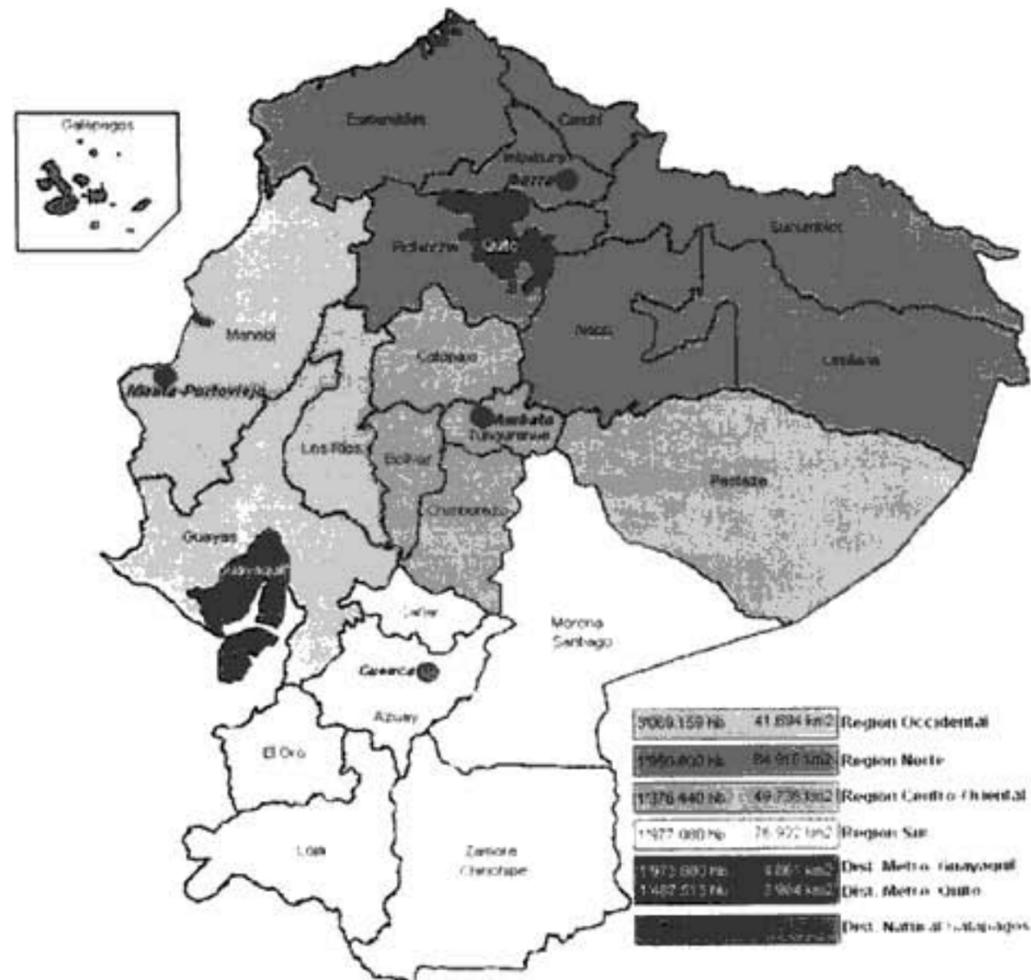
Marzo, 1999

Lo cierto es que la economía está sin rumbo, a pesar de que la agenda inmediata está plagada de problemas de distinta magnitud y profundidad

La descentralización en el Ecuador de hoy: sus alternativas

La descentralización implica una readecuación de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil que se expresa en la transferencia de competencias, de un orden central a otro de carácter provincial o cantonal

Fernando Carrión M.
Director FLACSO-Ecuador



1. Antecedentes.-

El resurgimiento de la cuestión de lo local en el Ecuador tiene lugar a fines de la década del setenta y principios del ochenta, en el contexto de la redemocratización que vive el país. Serán la descentralización y la modernización las que pongan al orden del día el debate sobre la reforma del Estado, en el que está inscrito el tema de lo local.

De aquella época para acá, se pueden percibir dos etapas en el proceso de descentralización seguido. Una primera, que se la podría caracterizar como la vía municipal de fortalecimiento de lo local, a partir de la transferencia de recursos y competencias, así como de la ampliación de su base social a través de la participación y la representación.

Este proceso desencadena una marcada bi-pola-

rización entre lo local y lo central, que produce -al menos- tres efectos nocivos: a) un debilitamiento de lo nacional; b) la pérdida de importancia del nivel intermedio llámese provincia, departamento o región; y c) la ausencia de propuestas respecto del conjunto de la organización, estructura y niveles del Estado. En otras palabras, la vía municipal de fortalecimiento local -surgida externamente- generó la hegemonía de un poder local sobre los otros, que tiende a la homogeneización de la escena local y a cuestionar la visión nacional.

La segunda etapa, que algunos países de la región empiezan a cabalgar, se caracteriza por la vuelta de la mirada hacia el nivel intermedio de gobierno, con el fin de remediar el vacío que produjo el peso sobre lo municipal. Este puede ser el momento para pensar globalmente en una Reforma

del Estado y no solo en sus problemas. En definitiva, no se trata de un Estado más grande o pequeño, sino de concebirlo y construirlo de manera distinta.

La descentralización implica una readecuación de las relaciones entre el Estado y la Sociedad Civil que, por un lado, se expresa -por ejemplo- en la transferencia de competencias de una entidad constituida a partir de una soberanía nacional a otra de orden provincial o cantonal. Este traslado conduce, correlativamente, a un cambio de interlocución de la parte correspondiente de la sociedad nacional-central a lo local y a una descentralización de un segmento de la sociedad. Y esto porque la sociedad tiende a reproducir en sus instituciones el carácter centralista del Estado. Y, por otro lado, que la descentralización es consubstancial al proceso de democratización del Estado: la democracia de la igualdad produjo un Estado centralista que hoy tiene que ser redefinido con su nuevo contenido: el respeto a la diversidad.

2. ¿Porqué la descentralización en el Ecuador actual ?

En el Ecuador el Estado centralista se encuentra agotado. Los desequilibrios se han incrementado notablemente, reduciendo las posibilidades del desarrollo nacional, aumentando las inequidades socio-económicas y deteriorando el medio ambiente. El desarrollo desigual que impulsó el Estado centralista, sobre todo a nivel regional y territorial, produjo el bicentralismo Quito-Guayaquil como también la distancia entre el campo y la ciudad, lo cual significó la exclusión del desarrollo a una parte importante del territorio nacional. La postergación ha sido la norma y la desorganización del Estado su expresión.

Este Estado unitario-centralista entra en crisis a raíz de la firma de los acuerdos de Paz con el Perú y con el agotamiento del Estado petrolero. La diversidad contenida en el Ecuador ya no puede ser sostenida con las rentas petroleras ni con la amalgama que produce la guerra con un enemigo externo.

La salida a estos problemas -en apariencia irreversibles- está en el paso de un Estado unitario centralista a uno descentralizado que exprese la unidad en la diversidad. Para ello la descentralización puede ser el instrumento, porque el Estado de-

be, por un lado, resolver su crisis de centralización con su antítesis: la descentralización; y, por otro, promover un desarrollo armónico a nivel territorial, con los objetivos de generar una propuesta de equidad y de potenciar el desarrollo nacional.

Hay que tener en cuenta otro elemento y es la incorporación del Ecuador al proceso de globalización. Esto exige de la formulación de un sistema urbano-rural constituido en red, que permita generar las condiciones de competitividad que le posicionen al país de manera favorable.

3. Algunas consideraciones metodológicas

3.1. La descentralización como la desconcentración tienen que ver con un proceso de redistribución y/o creación de la centralidad al interior del Estado. Esto permite, según los ámbitos institucionales y la profundización del proceso, entender que la descentralización es un campo de intereses conflictivos, en el que están inscritos actores sociales específicos.

Este campo se define alrededor de dos posiciones que pueden sistematizarse como:

Una crítica a lo estatal, desde una perspectiva de participación de la "sociedad civil" a través de los procesos de privatización, de la ampliación del mercado y de la maximización de la soberanía del consumidor. Es un mecanismo de difusión y generalización del mercado, que disgrega la demanda y atomiza los conflictos.

Otra concepción, busca tanto democratizar el Estado, como racionalizar la administración pública, impulsa la gobernabilidad a todo nivel y el desarrollo económico, a través de una mejor integración nacional (no homogeneización) y de una mayor participación de la población.

3.2. Todo Estado centralista, en su integración, da prioridad a los siguientes criterios:

1. La organización del Estado le otorga mayor importancia a lo sectorial sobre lo territorial, lo cual significa que la intervención estatal se la hace desde ciertos recortes de la realidad definidos por el centro y hacia la periferia. El desarrollo nacional descansa en las políticas sectoriales, des-cuidando las regionales, provinciales y locales.

El nuevo Estado en formación debe partir del concepto de democracia, lo cual incluya el respeto a la diversidad

2. Conformación de las autoridades con un sentido jerárquico, desde el vértice de la pirámide del poder hacia su base. Se construye la autoridad por delegación -escalón por escalón- sin que la representación y la participación tengan mayor significación.

3. El Estado tiene un sistema dual de ejercicio del poder, a través de órganos dependientes y autónomos, en el que tiene preminencia el primero. Es deseable que se explicita el ámbito descentralizado y desconcentrado.

4. La democracia que construyó el Estado unitario partir de la búsqueda de la igualdad, el nuevo Estado en formación debe partir del concepto de democracia como respecto a la diversidad.

Pasar de un Estado centralizado a uno descentralizado implica la redefinición de estos cuatro criterios. Esto es, el diseño de un esquema de encuentro entre lo sectorial y territorial, entre la au-

tonomía y la dependencia, entre la delegación y la representación-participación y entre la igualdad y la diversidad. Se trata, por tanto, de reestructurar el conjunto del Estado y no solo uno de sus niveles.

En esta perspectiva, en el Ecuador actual, el nivel intermedio de gobierno se convierte en una pieza fundamental y eje de este propósito. Primero, porque se trata del mayor cuello de botella que existe en la estructura del Estado, debido a la cantidad y cualidad de los órganos subnacionales existentes. Están los Consejos Provinciales, las Gobernaciones, las Corporaciones de Desarrollo y las Direcciones, Subdirecciones y Secretarías de los ministerios, lo cual revela el número excesivo de organismos, la indeterminación funcional y la nula articulación que existe entre ellos y los otros niveles del Estado.

Segundo, se trata de un espacio difuso y desarticulado donde confluyen sin lógica alguna la autoridad delegada y la elegida directamente, los organismos autónomos y dependientes, las funciones sectoriales y territoriales. Es un espacio indeterminado, debido a la existencia de múltiples organismos que carecen de relaciones horizontales (entre los de su propio nivel) y verticales (respecto de los otros). En definitiva es un

anacronismo.

Pero también, en tercer lugar, el gobierno intermedio se encuentra desprestigiado y carente de peso real. Vive un vaciamiento de competencias, reducción relativa de sus recursos y la ruptura de las necesarias mediaciones. De allí que el paso inicial para resolver esta atrofia sea la legitimación como tema fundamental, sobre la base de la construcción de una propuesta.

En este nivel de gobierno es factible encontrar mayores posibilidades de cooperación, complementariedad y concurrencia interinstitucional, debido a que estructuralmente tiene las condiciones de convertirse en el eslabón entre lo nacional y lo local. Pero también su riqueza radica en que es un espacio proclive hacia el contrato y pacto sociales.

Esta prioridad en el nivel intermedio no significa negar la necesidad de fortalecer el régimen autónomo en su conjunto; esto es, los Municipios, Juntas Parroquiales y circunscripciones espe-

ciales y, por otro lado, queda por definir qué organismo lo debe cumplir: el Consejo Provincia, la Gobernación o una fusión de los dos, si es que se mantiene la provincia como el nivel intermedio o, caso contrario, si se requiere la creación de uno adicional: regional, departamental como ámbito de mayor tamaño a la provincia. En el caso de nuestra propuesta se considera necesario un nuevo nivel territorial -mayor que la provincia- que bien puede ser una región con el nombre de Departamento.

4. Las corrientes principales

Con el fin de organizar el debate, conocer los actores relevantes y ubicarse en el ámbito de la toma de decisiones, es necesario conocer las propuestas sobre el tema y analizarlas como alternativas. Por ello se hace, a continuación, una síntesis de las principales propuestas.

2.1. Municipalista.

La propuesta municipalista es al momento la que tiene mayor peso en el país. Parte del concepto de que la entidad estatal más próxima a la ciu-

Se trata de reestructurar el conjunto del Estado y no solo uno de sus niveles. El nivel intermedio de gobierno se convierte en una pieza fundamental, en el eslabón entre lo nacional y lo local

COMPARACION DE VISIONES

	ECONOMICO	TERRITORIAL	COMPETENCIAS	GOBIERNO	LEGAL
Municipalista	<ul style="list-style-type: none"> • Aumenta ingresos RSA • Escasez de recursos • Pereza Fiscal • Redistribución • Múltiples fondos 	<ul style="list-style-type: none"> • 4 Niveles • 22 Provincia • 215 Cantones 	<ul style="list-style-type: none"> • Convenios causan bloqueos • Competencias Conurrentes Complejas 	<ul style="list-style-type: none"> • Igual 	<ul style="list-style-type: none"> • Ley del 15% • Ley de Descentralización
Estructuralista	<ul style="list-style-type: none"> • Fondo Régimen Autónomo • Fondo Régimen Dependiente • Fondo Nacional 	<ul style="list-style-type: none"> • 4 Niveles • 22 Provincias • 215 Cantones 	<ul style="list-style-type: none"> • Indelegables • 122 Delegables 	<ul style="list-style-type: none"> • Fortalecimiento de Gobernaciones • 21 Gobernaciones 	<ul style="list-style-type: none"> • Constitución Política Vigente
Autonómica	<ul style="list-style-type: none"> • % de recursos nacionales locales (IVA, ICE, IR, ICC, Aranceles) • Fondo Autonomía local • Fondo nacional descentralizado • Fondo Nacional 	<ul style="list-style-type: none"> • 5 Niveles • 7 Departamentos • 22 Provincias • 212 Cantones 	<ul style="list-style-type: none"> • Indelegables • 122 Delegables 	<ul style="list-style-type: none"> • Gobierno Regional Autónomo (por elección popular) 	<ul style="list-style-type: none"> • Precisa reformas constitucionales Plebiscito

2.2. Estructural.

Es la propuesta de descentralización técnicamente mejor elaborada, más coherente y más global; sin embargo, carece de sujeto social. No lo han asumido los municipios, los consejos provinciales, los partidos políticos y el Gobierno Nacional.

Parte de la necesidad de entender la descentralización en el contexto del conjunto de la estructura de Estado. Esto significa que el nuevo rol del Estado

debería ser el municipio y, que por tanto, es la más democrática y eficiente para resolver los problemas sociales. Con este criterio el municipio se convierte en el eje, sujeto central único y fin del proceso descentralizador, al extremo de que se asocia descentralización con municipalización.

El contenido de la propuesta se inscribe en los siguientes instrumentos jurídicos:

1. La Ley Distribución del 15 % de los ingresos del Gobierno Nacional, transfiere recursos sin generar un estímulo para el mejoramiento de la recaudación local (pereza fiscal) y sin que se racionalice el conjunto de las transferencias.

2. La Ley de Descentralización y Participación Social establece un mecanismo de Transferencia de competencias independientemente de los recursos y atado a un esquema bloqueado: los convenios. También el diseño de la concurrencia de competencias no permite llevarlo a la práctica. La participación social es impracticable.

Sin embargo, la descentralización es mucho más compleja que la llamada "municipalización"; además una propuesta como ésta introduce muchas anomalías en la relación Estado-sociedad civil y oculta los problemas que produce. Hay que "desmunicipalizar" el debate de las propuestas de descentralización, lo cual no significa restarle autonomía ni poder.

debe estar asociado con una propuesta de descentralización flexible y pluriinstitucional. Esta perspectiva implica una redefinición de la relación entre el Estado y la sociedad civil y la búsqueda de integración de la diversidad en la unidad.

El contenido de la propuesta se sintetiza en:

1. Definición de una estructura de Estado construida sobre la base de la combinación del régimen de la autonomía y el de la dependencia con los niveles territoriales respectivos: nacional, provincial, cantonal y parroquial.

2. La creación de tres fondos de distribución económica que debería contener un presupuesto nacional descentralizado: un fondo para el régimen autónomo (descentralización), otro para aplicación de las acciones del gobierno nacional en las provincias (desconcentración) y el tercero para las acciones centrales.

3. La definición de competencias intransferibles (seguridad interna y externa, relaciones internacionales y las políticas sectoriales macro), para señalar que las restantes son transferibles.

Estas propuestas quedaron consagradas en la Reforma Constitucional desarrollada por la Asamblea Nacional Constituyente.

2.3. Autonomista

La tercera vía se inscribe en el tránsito hacia un nuevo Estado, de unitario a autónomo. En ese caso hay más un sentimiento que una propuesta que, a diferencia de la anterior, tiene un sujeto social pero carece de proyecto explícito.

La propuesta parte del supuesto de que en el Ecuador existen regiones (provincias) y de que estas se encuentran en la periferia de una centralidad que les impide desarrollarse y, lo que es más, que le succiona recursos. La descentralización permitiría corregir estas anomalías, siempre y cuando las regiones se queden con los recursos que producen localmente.

En este caso se perciben tres versiones sobre la misma vía: la primera, autonomía regional que sigue la experiencia española, a través de una descentralización asimétrica, en tanto parte de una propuesta solo para Guayaquil y luego si el resto de "regiones" lo desean podrían seguir este ejemplo. La segunda, una propuesta de federalización del país siguiendo el esquema Norteamericano. Y, la tercera, también solo para Guayaquil, la secesión o la formación de un Estado Libre Asociado, proveniente de la combinación de un modelo económico de convertibilidad con el de autonomía.

La autonomía departamental

El proyecto contempla los siguientes contenidos:

1. Característica del Estado. El Estado será Unitario, descentralizado y atonómico. Se creará un nivel adicional: el departamental, que cumplirá la función de intermediación.

2. El gobierno. El Gobierno de la Autonomía Departamental estará constituido por un ejecutivo presidido por un Prefecto, que contará con un gabinete sectorial ministerial. Aparte del ejecutivo se contará con una Asamblea Departamental con fines legislativos y de fiscalización. Las autoridades serán de elección popular. Gozará de autonomía política (elección autorida-

des), económica (recursos propios) y administrativa (competencias exclusivas y concurrentes).

3. La descentralización fiscal se compondrá por: a) un fondo para la autonomía, surgido de la recaudación local de los tributos nacionales (IVA, Renta, Aranceles); b) de un fondo de redistribución nacional (equidad y solidaridad) y de un fondo para la administración de las competencias centrales. Las regalías petroleras seguirán siendo nacionales, así como la deuda externa.

4. El nivel departamental, que se organizará a través de las Autonomías departamentales, debe convertirse en el eje Político administrativo del Estado. Las competencias se transferirán principalmente a éste nivel, de acuerdo al Art. 226 de la Constitución.

5. La descentralización del Estado debe tener su correlato a nivel territorial; o, lo que es lo mismo, hay que incorporar la dimensión espacial de la descentralización del Estado. En términos de la organización del territorio implica aumentar un nivel adicional en la estructura del Estado: el departamental. Pueden ser 7 departamentos: tres especiales, dos de carácter metropolitano (Quito y Guayaquil) y uno natural (Galápagos); y cuatro regionales: norte, centro, sur, este y oeste.

Esta propuesta requiere de una reforma constitucional y del diseño del proyecto.

ANALISIS DE LAS VISIONES

VISION	BENEFICIOS	RIESGOS
Municipalista	Proximidad del servicio al ciudadano	Polarización Nacional-Cantonal Fortalecimiento de clientelismo
Estructuralismo	Fortalece Régimen Autónomo Flexible. Forma estructura de Estado	No hay sujeto social Cosensos difíciles
Autonómica	Consolida regiones autónomas Desarrollo más equilibrado	Las regiones pueden tornarse países Deuda externa

Violencia y seguridad ciudadana

La violencia es una constante que está presente en las relaciones entre individuos, grupos y pueblos. Se revela no como potencia y fuerza, sino como signo de impotencia, insensibilidad y decadencia. Es producto de la frustración tanto a nivel individual como colectivo.

Icono de la Violencia Social No. 7,
Flacso-Ecuador.

Fredy Rivera Vélez
FLACSO - Ecuador

La problemática de la violencia

El fenómeno y las reflexiones generadas en torno a la problemática de la violencia no son nuevas ni escasas. A lo largo de las historias de las sociedades, sea en sus ámbitos políticos, sociales o de la simple cotidianidad, la violencia aparece como un factor recurrente con el que han tenido que lidiar gobernantes y gobernados a lo largo de la historia. No existe, pues, la menor duda cuando se afirma que la violencia es una constante que está presente en las relaciones entre los individuos, grupos, naciones o pueblos, a tal punto que filósofos y tratadistas de diverso cuño consideran que el ser humano se define esencialmente por y para la violencia.

Se suponía que con el advenimiento de la modernidad, los procesos de racionalización a ella in-

herentes y el establecimiento internalizado del derecho y de las normas institucionales entre la población, se superarían las violencias clásicas y tradicionales en sus variados tipos; empero, los datos duros extraídos de los acontecimientos sociales en sus distintas dimensiones demuestran que tenemos este problema para largo. Si consideramos que las violencias presentan una carga negativa por cuanto tratan de doblegar o desarticular la voluntad del otro, restarle autonomía, eliminarlo, ex patriarlo o simplemente desposeerlo, estamos ante una diversidad de situaciones que denotan descomposición y pérdida de vigencia de una variedad de instituciones que regulan el tejido social contemporáneo. Es por ello que las violencias se expresan de diversas maneras, incluyendo la inseguridad pública.

En ese sentido, la violencia se revela no como potencia y fuerza, sino como signo de impotencia, de insensibilidad, de decadencia de la vida e intolerancia, es producto de la frustración tanto a nivel individual como colectivo y, en su esencia negativa, va más allá de lo que para muchos es producto de condiciones objetivas de la sociedad. Permea y se diluye en todos los estratos sociales, incluye en su dinámica a la niñez, juventud, vejez, no tiene distingo de nacionalidad y religión -excepto

los casos de marcada confrontación étnico nacional- y es carente de ética y moral.

La violencia se presenta también como una relación social caracterizada por la agresión contra la integridad física, psicológica, simbólica o cultural de individuos o grupos sociales. En su accionar rompe con las normas jurídicas, destruye las cohesiones sociales y perturba el desarrollo normal de las actividades económicas, sociales y

Las violencias que se desarrollan en sociedad tienen actores, formas y móviles variados y multicausales

políticas de una determinada sociedad. Tal es el grado y diversidad de acciones catalogadas de violentas, que en la actualidad es pertinente hablar de violencias y no de violencia como lo hacían enfoques tradicionales que se encargaban de estudiar el problema. Un ejemplo de estas lecturas pueden ser asociadas a las interpretaciones de la violencia como patologías sociales (1).

El debate sobre los tipos de violencia tiene consideraciones

de distinta índole, especialmente cuando se trata de violencia estructural y de violencia institucional. Si la primera está identificada como el contexto económico, social y político que brinda las posibilidades concretas para la realización de acciones violentas por y dentro de la sociedad, generalmente asociada a índices elevados de pobreza, marginación y un sistema político democrático deficitario que limita el desarrollo de la vida de las personas con dignidad y sus derechos humanos, la segunda puede ser pensada como aquella especie de violencia estructural aceptada por los individuos, por hallarse formal o realmente encarnada en las instituciones y tener consideración aceptable en los distintos ámbitos de la sociedad.

En términos generales, las violencias que se desarrollan en la sociedad tienen actores, formas y móviles variados y multicausales. Cada una de ellas se gesta en escenarios específicos -escuela, familia, barrio, comunidad campesina, etc, que dan lugar a expresiones que tienen un rostro común característico. De esa manera se presentan violencias que pueden ser catalogadas de la siguiente forma (2):

a) Violencias políticas que provienen de agentes sociales organizados que buscan modificar, sustituir o alterar el orden



institucional vigente existente, o la generada por aquellas situaciones que restringen la legitimidad, la representación y la participación de distintos componentes de la población. Este tipo de violencias, por lo general, están asociadas a regímenes autoritarios, democracias deficientes y excluyentes o segmentos de la sociedad que no han podido concretar sus demandas de diverso cuño frente al Estado nacional, promoviendo de esta forma, una constante conflictividad política y social.

b) Violencias económicas que surgen de los mercados ilegales donde se trafica y comercia todo tipo de productos -armas, drogas, vehículos, bienes, electrónica, sexo,- ; la industria del secuestro o del sicariato -también vinculadas con las violencias políticas; las producidas en los ámbitos del tráfico de obras de arte; y, las que se desprenden de la aplicación de un modelo económico

concentrador y excluyente de

la riqueza que deviene en una polarización socioeconómica entre la población de una sociedad determinada.

c) Violencias intrafamiliares que se manifiestan por las condiciones culturales, las relaciones asimétricas de poder y decisión, la composición demográfica, entre otras cuestiones, al interior de un núcleo familiar que tiene un cambio y dinámica aceleradas. En este tipo de violencias existe una fuerte relación entre condiciones económicas mínimas de sobrevivencia y el factor cultural expresado básicamente en las conductas "machistas" y prepotentes. De hecho, la mujer y los niños aparecen como las principales víctimas de este tipo de violencias intrafamiliares.

d) Las violencias sociales, llamadas comunes o internalizadas, que dan cuenta de la descomposición de los niveles mínimos de convivencia ciudadana y que se expresa en la pérdida de valores que cohesionan a la sociedad en distintos ámbitos cotidianos. Este tipo de violencias, aunque son menos sustentadas en la fuerza y la coerción, representan actos constantes que vulneran a las instituciones y su gestión dentro de la sociedad. La corrupción en distintos grados, el acoso sexual, la segregación, la discriminación y el racismo son un tipo de violencias, unas más simbólicas que otras, pero que en definitiva merman la capacidad de desenvolvimiento de los individuos en el colectivo.

Todos estos tipos de violencia presentan diversos grados de interacción en distintos ámbitos de la vida social ya que no son aislados. Por ese motivo, muchos gobiernos e instituciones

de América Latina se han preocupado por diseñar una política pública de seguridad que combata a la violencia en varios frentes, aspecto importante que se presenta como una tarea prioritaria a ser desarrollada en las agendas de diversos organismos, públicos y privados, para lograr mejores niveles de convivencia ciudadana y de respeto a los derechos humanos.

Ambitos comprensivos de la violencia

La violencia o las violencias no pueden ser entendidas desde enfoques esquemáticos que privilegien un determinado aspecto. Si asumimos el fenómeno de las violencias desde su integralidad y multicausalidad, podemos pensar en las siguientes dimensiones:

La violencia es una relación social particular.

La violencia debe ser entendida más allá del comportamiento patológico de las conductas individuales y ser concebida a partir de un tipo particular de relación social. La violencia, entendida menos como un problema, debe ser percibida como producto de una relación social particular de conflicto, que involucra, por lo menos, a dos polos con intereses contrarios, actores individuales o colectivos, pasivos o activos en la relación.

Una concepción de este tipo permite conocer la organización del delito, las distintas formas y tipos de violencias, las motivaciones delictivas, el proceso o ciclo de la violencia y, por sobre todo, servir de sustento para diseñar políticas públicas que abarquen todas las fases del proceso. Pero también entender



que hay una cultura de la violencia que tiende a profundizarse en contextos donde prevalece la inequidad, la concentración de la riqueza, la corrupción, la impunidad y un sistema social con déficit democráticos.

Las violencias deben ser entendidas en su integralidad

Partimos del hecho de que la violencia tiene un origen multicausal, que posee varias expresiones, que existen diversas violencias y que hay innumerables actores; por este motivo su enfoque analítico tiene que ser holístico e integral. Esto significa que la comprensión de las violencias debe vincularse al desarrollo teórico y metodológico de varias disciplinas sociales que pretenden construir una interpretación coherente y objetiva de este fenómeno. También deberá observar de cerca los procesos establecidos en materia de políticas públicas para obtener mejores lecturas de lo cotidiano, de las interioridades de la acción social de las personas, una suerte de microsociología de la interacción social. Estas no excluyen los "espacios sociales" que condensan distintas dinámicas de la violencia o influyen "indirectamente" en ella como el trabajo en los mercados populares, las terminales de transportes, los centros comerciales y establecimientos educativos. (3)

La violencia es un proceso (4)

La violencia no es un hecho puntual que concluye con una víctima, porque hay etapas anteriores y posteriores que son parte de un proceso. (5) Esto significa que se debe tener en cuenta los niveles que se establecen para todas y cada una de

las fases del proceso de las violencias: por ejemplo, para el nivel perceptivo de la violencia, observar si la sociedad mantiene un sistema ético que actúe sobre los medios de comunicación en términos de poner ciertos límites a la promoción de la espectacularidad y difusión de imágenes cargadas de violencia, determinar si existe una adecuada iluminación de calles y espacios verdes, de recreación; para el nivel preventivo es necesario investigar si el Estado ha diseñado jornadas educativas continuas en distintos segmentos poblacionales y centros educativos; para el nivel de control, estimar si existe eficiencia en la policía nacional, FFAA y otras instituciones a través de la ejecución de programas de modernización y capacitación de sus elementos en áreas sensibles como los derechos humanos; en el sistema judicial, investigar si este organismo se desempeña con una adecuada tecnificación y transparencia de sus distintas instancias; y para el nivel de rehabilitación, establecer si los mecanismos de supervisión de las actividades de los detenidos dentro de los centros de rehabilitación social son procedentes y están de acuerdo a una verdadera política de inserción laboral y social.

De esa forma, la comprensión del problema de la seguridad ciudadana, deberá versar sobre el conjunto del proceso y ciclos de la violencia. Esto significa que todas y cada una de las etapas y niveles tienen que ser entendidas, pero teniendo en cuenta que la percepción y la prevención son un dique para las posteriores. (6)



Enfoque de externalidad en la comprensión de la violencia.

Por el peso económico que paulatinamente va teniendo la violencia, es imprescindible incorporar el análisis de su impacto en las actividades de los sectores económicos como el turismo, la banca, el comercio; en los servicios, básicamente salud, transporte, comunicaciones y educación; en el presupuesto nacional a través del porcentaje destinado a la seguridad pública y privada; en los planes y programas destinados al desarrollo nacional por medio de monitoreos constantes del impacto en el PIB, en la producción en general; y en el sistema político a través de los impactos que puede causar la violencia en la sustentabilidad de la democracia y la gobernabilidad. También es necesario entender el desempeño del Estado en materia de cumplimiento de los derechos humanos y los esfuerzos que se realizan para incorporar los tratados y convenios firmados en el con-



texto internacional. (7)

Repercusiones y efectos de las violencias

Los efectos de los distintos tipos de violencias pueden sistematizarse, por lo menos, en los siguientes aspectos:

a) Contextos sociales. Reduce significativamente la calidad de vida de la población, no sólo por la pérdida de vidas humanas, sino también porque la percepción de constante inseguridad lleva a producir temores; disminuye las acciones de solidaridad y esas influyen en la dinámica de las esferas productivas, ecológicas, culturales, familiares. Contribuye a promover una transmisión intergeneracional de la violencia como un aspecto "natural" aceptado y causa estragos permanentes en la psicología de los agredidos, especialmente en niños y mujeres con las respectivas secuelas de desintegración familiar y social.

b) Contextos económicos. Incrementa en general los costos de las actividades económicas, reduce las ventajas comparativas y las externalidades que un país puede tener en los mercados regionales y mundiales al promover una imagen negativa de él y de sus exportaciones como el banano, cama-

rón, productos no tradicionales y servicios turísticos, distrae los reducidos presupuestos destinados al sector salud hacia lesiones y emergencias provenientes de las violencias, la rentabilidad social del capital disminuye y promueve una concentración económica en los sectores que se benefician por la presencia de las violencias.

c) Contextos urbanos. Se observa una sensible reducción del tiempo y espacio de la ciudad, se incrementa la segregación urbana, se generan espacios de control privado de uso público, aparecen estigmatizaciones contra determinados sectores de la población urbana como jóvenes de determinadas

La violencia puede ser vista como producto de los constantes ajustes estructurales, así como por la pérdida del control y cohesión social por parte del Estado

características físicas, étnicas y culturales, se promueve un clima de desconfianza vecinal. Tiene impactos en la movilización demográfica dentro de las ciudades al promover sitios fuera de control de las autoridades.

d) Ambitos culturales. Se impone una homogenización paralela a la exclusión del otro, incluso en términos físicos, se restringen las identidades de grupo. Resta posibilidades de que la población asista a centros educativos nocturnos y limita la

exigibilidad de determinados derechos humanos.

La violencia en el Ecuador

El ejercicio de la violencia tiene larga historia y ha involucrado a actores individuales y colectivos. Si bien es un fenómeno complejo y diverso que se ha incrementado notablemente desde hace dos décadas, existen diversas causas explicativas para el recrudecimiento del problema.

Las corrientes deterministas ven a la violencia como un producto de los constantes ajustes estructurales que ha soportado el país durante los distintos periodos gubernamentales, asunto que ha polarizado la concentración de la riqueza, generado índices importantes de desempleo y subempleo, promovido la pérdida de la capacidad adquisitiva de los salarios de los trabajadores y restringido la participación de la población en algunas áreas de la economía nacional.

Existe otro tipo de enfoques que, sin desconocer las causas estructurales de la violencia, se orientan más hacia las diversas modalidades de violencia institucional y conflictividad social producidas por la pérdida del control y cohesión social por parte del Estado. En este caso, asistiríamos al proceso de transformación del modelo estatal vigente y la poca claridad de los ámbitos públicos y privados de control que tiene que soportar la población. La privatización de la seguridad, por ejemplo, es un elemento que puede ser pensado desde esta perspectiva. A ello podríamos añadir la corrupción imperante, especialmente en diversas instancias policiales, en los órganos de administración de justicia y del propio aparato Estatal, sin que de este fenómeno

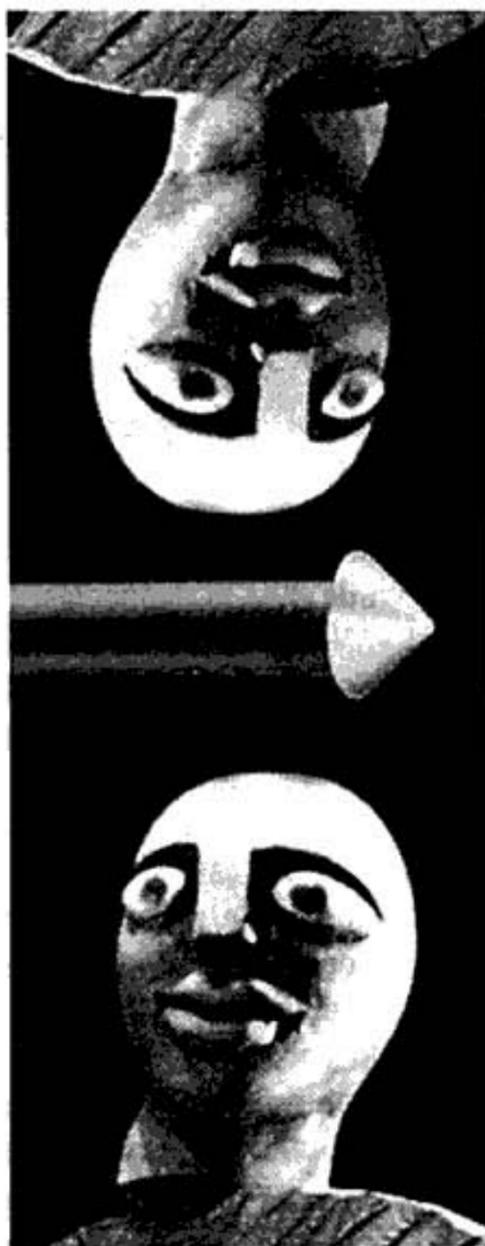
escapen los sectores empresariales y productivos del país. No hay que dejar de lado también los denominados ajusticiamientos populares o justicia con mano propia que expresa el déficit de resolución de conflictos dentro de la sociedad y la pérdida de credibilidad de las instituciones judiciales.

Todos estos factores conducen irremediablemente a que la imagen del país se vea deteriorada de distintas formas. El Ecuador ya no es una isla de paz como se pensaba y la inseguridad pública y privada es el denominador común de la convivencia cotidiana para la ciudadanía. Estos elementos repercuten en la credibilidad de las instituciones de control y atentan seriamente contra la gobernabilidad democrática de los respectivos regímenes. Además del costo social que la violencia representa, se han encontrado relaciones negativas entre ésta y los niveles de inversión, productividad y desempeño de los agentes económicos, aspectos que vistos en conjunto generan un círculo vicioso entre inseguridad, violencia e inestabilidad económica.

En estos últimos años asistimos a un incremento gradual de las violencias y la delincuencia. Según datos de la Dirección Nacional de la Policía Judicial, en el período 1993 y 1998, el número de denuncias presentadas en sus dependencias contiene una tasa de incremento anual nacional del 6.75%. Al hacer un análisis individual de las distintas modalidades de delitos, se destaca en primer orden los delitos contra la propiedad con 69.6%. En este rubro tiene supremacía el robo a domicilios, pues entre 1997 y 1998 este tipo de acciones delictivas se incre-

mentaron en un 26%. Le sigue en orden de importancia las denuncias por delitos contra las personas con el 27.47% del total, sobresaliendo las de asalto y robo con el 10.46% del total de denuncias registradas en el período 93-98.

Un dato notable es el de asalto y robo de vehículos. Si en 1993 esta actividad ilícita presentó 535 denuncias, en 1998 se registraron 3.644, evidenciando un incremento espectacular del 581%. Es también preocupante el 2.17% de homicidios que re-



presentaría un promedio mensual de 103 denuncias y un diario de 3, es decir, en el Ecuador, se presentarían como promedio 3 denuncias diarias de homicidios por diversas causas en el período comprendido entre 1993 y 1998 con una tasa pro-

medio del 14.25%.

Los datos arriba analizados nos dan cuenta no sólo del incremento de la criminalidad y las violencias, sino de la diversificación de las mismas. Por ejemplo, hasta 1993 no se tenían en el país datos de intentos de secuestros y en 1998 se presentaron 42 casos. Este tipo de criminalidad se ha transformado al punto que ha sido necesario crear cuerpos especializados en la Policía para hacer frente y tratar de controlar este problema.

En términos generales, no se puede dimensionar y analizar la problemática de la delincuencia, la violencia y la inseguridad ciudadana si es que no se consideran algunos aspectos que están directamente relacionados con ella. El primer lugar, estamos expuestos a lo que se denomina internacionalización del crimen entre los que sobresale el narcotráfico, el secuestro, la trata de blancas y el tráfico de niños para citar los más importantes. En segundo lugar, el nivel de operatividad y efectividad de las bandas delictivas han alcanzado destrezas profesionales y tecnológicas que en muchas de las ocasiones superan a las capacidades desarrolladas por las fuerzas del orden en el país. En tercer lugar, y vinculado a estos elementos, se encuentra la poca capacidad del Estado para diseñar una política pública nacional, integral y participativa que garantice la seguridad de las personas a través de distintas acciones preventivas y de control. Todos estos factores, conjuntamente, contribuyen a crear un clima constante de inseguridad entre la población.

En ese sentido, a pesar de los esfuerzos efectuados por la Policía Nacional, recientemente apoyada por las FFAA para prevenir

con su presencia en las calles la delincuencia en diferentes provincias, el número de detenidos por distintas causas ha crecido en estos últimos años. En efecto, si en 1993 las fuerzas del orden detuvieron a 27.974 personas, en 1998 esa cifra sube a 29.885 personas con una tasa de crecimiento del período analizado del 1.67%. En cuanto a la participación porcentual de las detenciones realizadas por tipo de delito, tenemos que el 54.33% corresponde a personas detenidas por cometer acciones ilegales contra la propiedad y le siguen los delitos contra las personas con 42.09%. En estos rubros es notorio el porcentaje de detenidos por asalto y robo con el 30.54% y el de robos en general con el 20.10% en el período indicado. Si analizamos las cifras de las tasas de incremento porcentual por detenciones de acuerdo al tipo de delitos cometidos, vemos que las detenciones por asalto a bancos crecieron entre 1993 y 1998 al 725%. Los arrestos por asalto a carreteras se incrementaron en el orden del 106.5%, el abandono a menores en el 105%, las amenazas a la integridad física en el 85.6%, las desapariciones con 67.04% y los detenidos por hurto con el 40.75%.

Los datos de los rubros que hemos analizado demuestran una gran diferencia entre el número de denuncias presentadas ante las autoridades y el número de detenciones efectuadas por la policía judicial en el período 93-98. Ciertamente, de las 56.863 denuncias recibidas como promedio en los cinco años estudiados, sólo 27.427 corresponden al promedio de detenciones en el mismo período, es decir, nos en-

La población tiene desconfianza de la actuación de los órganos regulares de administración de justicia del país, asunto que también incluye a la Policía

contraríamos ante un balance negativo de 29.436 denuncias, o del 51.76% que no se las pudieron investigar o no tuvieron el seguimiento adecuado expresado en resultados de detención.

Esta situación, que va más allá del análisis estadístico, podría demostrar la presencia de dos fenómenos relacionados entre sí. Por un lado, expresaría la falta de continuidad en el seguimiento de las denuncias presentadas

por parte de la ciudadanía ante la policía, situación producida básicamente por la carencia de recursos económicos de los denunciantes; y, de otro lado, relacionado con lo anterior, nos enfrentaríamos ante el hecho de que la población tiene desconfianza de la actuación de los órganos regulares de administración de justicia que existe en el país, asunto que también incluye a la efectividad de la gestión policial. (8)

De los datos obtenidos, podemos observar que entre 1995 y 1998, Santo Domingo de los Colorados es la ciudad que presenta el mayor número de ajusticiamientos con el 21.5% de los casos totales; le sigue Guayas con el 19.35% y Otavalo con el 15%. En cuanto al motivo de los ajusticiamientos, el robo en general (48.38%) y el robo de ganado o cuatrero (32.2%), son las causas principales por las cuales la comunidad decide tomar justicia por sus propias manos a través de procedimientos como el incineramiento (24.73%), uso de armas de fuego (10.75%) y otros métodos (34.4%) de los casos totales.

Desde esa perspectiva, la violencia relacionada con los ajusticiamientos por mano propia viene a constituir una especie de deslegitimación de las normas jurídicas y procesales existentes, una acción que la población implementa al sentirse vulnerable e insegura frente a la incapacidad de los organismos judiciales y policiales. En esos casos, la comunidad organizada emite el veredicto, difunde la sentencia y procede a la ejecución; comportamientos populares que sin lugar a dudas constituyen un serio atentado contra los elementales derechos humanos. De esa forma, los escenarios violentos se



desarrollan en ámbitos públicos y son un verdadero poder actuante que se introduce e incorpora en los espacios privados, en la vida cotidiana.

Al considerar los espacios de la violencia, muchos de los estudios se han canalizado hacia los ámbitos públicos del problema; sin embargo, existe un tipo de violencia, la intrafamiliar, que ha crecido considerablemente en estos últimos años en la sociedad ecuatoriana. En efecto, si en 1994 existían 989 casos denunciados de violencia contra la mujer y la familia en varias provincias, esa cifra se eleva a 106.334 en el año 1998.

De la información obtenida en las comisarias de la mujer, las ciudades más violentas en términos porcentuales intrafamiliares son Guayaquil y Quito con el 48.3 y 38.69% respectivamente en el período analizado; no obstante, al revisar las tasas de crecimiento anual promedio, Quito se sitúa en el primer lugar con el 192.68% seguida de Guayaquil con el 127.65%. Aunque no se han podido establecer los motivos de las denuncias, éstas presentarían tres modalidades de violencia: la violencia doméstica de padres a hijos y viceversa, la violencia contra la mujer y la violencia sexual contra la niñez.

Todas estas situaciones permiten determinar que el fenómeno de la violencia intrafamiliar no depende exclusivamente de las condiciones estructurales de pobreza, desempleo y marginación en las que se encuentran buena parte de las familias ecuatorianas. Existen otros tipos de factores, básicamente culturales como el machismo y la existencia de rasgos tradicionales que han determinado como válidos el espacio público para el hombre y el privado para la mujer,

que influyen en las acciones violentas domésticas. Si a ese elemento sumamos el proceso de descomposición que sufre la familia nuclear tradicional, la pérdida de valores comunitarios y de pertenencia, y la presencia cada vez mayor de prácticas individuales y depredadoras que impone la subsistencia en un contexto económico excluyente

La violencia no sólo que se ha diversificado y transformado, sino que se ha incrementado: el 45% de las familias ecuatorianas ha sido víctima o ha presenciado algún tipo de delito

y concentrador de la riqueza, tenemos como consecuencia un cuadro muy vulnerable a la violencia en las dimensiones privadas de la vida cotidiana de la familia.

Pero las violencias no se producen exclusivamente dentro del tejido social o es generada por actores ciudadanos en sus interacciones, también existen las ejecutadas por parte del Estado, esas que se derivan del desempeño de los cuerpos policiales y militares en los procesos de detención e investigación o las que se hallan ubicadas dentro de los centros de detención. En ese caso nos ubicaríamos en un tipo de violencia institucional donde la tortura aparece como el mecanismo más recurrente en las violaciones a los derechos humanos. En efecto, según datos

de organismos de promoción y defensa de los derechos humanos (10), sólo en la ciudad de Quito, en el período comprendido entre 1996 y 1998 se registraron 812 casos de tortura. El 69.58% de ellos corresponden a torturas realizadas en la detención de las personas; 22.91% efectuadas en el proceso de investigación; y, 7.51% de los casos totales se vinculan con torturas producidas por guías penitenciarios contra los detenidos.

De esa forma, para el período mencionado, tenemos un incremento de las tasas promedio en el orden del 183.9%. De ellas, la tortura en la detención creció en un 126.3%; las realizadas en la investigación en un 414.3%; y, las intracarcelarias en 2.118%.

Pero no existe sólo un incremento proporcional de las violencias. Estas se han diversificado y transformado, a tal punto que en los últimos meses (enero de 1999) el 45% de las familias ecuatorianas ha sido víctima o ha presenciado algún tipo de delito o violencia. Esto implica que existen subregistros de la información, ya que la población tiende a no denunciar algunas formas de violencia como la familiar, sexual y ciertos delitos menores, de tal manera que no existen datos seguros y confiables sobre la magnitud de la violencia y criminalidad real.

Los niveles de percepción de inseguridad son tan graves entre la población ecuatoriana que, por ejemplo, en febrero de 1998, el 50.63% consideraba que apenas existía algo de protección contra la delincuencia y 39.75% pensaba que no existía ninguna clase de protección contra las personas y la propiedad. De hecho, para el mismo año, el 82.93% mencionó que la Policía Nacional no había solucionado los problemas y de-

nuncias presentadas, lo cual implica que el desempeño institucional de este cuerpo es deficiente o mediocre. (11)

Ante esta situación, el gobierno de turno ha tenido que utilizar legalmente los estados de emergencia que le brinda la constitución de la República. Si bien la aplicación de esta medida puede significar una relativa reducción de la delincuencia, los efectos inmediatos en el contexto social podrían implicar una

traproducentes a este tipo de definición, pues sencillamente no se la cumple en el Ecuador.

El problema es complejo y multidimensional, ya que actualmente existen de por medio una serie de medidas parciales, iniciativas aisladas y sectoriales que funcionan con lógicas propias, muchas de ellas superpuestas y desconectadas entre sí. No se ha desarrollado un plan nacional de prevención de la violencia, ni se ha tratado de involu-

to PATRA-CAVIP que ha operado en tres barrios populares del país; y, las brigadas barriales de protección contra la delincuencia impulsadas por la Policía Nacional. (12)

En el caso del Municipio quiteño, las brigadas de seguridad barrial constituyeron el inicio del programa de seguridad que se extendió hacia la creación del sistema de información geográfica, destinado a recabar información sobre las incidencias de la criminalidad en los sectores de la ciudad y monitoriar situaciones de vulnerabilidad de los asentamientos urbanos frente a riesgos naturales. Todas estas acciones se concretaron en el sistema de información integral 911, conectado a distintos organismos de socorro y prevención como la Defensa Civil, hospitales, policía, bomberos y otros organismos públicos de atención ciudadana. A pesar de que su gestión es buena, presenta actualmente varios problemas de financiamiento y organización, principalmente los vínculos que se establecen con la policía nacional ya que en varias facetas existe superposición de instancias de control y regulación así como de cooperación e información. En ese sentido, al no existir claridad del funcionamiento y rol específico de cada una de estas entidades, la construcción de un plan integral de seguridad ciudadana se ha visto seriamente afectado.

Es por ello que la seguridad ciudadana debe dirigirse a enfrentar una doble dimensión: la objetiva, referida a los hechos concretos de violencia que se producen, y la subjetiva, que tiene que ver con la percepción y las representaciones sociales que la ciudadanía se hace del problema. En éstas últimas se encuentran, por ejemplo, la imagen que



marcada tendencia a resolver la conflictividad por medio de la militarización y promover una serie de apreciaciones estigmatizadas sobre ciertos segmentos de la población, entre los que se encuentran los pobres, es decir, se criminalizaría a la pobreza.

Demanda ciudadana: hacia una política pública de la seguridad

El país es carente de una estrategia y política integral de seguridad ciudadana. Si consideramos que la seguridad es un deber del Estado, destinado fundamentalmente a lograr el bienestar, la protección y la vida digna de la población que deposita en él la autoridad para su cuidado y preservación, tenemos como resultado situaciones con-

crar integralmente a todos los sectores, instituciones y organismos que tienen algún tipo de compromiso y responsabilidad con la problemática de la violencia y de la seguridad ciudadana. Lo que ha primado más bien es una concepción de seguridad que se fundamenta en la represión y el control y que no considera las fases del ciclo de la violencia; por tal motivo, esas propuestas son unilaterales y no abordan de manera sistemática y eficiente el problema de la violencia y la seguridad ciudadana.

Pocas son las iniciativas que se han emprendido en estos últimos años. Dentro de ellas existen las desplegadas por el Distrito Metropolitano del Municipio de Quito con el programa 911; el proyecto de seguridad ciudadana del proyec-

se hace de la ciudad, el barrio, la comunidad y, por otro, las propias valoraciones o sensaciones que la población tiene de sí misma. Por eso, una organización social dedicada a la seguridad ciudadana debe actuar en los dos niveles para generar un conjunto de normas e instituciones que protejan a la ciudadanía. Todo ello con la finalidad de que la ciudadanía se sepa viviendo en un orden privado y público, a través de un entorno que satisfaga la seguridad y fortalezca el estado social de derecho.

El tratamiento de esas dimensiones debería realizarse sobre la base de las siguientes intencionalidades, principios y orientaciones:

1. **Equidad Social.** Tratar de inscribir la política de seguridad ciudadana en un contexto de justicia social con la finalidad de mejorar la calidad de vida de la población así como
- mitigar la vulnerabilidad que presentan los sectores sociales de más alto riesgo: jóvenes, mujeres, ancianos, niños.
2. **Cultura ciudadana.** Toda política que busque reducir y prevenir la violencia tiene que generar un impacto positivo en las esferas culturales y en la cotidianidad. Para ello se deben fortalecer las conductas sociales de convivencia pacífica (tolerancia, respeto, diálogo), de la vida comunitaria (solidaridad), de la cotidianidad a través de una orientación adecuada de los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión educativa, y el establecimiento de programas de participación democrática que se sustenten en la diversidad de las identidades sociales que cohabitan en determinados espacios de la sociedad nacional.
3. **Participación social.** Sin duda alguna que el origen y fin de la violencia tiene que ver con la sociedad en conjunto. Por ello no se debe excluir de las sociedades la búsqueda de mecanismos de participación de la población en la mitigación de la violencia, sea a través de las formas de organización existentes o de otras que se creen para el efecto.
4. **Concertación social.** La seguridad ciudadana es responsabilidad múltiple; por tal motivo, es indispensable definir un marco concertado y participativo de acciones lo más amplio posible y en el que estén involucrados los distintos niveles del Estado (central, provincial y local), el sector empresarial privado, las Ong's y la población organizada (sindicatos, cámaras, foros, barrios, etc.)

NOTAS:

- Este artículo forma parte de una investigación más extensa que Flacso lleva adelante sobre mecanismos generales de prevención de la violencia y seguridad ciudadana en el Ecuador.

(1) Durante muchos años la violencia se la pensó como un fenómeno que debía ser reflexionado desde conceptos vinculados a la psicología social, principalmente las corrientes conductistas. Más tarde se abordó la situación a través de postulados estructuralistas, que en el país son los más difundidos y utilizados por la "opinión pública" cuando tratan el problema de

la violencia. Estos enfoques, si bien son necesarios para entender determinados aspectos, presentan limitaciones para una interpretación holística de la problemática en cuestión.

(2) Para un detalle de la tipología de las violencias ver: Carrión, Fernando "De la violencia urbana a la convivencia" Revista Ecuador Debate N°34, Quito, CAAP, 1995, pag 69-71.

(3) Se deben estudiar los vínculos de las violencias con las esferas públicas y privadas donde se desarrolla la vida cotidiana de la población, como por ejemplo: 1) la organización de los mercados, su estructura de comercializa-

ción, el uso privado del espacio público; 2) mobiliario urbano y señalización, especialmente lo referido a la lectura de su orden, el vandalismo, los teléfonos, monitoreo de servicios públicos; 3) accesibilidades del transporte -terminal terrestre, paradas trolebus, estacionamientos-; 4) las acciones de los planes de aseo y limpieza que brindan una determinada imagen del espacio de hábitat de la ciudadanía; 5) el área de la educación, en especial los centros de educación secundaria -vinculado a la alta concentración de establecimientos educativos y el tema de la juventud -; 6)

los procesos de interacción que se establecen dentro de las instituciones, o lo que muchos llaman "cultura institucional".

- (4) Las orientaciones metodológicas que definen a la violencia desde la integralidad y desde su condición de proceso, permiten tener una aproximación entrecruzada entre lo vertical (el proceso) y lo horizontal (la integralidad).
- (5) Pero además comprender que siendo un proceso en sí mismo, es a la vez un proceso social e histórico, lo cual conduce a la existencia de una historia de la violencia.
- (6) Desgraciadamente, las políticas sobre seguridad ciudadana dan mayor peso y difusión al nivel de control y menos hacia las otras fases, en particular hacia la prevención o percepción de la violencia.
- (7) Es bien conocida la política de "certificación" en DDHH que establecen determinados gobiernos y organismos internacionales. Cada vez más, el cumplimiento de convenios y tratados por parte de los estados nacionales es una condición que pesa en las decisiones de las instituciones multilaterales para otor-

gar créditos y apoyo financiero.

- (8) La opinión pública ubica al fenómeno de la corrupción dentro del sistema de administración de justicia en el Ecuador como una de las causas que promueven la "justicia por mano propia" entre la ciudadanía. Esta situación se torna más problemática en las áreas rurales donde prevalecen condiciones de pobreza extrema y aislamiento de los principales centros de atención de servicios básicos. Buena parte de los casos de injusticiamientos populares se han producido en zonas que tienen en su mayoría población indígena y campesina.
- (9) Es necesario señalar que las ciudades donde funcionan comisarías de la mujer son: Quito, Guayaquil, Cuenca, Portoviejo y Esmeraldas. En el resto del país todavía no se ha extendido este tipo de entidades.
- (10) Los datos que presentamos en esta sección fueron obtenidos de las investigaciones permanentes que realiza la Fundación Regional de Asesoría en Derechos Humanos INREDH.

- (11) Según la empresa Market, para el año en cuestión, el 61% de los entrevistados consideró que el grado de eficiencia de la policía era "mediocre, puesto que tienen buena voluntad pero no hacen nada bien". El 33% de esas personas consideró que el desempeño es bajo, pues "hay tantos policías corruptos que más temor inspiran los policías que los delincuentes". Informe de opinión sobre seguridad, Market, 1998.
- (12) Las brigadas barriales han tenido un desempeño ambiguo y relativo. Mientras en determinados sectores funcionan como entidades participativas, preventivas y eficaces, en otras, su papel ha sido más bien represivo y equivocado. Durante el proceso de reforma constitucional de agosto de 1998, las brigadas, organizadas por la policía, generaron algunos enfrentamientos con las FFAA a propósito de la discusión sobre posibles cambios dentro y fuera de la institución policial. Por ese motivo, su función actual está siendo revisada y evaluada por los Ministerios de control respectivo.

Explorando en un agujero negro

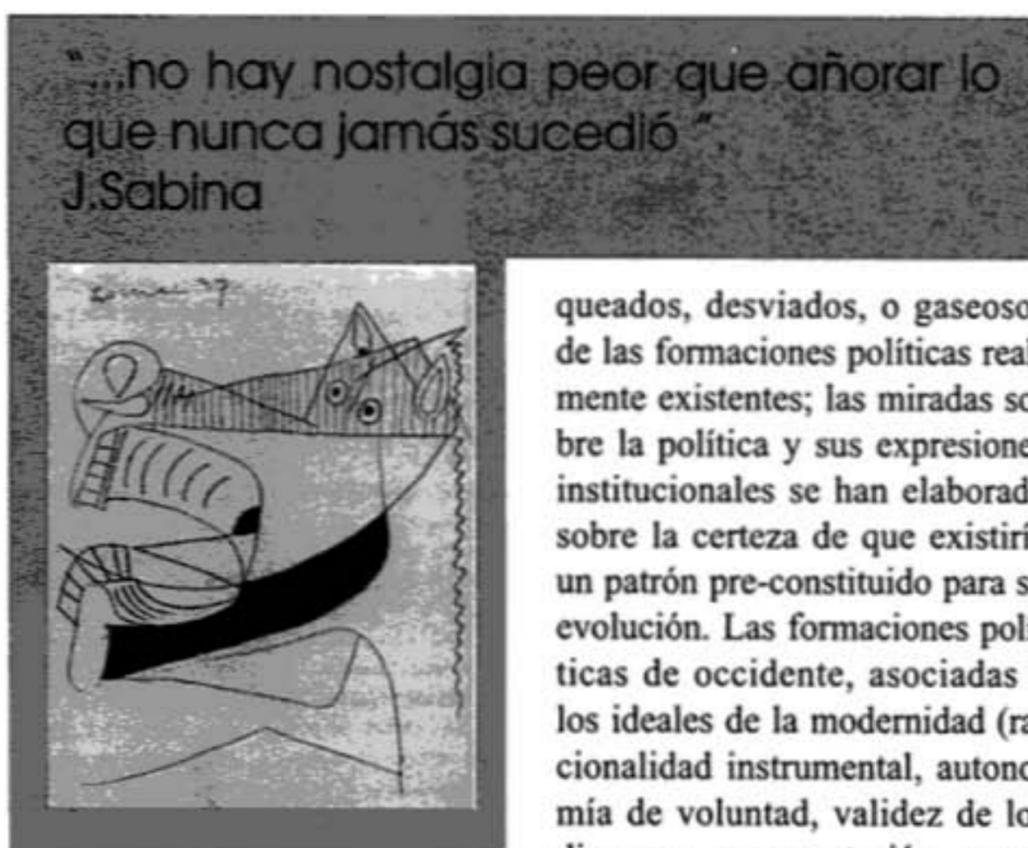
Hacia una crítica de las visiones dominantes sobre la cultura política en el Ecuador

Franklin Ramirez Gallegos
Estudiante de FLACSO-Ecuador (1)

1. Preguntas iniciales

Las serias pruebas por las que actualmente atraviesan las democracias de los países de América Latina, sobre todo aquellas que administran sus economías desde los esquemas neoliberales, han hecho que gran parte de la investigación social y política desplegada desde mediados de la década pasada se centre en el problema de gobernabilidad de nuestras sociedades y de sus condiciones para consolidar, profundizar y radicalizar la democratización.

Hace algunos años, relata Sánchez Parga, cierto investigador, al interrogarse sobre la gobernabilidad de la sociedad, se planteaba una serie de hipótesis: contradicción entre demandas sociales y modelo económico de desarrollo; distancias socioculturales entre sociedad y Estado; persistencias de populismos y



caudillismos frente a la racionalidad política de la democracia - que al final se podrían reducir a la idea de que existiría un "estado incompleto de formación de la nación". Ahora bien, la misma objeción puede plantearse a este factor conclusivo: ¿por qué razón nuestras sociedades resisten a completarse en una forma acabada de nación? (cfr. 1991).

La idea es relevante para poner en discusión una de las conclusiones analíticas que con más recurrencia se ha construido sobre el problema de la democracia, la nación o el estado de los países de la región: resulta que en ellos se verifican formas inacabadas, "a medias", o incompletas de democracia, nación y Estado; procesos truncos, blo-

queados, desviados, o gaseosos de las formaciones políticas realmente existentes; las miradas sobre la política y sus expresiones institucionales se han elaborado sobre la certeza de que existiría un patrón pre-constituido para su evolución. Las formaciones políticas de occidente, asociadas a los ideales de la modernidad (racionalidad instrumental, autonomía de voluntad, validez de los discursos, representación, emancipación, igualdad, libertad, etc.) son elevadas como referentes empíricos y teóricos de lo que en nuestros países debería consolidarse. Las especificidades de la región son estudiadas en muchos casos más como desviaciones de la norma que como expresiones singulares o modalidades alternativas de la práctica política.

A la luz de esta idea, en este ensayo pretendo efectuar un análisis crítico del uso del concepto de "cultura política" desplegado en buena parte de trabajos sobre la cuestión democrática producidos en el país durante la última década, con la sospecha de que en ellos se recrea, precisamente: a) una visión teleológica del problema; b) una utilización más normativa que analítica de la ca-

tegoría examinada; y, c) una escasa aproximación antropológica-etnográfica.

Para ello, en primer término, revisaré algunas de las argumentaciones recurrentes respecto de la caracterización de la cultura política en el país para luego ensayar observaciones teórico-metodológicas acerca de sus debilidades. Finalmente, expongo una aproximación bastante influenciada por la antropología post-estructuralista para re-pensar la utilidad investigativa del concepto.

Cabe advertir que, en lo fundamental, procuraré no discutir los argumentos contenidos en las caracterizaciones de la cultura política del país -es decir que no busco discutir acerca de la validez, precisión, y verosimilitud de las representaciones de ésta; el presente ensayo apunta a cuestionar más bien las modalidades, estrategias analíticas o aproximaciones intelectuales con las que se ha utilizado tal concepto.

Aunque este ensayo no es exhaustivo en la revisión de autores y trabajos sobre el tema, creo que da cuenta de una tendencia analítica dominante en la aproximación al problema de la democracia y la cultura política en el Ecuador.

2. Vías de análisis

Los estudios producidos en el Ecuador a lo largo de la década que termina han apuntado, en gran parte, a la disección de las formas en que se ha viabilizado el proyecto democrático en cuanto marco político para la convivencia e integración social. En todos ellos se evidencia que la democracia en el Ecuador aún es una tarea por cumplir, tal vez, la más urgente y compleja para el proceso de consolidación

socio-económica del país.

Se podría plantear que los análisis que se han desplegado para la comprensión de la "incompletud" de la democracia en el Ecuador están direccionados en torno a dos ejes teórico-metodológicos que, por lo demás, en muchas ocasiones apenas dialogan entre sí:

a) un énfasis en la dimensión institucional de la democracia. En este caso, el problema del déficit democrático radicaría en la fragilidad de las instituciones públicas, en una normatividad desprolija, incapaz de consolidar reglas de juego de carácter vinculante para todos los actores (2). Según tales interpretaciones, la consolidación de las democracias de la región pasa por una recomposición institucional con miras a procurar una gestión pública eficiente acorde con las nuevas exigencias del modelo de desarrollo basado en los procesos de integración y liberalización económica. Ello equivale a poner el acento en la búsqueda de mejores rendimientos de la capacidad de gobierno de los sistemas políticos (3), sin perder de vista el componente representativo de la democracia. Se trata en suma de descomplejizar el proceso de toma de decisiones del sistema político.

De allí que la noción de gobernabilidad esté asociada con la consolidación de las organizacio-

nes, procedimientos, normas comunes, etc. que sean reconocidas por todos los actores relevantes del sistema. Se trata de prestar atención al grado con que las relaciones estratégicas obedecen a fórmulas estables y mutuamente aceptadas: fórmulas para procesar conflictos, demandas y reivindicaciones de todos los actores sociales interpelados por el orden político. Se puede apreciar una tendencia clara a delimitar el problema de la gobernabilidad a una situación en que las instituciones y organizaciones estatales son capaces de implementar de manera exitosa y estable sus planes y políticas, logrando así una razonable proporción de éxito en sus objetivos explícitos. El alcance de tales metas debe ser fijado a partir de la disposición de regímenes normativos coherentes, estables y contruidos socialmente por los actores relevantes de determinada unidad nacional.

b) Una corriente de argumentación orientada a tratar el problema de la consolidación democrática tomando como principal factor explicativo la cultura política existente en el medio. Este nivel de reflexión alude a comprender la relación entre un régimen político tendencialmente



Los análisis llevados a cabo para la comprensión de la democracia en el Ecuador han estado direccionados en torno a dos ejes: el institucional y el de la cultura política

democrático y un conjunto de valores, representaciones y prácticas sobre la política que no habría asimilado o incorporado este nivel normativo.

En otras palabras, el problema de la consolidación del orden democrático se explicaría ya no desde el tipo de instituciones y normas para la gestión pública eficiente del orden político, sino por un desfase entre los valores movilizados por los sujetos políticos en sus prácticas y “el tipo de valores políticos que requiere la democracia para operar con relativa normalidad” (Burbano de Lara, 1998:4), entendida ésta en las funciones que el discurso normativo de la política moderna le

Así, parecería haber una suerte de consenso latente entre tales estudios en cuanto a considerar la cultura política ecuatoriana como un obstáculo para la democratización de la sociedad (5). Se trata de argumentos que tienden a contraponer los avances en la elaboración de los contenidos, la concepción y el diseño institucional de la democracia -sobre todo desde el retorno al Estado de Derecho en 1978- con un sustrato simbólico y cultural reacio a adecuarse a los imperativos éticos y pragmáticos que dicho marco normativo debería imponer.

En efecto, uno de los rasgos más destacables de las reflexiones sobre cultura política realiza-

Lara, 1998: 4) o “contradicción” (Pachano, 1996a y 1996b: 73-74) tiene como efectos, una constante informalización de la política, y una carencia de legitimación del orden constitucional democrático y del Estado, en sus valores y sus pragmáticas (ibid.).

La cultura política aparece en estos relatos como un obstáculo, como algo que ejerce un bloqueo sistemático al “normal” funcionamiento de las instituciones democráticas. El problema de la gobernabilidad democrática queda reducido de esta forma a una suerte de inadecuación entre los mecanismos “modernos”, “racionales” y “técnicos” de administración política de lo social y las representaciones y ejercicios cotidianos de la política todavía anclados en valores tradicionales. Estamos frente a una visión “confrontacionista” entre el sistema/régimen político y las decodificaciones culturales que de ellos se hace en las prácticas políticas de sus principales mentores y en general de toda la ciudadanía.

Una conclusión, general, de estos estudios plantea que la distancia entre estos dos componentes de la democracia ha degenerado en una escasísima participación política de la “sociedad” en la vida democrática del país: el pueblo no habría participado en la proclamación de la democracia ni en sus sucesivas reconstituciones. El Ecuador no tiene ciudadanos (Sánchez Parga, 1991), no tiene “sociedad civil” (Pachano, 1996b), no existe participación política.

La forma “ciudadano”, requisito insalvable en la tarea de formar un régimen político democrático, se arguye, no habría cristalizado en la sociedad ecuatoriana; el tejido social del país estaría constituido más bien por “formaciones pre-sociales



Habría una marcada imposibilidad por parte de los actores políticos locales de asumir los comportamientos y valores político-culturales propios de la modernidad

demanda. Es decir, habría una marcada imposibilidad por parte de los actores políticos locales de asumir los comportamientos y valores políticos y culturales propios de la modernidad en el capitalismo.

3. Las lamentaciones

En vista de que la reflexión que se desarrolla en este ensayo se moviliza dentro de la segunda arista analítica descrita, es conveniente realizar algunas puntualizaciones adicionales sobre las características teóricas, metodológicas y, en general, sobre los resultados producidos por tales estudios “culturalistas”(4).

dos en el país tiene que ver con una recurrente caracterización de ella en términos de representaciones y relaciones sociales que terminan por obstaculizar o contaminar cualquier avance en la configuración procedimental del sistema político imperante. El argumento puede ser resumido en los siguientes términos: la cultura política no se rige ni coincide con los “valores” expresados en los marcos institucionales vigentes, de esta forma, las prácticas políticas de los ciudadanos llevan a la política a una suerte de “más allá”, un terreno indefinido, de los marcos normativos propuestos por el orden democrático. Este “desajuste” (cfr. Burbano de

o pre-políticas asociadas con el predominio de corporalidades comunales, gremiales, asociativas que ocultan y deforman una expresión individual” y auto-referida de lo político (cfr Sánchez-Parga, 1991:48-49). Los mínimos niveles de participación de la población civil en los canales institucionales fijados para el ejercicio democrático de la política (la ya mencionada informalización de la democracia), la deformación de los mecanismos de representación política bajo la figura de relaciones clientelares o caudillistas, la indiferencia, pasividad o desencantamiento cada vez más acentuados por los problemas políticos públicos que enfrentan los gobiernos de turno son, entre otros, algunas de las expresiones con que se ha verificado la carencia de ciudadanías modernas-democráticas.

En suma, estamos frente a una visión “negativizada” de la cultura política vigente: Simón Pachano concluye que en el país existe “una cultura política que no logra expresar identidades colectivas y que no se plantea como objetivo la constitución de un orden consensual” (1996b: 77); Felipe Burbano, por su parte, señala que “(l)os límites del liberalismo dejan como huella en la cultura política moderna ecuatoriana, la ausencia de una noción fuerte, clara, incontestable, de igualdad ciudadana” (1998: 16). Al margen de considerar el alcance de estas interpretaciones, resulta bastante problemático encarar la caracterización de determinado objeto o problema de estudio, reiteradamente, en términos de aquellos elementos que no posee. Parecería ser que, en lugar de preguntarse por las particularidades de las expresiones culturales sobre la política, se las evalúa en función de un “más

allá” previamente fijado y que, sobre todo, aparece como una meta única e ineludible.

De esta forma, la cultura política existente queda caracterizada como un espacio donde abundan enclaves anti-institucionales, preciudadanos, no-legitimantes, poco participativos, es decir, anti-democráticos. Quisiera argumentar que este tipo de aproximación impide otorgar sentidos propios a la cultura política local, y así, la vacía de contenidos y

Variadas concepciones hacen que la cultura política aparezca como una suerte de agujero negro: todas sus cualidades son definidas en el ámbito de las carencias, de los bloqueos, de las fracturas

bloquea la construcción de una visión desagregada de sus estructuras internas. De ahí que, como efecto discursivo de los relatos considerados, la cultura política sea entendida repetidamente como un terreno baldío que debería ser afectado o sembrado con los valores de la institucionalidad democrática moderna.

Este procesamiento hace que, ante nuestros ojos, la cultura política aparezca como una suerte de agujero negro: todas sus cualidades son definidas en el ámbito de las carencias, de las ausencias, de los bloqueos, de las fracturas. Bajo esta mirada, los valores imperantes en las democracias occidentales modernas son asumidos como necesidades básicas o pres-

cripciones ineludibles para la consolidación de los sistemas políticos locales.

No se trata de negar la posibilidad o la necesidad de que entre el sistema político y el ámbito de la cultura política existan puntos de intersección o de que incluso sus desarrollos converjan hacia un mismo fin, sino de advertir las dificultades que este tipo de visiones, que rayan en los límites del evolucionismo, tienen a la hora de ensayar trabajos de investigación más exhaustivos. Trabajar dentro de un marco interpretativo como el descrito aquí encierra el peligro de mirar de forma pre-juiciada y esquemática a los valores y prácticas de los actores sociales y políticos en sus relaciones con la esfera de la política.

La recurrencia en una descripción que vacía de contenidos propios, afirmativos o positivos, y de racionalidades diversas, a las culturas políticas del país, dejaría entrever el predominio de una lectura unívoca y poco plural de las diferentes estrategias con que los sujetos sociales operan en el orden institucional y en el mundo de la vida.

En efecto, tal y como el concepto de cultura política ha sido utilizado en la mayoría de trabajos efectuados en el medio, se puede concluir en que se presenta más como una categoría con un claro tinte normativo -asociado a la imperativa construcción de una cultura política democrática- que como un instrumento analítico para suscitar reflexiones exhaustivas sobre las representaciones de la cuestión democrática.

Lo anterior hace que no resulte difícil percibir la constitución de un tono de lamentación y nostalgia, en los relatos de los sociólogos y politólogos del

Los trabajos realizados ponen en juego una visión en exceso sincrónica de la cultura política

medio, por escenarios democrático-modernos de otros lugares y tipos. En efecto, más que explicaciones elaboradas sobre los elementos constitutivos de la democracia ecuatoriana, tengo la impresión que los estudiosos del tema han montado un tipo de discurso quejumbroso y desgarrador sobre los avatares de nuestro sistema político.

4. El deshuesamiento

Con miras a tomar distancia de los marcos conceptuales sobre los que reposan este tipo de reflexiones en torno del problema de la cultura política, es necesario precisar ciertas consideraciones adicionales sobre sus proposiciones teórico-metodológicas:

a) el concepto de cultura política es escasamente elaborado, y acotado (6): si bien reconocemos que en general se trata de una categoría gaseosa y bastante indeterminada, se observa demasiado énfasis en su nivel "actitudinal" o valórico. Es ilustrativo referirse a la forma en que Oswaldo Hurtado define el concepto: "...el conjunto de actitudes, creencias y sentimientos que dan significado a un proceso político, proporcionándole los supuestos y normas que orientan el gobierno de una sociedad" (1994: 107.). Como se puede ver, el ámbito de las prácticas de los diversos actores sociales a través de las que toman forma los sustratos simbólicos con que se representa al sistema político prácticamente no existe o queda relegado a un segundo plano.

El estudio de Felipe Burbano, del mismo modo, aborda el pro-



blema de la cultura política únicamente a través del análisis de los "discursos del poder", a saber, un análisis de la retórica producida por ciertos actores políticos representativos -presidentes, diputados, intelectuales- de los movimientos liberales, populistas y, más recientemente, modernizadores (las tecnocracias neo-conservadoras). Sin descartar del todo una entrada de este tipo, sería pertinente para tratar de aproximarse con más precisión al problema, preguntarse por la forma en que tales discursos son consumidos, actuados y resignificados por los sujetos sociales a los cuales van dirigidos (cfr. 1998).

No trato de oponer discursos a prácticas, creo que se trata de ámbitos mutuamente constitutivos. Las construcciones discursivas, las configuraciones lingüísticas o las enunciaciones verbales son por sí mismas actividades concretas de los individuos; de ahí que un examen preciso de las formaciones culturales requiere de una doble lectura: examinar tanto las producciones textuales de los actores como el régimen efectivo de funcionamiento de sus acciones diarias (7).

En el mismo nivel de imprecisión conceptual, parecería inapropiado realizar una lectura del concepto en cuestión asociándolo indiscriminadamente con aquel de "vida cotidiana", como se lo ha hecho en el trabajo de S. Pachano (cfr. 1996b). Una homologación instantánea entre las dos categorías resulta problemática por cuanto la categoría "vida cotidiana" abarca un conjunto de representaciones y actuaciones que trascienden el campo de la política.

b) En general, los trabajos realizados ponen en juego una visión en exceso sincrónica de la cultura política. No problematizan las tensiones entre aquellas representaciones y prácticas de larga maduración y aquellas de elaboración más reciente. La relación entre tematizaciones continuas y novedosas está en general ausente, lo que redundará en un enfoque funcionalista (8) de la cultura política. Los procesos de formación, las causalidades que dieron origen a sus manifestaciones actuales quedan invisibilizadas. Por ejemplo, el estudio de Carlos de la Torre (1996) adopta como estrategia analítica la observación de las campañas electorales de líderes populistas durante un período muy acotado -concretamente la segunda vuelta electoral de 1996 y algunos actos proselitistas de 1992- y a partir de allí extrae conclusiones generales para todo el país. Esto dice mucho respecto de la ausencia de visiones comparativas a nivel temporal y de sus consecuencias a la hora de producir una visión poco diferenciada de las representaciones sobre la política. (9)

c) En relación con lo anterior, cabría advertir que para el estudio del problema de la cultura política del país se ha hecho muy

poco uso de una estrategia comparativa. La posibilidad de hablar en plural de las culturas políticas, que a mi juicio es la más apropiada, queda estancada a pesar de las diferencias regionales, urbano-rurales, de género, étnicas, económicas, generacionales e históricas que caracterizan a los diferentes actores sociales y políticos. Podría pensarse que estas lecturas están permeadas por la fuerza del imaginario de "lo nacional"; la idea de forjar un Ecuador homogéneo, compacto, eficazmente unificado, redundante en una visión unitaria de las expresiones culturales sobre la política.

Del mismo modo, la escasa atención a la existencia de una diversidad de culturas políticas se refleja en una poca diferenciación entre las prácticas y discursividades de la clase política y aquellas de los ciudadanos comunes. En cierta forma, se podría pensar que la visión que se ha construido sobre "nuestra" cultura política corresponde sobre todo a las reflexiones producidas sobre las élites políticas (10), teniendo, por lo demás, un efecto homogenizante acerca de éstas.

d) Para la mayoría de trabajos realizados resulta pertinente advertir acerca de su escasísimo aporte investigativo. Las reflexiones existentes responden a ensayos auto-referidos, especulaciones de los autores, marcos teóricos acompañados de hipótesis y preguntas explorativas (11). En este nivel toma cuerpo la dificultad de etiquetar como "culturalistas" a este tipo de accesos analíticos, ya que, salvo casos contados, como el trabajo ya referido de Carlos De la Torre (1996), no se han producido trabajos investigativos depurados o amplios levantamientos informativos so-

bre las prácticas y discursos de los sujetos sociales de forma tal a especificar las características propias de las culturas políticas presentes en el medio (12).

Quisiera destacar a continuación que dentro de los trabajos referidos existe un tipo de argumentación que, como su principal atributo, busca tomar distancia de las formulaciones anteriormente reseñadas por cuanto enfatizan en la necesidad de terminar con visiones teleológicas sobre la cultura política y reivindican la urgencia de decantar las racionalidades específicas con que los actores sociales se relacionan, consumen y significan el orden democrático.



La posibilidad de hablar en plural de las culturas políticas queda estancada a pesar de las diferencias regionales, de género, étnicas, económicas

Tengo en mente, sobre todo, los trabajos de Fernando Bustamante (1996 y 1997) y en cierta medida la investigación de Car-

los de la Torre. Se trata de un tipo de reflexión con distintos matices: encara el problema de la cultura política buscando dotarla de significados propios, sentido positivos, ya no se la estudia como un campo en permanente conflicto con el nivel procedimental del orden democrático. No se trataría más de un espacio de desfase, divorcio, contradicción o bloqueo con respecto al sistema político. Por el contrario, se promueve la exploración de las estrategias, identidades y discursos presentes entre los actores sociales y políticos en su relación con el mundo de las instituciones democráticas de forma tal que aparezcan como su parte constitutiva y constituyente.

En esta visión, que peca también de ser sincrónica, poco comparativa y -sobre todo en el caso de Bustamante- asentada en un casi nulo trabajo de campo, existen algunos elementos para plantear una lectura alternativa de los avatares de la democracia ecuatoriana por fuera de su dimensión formal. Así, tal autor advierte que habría que entender el problema de la cultura política sin asociarla indiscriminadamente a los rendimientos de un buen gobierno "racional a su vez ligados a un concepto normativo, nómico de la vida pública" (1996: 145). La gobernabilidad democrática aparece como un efecto sistémico, resultado de las acciones de muchísima gente pero no ocurre necesariamente porque la gente la busca expresamente. Los objetivos y estrategias de los agentes humanos van posiblemente por otro camino, apuntan a lo que podríamos llamar "objetivos particulares", los cuales están regidos por deseos, necesidades y moralidades que no tienen por horizonte explícito -y no tienen por qué hacerlo- el logro de metas nacionales "buenas"

-legitimidad, eficiencia, racionalidad, orden, etc. (cfr. 1997: 58).

Al entender que el problema de ingobernabilidad sólo aparece si uno se coloca como un observador puesto en el lugar de (o programado por) la "ratio universalista de la modernidad" cuyo ethos debe ser extendido a todo el sistema político, Bustamante propone que para entender el funcionamiento de nuestra democracia es necesario investigar "ese mundo de necesidades, estrategias y prácticas cotidianas que en su rutinario despliegue tienen el efecto acumulativo de hacer difícil la racionalización del mando estatal" (1997: 58).

Tal tesis parece coincidir con la perspectiva del estudio de De la Torre, quien señala que en lugar de soñar con un futuro en el que por fin se llegue a imitar las formas occidentales supuestamente racionales y modernas de hacer política, sería conveniente partir de las particulares características de la cultura política local: "lo importante es estudiar lo que es específico a nuestra versión de la modernidad... en lugar de esperar que el progreso nos equipare con las prácticas políticas de los países democráticos occidentales", y no crear así sistemas políticos supuestamente modernos y racionales por la simple promulgación de leyes y decretos (cfr. 1996: 14 y 75).

En suma, estos autores narran la idea de que los sujetos políticos no desarrollarían su vida cotidiana y sus expectativas y prácticas respecto de la política en los términos esperados para un "normal" funcionamiento de las instituciones democráticas. Se disuelve, al menos desde sus consideraciones teóricas (13), la idea de un tipo de cultura política irracional, anti-institucional, pre-ciudadana, etc.,

para tratar de contemplarla en sus estructuras y relaciones internas propias. La repetida desiderata por formaciones políticas modernas, racionales o eficaces queda de esta forma -al menos- problematizada.

Al margen de asumir si estas explicaciones son suficientes para entender la cuestión democrática en el país, resultan pertinentes por cuanto marcan un

Se trata de estudiar el proyecto de transformación política en términos más amplios y no simplemente como una mera conjugación de artificios técnicos, jurídicos y normativos

importante desplazamiento argumentativo -por fuera de las miradas evolucionistas con que se ha tratado el tema- que podría propiciar un acercamiento más detenido y diferenciado a las modalidades de expresión de las culturas políticas del país.

5. Culturas políticas: precisiones conceptuales

Los enfoques que centran su atención en el problema de la cultura política tienen como característica y ventaja comunes el hecho de problematizar la suficiencia o capacidad real de las reformas de ingeniería institucional tan difundidas en los actuales re-diseños de los Estados de la región. Con ello se quiere decir que debe prestarse mayor

atención al hecho de que formas institucionalizadas, estables, racionales y universalistas de gestión pública solo podrían llevarse a cabo si existen las condiciones ideológicas, valorativas y éticas que permitan a los ciudadanos comunes asumirlas en sus prácticas cotidianas (cfr. Bustamante 1996:150-157). Se trata de estudiar el proyecto de transformación política en términos más amplios y no simplemente como una mera conjugación de artificios técnicos, jurídicos y normativos.

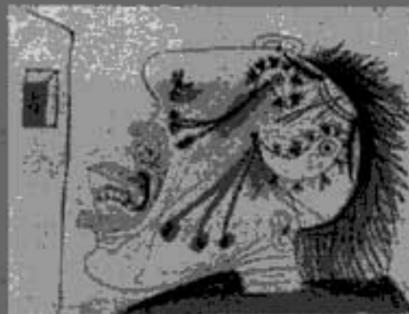
No es cuestión de descartar el análisis institucional como base para la comprensión del orden democrático producido, sino de llamar la atención hacia la búsqueda de lecturas más sólidas sobre una cualidad de nuestras democracias que tanto institucionalistas como culturalistas comparten, si bien con distintos acentos: para los primeros habría una creciente distancia entre las instituciones políticas y las experiencias y expectativas sociales, mientras que para los segundos esta distancia es visualizada más bien en términos de una notable contradicción, a tal punto de que las culturas políticas existentes desbordan, rebasan y fracturan el ideal democrático. En cualquier caso, queda claro que no es posible abordar los procesos de reforma institucional en vigencia sin indagar simultáneamente el campo de la cultura política. Peor aún cuando los padecimientos del Estado y el actual fracaso del modelo neoliberal nos enseñan los límites de la racionalidad formal para cohesionar y dar señales de certidumbre a la vida social exclusivamente a partir de la administración burocrática o del mercado. De allí que estudiar la cultura política equivale a estudiar la producción de esa trama

cultural sobre la cual descansan las instituciones políticas.

El preámbulo teórico que pongo en juego a continuación tiene como objetivo llamar la atención sobre dos aspectos: a) reconstruir e interpretar la formación de las culturas políticas existentes obliga a poner en diálogo la memoria que los actores sociales guardan sobre el sistema político y las actuales representaciones/actuaciones en su torno; es un llamado de atención para recuperar una visión histórica sobre el estado de las cosas: con Robert Castel, asumo que el presente no es sólo lo contemporáneo, es más bien un efecto de herencia, y la memoria de esta herencia nos es necesaria para comprender y obrar hoy. Se trata de movilizar la memoria, como un ejercicio hermenéutico, que implica volver al pasado con un interrogante que es actualmente el nuestro, la posibilidad de entender las angustias de la democracia, y escribir el relato del advenimiento y las principales peripecias de lo actual (cfr. 1997: 26); b) existe una diversidad práctica y discursiva de ejercer la ciudadanía: es el mundo de las culturas políticas donde se recrean distintas interpretaciones y subjetividades sociales que están en permanente conflicto y competencia política.

Para empezar es conveniente realizar algunas precisiones conceptuales en lo relativo a la relación entre el nivel institucional-normativo de la democracia y la trama cultural a ella asociada. Resulta de bastante utilidad para ello traer a colación la distinción que efectúa Norbert Lechner entre “la política” y “lo político” (cfr. 1994).

En primera instancia cabría mencionar que estudiar la cuestión democrática implica dar cuenta de sus dos grandes dimensiones, a saber, una de carácter



No es posible
abordar los
procesos de
reforma
institucional en
vigencia sin indagar
simultáneamente el
campo de la cultura
política

instrumental-pragmático -que se refiere a su rendimiento como sistema de gobierno y administración sociopolítica- y la otra de índole cultural que alude al ámbito de las representaciones, discursos y prácticas con que el orden democrático es asumido (o no) como elaboración social compartida.

Así, la esfera de “la política” en términos generales tiene que ver con los sistemas de representación y aquellos de administración pública, se trata de un ámbito en que se tematiza y se procura descomplejizar el proceso de toma de decisiones. (14) Por otro lado, “lo político” se refiere a las experiencias cotidianas de las personas sobre el orden común que constituyen la materia prima de la cual se nutre la política institucionalizada. Lo político escapa a cualquier defi-

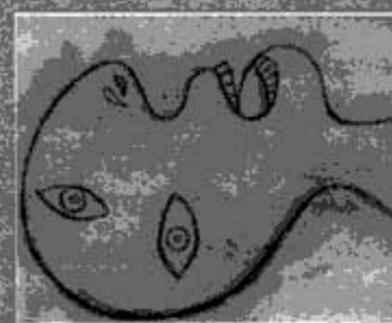
nición substantiva y en su torno es difícil fijar parámetros definitivos, sin embargo, “tampoco es un mero espacio virtual que puede ser llenado con cualquier contenido” (Arditi, 1993 en Lechner, 15: 1994). Lo político relaciona la vida social con la comunidad de ciudadanos, circunscribiendo la constelación siempre variable de elementos múltiples que configuran el orden. Se refiere a las relaciones, mediaciones y proporciones entre ambos niveles, de ahí que resulte difícil su definición, pero ignorarlo implicaría amputar a la política y reducir el fenómeno democrático a sus manifestaciones más visibles. Es decir, si se limitan las investigaciones a la política institucionalizada se refuerza precisamente el carácter oculto con que viene desenvolviéndose y que ya ha sido correctamente denunciado (Habermas, 1992; Telles, 1993).

Entre la esfera de “la política”, en cuanto práctica institucionalizada, y aquella de “lo político”, entendida como el conjunto de formas en que imaginamos, vivimos y valoramos el orden, se tejen un conjunto de relaciones de influencia recíproca; esto hace que los universos simbólicos y las representaciones subjetivas que se construyen en torno del problema democrático estén ligados con el recorrido del sistema político, sus transformaciones y continuidades: la cultura política como productora de la acción política, es decir, las instituciones dependen de la cultura política pero también contribuyen a formarla y modelarla (cfr. Lechner, 1987: 9).

La noción de cultura política -a diferencia de la de opinión pública- alude a pautas consolidadas a través del tiempo. Pero, a la vez, la cultura política incorpora permanentemente nuevas



En la esfera de la política se tejen un conjunto de relaciones de influencia recíproca; esto hace que los universos simbólicos y las representaciones subjetivas estén ligados con el recorrido del sistema político



interpretaciones de la realidad. Una de las dificultades de investigaciones que se diseñen al respecto, consiste precisamente en ponderar la relación entre las pautas establecidas, transmitidas mediante largos procesos de socialización y las nuevas ofertas de interpretación, aportadas por "productores de sentido" de diversa índole. (ibid)

El énfasis en plantear una mirada "arqueológica" de las culturas políticas vigentes, entonces, alude al entendimiento de que en ellas se procesan simultáneamente temas, asuntos, o identidades con una larga data de maduración, y tópicos y formaciones culturales/interpretativas de más reciente origen. Las culturas políticas son producciones discursivas y prácticas que sedimentan diversos esquemas representacionales, en correspondencia -frágil o estable- con la evolución del ámbito institucional de la política. Los ejercicios reflexivos que se interesen en el tema deberían indagar por tal proceso de sedimentación, con miras a detectar tanto las regularidades como las discontinuidades temáticas.

La reconstrucción histórica de los significados y las modalidades de interpretación del sistema político -que de una u otra manera otorgan sedimentos legitimantes al orden democrático- por parte de los sujetos sociales involucrados diferenciadamente

en cada contexto político, constituiría un acceso metodológico privilegiado para construir un campo analítico consolidado sobre el tema en cuestión (15).

Para desglosar la categoría "cultura política", cabe señalar que algunas definiciones previas enfatizan en que este concepto: a) tiene una dimensión relacional que permite confrontar las orientaciones colectivas de dos o más actores respecto de cuestiones políticas; b) de allí que no sólo lo que entendemos por política sino incluso la conformación de sujetos hacen parte del fenómeno a estudiar; determinar la cristalización de las identidades colectivas es parte constitutiva del análisis de las culturas políticas existentes (cfr. Lechner, 1987; Burbano de Lara, 1998).

Sin embargo, en contra de una visión que alude a la cultura política como una instancia que no abarca la acción propiamente tal sino solamente las orientaciones para la acción (cfr. Lechner, 1987: 11; Hurtado, 1994: 107), cabe advertir la existencia de un enfoque que pone el acento en la dimensión práctica-material de la cultura en tanto productora de significados, valores y subjetividades.

Bustamante propone, en una primera visión general del concepto, que el problema de la cultura política se refiere a la existencia de programas opera-

cionales o algoritmos que permiten a los actores sociales inventar, crear y desarrollar respuestas adecuadas a circunstancias nuevas. Se pone de manifiesto que gran parte del bagaje intelectual y afectivo de las personas está constituido por pragmáticas más que por normas y valores que proporcionarían respuestas fijadas de antemano a los problemas de la existencia cotidiana. De ahí que explorar la cultura política de un pueblo o grupo social implica no solo hacer referencia a las ideas y valores ya existentes sino, además, indagar sobre la forma cómo la gente configura la síntesis, producción, interpretación y reinterpretación de estos contenidos para responder a problemas que cada vez se presentan de forma inédita. En estos enfoques la cultura es entendida como medios de acción práctica (cfr. 1996).

Por ello, es posible sostener que bajo el término cultura política se designa a un conjunto de ideas, normas, creencias, valores y prácticas de resolución de problemas. Una definición como esta asume que la gente usa y aplica estos contenidos de la conciencia, sin descartar que estén a su vez determinados, en alguna medida por otros factores, pero siempre guardando alguna relación con éstos en uno u otro sentido. La cultura, entonces, trata de ser entendida en su estructura interna: o la cultura es

un factor explicativo de última instancia o un mecanismo importante a través del cual los factores verdaderamente explicativos actúan y se hacen efectivos (ibid.).

Esta definición, de corte más antropológico, enfatiza en los aportes de las teorías post-estructuralistas acerca de la relación entre prácticas y discursos entendidos como productos culturales (textos) sujetos a múltiples interpretaciones y desde las cuales se incide en la ampliación, reducción o cambio de la esfera de lo político y de las formas institucionales de hacer política. Algunos teóricos de la cultura popular, como De Certeau (1984) o Willis (1990), han resaltado la forma en que la cultura envuelve un proceso colectivo e incesante de producción de significados que modelan la experiencia social y configuran las relaciones sociales. La cultura ha sido definida en este enfoque como “el sistema de significación a través del cual necesariamente...un orden social es comunicado, reproducido y explorado” (Williams, 1981:13).

Sobre la base de accesos hermeneúticos y semióticos, la antropología interpretativa se ha desplazado hacia una comprensión no positivista y parcializada de la cultura, en parte dirigida por la metáfora de la “cultura como textos”. Uno de los aspectos más usados de la interpretación post-estructuralista de cultura en la antropología contemporánea es su insistencia en el análisis de la producción y significación de sentidos y prácticas, como aspectos simultáneos y profundamente ligados de la formación de la realidad social. Así, mientras la antropología más clásica ha tratado generalmente de ligar el análisis

de “lo simbólico y lo material”, las contribuciones en las teorías del discurso y las representaciones han provisto de instrumentos para una mejor comprensión de la constitución mutua, e incluso inseparable, de los significados y de las prácticas. (cfr. Alvarez/Escobar/Dagnino, 1997).

En otras palabras, tanto las acciones concretas de los distintos grupos sociales interrelacionados, como el poder de interpretar la realidad social, o sea, el poder de efectuar una activa apropiación e invención del

Bajo el término cultura política se designa a un conjunto de ideas, normas, creencias, valores y prácticas de resolución de problemas

lenguaje que ellos poseen, son elementos cruciales para comprender el tipo de culturas políticas existentes, las formas emergentes de entender la política, y las diversas modalidades de visibilidad, reconocimiento o anonimato que buscan ejercer dentro de los regímenes discursivos dominantes. Es en este sentido que las “luchas sociales pueden ser vistas como guerras de interpretación” (ibid.).

Cabría, sin embargo, precisar el concepto desplegado por Bustamante con miras a especificar la dimensión exclusivamente política del concepto. Soy de la opinión que las ideas elaboradas por tal autor pecan de no diferenciar al sistema cultural en su

conjunto de aquellas representaciones referidas únicamente al ámbito de la política. Así, sería preferible usar el concepto asumiendo que “la cultura política es el dominio de prácticas e instituciones, esculpidas de la totalidad de la realidad social, que históricamente han pasado a ser consideradas como propiamente políticas (en la misma forma en que otros dominios son vistos como propia mente “económicos”, “culturales” y “sociales”)” (Alvarez/Escobar/Dagnino, 1997: 12). (16)

En este sentido, se puede argumentar que a) aunque en cada sociedad exista una cultura política dominante, existen un sinnúmero de formaciones culturales-políticas que compiten y desafían tal hegemonía; b) La relación entre cultura y política procede, entonces, cuando se asume que un conjunto de actores sociales formados por diferentes prácticas y significados culturales entran en conflicto con otros actores.

Haciendo una lectura gramsciana del problema, la cultura política, como espacio de recreación de las interpretaciones y experiencias sobre la política, es el campo donde se construye y articula la hegemonía de determinado proyecto político en una unidad social dada. Puesto que Gramsci alude al lugar de las interpretaciones y recreaciones de la política -el ámbito de la sociedad civil- como momento prioritario con respecto a las reformas y mecanismos políticos institucionales (17), es decir, aquel en que se elaboran los consensos, expresan los conflictos y articulan las diferentes posiciones de sujeto, podría pensarse nuevamente en que se trata de un espacio saturado de diferentes concepciones sobre la política y el

Lo cultural es política porque los significados son constitutivos de procesos que buscan redefinir las relaciones de poder



mundo social en general, y que cada una de ellas busca las formas de aparecer y legitimar su existencia. La pluralidad de las culturas políticas, imbricadas en relaciones de competencia y poder, aparece con fuerza en esta lectura.

Esta politización de la cultura acepta que los significados y las prácticas -particularmente aquellas teorizadas como marginales, críticas, oposicionales, minoritarias, residuales, emergentes, alternativas, silenciadas, y otras, todas ellas concebidas en relación a un orden cultural dominante dado- pueden ser la fuente de procesos que deben ser definidos como políticos. Que esta entrada teórica sea raramente asumida en los estudios en boga, es más una señal de las restringidas nociones de política existentes que una indicación acerca de la fuerza social, la eficacia política y la relevancia epistemológica de lo político en la cultura. Lo cultural es político porque los significados son constitutivos de procesos que, implícita o explícitamente, buscan redefinir las relaciones de poder.

6. Salida

Como ya se advirtió, en general las reflexiones sobre la cultura política "ecuatoriana" no han pasado de ejercicios ensayísticos

formulados en torno a la comparación entre ciertas expresiones culturales (tal vez) existentes y el ideal de una cultura política democrática-occidental, vista como un modelo a emular, un deber ser, lo cual redundaría en una concepción negativizada, colmada de sentidos ajenos, de las culturas políticas locales. En efecto, se habla de una cultura política carente de la noción de igualdad, de ciudadanía, de individuo, de racionalidad instrumental, y por tanto anti-democrática, anti-institucional, irracional.

No se ha concebido un ejercicio de significación positiva, por decirlo de algún modo, de las expresiones culturales relativas a la política. Clifford Geertz plantea que comprender la cultura de una sociedad, de un pueblo, implica captar su carácter normal sin reducir sus particularidades, "cuanto más me esfuerzo por comprender lo que piensan, sienten, actúan los otros tanto más lógicas y significativas me parecen sus actuaciones" (1990: 26). Con este enfoque se buscaría, entonces, construir una mirada más antropológica del sustrato subjetivo de la democracia: se trataría de elaborar una suerte de etnografía "densa" que disipe la opacidad con que se ha caracterizado a la cultura política local, sobre el supuesto metodológico de que aquello es posible solamente si las formulaciones simbólicas interpretadas se orientan en función de los actores realmente existentes y bajo una mirada retrospectiva que permita construir nexos causales explicativos sobre las condensaciones culturales presentes.

Hacer una etnografía, dice Geertz, es como tratar de leer - en el sentido de "interpretar un texto" - un manuscrito extranje-

ro, casi siempre borroso, plagado de elipsis e incoherencias (1990: 19), para tratar a continuación de reconstituir su originalidad, su orden interno, sus sentidos vitales. Una mirada en exceso institucional de la democracia -asociada a los valores unívocos que la activan, la igualdad, la ciudadanía, la participación formal, etc.- parece haber bloqueado las posibilidades de comprensión de las significaciones racionales y estratégicas que los ciudadanos confieren a los actos y a los discursos con que se relacionan con la democracia.

Soy de la opinión que las experiencias de la realidad, las interpretaciones del sentido común, poseen siempre algún grado propio de estructuración, que varía según el contexto y que segmenta y organiza la facilidad del mundo de la vida cotidiana para sus actores; por ello, si se les quiere hacer justicia, tales interpretaciones de ben ser, ante todo, comprendidas en sus términos, como manifestaciones de sistemas simbólicos "construidos históricamente, mantenidos socialmente e individualmente aplicados" (Geertz, 1990: 368). De ahí que es necesario poner distancia entre interpretaciones construidas desde observadores externos, que usan sus propias pautas lógicas, a la luz de las cuales tales formulaciones simbólicas aparecen como incoherentes, asistemáticas, o suicidas y la lógica que poseen para los miembros de determinados grupos, y que aparecen con "una coherencia, una claridad y una consistencia suficientes para darle a cualquiera una oportunidad razonable de entender y ser entendido" (Schutz, en Nun, 1984: 224).

Se hace necesario revisar esa idea de racionalidad única que ha

venido gobernando los discursos dominantes de la democracia liberal, existen múltiples formas de actuar la democracia, de experimentarla, de otorgarle contenidos múltiples, tal vez en conflicto, pero que finalmente

pueden estar conduciendo a una resignificación del sistema político en su conjunto y de las representaciones unívocas que en apariencia se elaboran sobre la democracia. Se trata, en definitiva, de sentar las bases para pro-

gramas de investigación multidisciplinarios sobre el orden democrático vigente que se alejen de miradas normativas, evolucionistas o teleológicas, y que dejen de comprender al país "real" a partir del país "pre-visto".

NOTAS

(1) Quisiera agradecer los valiosos y extensos comentarios del X. Andrade a una versión inicial de este trabajo, sobre todo en lo que se refiere al alcance las etnografías y a su idea de los peligros de "sociologías sin etnografía pero con cultura" que empiezan a circular en el medio.

(2) En este nivel se ubican, entre otros, los trabajos de S. Pachano (1996a); J. Sánchez-Parga (1998); J. Echeverría (1997); y los Documentos de Trabajo del Proyecto de "Gobernabilidad" de CORDES (1997-1998).

(3) A pesar de reconocer la distinción conceptual efectuada por Sartori en torno a la existencia de "tres niveles de consenso a) consenso a nivel de la comunidad o consenso básico; b) consenso a nivel de régimen o consenso procedimental; c) consenso a nivel de acción política o consenso político" (en Pachano, 1996a), los dos últimos niveles correspondientes al régimen y al sistema político, respectivamente y el primero referido a la cultura política y a la formación de identidades sociales, quisiera advertir que en el curso de este documento usaré indistintamente los conceptos de régimen político o sistema político para referirme al nivel instrumental de la política.

(4) Más allá de los debates generados en la academia estadounidense al respecto de esta "etiqueta", uso éste término con una pretensión taxonómica y no como descriptor de una aproximación disciplinaria, sobre todo antropológica. Este uso restringido se debe - como se verá más adelante - a que tales accesos analíticos efectúan su acercamiento a lo cultural sin etnografías, entradas metodológicas derivadas desde la antropología o aproximaciones "in situ" sobre el problema en cuestión. Los estudios "culturalistas" serían, entonces simplemente, aquellos que privilegian el estudio de la cultura política por sobre

el análisis de los diseños institucionales como eje de la construcción democrática.

(5) Me refiero a las reflexiones de Felipe Burbano de Lara (1998), Simón Pachano (1996b), y Oswaldo Hurtado (1994). Este enfoque, dominante en el medio local, levanta uno de los argumentos más repetidos en los estudios sobre el tema: la cultura política como freno para la democratización de la sociedad.

(6) Es relevante al respecto señalar que, por ejemplo, en el trabajo de Carlos de la Torre titulado "Un sólo toque: populismo y cultura política en el Ecuador", no se desarrolla en ningún momento de su obra una aproximación conceptual sobre el término en cuestión, de esta forma, la categoría "cultura política" aparece como auto-referida, estabilizada, y de uso consensuado y aproblemático.

(7) Tal como señala Gail Bederman, en una clara línea foucaultiana, las construcciones intelectuales no se separan de las prácticas materiales, las prácticas diarias refuerzan a las relaciones sociales de poder. Se trata de un tipo de abordaje analítico que "simultáneamente enfoca en las construcciones intelectuales y en las prácticas materiales lo cual permite que los historiadores puedan analizar al mismo tiempo ideas y prácticas, agencia y poder" (1995: 24). Las traducciones, desde el inglés, de los trabajos de Bederman, Williams, Mouffe y Escobar/Alvares/Dagnino han sido realizadas por el autor de este ensayo.

(8) En estos relatos no importa cuáles son los componentes de la cultura política, ni como ésta se ha formado históricamente, se pone el énfasis -únicamente- en el fin o la utilidad que puede tener para construir un régimen político democrático: "La relación entre cultura política e instituciones es compleja... Sin embargo, dada la poca tradición democrática del Ecuador, parecería correcto hablar de la conveniencia de adecuar la cultura polí-

tica a las necesidades del juego institucional de la democracia" (Burbano de Lara, 1998: 4).

(9) La ausencia de una visión histórica en tal trabajo explicaría que a pesar del (rico) ejercicio descriptivo realizado, el autor no haya explorado los nexos causales y las condiciones de formación de la cultura política clientelista-paternalista -en sus propios términos- existente en el país.

(10) Estoy pensando sobre todo en los trabajos de Hurtado (1994), Burbano de Lara (1998) y en cierta medida el ensayo de Fernando Bustamante (1996).

(11) Me refiero a las aproximaciones de Bustamante, Pachano y Burbano de Lara. No trato de restar importancia a los ejercicios ensayísticos como marcos para acceder a la comprensión de determinados problemas, más aún en un contexto académico como el ecuatoriano donde los recursos para desarrollar programas de investigación social son por decir lo menos insignificantes. Sin embargo ello no obsta para que se exija a tales trabajos el reconocimiento de los límites bajo los cuales se elaboran y los sesgos personales de las interpretaciones. La incidencia que los relatos de las élites intelectuales tienen en la opinión pública y en las propias élites políticas, para definir agendas de discusión y política pública, obligaría a desarrollar pronunciamientos más metodológicamente controlados.

(12) Cabría precisar que uno de los límites de su trabajo de campo reside en que no se escuchan las voces de los sujetos sociales estudiados, la voz del autor aparece como la más autorizada para dar cuenta de los "otros". Esto tiene un efecto homogenizador sobre las características de las audiencias electorales.

(13) Quisiera señalar que una importante limitación del trabajo de Bustamante es que, como resultado de una aproximación a lo cultural sin trabajo de campo, termina por reproducir de forma sistemática ciertos estereotipos de quienes "resisten" al modelo democrático-moderno. Este problema se hace particularmente evidente en su trabajo "A la busca de la razón perdida" donde realiza un análisis de la diferente constitución de los electorados costeños y serranos en base a las recurrentes y prejuiciosas dicotomías 'emoción-razón', 'carne-espíritu' o 'tradición-modernidad': "...la sociedad andina y quiteña

puede producir políticos tecnócratas como Mahuad mientras que la Costa produce padres de familia como Alvaro Noboa o Abdalá Bucaram...es una contradicción entre la política de la presencia y el compromiso personal de un jefe de carne y hueso, y la política post-tradicional que se encuentra localizada en lo impersonal, en lo institucional, en los procedimientos, en las formas y en la racionalización desencarnada de las relaciones humanas" (1998: 33. Subrayado mío). Se observa una naturalización de ciertas imágenes estereotípicas sobre las dos regiones.

(14) En general, los países de la región, y el caso ecuatoriano no es la excepción, presentan problemas de coordinación entre estos dos niveles, existe una distancia conflictiva entre la gestión pública, el lugar y los mecanismos de toma de decisión, y los mecanismos y morfologías de la representación (cfr. Echeverría, 1997).

(15) En esta perspectiva, el pasado no es jamás un ámbito congelado que invita a una mirada objetiva y desapasionada de parte de múltiples lectores. Por el contrario, constituye un texto sujeto a una fluida variedad de posibilidades interpretativas. El giro hermeneúti-co consiste en ir más allá del presente; este ir más allá no significa la abolición de la situación histórica presente en vías a entender el pasado. El intérprete -cualquier ciudadano- no puede trascender su historicidad cuando reflexiona sobre un evento o un texto. Su situación histórica, su "horizonte particular" en términos de Gadamer, es simplemente imborrable (cfr. Gadamer, 1975, en Alejandro, 1993).

(16) Chantal Mouffe señala, por ejemplo, que la cultura política dominante en Occidente es una esfera caracterizada por ser "racionalista, universalista e individualista" (1993: 2). Como se sabe, las formas políticas dominantes en la cultura de la región, y en especial en el caso ecuatoriano, difieren en gran medida de este esquema.

(17) La "innovación" de la propuesta gramsciana, con respecto a los postulados marxistas, radica en que coloca a los planos superestructurales, donde cohabitan dialécticamente sociedad civil y sociedad política, en una relación determinante del ámbito estructural: "no es la estructura económica la que determina la acción política, sino la interpretación que se haga de ella y de las llamadas

leyes que gobiernan su desenvolvimiento" (Gramsci, en Bobbio, 1985: 352. Subrayado mío). Tal momento interpretativo ocurre en el seno de la sociedad civil y Gramsci lo calificó como "catársis", es decir, el paso del momento meramente económico al momento ético político: "...la elaboración superior de la estructura en la superestructura en la conciencia de los hombres..." (ibid.).

BIBLIOGRAFIA:

- ALEJANDRO, Roberto. *Hermeneutics, Citizenship and the Public Sphere*, State University of New York Press, 1993.

- ALVAREZ, Sonia, DAGNINO, Evelina y ESCOBAR, Arturo. "The cultural and the political in Latin American Social Movements" (Introduction), en *Cultures of Politics / Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*, Mimeo, Abril, 1997.

- ARDITI, Benjamin. "Tracing the political", Mimeo, 1993.

- BEDERMAN, Gail, "Remaking Manhood through race and civilization", en *Manliness and civilization: A cultural history of Gender and Race in the United States, 1880-1917*. Chicago: University of Chicago Press, 1995.

- BOBBIO, Norberto. "Gramsci y la concepción de la Sociedad Civil", en *Estudios de Historia de la Filosofía*, Editorial Debate, Primera Edición, 1985.

- BURBANO DE LARA, Felipe. "Cultura política y democracia en el Ecuador: una aproximación a nuestros vacíos", documento de trabajo #10, Corporación de Estudios para el Desarrollo (CORDES), Proyecto de Gobernabilidad, Quito, 1998.

- BUSTAMANTE FERNANDO, "A la busca de la razón perdida", en *Ecuador Debate* (44, CAAP, Quito, 1998).

- BUSTAMANTE, Fernando. "Una aproximación a los problemas de la gobernabilidad y la democracia en el Ecuador de fin de milenio", en *Ecuador Debate* #42, CAAP, Quito, 1997.

- BUSTAMANTE, Fernando. "La cultura política y ciudadana en el Ecuador", en *Ecuador: un problema de gobernabilidad*, CORDES-PNUD, 1996.

- CASTEL, Robert. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Paidós, México, 1997.

- CERTEAU de, Michel. *The Practice of Everyday Life*, Berkeley: University of Califor-

nia Press, 1984.

- DE LA TORRE, Carlos. *Un solo toque: Populismo y cultura política en Ecuador*, CAAP, Quito, 1996.

- ECHEVERRIA, Julio. *La democracia bloqueada. Teoría y crisis del sistema político ecuatoriano*, Letras, Quito, 1997.

- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1990.

- HABERMAS, Jurgen. "Further reflections on the public sphere", en *Habermas and the Public Sphere*, Craig Calhoun (editor), Cambridge, 1992.

- HURTADO, Oswaldo. "Cultura Política", en *Léxico Político Ecuatoriano*, ILDIS, Quito, 1994.

- LECHNER, Norbert. "Os novos perfis da política -um esboco", en *Cultura Política e Democracia*, Marcello Baquero (organizador), Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 1994.

- LECHNER, Norbert. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política*, FCE, Chile, Segunda Edición, 1990.

- LECHNER, Norbert (compilador). "Presentación", en *Cultura Política y democratización*, FLACSO-CLACSO-ICI, Santiago-Chile, 1987.

- MOUFFE, Chantal. *The Return of the Political*, London: Verso, 1993.

- NUN, José. "Gramsci y el sentido común", en *Cultura Política y democratización*, N. Lechner (compilador), FLACSO-CLACSO-ICI, Santiago-Chile, 1987.

- PACHANO, Simón. "Democracia, orden y conflicto: Ecuador 1979-1994", en *Democracia sin sociedad*, ILDIS, Quito, 1996a.

- PACHANO, Simón. "El espejo empañado: crisis de legitimidad del Estado", en *Democracia sin sociedad*, ILDIS, Quito, 1996a.

- SANCHEZ PARGA, José. "La pugna de poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano", Abya-Yala, Quito, 1998.

- SANCHEZ PARGA, José. "La sociedad contra sí misma o por qué nuestras sociedades son democráticamente ingobernables", en *Ecuador: la democracia esquiva*, ILDIS, 1991.

- SILVA TELLES, Vera. "Sociedade civil, direitos e espaços públicos", *Polis* # 14, sao Paulo, 1994.

- WILLIAMS, Raymond. *Culture*, Galsgow: Fontana, 1981.

- WILLIS, Paul. *Common Culture*, London: Verso, 1990.

El efecto mitológico de la teoría de la 'cultura de la pobreza'

...la ciencia social debe incorporar una perspectiva del efecto teórico que, al imponer una manera más o menos autorizada de ver el mundo social, contribuya a hacer la realidad de este mundo. Las palabras o, a fortiori, el refrán, el proverbio y todas las formas de expresión estereotipadas o rituales, son programas de percepción y diferentes estrategias, más o menos ritualizadas, de la lucha simbólica diaria (Pierre Bourdieu, 1985: 66).

Marcelo Bonilla Urzúa
FLACSO - Ecuador

Introducción

"Marginality has been used in many debates as smokescreen behind which old ideological battles-such as the nature of the social system, the process of modernization, or the implications of capitalism and imperialism-continue to be fought". (1)

Esta reflexión del escritor J. E. Perlman en su libro "El mito

de la marginalidad" es la base de la pregunta central que guía el presente artículo: ¿las teorías clásicas de la marginalidad que propugnan una cultura de la pobreza, son creaciones ideológicas que integran una tradición cultural dominante destinada a generar e imponer una forma de representación y percepción del mundo?

La creación teórica opera sobre la realidad clasificando el mundo, generando sentido. Las Ciencias Sociales en el mundo Occidental ocupan un espacio especializado desde el cual el

sentido dominante es continuamente reelaborado; los trabajos semióticos de Pierre Bourdieu, Michel Foucault y Roland Barthes han logrado penetrar en esta dimensión ordenadora de las Ciencias Sociales, es decir, han logrado develar sus funciones mitológicas.

El concepto de una "cultura de la pobreza", desarrollado por Oscar Lewis y presente a lo largo de las teorías clásicas de la marginalidad, constituye un excelente ejemplo para comprender cómo la Teoría Social cumple una función clasificatoria - mitológica, cuyo objetivo final es eliminar, controlar u homogeneizar cualquier tipo de "anormalidad" o "diferencia" que pudiera contradecir a los patrones culturales dominantes. Intentaremos esclarecer este punto y comprender cómo "la marginalidad" en su origen es parte de un sistema clasificatorio occidental.

Muy bien Perlman indica que el conjunto de categorías o conceptos tradicionales de la marginalidad no solo actúan sobre el campo del conocimiento académico sino que han guiado el contenido y línea de acción de los



nizaciones gubernamentales desde las que se implementan sobre el entramado societal a través de los programas de desarrollo). En el lado oculto de esta formación se incuban nuevas prácticas, fuentes de potenciales utopías y nuevos patrones de vida. Este es un espacio donde las políticas institucionales encuentran resistencia, donde a nivel microfísico los individuos actúan creativamente transformando lentamente la normatividad imperante (Evers, op. cit; p. 19 y 20).

Semejante proceso de construcción de nuevas formas de percibir el mundo implica el nacimiento de nuevas identidades y una latente desarticulación de los modelos tradicionales del mundo que han sido promocionados por las Ciencias Sociales.

La segunda parte del presente artículo que la hemos titulado "Desarticulación de la matriz mitológica" intenta comprender este lento proceso de desmontaje de la construcción mitológica de la pobreza y la marginalidad y a la vez el posible emplazamiento de un nuevo mito.

Por último, la tercera parte de esta reflexión se compone de una serie de conclusiones puntuales que sintetizan los temas centrales analizados.

El efecto mitológico de la teoría de la cultura de la pobreza

...The desintegration begins in the favela as consequence of the promiscuity, the bad examples, and the financial difficulties there. Children witness the sexual act. Young girls are seduced and abandoned; they get pregnant but don't feel any shame...Liquor and drugs serve to dull the dissappointments, humiliations,

programas estatales e internacionales aplicados a las llamadas "zonas de pobreza" en las grandes urbes (Perlman, op. cit.; p. 92 y 93). Los proyectos de vivienda, salud, organización barrial son diseñados desde una específica "forma de ver el mundo" que en última instancia conlleva una construcción de "identidades".

Evidencias de esta dinámica identitaria las encontramos en las favelas brasileñas y los demás asentamientos "marginales" de Latinoamérica, espacios donde se produce una "lucha cultural", un choque de percepciones, entre las construcciones ideológicas de la marginalidad promocionadas

por los organismos gubernamentales e internacionales y las identidades generadas desde los propios grupos humanos, originadas en una serie de nuevas prácticas sociales (Evers, 1986; p. 7).

Evers en su artículo "El lado oculto de los nuevos movimientos sociales" utiliza la imagen de una "esfera" para aproximarse y comprender a este proceso conflictivo (Evers, op. cit; p. 5,6 y 7). El lado claro y visible de la esfera está constituido por el conjunto de prácticas e instituciones dominantes (círculos académicos desde los que se elaboran percepciones, y orga-



and food deficiencies of favela life. The nights belong to the criminals... (2)

Como explica Perlman, esta visión monstruosa de las favelas brasileñas, que identifica a sus habitantes como seres "marginales", fuera del orden social, pertenecientes a un mundo instintivo y "físico", ha sido aplicada por muchos años en las políticas institucionales de los programas de desarrollo y vivienda en los sectores pobres de las grandes urbes latinoamericanas.

Este arquetipo que configura una "antítesis" de la forma de vida de las clases medias de las sociedades modernas de Occidente, tiene su origen en construcciones

teóricas, una de las cuales, "la cultura de la pobreza", es de nuestro interés particular.

Esta corriente, que tomó importancia en las décadas de los cincuenta y sesenta, cuyo exponente máximo fue Oscar Lewis (1914-1970), tiene sus raíces más profundas en una dinámica mitológica, una tradición, de la cual no han podido librarse las Ciencias Sociales desde la época de la Ilustración.

Los fantasmas sociales que engendran el inconsciente cultivado del escritor, se aseguran también por la complicidad y docilidad de una lengua y de una cultura que son el producto acumulado a lo largo del tiempo del mismo inconsciente social. (3)

Oscar Lewis, en la introducción de su obra "La vida" indica los patrones culturales

esenciales que según su perspectiva definen a la marginalidad. A continuación relacionamos a cada uno de estos elementos con su contraparte mitológica: (Cuadro 1)

Según el autor norteamericano, estos patrones conductuales determinan la formación de "una cultura de la pobreza", caracterizada por un gran permanencia y capacidad de reconstitución a través de las generaciones.

The remarkable stability * in some of the behavior pattern...over four generations, which span a period of rapid change in Puerto Rican Society, suggests that we are dealing with a tenacious cultural pattern. (4)

De acuerdo a esta perspectiva, para que se logre una transformación de los individuos, que forman parte de esta cultura, en actores políticos y económicos útiles para la sociedad, es esencial cambiar su visión de mundo. Un cambio sólo a nivel de mejoras de carácter económico (materiales) sería insuficiente.

...the elimination of physical poverty per se may not be enough to eliminate the culture of poverty which is a whole way of life (5).

Lewis presenta como ejemplo del poder que las visiones del mundo tienen para determinar la realidad, el caso de los judíos pobres del este de Europa, los cuales gracias a su "gran tradición literaria, sistema de aprendizaje, organización de la comunidad en torno del rabino, proliferación de asociaciones voluntarias", no adolecen de los males que genera una cultura de la pobreza (Lewis, op. cit; p. 49).

Así, el autor norteamericano reconstituye a través de un lenguaje científico una versión idealista del mito occidental evolucionista dentro del cual "la marginalidad", "la cultura de la pobreza", constituye el espacio de "la anormalidad", los bordes que se distinguen del orden social imperante (de la cultura dominante), el otro que debe ser nombrado a través de una teoría social para poder ser controlado, sometido, homogeneizado.

Lewis, a través de una comparación entre los patrones de conducta de la familia Ríos del barrio marginal "La Esmeralda" en San Juan de Puerto Rico, y los de sus parientes que han emigrado hacia Nueva York, intenta demostrar cómo "la Cultura de la Pobreza" tienen una gran capacidad de reconstitución en cualquier medio social. A pesar de

(Cuadro 1)

* AUTORITARISMO: falta de participación efectiva de los pobres en la vida institucional de la sociedad. Esta situación determina una baja integración económica y política, falta de recursos, segregación y marginación (Lewis, 1966; p. 45).	* DEMOCRACIA
* INEXISTENCIA DE ORGANIZACION: apatía de los pobres en cuanto a la necesidad de crear estructuras organizativas que viabilicen una mejora en sus condiciones de vida. Incipiente piente orden en las unidades familiares (Lewis, op. cit; p. 46-47).	* ESTADO INSTITUCIONALIDAD
* PROMISCUIDAD: temprana iniciación sexual, prostitución, uniones libres (consensuales). Situación que origina una falta de protección de los niños en las unidades familiares durante su ciclo de desarrollo. (Lewis, op. cit; p. 47).	* FAMILIA NUCLEAR
* IRRACIONALIDAD, FALTA DE IDENTIDAD E INCAPACIDAD PARA PLANIFICAR: realidad producida por la desprotección maternal que hace del individuo un ser con una "débil estructura de ego", inmerso en una confusión en cuanto a su identidad sexual, con un deficiente autocontrol sobre su conducta, sentido fatalista de la vida y complejo de inferioridad (Lewis, op. cit.; p. 48).	* RACIONALIDAD CALCULO ECONOMICO

que al final de la introducción de su libro "La vida" plantea la posibilidad de que cambios estructurales (sociales, políticos, económicos) permitirían superar en cierta medida la permanencia de los patrones culturales de las zonas marginales, las corrientes de las ciencias sociales que han incorporado el concepto de "cultura de la pobreza" en su bagaje teórico, tan sólo han puesto énfasis en el carácter estacionario de la cultura de la pobreza.

Bajo este enfoque, los grupos caracterizados por una "cultura de la pobreza" son comunes en países con un bajo nivel de desarrollo económico, tecnológico, escolar, que atraviesan por rápidos procesos de transición hacia formaciones de tipo capitalista. En definitiva, para Lewis "la cultura de la pobreza" constituye el producto de una "natural" evolución social.

Para el antropólogo estadounidense la insignificante incidencia de "la cultura de la pobreza" en su país se debe a un alto estadio evolutivo cultural-social alcanzado. En relación a este punto leamos con atención el siguiente párrafo escrito por este autor. Se trata de un texto que refleja la existencia de una tradición mitológica occidental cuyas raíces se remontan al pensamiento iluminista:

Because of the advanced technology, high level of literacy, the development of mass media and the relative high aspiration level of all sector of the population, especially when compared with underdeveloped nations, I believe there is still a great deal of poverty in the United States (estimates range from thirty to fifty million people), there is relatively little of what I would call the culture of

poverty. My rough guess would be that only about 20 percent of the population below the poverty line (between six and ten million people) in the United States have characteristics which would justify classifying their way of live as that of a culture of poverty. Probably the largest sector within this group consist of very low-income Negroes, Mexicans, Puerto Ricans, American Indians and Southern poor whites. (6)

Este discurso científico reproduce por medio de un lenguaje autorizado un orden de cosas, nombra a la realidad (desarrollo-subdesarrollo, Norte-Sur) a través conceptos socialmente aceptados, con fin de reproducir el mito ilustrado.

Si realizamos un ejercicio histórico y nos remontamos a 1743, es decir a 223 años antes de la publicación de la obra "La

vida” de Oscar Lewis, encontramos uno de ensayos de Montesquieu titulado “El espíritu de la leyes”, ejercicio discursivo que propone una explicación científica de las diferencias de carácter entre los hombres pertenecientes a regiones frías (norte) y los originarios de zonas cálidas (mediodía), arquetipo aún viviente, que se reproduce en las dicotomías Norte-Sur desarrollo-subdesarrollo vigentes en las “teorías de la cultura de la pobreza”, del presente siglo.

Pierre Bourdieu en su obra *¿Qué significa hablar?* reflexiona sobre la lógica discursiva del ensayo de Montesquieu, sobre el juego científico de palabras que instituyen una visión del mundo, una clasificación de los grupos humanos en la escalera del ascenso de Occidente.

Tanto en la obra de Lewis como en la de Montesquieu la dicotomía esencial es la oposición masculino-femenino, “la relación con la mujer, y con la sexualidad, dirige esta mitología que, como suele ocurrir frecuentemente, es producto de la combinación de fantasmas sociales y fantasmas sexuales socialmente contruidos” (Bourdieu, 1985; p. 158):(Cuadro 2).

El texto que presentamos a continuación indica algunas de las características de los pueblos de las regiones del Medio Día del siglo XVIII que, para el autor ilustrado, determinan la dinámica estacionaria de las naciones orientales, estado antievolutivo que las teorías de la marginalidad han hecho extensivo a los grupos humanos del siglo XX que viven en la denominada “cultura de la pobreza”.

Si a esta debilidad de órganos que hace de los pueblos de Oriente los más impresionables del mundo, se une una cierta pe-

reza de espíritu, naturalmente vinculada a la del cuerpo, pereza por la que ese espíritu no es capaz de ninguna acción, ningún esfuerzo, ninguna contención, se comprende que el alma que ha recibido impresiones no pueda ya cambiarlas. Por eso las leyes, las costumbres y maneras (...) de Oriente son las mismas que hace mil años (7).

Como podemos deducir de estas reflexiones, la “teoría de la cultura de la pobreza”, caracterizada por una pasividad, promiscuidad, falta de imaginación y sentido de empresa y organización, carencia de identidad (seguridad en sí mismo), tenaz perpetuación de los patrones culturales, es una variedad moderna de una matriz mitológica que se reproduce a través del discurso de las Ciencias Sociales, desde las cuales se despliega una conti-

nua construcción de la identidad de Occidente a través del sometimiento de la diferencia cultural. Proceso en el cual los conceptos de “marginalidad” y “cultura de la pobreza” constituyen instrumentos teóricos clasificatorios y ordenadores del mundo, cuyas raíces se asientan sobre el terreno de un mito por ahora dominante.

Desarticulación de la matriz mitológica

La imagen lúgubre y oscura de los asentamientos informales vistos como focos infecciosos de criminalidad, enfermedad, desintegración familiar, promiscuidad, analfabetismo, falta de integración en la vida familiar etc., comienza a desdibujarse cuando constatamos que en estos espacios están sur-

(Cuadro 2)

LO FEMENINO Y DEBIL: característico de los pueblos del medio día (climas cálidos, donde nacen más niñas que niños, que por su conducta voluptuosa y pasional están sometidos al mundo de los sentidos, al imperio de la desconfianza y sospecha. (Ibid, p.155 - 159)

LO MASCULINO Y FUERTE: característico de los pueblos del norte de Europa (climas fríos), cuyas principales cualidades son su tenacidad, confianza en sí mismo y laboriosidad. (Ibid., p 155 - 159)

Las siguientes oposiciones forman una derivación de esta dicotomía esencial.

PUEBLOS DEL MEDIODIA
 CULTURA DE LA POBREZA
 PASIVIDAD
 POLIGAMIA
 DESPOTISMO
 INMUTABILIDAD DE LAS LEYES

PUEBLOS DEL NORTE EUROPEO
 CULTURA UTILITARIA
 ACTIVIDAD
 MONOGAMIA
 LIBERTAD
 EVOLUCION DE LAS COSTUMBRES.(Ibid., p. 156)



giendo insospechadas formas de vida social, nuevos patrones conductuales que de forma imperceptible están transformando toda la esfera de la sociedad.

“Thomas and Znaiecki (1920) viewed situations of great change and disorganization nor as “a mere reinforcement of the decaying organization,” but as “...a production of new schemes of behavior and new institutions better adapted to the changed demands of the group; we call this production of new schemes and institutions social reconstruction. I, too, see the squatter settlements as a process of social reconstruction through the popular initiative” (8).

Es motivante encontrar que aquellos lugares que fueron tildados como territorios de grupos portadores de una cultura de la pobreza son el escenario de creativas iniciativas organizacionales que proponen formas sociales alternativas a las generadas desde un mercado consumista. Equivocadamente Lewis y muchos teóricos habían definido a la

marginalidad como un espacio donde impera una subcultura de la pasividad, estacionaria, sin perspectivas de cambio; al contrario, ahora nos encontramos ante un fenómeno dinámico en el que las zonas marginales son el campo de batalla donde se desata una lucha entre formaciones culturales emergentes y los patrones institucionales promovidos desde el Estado a través de programas de planificación y desarrollo.

Tilman Evers señala algunas de las características de estas nuevas formaciones y patrones sociales:

- * estructuras informales no burocráticas;
- * formas colectivas de tomar decisiones;
- * formas cotidianas-no teóricas de percibir la realidad;
- * estatus de igualdad entre los líderes y los demás integrantes de un grupo;
- * formas solidarias de cooperación (no mercantiles);

Recordemos cuando Carlos Vélez Ibañez en su libro “Ri-

tuals of Marginality” nos describe cómo los pobladores de los asentamientos informales de Netzahualcoyotl en valle de Texcoco, junto a la ciudad de México, fueron los artífices de un complejo conjunto de redes de intercambio comunitario de prácticas (defensa, campadrazgo, ayuda económica, construcción de vivienda, cuidado comunal de los niños etc.), base sobre la cual en 1969 emergió el “Congreso Restaurador de Colonos”, organización que es un ejemplo de como los llamados informales se integran en la esfera institucional y la transforman con efectos trascendentales en cuanto a la mejora de sus condiciones de vida (servicios de agua potable, electricidad, legalización de tierras, educación etc.) a través de complicadas redes de intercambio que traspasan la estructura Estado y llegan hasta los ejes de poder (Vélez Ibañez, 1983; p. 97-135).

Por medio de estas prácticas comunitarias de participación, una serie de nuevos

Equívocamente, Lewis y muchos teóricos han definido a la marginalidad como un espacio donde impera una subcultura de la pasividad



movimientos sociales en Latinoamérica (comunidades eclesiales de base, grupos feministas, ecologistas, núcleos vecinales, comités de derechos humanos, agrupaciones indígenas) han logrado tejer una red comunicacional y de ayuda mutua, sobre la que están construyendo nuevas identidades y formas de percepción del mundo que transforman la esfera política de la sociedad moderna. Las tipologías del hombre de las favelas o los llamados "tugurios" desarrolladas por las teorías sociales de la "marginalidad", como la de Lewis, han dejado de tener utilidad como categorías para comprender la naturaleza de un proceso que encarna el apareamiento de una nueva subjetividad.

La realidad está cambiando: ella está huyendo de nuestros modos de percepción y de nuestros instrumentos de interpretación...la vinculación entre movimientos sociales y el conocimiento de lo social se rompió (9).

* William Manguin señala que una de las grandes expresio-

nes de la iniciativa de los grupos que viven en las zonas marginales es su gran capacidad de autogestión en cuanto a sus labores de autoconstrucción de la vivienda (Manguin, op. cit. p. 348). Hernando De Soto en su libro "El Otro Sendero" indica que para Junio de 1984, los barrios informales de Lima constituían el 42.6 % de la ciudad y albergan al 47 % de su población, estas viviendas habían sido construidas por iniciativa particular de los pobladores que invirtieron 8.319, 8 millones de dólares, 69% de la deuda externa del Perú a largo plazo (Hernando de Soto, 1987; p. 19). Porcentajes de inversión similares a los de la vivienda podemos encontrar en los sectores del comercio y transporte informal.

Podríamos definir a este proceso de emergencia de nuevos patrones societales como un estado de "histéresis" (Bourdieu, op. cit.), es decir, como una crisis en cuanto que las formas dominantes de percepción y acción se ven amenazadas y ro-

tas por nuevas matrices o modelos de práctica social. Semejantes transformaciones son imperceptibles a simple vista ya que se incuban y desarrollan después de un proceso largo y contradictorio. El orden supuestamente democrático de las naciones modernas, su sistema de partidos políticos es puesto en tela de juicio a un nivel microfísico por formas participativas más solidarias en las que la vida social cotidiana es rescatada (Evers, op. cit.; p. 13-17).

Las regiones "marginales" en las cuales se ha desatado esta batalla entre patrones de vida, también son espacios donde se está creando un nuevo proyecto de sociedad, una utopía, que dentro de la perspectiva de nuestro trabajo la podríamos definir como un "mito comunitario", base de un nuevo orden -división del mundo- que disputa el poder al Estado Occidental. Mito que es un potencial portador de nuevas formas perceptivas de la realidad, de una contra - cultura. Así el mito evolucionista de Mon-

tesquieu su sistema clasificatorio, delimitador de las fronteras internas y externas de la cultura occidental, justificador de las desigualdades, está siendo deconstruido en sus zonas críticas, donde las relaciones de clase y diferencia cultural se agudizan.

Conclusiones

El mito evolucionista, constante en la tradición europea desde la época de la Ilustración, es la fuente desde la cual las teorías de la marginalidad han fluido. Nuestra reflexión se ha centrado en la "teoría de la cultura de la pobreza" desarrollada por Oscar Lewis que, como hemos visto, es una de las variedades de los "conceptos de la marginalidad" que desempeña una función mitológica, encaminada a mantener y consolidar las

diferencias culturales y sociales del mundo moderno.

A partir de la teoría de "la cultura de la pobreza" se ha construido y consolidado una identidad de la "marginalidad" (promiscuidad, inseguridad, falta de integración política, criminalidad, etc.) producto y expresión de una lucha de una cultura dominante por imponer un orden de cosas.

Esta imposición a su vez implica una resistencia, la cual se lleva a cabo en las zonas críticas del sistema de la sociedad de mercado, zonas donde se están incubando nuevas prácticas sociales que son el origen de una nueva visión del mundo, de un nuevo mito ordenador.

En estos espacios de confrontación identitaria se están construyendo nuevos tipos de subjetividad, es decir nuevas

identidades, a las cuales Evers ha calificado como embriones de individuos que persiguen mayor autonomía y libertad a través de formas más solidarias de vida.

Ante este fenómeno es indispensable que las Ciencias Sociales emprendan ejercicios de aproximación que permitan generar nuevos instrumentos de análisis para interpretar el curso y cambios del proceso de lucha simbólica que se ha desatado en las llamadas zonas de pobreza y marginalidad.

En el presente ensayo concluimos que al hablar de marginalidad no nos enfrentamos ante lo que Lewis denominó como una "subcultura" de la pobreza, sino ante una fuente de potenciales transformaciones sociales y flujos contraculturales, gérmenes de una nueva mitología.

NOTAS

- (1) J.E. Perlman, *The myth of marginality, Urban poverty and politics in Rio de Janeiro*; Berkeley: University of California Press, 1976, p. 36.
- (2) Fragmento de un reporte oficial de la Fundación Leao XIII de Río de Janeiro, citado en Perlman J.E., *The myth of marginality, Urban poverty and politics in Rio de Janeiro*; Berkeley: University of California Press, 1976, p. 93
- (3) Bourdieu, op. cit.; p. 159.
- (4) Lewis Oscar, *La vida, A puerto rican family in the culture of poverty*, San Juan and Newyork, New York, A Division of Random House, 1966. p. 27.
- (5) Ibid., p. 52.
- (6) Ibid., p. 51.
- (7) texto de Montesquieu citado por Bourdieu, op. cit. p. 157
- (8) cita que es comentada por William Mangin en su artículo "Latin American squatter settlements: a problem and solution"; D.B. Heath (ed.), *Contemporary Cultures and Societies of Latin America. A reader in the social antropology of Middle and South America*, 1970; p. 419.
- (9) Evers Tilman, *Identidad: El lado oculto de los nuevos movimientos sociales*, en *Materiales para el debate contemporáneo*, CLAEH, URUGUAY, s.f., p 36.

BIBLIOGRAFIA

- Bourdieu Pierre, *¿Qué significa hablar?*, Madrid, Ediciones Akal, 1985.
- Bourdieu Pierre, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus Ediciones, 1991.
- De Soto Hernando, *El otro sendero*, Lima, Ed. El Barranco, 1987.
- Evers Tilman, *Identidad: El lado oculto de los nuevos movimientos sociales*, en *Materiales para el debate contemporáneo*, CLAEH, URUGUAY, s.f. (1986).
- Lewis Oscar, *La vida, A puerto rican family in the culture of poverty*, San Juan and Newyork, New York, New York, A Division of Random House, 1966.
- Mangin William, *Latin American squatter settlements: a problem and solution*; D.B. Heath (ed.), *Contemporary Cultures and Societies of Latin America. A reader in the social antropology of Middle and South America*, 1970.
- Perlman J.E., *The myth of marginality, Urban poverty and politics in Rio de Janeiro*; Berkeley: University of California Press, 1976.
- Velez Ibañez Carlos, *Rituals of marginality*, University of California Press, 1983.
- Stavenhagen Rodolfo, *Decolonializing Applied Social Sciences*, en *Human Organization*, vol 30, no.4., 1971.

Las claves para el futuro

A finales de noviembre del año pasado, Germánico Salgado envió este texto al editor de ICONOS para discutir su publicación en la revista. Se trata de su exposición ante el Club de Roma, reunido en Quito la última semana de noviembre. Se había acordado con Germánico publicarlo en el siguiente número de ICONOS. Presentamos este texto con el mayor de los afectos hacia Germánico. La intervención muestra la potencia y lucidez de su pensamiento.

Por Germánico Salgado P. (†)

Agradezco a los organizadores y, especialmente, a Alfredo Valdivieso, mi colega y compañero de tantas andanzas, esta oportunidad de dialogar sobre el Ecuador con mis amigos del Club de Roma. Lo que diga se dirigirá esencialmente a mis compatriotas y quiero pedir excusas al Club por así hacerlo. Esta tribuna es una ocasión única por su importancia para llegar a ellos con mi interpretación del momento que estamos viviendo. Es un momento crítico, pero lleno de claves para el futuro, y es el tema que quiero tratar en éste foro.

A los miembros del Club de Roma sólo les puedo decir que la imagen del Ecuador que emergerá de mis palabras, es la imagen de un prototipo de la América Latina de hoy. En mayor o menor

medida, con mejor o peor fortuna, todos en la región estamos empeñados en una contienda con los fantasmas del pasado. Espero ser capaz de explicar las razones.

Quiero agradecer, además, el privilegio de hablar después de nuestro ex-presidente, el Dr. Osvaldo Hurtado. Su lúcida visión del Ecuador debe ser para nuestros huéspedes la mejor vía para empezar a conocerlo.

No quisiera que las palabras que voy a decir se entiendan como un pronóstico, para los que

los economistas, como es bien sabido, no somos muy aptos; tampoco como un voluntarismo emocional. Pero quien sienta de veras este país no ha podido dejar de percibir que en sus entrañas algo está en gestación. Los dos o tres años últimos han estado tan cargados de acontecimientos, de fe y de repulsión, de dolor y de esperanza, que se presiente que estamos en el umbral de un cambio, un cambio de perspectivas vitales, de instituciones, de mentalidad. No será un cambio violento, pero podría serlo si no le abrimos cauces. Intuyo que se trata de un momento de trascendencia histórica, que si hoy se desvanece, puede retrasar por decenas de años una modernización que ha tomado mucho tiempo y que se ha tratado de hacer a expensas de incontables penurias. No creo pecar de un exceso de optimismo. Estamos dejando atrás la época en que cabía la ambigüedad; en que parecía mejor el dejarnos arrastrar por la inercia del pasado. Eso ya no es

La imagen del Ecuador que emergerá de mis palabras es la de un prototipo de la América Latina de hoy. En mayor o menor medida, con mejor o peor fortuna, todos en la región estamos empeñados en una contienda con los fantasmas del pasado

posible. Extrañamente se plantean juntos los grandes dilemas de nuestra existencia como país y tenemos ahora que darles la respuesta justa. Si nos equivocamos, si nuevamente pretendemos evadirlos, habremos puesto en cuestión el futuro de la sociedad ecuatoriana.

No se trata de una figura retórica más. En este momento histórico confluyen dos grandes fuerzas de cambio: por una parte, una implacable confrontación con nuestro pasado, que tiene varias dimensiones; y, por la otra, una crisis múltiple, especialmente política y económica, que, por su misma gravedad, nos fuerza a optar, a elegir caminos nuevos. La otra cara de la crisis, según el viejo ideograma japonés, es la oportunidad y en ese trance estamos sin desvío posible.

Para dar cuerpo a esa historia que estamos dejando atrás, me apoyaré en unas cuantas citas del hermoso libro de Leopoldo Benítez Vinuesa: "Ecuador, drama y paradoja"; es la obra que, en mi opinión, ha penetrado más hondo en el alma de este país.

Hablemos, primero, de la crisis múltiple. Es el obstáculo que está aquí ahora y que es la amenaza más grave que nos separa del Ecuador de la esperanza. Si no la superamos podría frenarnos en seco. Quizás cabe pensar también que Toynbee tenía la razón cuando generalizaba afirmando que sólo los grandes desafíos pueden incitar las grandes respuestas.

Decía que es una crisis múltiple. Así como en un momento histórico se nos han planteado en un haz los grandes dilemas de nuestra existencia como nación, en el mismo instante el destino quiso poner juntas todas las crisis que podían acometernos. Parte de ellas vienen del lastre del pa-

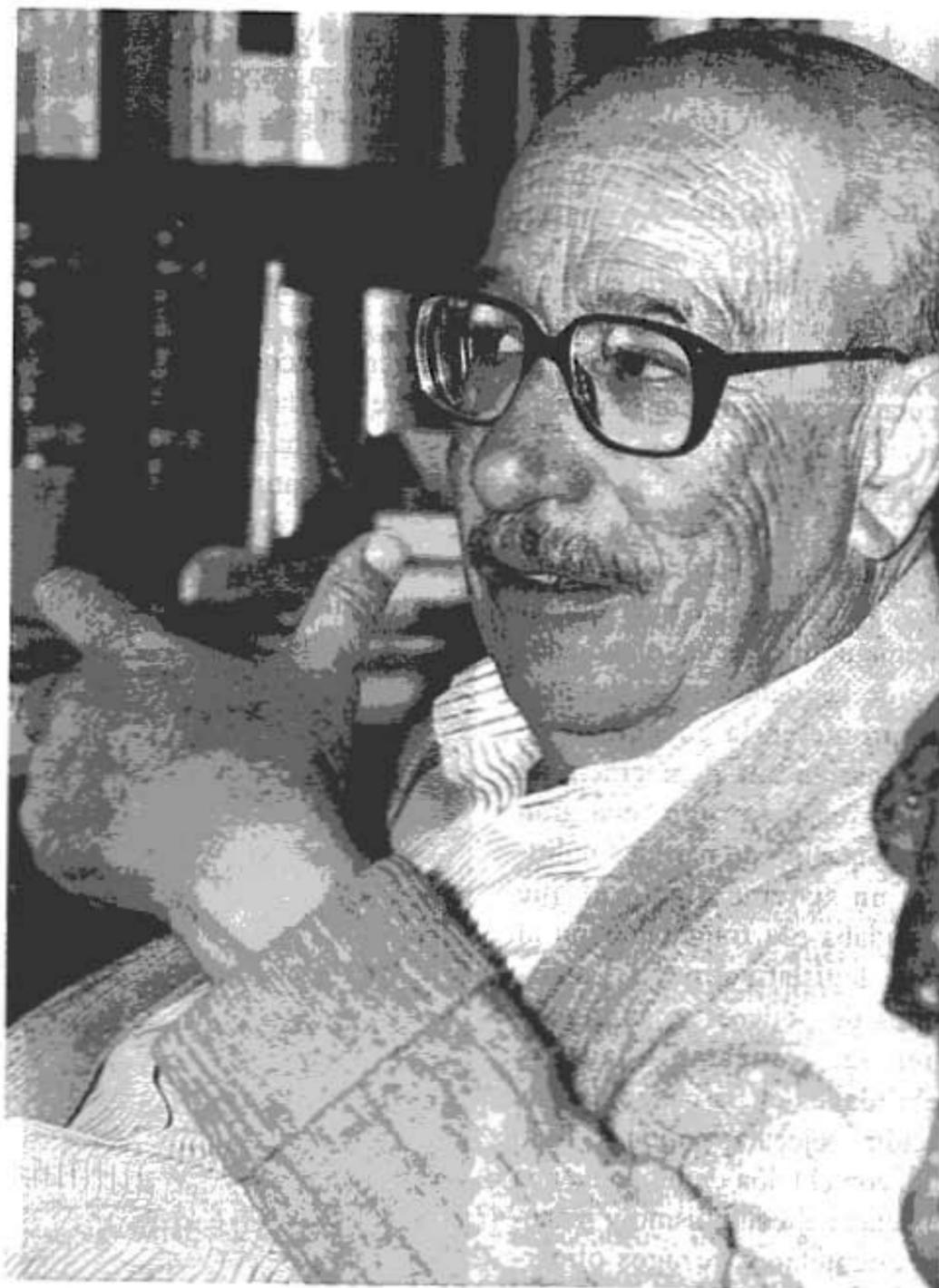


Foto Diario Hoy

sado y son de nuestra responsabilidad; algunas son externas y han llegado sin que podamos evitarlo; otras, por fin, han nacido de nuestra propia naturaleza y son el precio que tenemos que pagar por vivir en este alucinante "drama de la geografía", que es el Ecuador.

Las catástrofes naturales

Comencemos por estas últimas, las catástrofes naturales. En los dos últimos años el Ecuador ha tenido que soportar los estragos del más destructor fenómeno de El Niño que se recuerda. Medio país quedó con la infraestructura de transportes destrozada y gran parte de su producción per-

didada, murieron cientos de personas y centenares de miles fueron damnificadas. Los daños del Niño se han evaluado en 2.800 millones de dólares. La tarea de reconstrucción puede demorarse por varios años y exige un gasto que luce enorme frente a las posibilidades del Fisco ecuatoriano. Las pérdidas de producción afectan las exportaciones ecuatorianas en el momento en que más se las necesita.

Por añadidura, cuando El Niño culminaba, un terremoto sacudió un área del país que había sido especialmente golpeada por dicho fenómeno climático. Y ahora mismo, la ciudad de Quito está en alerta amarilla en vela de una erupción del Volcán Pichin-

cha, el monte titular de la capital ecuatoriana, cuya última erupción grave fue en 1660.

La ingobernabilidad

Ha sido ciertamente obra nuestra la crisis de gobernabilidad que ha vivido el país y que esperamos que esté por terminar. Haciendo abstracción de los problemas de origen de una democracia rudimentaria y limitándonos a los últimos veinte años, sería dable afirmar que el sistema político ecuatoriano adolece de las debilidades que más comprometen la capacidad de gobernar en una democracia de un país en desarrollo: una gran fragmentación de partidos políticos, un sistema electoral que trasladaba esa fragmentación al poder legislativo, pugnas constantes de poderes y, en consecuencia, inestabilidad y debilidades en la capacidad de decidir y ejecutar políticas. Todo ello, con el telón de fondo de una tendencia al caudillismo y manejos clientelares, rezagos oligárquicos cruzándose con un populismo que se ha vuelto endémico. Y corroyéndolo todo, una corrupción rampante.

A raíz de la caída de Bucaram, una sociedad civil harta de la degradación del poder empujó el cambio y éste parece haber comenzado: la nueva Constitución encaró la reforma del sistema político, teniendo en mente, entre otros objetivos, la gobernabilidad, entendida no como un orden sino como una capacidad para actuar legítimamente y con eficiencia. Hay mucho más que hacer y el nuevo Gobierno está consciente del vasto frente de problemas que debe atacar. Confiamos en que lo haga y que el Estado ecuatoriano, que una vez fue honrado y relativamente efi-

ciente, vuelva por sus fueros y sea apto para responder a sus responsabilidades.

Los desequilibrios económicos y el estancamiento

La crisis económica suele ser el lastre que dejan todas las otras crisis. Y así ha sido en el Ecuador, aparte naturalmente de que el país ha hecho todos los méritos para configurar autónomamente su propio juego de

La crisis económica suele ser el lastre que dejan todas las otras crisis. Y así ha sido en el Ecuador, aparte de que el país ha hecho todos los méritos para configurar autónomamente su propio juego de desequilibrios

desequilibrios. El Ecuador lleva casi estancado los años transcurridos del decenio de los 90. Su inflación se ha mantenido entre 25% y 50% anual durante todo ese período y hoy es la más alta de América Latina. El desempleo y el subempleo son elevados y tienen una tendencia creciente. Sin embargo, según todos los indicadores, es un país con un alto potencial de crecimiento y no debiera ser muy difícil mantener regularmente un aumento de su producción del 6 al 8% anuales. En los últimos tiempos, en promedio, apenas ha excedido el incremento de su población, es

decir, alrededor de 2.5% al año.

Estas son las tendencias básicas, lo grave es que desde 1995 casi todos los indicadores muestran un progresivo deterioro, que llega a su clímax en este año de 1998, en el cual también la economía sufre de una crisis múltiple. Muy brevemente, por el orden de antigüedad de sus orígenes, las siguientes son las varias dimensiones de esta crisis:

1.- La penosa transición hacia un nuevo modelo de Estado y política económica

Al culminar la década de los 70, deslumbrados por una riqueza petrolera recién descubierta, el Estado ecuatoriano era un típico Estado desarrollista, de influencia cepalina, con exageraciones propias y un sesgo paternalista. La quiebra del modelo con la crisis de la deuda, lo dejó sin un patrón al cual acogerse. Por fortuna, no cayó en la ortodoxia neoliberal, porque ella habría podido acusar la deformación inequitativa que nuestra economía de por sí tiene hasta extremos socialmente intolerables. Pero se quedó vagando en el limbo. No acometió las reformas ni la construcción institucional que requiere una economía de mercado en un ambiente de apertura internacional. Y así hemos vivido desde mediados de los 80. Se desmanteló el Estado desarrollista sin sustituirlo. No hemos tenido una política económica, sólo políticas de ajuste. El Estado, aparte de las instituciones responsables de la política macroeconómica, carece de orientaciones y de órganos de regulación. Es un Estado inerte y buena parte de los problemas de gobernabilidad que hemos sufrido se derivan de esta característica.

Cuando los problemas crecieron, inclusive por circunstancias externas, el sistema fue incapaz de dar ninguna respuesta válida y la incertidumbre se apoderó de la economía. Ese fue el momento que precedió a la llegada del nuevo Gobierno. Por los pasos ya dados, confío en que éste sepa hacia dónde quiere ir y que emprenda no solo un esfuerzo para restablecer el equilibrio sino la tarea de construir la nueva institucionalidad y orientar el desarrollo. Esta transición hacia un nuevo Estado que no se concreta, no puede prolongarse por más tiempo.

2.- Los desequilibrios macroeconómicos

Desde 1982, el Ecuador ha emprendido en cuatro políticas de estabilización y ajuste. No ha podido culminar ninguna con una reducción suficiente y duradera de la inflación. El desequilibrio de balanza de pagos pudo superarse gracias a una expansión extraordinaria de las exportaciones, que no respondió a otras políticas que la exposición al mercado mundial. Ahora ese problema ha vuelto, pero responde a otras causas que se explicarán cuando se trate de la última crisis económica. Lo que importa aquí es que el desequilibrio interno, la inflación, sigue con nosotros y acelerándose. La razón fundamental es que el Ecuador tiene un problema estructural no resuelto, que es la debilidad fiscal.

El desequilibrio fiscal no es únicamente culpable directo de la inflación; es también el responsable del abandono en que se encuentra la inversión pública, por ejemplo las carreteras, y de la declinación de gastos sociales tan importantes como educación y salud.

Para quien esto escribe, el problema fiscal ecuatoriano es fundamentalmente de insuficiencia de ingresos, y más precisamente, de ingresos tributarios. Una reforma tributaria sería podría resolverlo en parte, y decimos en parte porque la solución final va a depender de la medida en el ciudadano comprenda que su calidad de tal implica una contraprestación tributaria. En América Latina falta la concepción del pacto fiscal, el acuerdo tácito entre sociedad y Estado en que

En América Latina falta la concepción del pacto fiscal, el acuerdo tácito entre sociedad y Estado, en que éste entrega protección y ciertos servicios a cambio de una contribución que permita su funcionamiento

éste entrega protección y ciertos servicios a cambio de una contribución que permita su funcionamiento. Es un problema ético y cívico que debe superarse con leyes adecuadas y educación.

3.- El abismo de la globalización

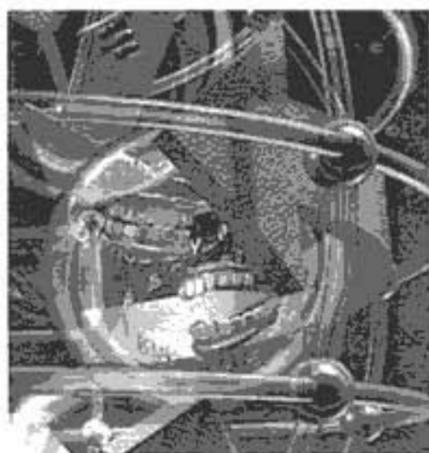
Esta es la otra cara de la globalización. Puede ser poderosamente estimulante y puede ser la puerta para una caída libre, especialmente cuando se trata de países pequeños y débiles. En el caso presente, su influjo se advierte en dos instancias: una pri-

mera, que es la obra de la vieja globalización, porque este fenómeno comenzó hace mucho y conocemos sus efectos. Se trata de la caída de exportaciones que ha sufrido este país en 1998 y el déficit consiguiente de la balanza de pagos. La segunda instancia, producto de las tendencias recientes de la globalización, es la crisis financiera que amenaza al sistema bancario y por ende al Banco Central y al Gobierno ecuatoriano.

La caída de exportaciones es un fenómeno de 1998. Las exportaciones de bienes habían sido el sector exitoso de la economía. En el decenio de los 90 aumentaron y se diversificaron considerablemente. Pero al parecer eso no les libró de la inestabilidad clásica del mercado de productos primarios. El precio del petróleo descendió a uno de sus niveles más bajos en los últimos 25 años y la crisis asiática recortó, por igual, las cifras de ventas de exportaciones tradicionales y no tradicionales. El resultado es un déficit en la balanza en cuenta corriente que puede ser del 6% al 7% del PIB, y pérdida de reservas internacionales.

La debilidad del sistema financiero se acusó en 1995 como secuela del conflicto con el Perú y se ha agravado agudamente en los últimos meses a causa de las crisis de Asia y Rusia. El corte de las líneas de crédito extranjeras a los bancos ecuatorianos ha afectado especialmente a los deudores de los sectores productivos, muchos de los cuales han enfrentado también los daños provocados por el fenómeno de El Niño. Por añadidura, con una inflación





que se acelera y pérdida de reservas internacionales, no hubo otro arbitrio que elevar las tasas de interés, lo que ha agravado la suerte de los deudores y ha

hecho más precaria la situación de los bancos.

El sistema financiero entero se halla en una situación muy delicada. El Gobierno estudia la manera de apuntalarlo y están en marcha iniciativas para reforzar las regulaciones y la supervisión bancaria que, evidentemente, han sufrido con la laxitud de las leyes actuales, producto de una liberalización inconsulta.

Esta es la crisis múltiple que nos acosa. Esperemos que sirva como el reto, el desafío en el sentido de Toynbee, y que nos incite a darle la respuesta justa. En el fondo, presiento que sí lo haremos y que este Gobierno joven y la sociedad toda conseguirán vencer los obstáculos en el camino de la esperanza.

Examinemos ahora la confrontación con nuestro pasado, el conflicto más dramático y angustioso en esta hora de elegir rumbos. No se trata de una renuncia a lo vivido, a la historia, sino del convencimiento de que hay que separarse del pasado, sin desconocerlo, y buscar nuevos objetivos, instituciones renovadas o distintas y hasta formas diferentes, porque las del pasado no pudieron cumplir sus fines o, cuando lo hicieron, dejaron de ser funcionales a la realidad actual. Lo extraordinario es que esta visión crítica del pasado se ha planteado en el Ecuador de hoy de una manera casi integral, en todo un frente de problemas, y lo es también porque superando

épocas recientes, la reflexión actual no se limita al análisis crítico o a la denuncia, sino que inspira reivindicaciones militantes de sectores importantes de la sociedad. En los casos más definidos ha originado movimientos sociales, cada vez más organizados, que ya pesan en el debate público. En otros, son convicciones crecientemente difundidas que se manifiestan con vigor en momentos que la sociedad percibe como cruciales. Si bien la realidad tan diversa del Ecuador pone una impronta regional en esta efervescencia, comienza a emer-

No se trata de una renuncia a lo vivido y a la historia; se trata del convencimiento de que hay que separarse del pasado para buscar nuevos objetivos, instituciones renovadas o distintas que cumplan con sus fines y sean funcionales a la realidad actual

ger un patrón que desdibuja las divisiones ideológicas y marca más bien distinciones generacionales, étnicas y de género. Sé bien que es un patrón de características universales, pero el sólo hecho de que él surja también en el Ecuador refleja una sintonía con los tiempos que no deja de sorprender al tratarse de esta sociedad todavía encandilada por el pasado.

Estas son, para quien esto escribe, las manifestaciones de esta

confrontación con el pasado más cargadas de consecuencias para el porvenir. Son las semillas del cambio.

1) El Ecuador oficial uniforme y homogéneo frente a la síntesis de diversidad geográfica y étnica que es el Ecuador real.

Leopoldo Benítez Vinuesa decía que "El Ecuador es un drama de la geografía", y habría podido añadir que es también un drama de la diversidad de pueblos y de culturas. Por siglos hemos querido ignorar que nuestra tierra era un amasijo de pueblos de muy distintas raíces étnicas y tradiciones. Las clases dominantes lo veían como un país de blancos, con ascendencia española y cultura occidental. Su dominio implicó discriminación y abandono para los excluidos. Paralelamente, la estructuración del Estado unitario, olvidó que éste era un territorio segmentado por la montaña y las selvas en comunidades enclaustradas y, por siglos, el poder central o bicentral ha gobernado como si el desarrollo pudiese irradiar espontáneamente de una acción dirigida esencialmente a las necesidades de su entorno. Nada de eso es ya posible en el Ecuador de hoy; un vigoroso movimiento indígena y negro reivindica su existencia y por su capacidad de lucha - evidente desde el levantamiento de 1990 - es de consulta obligada en el debate público y comienza a participar en los órganos de gobierno. Igualmente, las regiones han puesto en cuestión el Estado unitario rígido del pasado y un proceso de descentralización se ha iniciado con un ímpetu que antes

nunca conocimos.

El Ecuador es el país de los regionalismos enconados. Su historia política ha sido, en la expresión de Benítez Vinueza, el resultado “de una guerra de la geografía que era, en sí misma, una guerra de la economía contrapuesta”. Sin embargo, nada pudo romper con el centralismo: la facción regional triunfante usaba el poder en su beneficio y la estructura permanecía. Eso parece haberse terminado: el Estado que salga de esa confrontación será de hecho un Estado descentralizado.

Y lo extraordinario, lo afortunado, es que ni la explotación y discriminación étnica, ni el abandono de las regiones han quebrantado seriamente ni comprometido un sentido de unidad nacional. Con suerte, podemos llegar a ser una sociedad multiétnica que viva en paz y un Estado descentralizado que funcione con el mismo cuerpo del Ecuador de hoy.

2) *La democracia formal del pasado frente a una democracia en construcción que quiere ser real en el fondo y en la forma.*

Aún si se hace abstracción de los frecuentes periodos de dictadura, en la misma medida en que el sistema político ha sido discriminatorio y excluyente, el Estado ecuatoriano ha sido democrático solamente en la forma. No es en rigor un Estado de Derecho en el que la Ley se acate universalmente y en el que todos sean iguales ante ella. Benítez Vinueza, con razón, calificaba a los orígenes de nuestra democracia como “La paradoja de una estructura política democrática y liberal

sobre un fundamento feudal-colonia”. Con el paso del tiempo se hizo gradualmente evidente que un sistema semejante, además de injusto, era ineficiente para conducir al Ecuador. La Constitución de 1979, aceleró el cambio extendiendo el derecho del voto a los analfabetos y adoptando para el Estado ecuatoriano las características del Estado desarrollista y providencial. No obstante eso, el sistema político y económico que esa Constitución creó, todavía bajo el influjo de la pseudo abundancia

Podemos llegar a ser una sociedad multiétnica que viva en paz y en un Estado descentralizado que funcione con el mismo cuerpo del Ecuador de hoy

del auge petrolero de los 70, con sus definiciones sobre el sistema electoral y las atribuciones de los poderes del Estado, multiplicó los obstáculos a la gobernabilidad y era proclive a la corrupción. El largo lapso de políticas de ajuste que el Ecuador ha vivido es una prueba de las dificultades de la gobernabilidad, que se exacerbaban en los últimos tiempos hasta llegar a una auténtica anomia.

La reacción de los sectores más vigorosos del cuerpo social, entre ellos los movimientos sociales emergentes, ha forzado un cambio que se plasmó en una nueva Constitución aprobada en 1998, que sienta las bases para una democracia

más participativa y un sistema político más capaz de gobernar.

Con todas sus limitaciones, la sociedad de hoy es mucho más ciudadana que la del pasado; está más alerta a los vicios y las virtudes del sistema político y es más exigente en cuanto a la limpieza y eficiencia de los actos de gobierno. Si ese espíritu no se desvanece, la democracia ecuatoriana tendrá en sus entrañas un constante acicate de mejora y perfeccionamiento. Esa es una gran diferencia con el tono de la vida política del pasado.

3) *El vasto país de la leyenda frente a una realidad territorial disminuida.*

Prácticamente, desde la separación de la Gran Colombia, generaciones de ecuatorianos se han nutrido con la imagen del Ecuador como un país mucho mayor en territorio que la jurisdicción efectiva que él realmente tenía. En los hechos, por su debilidad relativa, fue gradualmente perdiendo en beneficio de sus vecinos una gran porción de la superficie que se asignaba a la Real Audiencia de Quito en su época de mayor alcance territorial, cuando era parte del Virreinato de Lima. Al final, la disputa territorial se concentró con el Perú y culminó con la firma obligada del Protocolo de Río de Janeiro en 1942, luego de un penoso conflicto militar. Especialmente desde entonces, los ecuatorianos hemos vivido obsesionados por la reivindicación territorial. En este país diverso, éste era probablemente el común denominador más vigoroso de nuestra identidad nacional, con el correlato del resentimiento y la animosidad para el país que

nos despojó de nuestros territorios, aún cuando se haya estado consciente que el pueblo peruano es aquel que más cercano está, por múltiples razones, a nuestra propia idiosincrasia. Desde los años 80 los dos países han pasado por dos episodios más de conflicto armado, el último en 1995. Además del dolor de las pérdidas humanas, esos enfrentamientos han supuesto costos enormes para los dos países, particularmente onerosos para el Ecuador que no ha conseguido reponerse todavía del efecto de la guerra de 1995. Si bien durante estos años se llevaron a cabo negociaciones para encontrar una solución al conflicto, la tensión se mantenía y el riesgo de otro enfrentamiento armado era inminente. El actual Presidente ecuatoriano, a días de su posesión en el cargo, rompió el punto muerto en que se hallaban las negociaciones y no cesó hasta concluir las y firmar la paz en Brasilia el 26 de octubre último.

Lo notable de este acontecimiento es el cambio súbito de ánimo y de actitud de una buena parte de la población ecuatoriana, bien representada por su Presidente. El cambio implica realismo y una apreciación sobria de los beneficios posibles de la paz.

Adviértase que el Ecuador no fue a esta negociación como un país derrotado, pero el resultado de la misma estaba prácticamente predeterminado por el Protocolo de 1942. La solución confirma en esencia las bases territoriales del mencionado Protocolo. Sin embargo, una mayoría de ecuatorianos parece haber aceptado ese hecho, particularmente las generaciones más jó-

venes, que anhelan que el país funcione con los objetivos de humanidad posibles en la paz, que consideran éticamente superiores a la reivindicación territorial.

Este es, sin duda, un cambio radical frente al pasado y puede ser un elemento de renova-

La globalización es un impulso que sobrepasa el territorio, lo anula, y, en ese sentido, desvanece y confunde las identidades locales y nacionales

ción con consecuencias positivas difíciles de imaginar.

4) *El Ecuador remoto y aislado del pasado frente a la fuerza explosiva de la globalización.*

Es menester tener en cuenta que hasta la apertura de canal de Panamá, el Ecuador estaba muy lejos de los centros de irradiación de la civilización occidental. Era un país remoto, casi un Tibet, aislado en sus montañas y sus selvas. Aún internamente, las comunicaciones y el comercio exigían esfuerzos agotadores. El cambio, la incorporación al mundo, se gestó lentamente y hasta los años 40 el Ecuador se mantuvo como un espacio desintegrado, con muy escasas vinculaciones entre sus distintas regiones. No es extraño que la actitud y la mentalidad de su gente estuviese atada a un localismo tradicional, ajeno a las corrientes

del pensamiento y de la vida modernas.

El choque con un mundo dinámico, cargado de oportunidades y de riesgos, arrollador en su empuje cósmico, se ha producido prácticamente en una generación, y los efectos pueden ser destructores en ciertas áreas, pero fuertemente estimulantes en otras. La llamada globalización es un impulso que sobrepasa el territorio, lo anula, y, en ese sentido, desvanece y confunde las identidades locales y nacionales. Pero es, a la vez, una incitación poderosa a aprovechar las potencialidades que yacen en cada individuo y en cada sociedad. Aparte de ciertos efectos económicos y culturales, que tienen peligros claros que ya comentaremos, es esta secuela de la globalización la más claramente perceptible en la sociedad ecuatoriana. Esta es hoy una comunidad más alerta a aprovechar oportunidades y a emprender en nuevas rutas. Esto es evidente en los negocios, por ejemplo, la exportación. El estancamiento del país, su fragilidad económica ha coartado este brote de iniciativas, pero ellas siguen manifestándose aún en la informalidad de la microempresa. Y no son sólo los negocios, el impulso va más allá: la fuerza con que han emergido los movimientos sociales, la proliferación de ONGs, son también manifestaciones de este nuevo espíritu, que es también un suscitador de la conciencia del propio derecho.

En suma, en la sociedad ecuatoriana hay un fermento de afirmación y de acción que es en parte atribuible a esta inmersión en el mundo. El puede muy bien deshacer identidades, especialmente si ellas son frá-

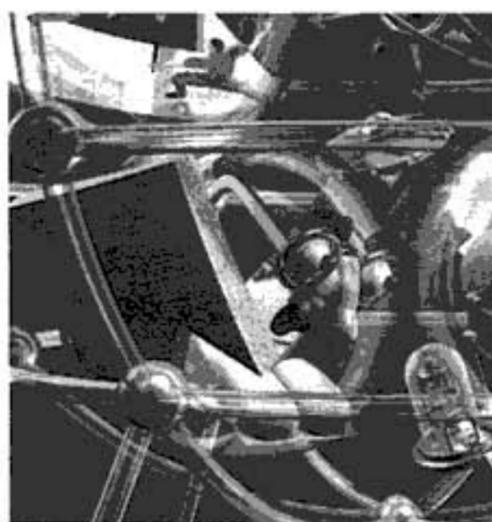
giles. Por ahora, en el caso del Ecuador, el efecto dominante parecería ser más bien favorable a la construcción de un país más alerta y vigoroso, con una más clara conciencia de su identidad. Las consecuencias económicas pueden ser buenas o malas. En nosotros está el aprovechar esta ocasión de despliegue de nuestras potencialidades.

5) El Ecuador depredador del bosque y de los manglares frente a la irrupción de una conciencia creciente de la preservación de los recursos:

Hasta ahora nuestra sociedad ha sido un agente destructor implacable de su hábitat natural. Despertó tarde a la codicia de la explotación de los recursos, pero cuando lo hizo no reconoció ninguna limitación. En una generación ha devorado una extensión enorme de sus bosques nativos. Si la deforestación siguiera a ese ritmo, en 10 años habríamos acabado con esa protección natural y, por ende, con la biodiversidad que es un patrimonio inapreciable para el futuro. Algo semejante sucede con la riqueza marina, los manglares, los cursos de agua, las tierras de cultivo. El milagro de los Andes verdes del Ecuador podría muy pronto convertirse en yermo, bueno

tan sólo para engrosar deslaves y aluviones.

No obstante, quizás con más fuerza que en otros países de América Latina, se ha levantado como una marea una conciencia de preservación que se ha difundido rápidamente por la sociedad, especialmente los



jóvenes. Es posible que en el despertar de esa conciencia haya influido el que las Islas Galápagos sean nuestras y que el Gobierno y la sociedad civil hayan ejercido sobre ellas una política responsable de preservación, pese a todas las vacilaciones y debilidades. Quizás sea la belleza y la variedad de la naturaleza del Ecuador la que nos ha hecho más sensibles a reaccionar frente al peligro en cuanto lo hemos sentido cerca. Lo cierto es que, más allá del propio Gobierno, la sociedad civil se ha organizado en una variedad de agrupaciones que luchan incansablemente

por salvar lo que queda de nuestro patrimonio natural. Algunas de ellas están bien financiadas, tienen capacidad científica, credibilidad e influyen poderosamente sobre la opinión pública; además, existe una alianza tácita entre los ecologistas y el movimiento indígena lo que magnifica su capacidad de protesta y agitación.

En síntesis, creo que en el futuro será cada vez más difícil que la explotación de los recursos naturales y la contaminación continúen imperturbados. El Ecuador ha atraído la atención de las organizaciones ecológicas internacionales (v.g. Green Peace) y en su sociedad civil crece la influencia de sectores conservacionistas que tienen una alta capacidad de lucha. Es posible que tarde en verse los frutos, pero su presencia es un hecho con el que habrá que contar en el futuro.

Estas cinco expresiones del nuevo espíritu son los hitos de la esperanza. Marcan la ruta que nos llevaría a una patria distinta, más animosa, libre y justa.

En esta hora positiva, creo firmemente que seremos capaces de seguir con lucidez la ruta marcada por esos hitos de la esperanza en que hemos empezado a encontrar nuestra real identidad.

Indigenistas, Indios e Ideologías Raciales en el Ecuador (1920 - 1940)



Foto Luis Mejía

En este análisis, la autora utiliza la discusión de Alan Knight acerca de las ideologías raciales para explorar la forma en que los indigenistas conceptualizaron a los indios ecuatorianos como grupo racial.

Kim Clark
 Universidad de Western Ontario, Canadá



Foto Luis Mejía

Un nuevo énfasis

El énfasis en hacer un análisis objetivo de los problemas que enfrentaban los indios ecuatorianos llevó a varios intentos de los indigenistas de medir y cuantificar las formas de la diferencia representada por los indios. Precisamente por ese énfasis en cuantificar la diferencia, los indigenistas, en último término, contribuyeron a una noción racializada de los indios: esto es, a una visión de los indios como un grupo racial separado, con características innatas y heredadas, basadas en la biología. De hecho, los indigenistas bien pueden haber sido las principales figuras en la construcción pública de esta imagen. Mientras sus oponentes produjeron vagas imágenes de degeneración indígena, los indigenistas fueron los que se dirigieron a las comunidades indígenas en los años 30 y 40 para realizar estudios científicos detallados de las condiciones biológicas, de nutrición, higiene y salud indígenas.

Estos estudios apuntaban a refutar ciertos estereotipos acerca de los indios pero, paradójicamente, al hacerlo, reforzaron la categorización de los indios como un grupo

En este artículo examino, de una manera preliminar, cómo algunos científicos sociales ecuatorianos, entre las décadas de 1920 y 1940, entendieron las características que distinguieron a los indios serranos de la población blanco-mestiza de la sociedad dominante.(1) Durante el periodo liberal ecuatoriano, muchos de los más importantes estudios acerca de los indios fueron escritos por abogados y juristas.

De la década de los 20 en adelante, sin embargo, tales trabajos fueron escritos cada vez más por médicos de salud pública, antropólogos físicos y sociales, y sociólogos. Limito mi consideración a algunas de las ideologías raciales desarrolladas alrededor de los indios de la Sierra (en lugar de estudiar una gama más amplia de grupos subordinados), porque constituían el más importante "otro" en la construcción ideológica de la identidad de la sociedad dominante en el periodo analizado: en esa época se consideraba que los indios conformaban al menos el 50 por ciento de la población nacional y la mayoría de ellos vivía en la Sierra.

Me enfoco especialmente en la producción intelectual de los estudiosos indigenistas, un grupo que incluyó, entre otros, a Carlos Andrade Marín, Luis Bossano, Leopoldo N. Chávez, Víctor Gabriel Garcés, Pío Jaramillo Alvarado, Reinaldo Murgueytio, Alfredo Pérez Guerrero, Gonzalo Rubio Orbe, Antonio Santiana, Pablo Arturo Suárez y Miguel Zambrano.(2) Ellos dedicaron mucho tiempo y energía al estudio de la población indígena, razón por la cual podemos asumir que estaban sinceramente preocupados con los problemas que dicha población enfrentó. Como el antropólogo físico Antonio Santiana decía, los verdaderos indigenistas no debían solamente glorificar el pasado imperial indígena, sino que también debían proveer retratos realistas del presente.(3) El argumentaba que esto requería un análisis honesto y objetivo, tanto de las características negativas como de las positivas de la población indígena en el contexto de una comprensión de las condiciones históricas, sociales y políticas que habían conducido a su presente situación.

racial separado. Los indios ecuatorianos fueron vistos como caracterizados por profundas y fundamentales diferencias con respecto a la sociedad dominante y la esencia de su identidad fue biologizada por los indigenistas.

En este análisis utilizo la discusión de Alan Knight acerca de las ideologías raciales para explorar la forma en que los indigenistas conceptualizaron a los indios ecuatorianos como un grupo racial. Knight sostiene que podemos identificar ideologías raciales no solo en modelos que se fundamentan en explicaciones fenotípicas o genéticas sino, en general, donde quiera que encontremos argumentos de que los grupos sociales tienen características "determinadas al nacer, y sujetas solo a largos y lentos procesos de cambio".(4) Es importante el hecho de que esta definición se aplique igualmente a características negativas y a positivas. Por esta razón, prefiero pensar en las nociones producidas por indigenistas como "ideologías raciales" más que como "racismo" per se, un término que tiende a tener exclusivamente una connotación negativa. De hecho, a veces los estudiosos indigenistas sugirieron que los indios tenían características positivas que habían sido transferidas de generación en generación por medios biológicos; desde mi punto de vista, éste debería ser tomado como un argumento racial, aunque pueda no ser racista.

Muchos de los intelectuales indigenistas del Ecuador fueron no solo influyentes en círculos académicos, sino también en la vida política del país. Los indigenistas fueron importantes participantes tanto en debates públicos acerca del papel y la posición de los indios en la sociedad nacional, como en formar políticas dirigidas a incorporar más plenamente a los indios dentro de la nación ecuatoriana. Es importante reconocer, sin embargo, que aún cuando ellos estuvieron en posiciones políticas y administrativas influyentes, no siempre tuvieron éxito en llevar a cabo las políticas que desarrollaron, dada la crisis económica experimentada por el Ecu-

dor desde la década de 1920 hasta la de 1940. Es posible, entonces, que los indigenistas fueran aún más importantes en contribuir a la constitución de imágenes de los indios que en llevar a cabo reales políticas de incorporación. Esta es la principal razón por la que he escogido enfocarme aquí en las imágenes de los indios que emergen del trabajo de dichos indigenistas.(5)

Quiero empezar por bosquejar quizás el principal estereotipo de los indios de la Sierra contra el cual argumentaron los intelectuales indigenistas en sus trabajos escritos. Más allá del círculo de estos intelectuales, en discusiones académicas y políticas de amplio espectro acerca de asuntos tales como el problema agrario y el desarrollo nacional, así como en el discurso público más general

tal y como apareció en medios como cartas al editor en periódicos ecuatorianos, era un lugar común sugerir que los indios eran un "peso muerto" en el desarrollo nacional, que eran "miembros pasivos" de la nación, que vivían una "existencia vegetativa".(6) Leopoldo Chávez resumió estas imágenes (antes de argumentar en contra de ellas):

"A menudo se habla de él [el indio] calificándole de "peso muerto" en la vida del país; se afirma dogmática-

mente que no es susceptible de cultura y que su mente no es apta para desenvolverse al ritmo de la civilización actual, que su abyección lo ha sumido en el círculo estrecho de la vida vegetativa, que su relajación de costumbres le incapacita para la convivencia social; en fin, que tenemos que soportar su existencia en gracia tan sólo de la recompensa que nos reporta su faena torpe, menuda y empírica..." (7).

A veces, los indigenistas aceptaron que había una cierta pasividad o aspecto vegetativo en la vida india, pero para argumentar que esto era el resultado de una historia de opresión. Los indios se habían encerrado dentro de sí mismos y de sus comunidades como resultado de siglos de abusos, después de la conquista, en que fueron tratados como animales de carga y herramientas de tra-

En el discurso público era un lugar común sugerir que los indios eran un "peso muerto" en el desarrollo nacional, miembros pasivos de la nación

bajo más que como seres humanos. Ellos habían tenido que reducir sus emociones para sobrevivir: más que vivir, ellos simplemente aguantaron. Según este argumento, al remover estas condiciones opresivas, los indios dejarían de ser pasivos.

Más frecuentemente, sin embargo, los estudiosos indigenistas apuntaron a refutar el estereotipo del indio pasivo. Para hacerlo, algunos

de ellos se enfocaron en la especial cualidad de la "energía" indígena. Así, los estudiosos indigenistas exploraron el enigma de que, a pesar de los siglos de explotación, los indios de todos modos tenían una gran fuerza física y, especialmente, una enorme resistencia para el trabajo pesado.

"No obstante todos los factores y agravantes sin número de un proceso opresivo a lo largo de cuatro centurias en que la raza sojuzgada puede haber terminado aniquilada o atrofiada, el indio conserva, por regla general, un vigor físico y especialmente un asombroso poder de resistencia que difícilmente es igualado por otras razas. Sólo [debido] a esta energía inagotable puede explicarse como en muchas zonas el rendimiento de la agricultura se produce por el sólo esfuerzo material del indígena". (8)

Dos explicaciones fueron ofrecidas como soluciones a este misterio, ambas basadas en estudios científicos de indios llevados a cabo por indigenistas.

Una posición estaba basada en estudios de anatomía comparada de distribución de pelo (o pilosidad) en los indios. La investigación de Antonio Santiana sobre este asunto estaba dirigida a demostrar que no había solamente una dimensión de variabilidad sexual asocia-



Foto Luis Mejía

da con distribuciones relativas de pelo facial y corporal en diferentes individuos (en que el debate se centró en la relación entre la distribución de pelo y virilidad; es decir, que los hombres tienen más pelo que las mujeres), sino también una diferencia racial importante.(9) Así, Santiana mostró que los indios serranos tenían la pilosidad corporal y facial muy reducida en comparación con la de los blancos, lo que fue presentado de una manera puramente descriptiva como una contribución al campo de la anatomía comparada. Los resultados de las observaciones en distribución de pelo entre indios, sin embargo, fueron entonces incorporados por otros indigenistas dentro de un argumento que sugería que tal vez la energía fisiológica que normalmente iría a la producción de pelo nutriría, en vez, a la musculatura. Para algunos, esto sugería que los indios estaban, de hecho, en un más avanzado nivel de evolución que los blancos, partiendo del hecho de que ellos habían perdido rasgos residuales innecesarios para invertir su energía en características más útiles, como la fuerza. (10) Siguiendo con esta interpretación, también fue sugerido que mientras el tipo de energía desarrollado por blancos era "activo", los indios en cambio habían desarrolla-

do una forma distintiva de energía que les proveía de mucha mayor fuerza y resistencia (que fueron vistas como características muy valiosas). No obstante, a pesar de su valoración de los rasgos físicos indígenas, es muy claro que este argumento no logró trascender los límites de las imágenes públicas del indio pasivo; solamente intentó cambiar los valores asociados a ellas. La distintiva forma indígena de energía fue vista como una adaptación física, desarrollada por los indios a través de los siglos, a sus condiciones de vida y de trabajo. Este análisis implicó que los indios y los blancos eran, de hecho, constitutivamente distintos, a tal punto que fue sugerido que ellos habían evolu-

Foto Luis Mejía



lucionado en dos diferentes direcciones, con dos diferentes esencias profundas. Subyacente a tal argumento estaba la idea de que cada grupo era un reservorio genético cerrado:

que los blancos y los indios eran dos razas enteramente separadas. Las implicaciones de este argumento son que, mientras las razas podrían así evolucionar -sugiriendo una aproximación fluida y flexible de raza-, las divisiones entre ellas eran, de todos modos, representadas como fijas.

La energía y las razas

Un análisis más pesimista de la fuerza y la energía indígenas se basó en un diferente conjunto de observaciones científicas. Este modelo sugería que la inversión evolucionaría en mayor musculatura y resistencia entre los indios, había tenido un costo para el desarrollo de otros sistemas corporales, el más

importante entre ellos, el sistema nervioso, culminando en el cerebro. Este argumento estaba apoyado especialmente por estudios de la dieta indígena, que demostraron que los indios comían alimentos que tenían muchos carbohidratos, los cuales proporcionaban energía, pero que contenían poca albúmina y proteínas, las cuales nutrían al sistema nervioso.(11) Así, desde el momento de su nacimiento (de hecho, desde antes de su nacimiento), los niños indios eran físicamente desarrollados como "maquinarias vivas" para la producción, más que como miembros de la nación intelectualmente conscientes. Esta interpretación sugería que sería muy difícil en verdad redimir a los indios que ya fueran adultos, dado que ellos ya habían experimentado un prolongado subdesarrollo biológico. Lo mejor que el gobierno podía esperar hacer era enfocar los esfuerzos públicos en salvar a los niños indios de este destino, ya que era muy tarde para hacer algo por sus padres.

Adicionalmente a las discusiones acerca de la energía india, otro campo de debate, en que los indios fueron vistos como constitutivamente distintos a otros grupos sociales en Ecuador, se encontraba en recurrentes referencias, en estudios sociológicos y antropológicos, a la noción de una psicología india distintiva. Aquí la psicología no fue conceptualizada como una característica individual (el resultado de la estructuración de la psiquis a través de experiencias de la niñez temprana, al decir de los psicoanalistas), sino más bien como una característica colectiva. Esto es, los indios, como grupo, tenían una psicología específica. Dado que estas características eran colectivas, parecen más rasgos culturales que psicológicos; sin embargo, en los años 30 y 40, estos rasgos no fueron vistos como culturalmente transmitidos, sino más bien como transferidos por medios biológicos. Esta psicología colectiva fue entendida en asociación con otro concepto, el de "temperamento". Temperamento, en las palabras de Luis Bossano, se refería a la "actitud total del individuo definida esencialmente por su sensibilidad e impulso particulares". (12)

Pero, ¿de dónde venían estos impulsos característicos? El término temperamento se refería a un tipo físico particular asociado

con una clase específica de personalidad o perfil psicológico.(13) En general, en la teoría de los temperamentos, se pensaba que los tipos psicósomáticos tenían sus bases biológicas primariamente en influencias endócrinas. En el uso de los indigenistas de este marco explicativo, el tipo físico era también el resultado del ambiente: no solo de una historia individual de enfermedad, nutrición, higiene y consumo de alcohol, sino también de las formas en que estos elementos habían operado a través de las generaciones. Esto estuvo asociado con el concepto de venenos raciales, el cual sugería que el comportamiento individual podía deteriorar el "plasma germinal" transmitido a la siguiente generación. Así, muchas de las características identificadas con lo indio --melancolía, suspicacia y así sucesivamente-- fueron vistas como basadas en su distinta biología, un resultado de siglos de empobrecimiento y opresión. Como Pablo Arturo Suárez lo resumió:

"Desgraciadamente, sobre el indio actual pesa una larga cadena de males varios: la influencia degenerativa de una raza que va inferiorizándose a través de sus hijos; la fuerza inerte de la rutina, la subalimentación, las toxinas y enfermedades que han mermado su fuerza espiritual y física, creando el tipo asténico [un tipo de temperamento] y caduco. La vida exclusivamente vegetativa durante siglos, ha apagado toda luz espiritual y ha mantenido la mente del indio en una penumbra soporosa y alestargante".(14)

Todo esto sugiere nuevamente un concepto bastante dinámico de raza. Las razas no eran estáticas, con características estables, sino que, más bien, las características esenciales de raza podían cambiar a través del tiempo, lo cual era precisamente la meta de las políticas desarrolladas para incorporar apropiadamente al indio. La distintiva psicología del indio era vista como el resultado de procesos históricos y sociales que él había experimentado por generaciones. Al mismo tiempo, sin embargo, discusiones sobre el

temperamento también sugerían que los varios rasgos de personalidad que caracterizaban a los indios estaban profundamente enraizados en su biología.

Quiero ser clara acerca de lo que yo objeto en estos estudios. No es la idea de que la población indígena pueda ser físicamente diferente de la población blanca, sino más bien la interpretación hecha de esa diferencia, que implicaba capacidades diferenciales para el desarrollo intelectual y la participación política y económica. Los estudios analizados aquí también sugirieron que los indios poseían un grupo discreto de rasgos conjuntos que se transmitían biológicamente a través de las generaciones. Mientras muchas formas de diferencia física tienen en realidad bases genéticas, y los rasgos genéticos

son en realidad heredados biológicamente, esas formas no son transmitidas como un conjunto dentro de un grupo humano, diferente del conjunto de rasgos heredados por otras "razas". Más bien, aquellos rasgos que están genéticamente determinados varían independientemente unos de otros, de tal forma que la variación física característica de la especie humana simplemente no se separa en grupos distintos y cerrados, cada uno con su propio conjunto de características, en la forma en que el concepto de raza sugiere. Adicionalmente, los indigenistas

se enfocaron menos en rasgos físicos genéticamente determinados que en la esencia profunda de la identidad india, la cual fue interpretada como biológicamente transmitida.

En sus esfuerzos por marcar y medir las formas de la diferencia india para argumentar en contra de la noción de que los indios no podían ser miembros productivos de la nación ecuatoriana, los indigenistas, al contrario, contribuyeron a la transformación en algo asumido como natural, de una imagen de indios como un grupo separado con rasgos distintivos con raíces biológicas, y con una identidad esencial que era transmitida a través de las generaciones por medios biológicos. Mientras los varios indigenistas diferían en muchos puntos, un área en la cual sus perspectivas tendían a converger era en

Muchas de las características identificadas con lo indio fueron vistas como basadas en su distinta biología, un resultado de siglos de empobrecimiento y opresión

aceptar e incluso promocionar la idea de que, de hecho, los indios ecuatorianos eran constitutivamente distintos de otros ecuatorianos. Por un lado, ellos argumentaron que los rasgos raciales eran a menudo maleables y fluidos y que los rasgos indios en particular eran el resultado de una historia específica de explotación. Y por otro, ellos construyeron una imagen de los indios que frecuentemente reforzó las representaciones dominantes de éstos como miembros pasivos de la nación, proveyendo documentación de, y explicación para, lo que fue percibido como características con bases biológicas. Estaba simplemente más allá de la habilidad de los indigenistas en los años 20 a 40 el demostrar científicamente la profunda huella que años de opresión habían dejado en los indios y, al mismo tiempo, el presentarlos como plenamente capaces de reflexión intelectual y participación política.

De hecho, las imágenes indigenistas analizadas aquí resultan incompatibles con la forma estratégica, a veces calculadora y a menudo muy irónica, en que los indios se presentaban a sí mismos en conflictos agrarios específicos o en peticiones al Estado en la misma época, donde ellos regularmente manipulaban e invertían los discursos hegemónicos para sus propios fines.⁽¹⁵⁾ Esta última imagen es tan inconsistente con las imágenes producidas por los indigenistas y los activistas de izquierda en las décadas de los 30 y 40, quienes implícita o explícitamente sugirieron que los indios necesitaban la asistencia de científicos sociales o el liderazgo de la vanguardia política, como lo es con los argumentos de aquellos en el lado opuesto del espectro político, que afirmaron de manera mucho más cruda que los indios

eran simplemente incapaces de pensamiento racional y acción responsable. Lo que encuentro más importante acerca de este punto es que, tal vez a pesar de sus intenciones, muchos estudiosos y activistas en los años 30 y 40 en Ecuador fueron atrapados en un campo discursivo que les llevó a reproducir y aún reforzar algunos aspectos de las imágenes que ellos estaban justamente tratando de desacreditar.

En Ecuador, muchos estudiosos de los años 30 y 40 fueron atrapados en un campo discursivo que les llevó a reproducir algunos aspectos que ellos querían desacreditar

Las relaciones de poder que subyacen a la producción de estas imágenes ocasionalmente también se vuelven claras en las mismas formas en que estos estudios científicos fueron llevados a cabo. Un comentario de Pablo Arturo Suárez muestra estas relaciones de poder, cuando él admite que veinte por ciento de las mediciones del metabolismo basal que él tomó durante un estudio de los indios de alrededor de Otavalo, en 1943, tenía que ser descartado, ya que las

lecturas inusuales eran "debido quizá al estado emocional y de temor que demostraban los indígenas ante el aparato del metabolismo."⁽¹⁶⁾ Estas relaciones de poder son también evocadas en la presentación de una serie de fotografías de indios completa o parcialmente desnudos, cada una enfocada en una zona particular del cuerpo (la cara, la nuca, el pecho o el área púbica) en el estudio de Santiana de la distribución de pelo. Cabe preguntarse cómo habrán sido las condiciones en las que los sujetos de estas fotografías fueron persuadidos de posar, o quién convenció a los sujetos de Suárez de cooperar con su estudio. En este contexto, algunas de las contradicciones subyacentes a la meta de estos estudios, de mejorar la situación de los indios y reducir su pasividad y opresión por grupos dominantes, surgen claramente.

NOTAS:

Agradecimientos: Este artículo analiza material de una investigación financiada por el Social Sciences and Humanities Research Council of Canada y

la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, hacia los cuales tengo una deuda de gratitud. Muchas de las fuentes publicadas analizadas aquí fueron consultadas en la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, en Cotacollao, y agradezco al director y

al personal de esta biblioteca por su asistencia. Agradezco mucho también a Andrew Nelson y Fernando Larrea por sus sugerencias y comentarios sobre mi análisis, y a Fernando Larrea por su traducción del artículo del inglés original.

1. Esta es una versión resumida de una ponencia presentada en el seminario "Entender el Racismo: El Caso de Ecuador", organizado por Emma Cervone y llevado a cabo en la sede ecuatoriana de la FLACSO en noviembre de 1998. Este artículo forma parte de un proyecto de investigación más amplia, todavía sin terminar, acerca de la posición de los indios en la identidad nacional y los modelos de incorporación nacional en Ecuador en la primera mitad de este siglo.

2. En este artículo no considero el trabajo de todos los autores mencionados, sino que más bien examino un pequeño número de ejemplos relevantes, basados en una lectura más amplia de sus escritos.

3. Antonio Santiana, "Pasado y Presente del Indio Ecuatoriano," *Filosofía y Letras* 1:1 (1948), 79-91.

4. Alan Knight, "Racismo, Revolution, and Indigenismo: Mexico, 1910-1940," en Richard Graham (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940* (Austin: University of Texas Press, 1990), 92.

5. En otros artículos he examinado cómo las imágenes de los indios se tradujeron en políticas. Ver, por ejemplo, A. Kim Clark, "Racial Ideologies and the Quest for National Development: Debating the Agrarian Problem in Ecuador (1930-1950)," *Journal of Latin American Studies* 30:2 (1998), 373-393.

6. Para ejemplos, ver Clark, "Racial Ideologies and the Quest for National Development," y "Race, 'Culture' and Mestizaje: The Statistical Construction of the Ecuadorian Nation (1930-1950)," *Journal of*

Historical Sociology 11:2 (1998), 185-211.

7. Leopoldo N. Chávez, "Discurso del Ministro de Previsión Social en la Inauguración de las Labores del Instituto Indigenista del Ecuador," *Previsión Social* 14 (1943), 16-17.

8. Luis Bossano, "Psicología Indígena Sudamericana," *Revista de Derecho y Ciencias Sociales* (Quito), 2da época, 17 (1942), 71.

9. Antonio Santiana, *La Distribución Pilosa como Carácter Racial: Su Modalidad en los Indios de Imbabura, Ecuador* (Quito: Imp. de la Universidad Central, 1941).

10. Luis Bossano, "Psicología Indígena Sudamericana," 66-74.

11. Santiana, "Pasado y Presente," 84. Ver también Pablo Arturo Suárez, *Contribución al Estudio de la Alimentación y Nutrición del Indio de Otavalo* (Quito: Imprenta de la Universidad Central, 1943); y *Contribución al Estudio de las Realidades entre las Clases Obreras y Campesinas* (Quito: Imprenta de la Universidad Central, 1934).

12. Bossano, "Psicología Indígena Sudamericana," 70.

13. Para una discusión extendida del uso de este concepto en el trabajo de Pablo Arturo Suárez, ver Clark, "Race, 'Culture' and Mestizaje."

14. Pablo Arturo Suárez, "La Situación Real del Indio en el Ecuador," *América Indígena* 2:1 (1942), 62.

15. Para ejemplos, ver Clark, "Racial Ideologies and the Quest for National Development"; para un período anterior, ver Clark, "Indians, the State and Law: Public Works and the Struggle to Control Labour in Liberal Ecuador," *Journal of Historical Sociology* 7:1 (1994), 49-72.

16. Suárez, *Contribución al Estudio de la Alimentación*, 14.

Sobre razas y esencialismos

Diego Quiroga
Universidad San Francisco
de Quito

Razas y esencialismos

El concepto de "raza" constituye un modelo de y para (Geertz 1973) la realidad social utilizado por los ecuatorianos y que está codificado en muchos casos en el lenguaje neutral de la ciencia. En el presente artículo, me basaré en una extensa literatura sobre la manera en la cual las ideas científicas reflejan y sustentan el orden establecido en términos de género y etnicidad (Haraway 1989 y Albanese 1996) para analizar los modelos y construcciones raciales existentes en el Ecuador. Argumentaré, en este ensayo, que el proceso de atribución de características inmutables a diferentes grupos humanos, que se manifiestan en ciertas ocasiones revestido por el lenguaje de la ciencia, genera un aura de autenticidad y esencializa las diferencias entre etnias.



Foto Luis Mejía

El proceso de atribución de características inmutables a diferentes grupos humanos genera un aura de autenticidad y esencializa las diferencias

Una de las definiciones más utilizadas de la raza es la de Theodosius Dobzhansky en su libro *Mankind Evolving*: las razas son poblaciones entrecruzadas que se diferencian entre ellas en uno o más características. En 1940, Ruth Benedict defendió la idea de la raza como la clasificación basada en características que son heredadas (Visweswaran 1998) y diferenció raza y racismo.

Contrastando con esta posición está la de otros antropólogos quienes consideran que la idea de raza reduce la compleja dinámica cultural a rasgos genéticos y que no hacen justicia a la diversidad biológica entre los grupos humanos. Durante la Segunda Guerra Mundial, en 1941, Montagu denunció la falta de evidencia para sostener la existencia de razas en el caso de los seres humanos. Él sostenía que mientras los antropólogos mantienen el concepto de la raza, los geneticistas ya se han distanciado de dicho concepto. En ese momento, Montagu inició una importante discu-

sión sobre la utilidad del concepto de raza que perdura hasta hoy entre los académicos. Frank Livingston fue otro opositor a la idea de razas, cuando en 1962 sostuvo que la variación entre las poblaciones humanas constituye un continuo. Para estos autores, la raza no tiene significado biológico y se basa, más bien, en construcciones sociales y culturales. Montagu (1941) consideraba que el concepto mismo de raza debe ser sustituido por el de grupo étnico. Esta posición se refleja claramente en el documento de 1950 de la UNESCO sobre el tema del cual Livingston fue uno de los principales autores.

Recientemente, varios autores han expresado su inconformidad con el concepto de raza por diferentes razones. Una de las principales objeciones al concepto es la dificultad que existe en agrupar a las personas dentro de categorías aisladas y distintas (Weiss and Mann 1985, Kottak 1994). La existencia de un constante flujo migratorio entre las diferentes poblaciones humanas por la falta de barreras naturales es, en parte, la causa de esta dificultad. Además, es muy difícil definir cuáles son los rasgos que deben considerarse primarios para dicha clasificación. El color de la piel es uno de los rasgos más comúnmente asociados con la raza, pero desde el punto de vista filogenético tiene muy poca validez, pues parece ser una adaptación a la cantidad de luz y no indica la existencia de variaciones biológicamente importantes. Otros rasgos físicos similares han sido descartados como indicadores de razas, razón por la cual muchos estudiosos del tema prefieren utilizar indicadores genéticos en la actualidad.

En relación al tema de la utilidad del concepto de razas, Luigi Lucca Cavalli-Sforza (1995) uno de los geneticistas más conocidos, concluye:

"The idea of race in the human species serves no purpose. The structure of human populations is extremely complex and changes from area to area: there are always nuances deriving from continual migration across and within the borders of every nation, which makes clear distinctions impossible." (P. 237).

"La idea de raza en la especie humana no sirve ningún propósito. La estructura de la pobla-

ción humana es extremadamente compleja y cambia de una area a otra, siempre hay matices que se derivan de la migración continua a través y dentro de las fronteras de toda nación, lo cual hace imposible realizar distinciones claras." (traducción del autor)

Sin embargo, el debate continúa y para muchos estudiosos las razas biológicas sí son un concepto válido que puede ser utilizado para describir las diferencias entre los grupos humanos. En 1962 Washburn, en un discurso ante la Asociación de Antropólogos Americanos, defendió la idea de razas, aunque mantuvo que era difícil llegar a definir cuáles son al momento, debido a que no había criterios claramente establecidos para hacerlo (Viswerwaran 1998). Fundamentada en la oposición entre biología y cultura, uno de los dualismos más arraigados del pensamiento occidental, esta discusión sobre la existencia de

las razas se repite en diferentes niveles y con diferentes interlocutores. Los esencialismos biológicos se presentan no solamente en el caso de las llamadas diferencias "raciales", sino que son también comunes en el caso de las diferencias entre los géneros.

A pesar del ataque de la antropología cultural en contra del esencialismo biológico, existe de parte de este sector académico la tendencia a crear otro tipo de esencialismo, al concebir la cultura como rígida e inmutable. Este equivalente culturalista del

concepto de raza, sin mantener necesariamente que las características inmutables de las personas pueden ser atribuidas a razones genéticas, sostiene que los elementos distintivos de un grupo humano, ya sean estos positivos o negativos, son parte de la naturaleza cultural de dicho grupo. Este esencialismo es el resultado de la falta de reconocimiento de la fluidez y plasticidad que caracterizan los complejos procesos de negociación cultural. Las perspectivas geneticistas comparten con este esencialismo cultural el adscribir a los grupos marginales comportamientos y pensamientos inmutables y ancestrales. Es debido a la importancia de estos dos modelos paralelos en el pensar popular, que creo conveniente examinar los dos modelos en conjunto y discutir las premisas fundamentales que comparten y su

El color de la piel es uno de los rasgos más comúnmente asociados con la raza, pero desde el punto de vista filogenético tiene muy poca validez

influencia en el pensar popular ecuatoriano de los diferentes grupos sociales.

Concepto de raza en Ecuador

Sin lugar a dudas, en Ecuador también existen múltiples discursos y discusiones raciales que reflejan este dualismo entre cultura y biología. Modelos y visiones que constituyen el imaginario popular sobre las personas y grupos que conforman el país. Estos discursos, de cierta manera, se alimentan el uno del otro para crear y mantener diferencias atribuidas a una topografía moral y racial.

Los modelos populares sobre la raza mantienen la existencia de diferencias biológicas y rasgos culturales innatos a cada grupo. Dichas discusiones se basan en una larga historia de conquista, esclavitud y concertaje. Esta visión sostiene que son los grupos blancos mestizos los encargados de modernizar y civilizar a la sociedad ecuatoriana (Whitten 1981, Stutzman 1981). Acorde con esta visión, existe una topografía moral que distribuye a los grupos en el espacio geográfico ecuatoriano.

Se considera que los negros son proclives por su naturaleza a la pereza, a la violencia y al crimen. En muchas de sus representaciones son sexualizados y musicalizados. En 1995, el Diario Hoy publicó las declaraciones del Jefe de la OID, quien sostenía que el problema de la criminalidad en Quito se debe a la invasión de personas de raza negra y su tendencia innata a la violencia. De manera similar, aunque quizás más sutil, muchos de los reportajes hechos por la televisión y los diarios sobre los grupos que viven en Esmeraldas, enfatizan la sexualidad y la música como las características que definen la negritud. Acompañan a estas representaciones prácticas cotidianas de exclusión, como es en Quito la dificultad de personas negras de ingresar a bares y discotecas (lo cual en noviembre de 1998 generó protestas en Lima), o los problemas de migrantes negros en encontrar trabajo y un lugar de alquiler. Para lograr ingresar y ser aceptados en la sociedad blanco-mestiza, tanto indios como negros deben ser domesticados y blanqueados (Rahier 1998). Recientemente, se

acusó al dirigente de la Federación Ecuatoriana de Fútbol de haber mantenido la necesidad de "blanquear" la selección Sub 20 (Diario Hoy, 7 de Marzo de 1999, sección 1A).

En un proceso de inversión simbólica descrito por Michael Taussig (1987), los indios se convierten en la fuente de salvación y de redención. Son los curanderos y shamanes, a los cuales acuden las personas en busca de sanación para los males causados por sus vecinos envidiosos. La visión del indígena como yumbo o brujo, y de su poder de curar y de redimir lleva a la creación de constantes peregrinaciones médicas a los trópicos. Estas imágenes, narrativas y discursos raciales se basan en la larga historia de la conquista y la asociación del indígena pagano con el diablo.

Frecuentemente, a los indígenas y negros se los asocia con la magia negra y la brujería. Por ejemplo, en Esmeraldas y en ciertos lugares de Colombia, existe además la imagen del negro brujo cuyo poder se basa en pactos con el Diablo. Su fuerza y su magia causan enfermedad y hasta la muerte. Esta asociación de magia, demonio y negritud constituye una metáfora clave del pensamiento occidental y ha sido parte de la cosmovisión satánica desde la Edad Media (Kibckhefer 1989).

A los indígenas se los concibe generalmente como pasivos, ignorantes y sucios, habitantes olvidados de los páramos andinos. Los indígenas son para muchos blancos-mestizos el verdadero lastre de la sociedad ecuatoriana. Otra representación común, en especial durante las protestas organizadas, es la de que son violentos e irrespetuosos, fácilmente azuzados por fuerzas extranjeras. Otros, como los indígenas "salvajes" del oriente, o de ciertos lugares de la sierra, son la amenaza a la civilización mestiza nacional.

Es necesario reconocer, sin embargo, el multivocalismo que gira alrededor de las discusiones y las construcciones sobre raza y etnicidad. Dicho multivocalismo se refleja en eventos como la elección de Mónica Chalá para Miss Ecuador en 1995 (Rahier 1998), y se construye a base de las experiencias y los mensajes cada vez más transnacionales que reciben los ecuatorianos. De di-

Los modelos populares sobre raza mantienen la existencia de diferencias biológicas y rasgos culturales innatos a cada grupo. Dichas discusiones se basan en una larga historia de conquista, esclavitud y concertaje

versas maneras y en diferentes espacios, aunque aún de manera muy incompleta, se empieza a cuestionar el discurso de mestizaje y de separación. Sin embargo, a pesar de este cuestionamiento, muchos sectores sociales mantienen y reproducen premisas y modelos fundados en antiguos procesos sociales.

Las ciencias biológicas y el concepto de raza

Otro aspecto importante de la creación de diferencias se basa en las ideas científicas y médicas de las diferencias raciales. La diversidad racial ha sido estudiada a base de las variaciones morfológicas como huesos, dientes, características genéticas y otras. Durante las décadas anteriores y posteriores a la Segunda Guerra Mundial se correlacionó la diversidad biológica con diferentes comportamientos. Esta biologización de variaciones en el comportamiento humano, constituye, además, una manera aceptada por muchos ecuatorianos para explicar la diferencia en el comportamiento de las personas.

Durante los años cuarenta y cincuenta las diferencias importantes se basaban en características fenotípicas corporales superficiales como la pilosidad, la mancha mongólica, la forma de los ojos o el color de la piel, pero ahora, cada vez más se basan en caracterizaciones genéticas como son los grupos sanguíneos, características dentarias, o en estudios de alelos.

Las primeras publicaciones científicas en el Ecuador trataron de describir al "hombre andino" tanto en términos biológicos como culturales. En 1952, Antonio Santiana publica una serie de libros y artículos en los que describe tanto la biología como la cultura de las personas de la sierra ecuatoriana. Entre las características físicas que son típicas de las personas de los Andes, destaca la mancha mongólica, como una formación pigmentaria ovoide o elipsoidal que se asienta en la gran mayoría de los casos sobre la región dorsal sacro-lumbar (Santiana 1952). La mancha, mantiene el autor, va cambiando con la edad, en el niño recién nacido es de color verdosa o azul y a medida que crece la persona cambia de color, adquiere un tinte gris pizarroso y desaparece con la edad. El autor presenta, además, gráficos en los cuales

discute la manera en la cual se puede identificar dicha mancha. La mancha mongólica es hasta ahora, entre muchos ecuatorianos, un motivo de vergüenza y burla. Adelantándose a estudios más recientes, Santiana también realiza un estudio de los grupos sanguíneos de las sociedades que viven en las zonas amazónicas o andinas y deduce que de los 9.167 individuos estudiados en total, un 95% presentan la propiedad de O, el 3% tienen A y 1% tienen B.

Algunos autores de la época describen las características psicológicas asociadas con dichos rasgos biológicos: "el antropólogo que quiera analizar los rasgos físicos e intelectuales de ese hombre perdido en la inmensidad andina se encuentra que no solamente los signos del polimorfismo antiguo son reveladores del mundo desaparecido, sino que la mímica del rostro revela también el contenido de intro-

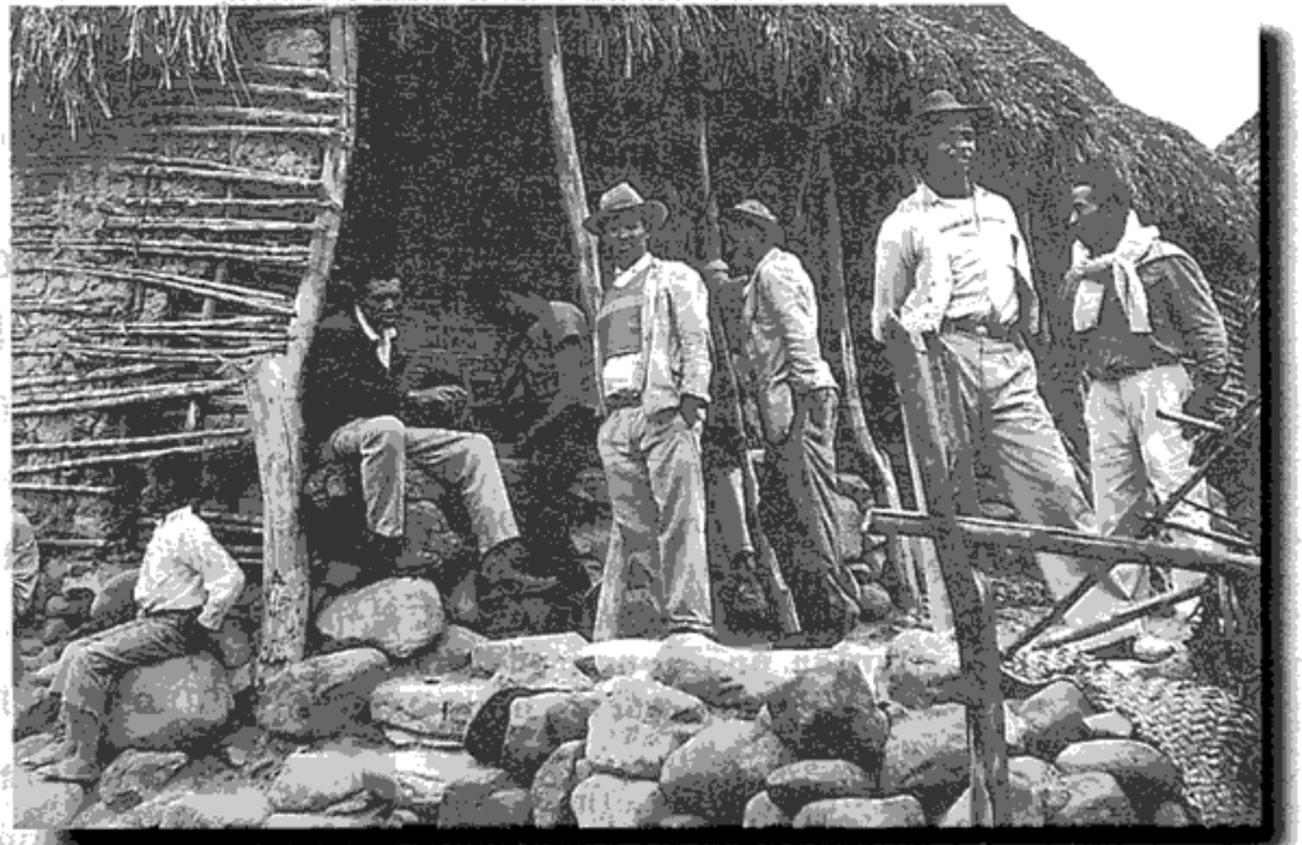


Foto Luis Mejía

versión psíquica del complejo racial" (Sachetti 1954). Se crea, así, una descripción esencialista de los grupos andinos que reduce la cultura a la biología y plantea que ciertos supuestos tipos de comportamientos se basan en las adaptaciones genéticas al medio andino y reflejan las características de este medio. Este tipo de modelo es aún común entre personas de la clase media y alta en Ecuador.

A diferencia de estos escritos, las descripciones genéticas más recientes no mencionan las implicaciones de las diferencias biológicas en términos del comportamiento, pero sí asocian a los grupos



Foto Luis Mejía

genéticos con los grupos étnicos creando así la idea de un continuo cultural-biológico. En un análisis, se sugiere que la identificación de nuevos alelos entre las poblaciones Chachi refleja su aislamiento de otros grupos indígenas y de los grupos afro-ecuatorianos que los rodean (C. Bernis et. al. 1994, Garber et. al. 1995). Se genera de esta manera un discurso científico que plantea una concordancia entre las diferencias biológicas y genéticas, y analiza las diferencias étnicas como resultado de adaptación a enfermedades y a otros aspectos del medio ambiente.

Como se explica en un artículo escrito en 1994: "La identificación de nuevos alelos, así como la peculiar incidencia de algunos marcadores genéticos, han caracterizado a esta población (los Chachi) como un óptimo modelo para analizar los fenómenos que son la base de la historia evolutiva de las poblaciones humanas, como es el mestizaje, la deriva genética debida a procesos de despoblación o de aislamiento geográfico y/o cultural, la selección política direccional como es la resis-

tencia a algún agente patógeno infeccioso". (De Estefano et. al. p504, 1994).

Pero no es solamente en los planteamientos de los antropólogos culturales que se observan dichas posiciones, ya que en los discursos y las discusiones médicas y desarrollistas los temas de razas y etnias también se mezclan para construir el imaginario de la pobreza y la desnutrición. Arturo Escobar (1995) describe la manera en la cual el desarrollo de los sistemas médicos crea nuevas visibilidades y genera la construcción del otro como pobre, oscuro y malnutrido. Las diferencias codificadas en un discurso científico se vuelven, de esta forma, verdades evidentes y neutrales. La medicalización de la mirada política transforma lo que antes había sido un discurso racista, en un discurso salubrista y al "Tercer Mundo", la nueva creación de los años cincuenta, se lo visualiza en términos de salubridad como sucio, malnutrido, ignorante, y debil fisiológicamente (Escobar p. 30 1995).

Muchos programas médicos en Ecuador se basan en la expansión de los valores blanco-mestizos para modernizar, limpiar y salubri- zar a la raza india o negra. La frecuente representación del indio como cretino y retrasado de hace treinta años, se ha transformado en el discurso moderno de la pobreza, la malnutrición y su combate por medio de las prácticas desarrollistas y la tecnología occidental.

Al equiparar raza con etnia, y biología con cultura se simplifica y se elimina la dinámica cultural. Estos epistemas, que son tomados de manera parcial y modificada por la cultura popular, alimentan la visión esencializadora de estos grupos marginados. En reuniones sociales y en conversaciones dia-

rias de los grupos blanco-mestizos se considera que uno de los problemas más serios del país es la herencia genética de las personas negras e indias.

Hay una descripción esencialista de los grupos andinos que reduce la cultura a la biología y plantea que ciertos supuestos tipos de comportamientos se basan en las adaptaciones genéticas al medio andino y reflejan las características de este medio

Entre las ciencias sociales y el indio utópico

Tradicionalmente en el imaginario occidental, el indio (y en muchos aspectos, también el negro) han sido polarizado entre el indio caníbal y salvaje (Robe 1972, Palencia-Roth 1993) y el indio bueno, ordenado y puro, antítesis del blanco civilizado, corruptor y desordenador (Arias 1993). Una versión moderna de esta visión romántica concibe al nativo como un ser perfectamente adaptado a su ecosistema, cuyas costumbres y tradiciones perduran a pesar de las influencias siempre negativas del mundo externo. Se establece, de esta manera, una dualidad en la que todo lo bueno proviene de los grupos tradicionales y lo malo es el resultado de los factores externos. Este esencialismo atribuye a los grupos nativos una bondad casi biológica y natural.

Esta visión, generada por algunos intelectuales, ha sido utilizada por movimientos políticos indigenistas y neorevitalistas en su muy justo deseo de conseguir mejoras sociales, culturales y económicas. Este discurso, ha sido además apropiado por otros intereses económicos, como es el caso de agencias turísticas y ecoturísticas que venden la imagen del indígena como parte del paisaje natural. Es común ver afiches y panfletos turísticos en los cuales se presenta a un jaguar, un guacamayo, alguna palmera, una orquídea o heliconia y un indígena.

Esta representación del indígena se fusiona con el movimiento New Age y el reencuentro con shamanes y curaciones ancestrales. Cada vez más mestizos y extranjeros peregrinan en busca de los yachag indígenas, a quienes se les atribuye poderes provenientes no tanto de pactos con el diablo, como sostiene el pensamiento mestizo tradicional sobre el brujo indio, sino más bien en su contacto con la naturaleza y las supuestas energías positivas que de ella se derivan. De este modo, se genera una tradición inventada de acuerdo con la cual el shamán es visto como creador de orden y de curación, el orden que se basa en una naturaleza idealizada.

La creación de esta tradición es un elemento importante de la formación de estructuras simbólicas, necesarias para la legitimización y valo-

La frecuente representación del indio como cretino y retrasado se ha transformado, en el discurso moderno, al de la pobreza, la malnutrición y su combate por medio de las prácticas desarrollistas y occidentales

rización de grupos y procesos políticos. Sin embargo, cuando estos movimientos intelectuales se realizan de manera poco crítica, se genera lo que Orin Starn (1992) ha criticado y que denomina el andeanismo: la construcción de los indígenas como seres inmutables y utópicos que algunos antropólogos recrean en sus textos. Tanto la utilización del presente etnográfico (Fabián 1983) o la del aislamiento de los grupos de las corrientes migratorias y culturales modernas (Appadurai 1991 y García 1990) constituyen tipos de esencialismos que construyen y recrean una imagen de las personas marginadas. Incluso cuando a esta imagen se la codifica en términos culturales y no genéticos, las categorías creadas ignoran la dinámica cultural característica de todo proceso transformacional. A pesar de que dichos planteamientos no atribuyen las características a razones genéticas, este culturalismo comparte con las construcciones racialistas la generación de categorías naturales y esencialistas cuyo origen histórico y cultural está escondido en una supuesta objetividad.

chicos planteamientos no atribuyen las características a razones genéticas, este culturalismo comparte con las construcciones racialistas la generación de categorías naturales y esencialistas cuyo origen histórico y cultural está escondido en una supuesta objetividad.

Conclusión

El ordenamiento político funciona por medio de la negociación de bordes que se consigue con el ordenamiento de las diferencias. Este ordenamiento se ha convertido en perdurables es-

quemias sociales. A pesar de las transformaciones culturales por las cuales ha atravesado la sociedad ecuatoriana, y de nuevos actores sociales que mantienen novedosos planteamientos sobre el tema racial, las ideas sobre la situación de las diferentes "razas" no han variado considerablemente. Uno de los elementos paradigmáticos más importantes del esquema racial que aun perdura, es la esencialización de las características, tanto positivas como negativas, de los diferentes grupos humanos marginados y la adscripción de dichas características a la naturaleza misma de estos grupos. Todos estos discursos comparten la idea de la existencia de varias diferencias esenciales entre los grupos y se concibe a estas sociedades como entes ahistóricos, cuya naturaleza es inmutable. En el caso de las ideas sobre la raza como una

realidad biológica, se ignora el hecho de que las razas son construcciones sociales y culturales, que no toman en consideración la existencia de un constante y cada vez más acelerado proceso de intercambio genético. En el caso del esencialismo cultural, esta naturalización de las diferencias contrasta con la idea de que la cultura es dinámica y cambiante.

La atribución de características culturales a un grupo genético, o la esencialización de dichos rasgos, representan diferentes versiones del fundamentalismo biológico escondidas en el lenguaje



Foto Luis Mejía

social y cultural. Estas atribuciones que definen a los grupos que se encuentran en la periferia, y que no comparten los valores y modelos dominantes, son parte de complejos procesos de dominación y control. Estas esencializaciones ignoran los procesos complejos de negociación de identidades y de transformaciones culturales que se dan en todo contexto social. Para entender el proceso de negociación de identidades en una sociedad que está experimentando constantes redefiniciones, es necesario mantener modelos que contemplen el dinamismo que implican los procesos de apropiación y de hibridación.

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, Arjun (1991), *Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology* in Richard G. Fox ed. *Recapturing Anthropology: Working in the Present*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Arias, Santa (1993), *Empowerment through Writing of History: Bartolomé de Las Casas's Representation of the Other(s)*. In Jerry Williams and Robert Lewis Eds. *Early Images of the Americas: Transfer and Invention*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Benedict, Ruth (1940), *Race: Science and Politics*, New York: Viking,
- Cavalli-Sforza Luigi and Fancesco Cavalli-Sforza (1995), *The Great Human Diasporas: The History of Diversity and Evolution*. Reading: Addison-Wesley Publishing Company.
- De Stefano G.F. et. al. (1994), *Contribución al Estudio de la Variabilidad Genética en las Poblaciones Nativas Americanas: Los Indios Cayapas de Ecuador*. En *Biología de Poblaciones Humanas: Problemas Metodológicos e Interpretación Ecológica*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Escobar, Arturo (1995), *The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- Fabián, Johannes (1983), *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*. New York: Columbia University Press.
- García Canclini, Néstor (1990), *Culturas Híbridas: Estrategias para Entrar y Salir de la Modernidad*. Mexico D.F.: Grijalbo
- Garber, Theodore et. al. (1995), *HLA alleles of the Cayapa of Ecuador: new B 39 and B 15 alleles*. *Inmunogenesis*. 42: 19-27.
- Geertz, Clifford (1973), *The Interpretation of Cultures*. Basic Books New York.
- Haraway, Donna (1989), *Primate Visions: Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*. Routledge, 1989.
- Kieckhefer, Richard (1989), *Magic in the Middle Ages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Livingston, Frank (1962), *On the Non-Existence of the Human Race*. *Current Anthropology* 3:279-281.
- Montague, Ashley (1941), *The Meaningless of the Anthropological Conception of Race*. In *Man's Most Dangerous Myth: The Fallacy of Race*. Pp. 27-36. New York: Columbia University Press.
- Palencia-Roth, Michael (1993), *The Cannibal Law of 1503*. in Jerry Williams and Robert Lewis Eds *Early Images of the Americas: Transfer and Invention*. Tucson: The U. of Arizona Press.
- Ranheir, Jean (1998), *Blacknes, the Racial/Spacial Order Migrations, and Miss*

Ecuador 1995-1996. *American Anthropologist* Vol. 100, No 1 March 1998

- Robe, Stanley (1972), *Wild Men and Spain's Brave New World*. In *the Wild Man and Within*. Eds. Edward Dudley and Maximilian E. Novak, 39-56. Pittsburgh: University of Pittsburg Press.

- Santiana, Antonio (1952), *Panorama Ecuatoriano del Indio*. Quito: Impresa de la Universidad Central.

- Santiana, Antonio (1958), *La Pilosidad en los Indios y Mestizos Americanos: Desarrollo y Modalidades desde su distribución*. Quito Separata de Humanitas, *Boletín Ecuatoriano de Antropología*. I: 1

- Starn, Orin (1992), *Missing the Revolution: Anthropologists and the War in Perú*. In George E. Marcus, ed. *Rereading Cultural Anthropology*. Durham: Duke University Press.

- Stutzman, Ronald (1981), *El Metizaje: An All-Inclusive Ideology of Exclusion*. In *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*. N. Whitte, ed. Pp 45-94. Urbana: U. of Illinois Press.

- Taussig, Michael (1987), *Shamanismo, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. Chicago: U. of Chicago Press.

- Viweswaran, Kamala (1998), *Race and the Culture of Anthropology*. *American Anthropologist* Vol. 100, No 1 March 1998.

- Weiss, Mark and Alan Mann. (1985), *Human Biology and Behavior: An Anthropological Perspective*. Boston: Little, Brown and Company.

- Whitten, Norman (1981), *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*. Urbana: University of Illinois Press.

Representaciones de gente negra en la revista Vistazo, 1957-1991

La lucha de los pueblos dominados ha consistido en cuestionar y combatir las representaciones contenidas en el discurso dominante

Jean Muteba Rahier
Profesor Asistente de la Universidad Internacional de Florida

No hay tal cosa como un mundo que existiría independientemente de los discursos de representaciones. Representaciones constituyen, en parte, el mundo en el cual vivimos. Como Michel Foucault lo explicó ya hace algún tiempo, formaciones discursivas, o modos de pensar, o modos de representaciones son utilizadas por las gentes para pensar el mundo, para pensar sus propias existencias, así como para pensar la existencia de Otros. Grupos dominantes producen y re-producen representaciones de ellos mismos y representaciones de los Otros que justifican su posición a la cima de los órdenes raciales y espaciales, y la explotación de los Otros, quienes aparecen como seres fundamentalmente negati-



vos. En efecto, como lo formula el intelectual ingro Stuart Hall, el racismo debe ser entendido como "estructura de conocimiento y representaciones" (una energía simbólica y narrativa que trabaja para rar nuestra posición acá, arriba, así como para as que los Otros se queden allá abajo, cada uno "en su to social-natural" (Hall 1992). Esta es la razón cual un aspecto importante de la lucha de los pueb minados ha consistido en cuestionar, manipular, c tir, negar, y a veces hasta invertir representacio ellos reproducidas en el discurso dominante de su dad nacional, o de la sociedad en la cual viven.

Identidades culturales y/o étnicas y/o "raciales" ser entendidas dentro de los siempre fluctuantes pr políticos, económicos, y sociales inscritos en cor espacio-temporales particulares, que son consti dentro de dimensiones locales, regionales, nacio

transnacionales. Identidades, y sus representaciones, son constantemente imaginadas y re-imaginadas, actuadas y re-actuadas dentro de situaciones específicas, y dentro de contextos socio-económicos y políticos que siempre cambian y que proveen sitios para sus negociaciones y re-negociaciones, sus definiciones y re-definiciones.

Cuando hice referencia a Stuart Hall no era por casualidad. El es considerado como uno de los fundadores del movimiento de los Cultural Studies o "Estudios Culturales" en Inglaterra. Los intelectuales que participan en este movimiento han dedicado una parte importante de sus investigaciones al estudio del racismo y de sus varias formas y expresiones en culturas populares alrededor del mundo. Ellos han evidenciado la manera por la cual el racismo muestra su cara fea en los lugares más sorprendentes, en donde "nadie" lo habría esperado, y eso hasta donde algunos-usualmente los que no sufren por sus consecuencias-proclaman que no está.(2)

En este artículo, mi atención se concentra en las representaciones de gente negra hechas en la revista Vistazo, desde su creación en 1957 hasta el año 1991 (3). He pasado horas buscando representaciones de negros en Vistazo, página por página, tomando diapositivas y fotocopiando artículos y fotografías. Focalizar esta investigación sobre Vistazo se justifica por el hecho de que es la revista más popular en el Ecuador. Vistazo, así como otros medios de comunicación, provee a los grupos dominantes con un sitio privilegiado en donde expresan su cosmovisión, o lo que se podría llamar una versión oficial del llamado "sentido común nacional". Cualquier persona que tuvo en sus manos un número de Vistazo pudo darse cuenta que lo que esta revista vende a sus lectores no es sino la mirada blanca o blanca-mestiza sobre los varios pueblos del Ecuador y del mundo. Obviamente, las representaciones de negros hechas en Vistazo son producidas desde una posicionalidad elitista blanca o

blanca-mestiza, y desde una perspectiva urbana. El "nosotros" del Vistazo no es un "nosotros" que incluye las subjetividades negras e indígenas, ni las perspectivas de las poblaciones rurales, al contrario (4).

Las representaciones de negros en Vistazo muestran que el concepto de "negros" que tienen las élites ecuatorianas no es monolítico. A pesar de que es casi siempre negativo, o a veces agresivamente racista, la manera por la cual estas élites comprenden o se acercan a lo negro está enraizado en términos contradictorios: repulsión pero también deseo; miedo extremo, pero también atracción; etc. Estas contradicciones explican la presencia, en diferentes periodos y en diferentes números, de imágenes antitéticas, como la del

gentil cantante, del músico o deportista y la del depredador social o criminal; la imagen del o de la posible amante exótico(a) y la del sucio doméstico perezoso; etc.

Antes de compartir los avances de mi investigación, preciso primero explicar lo que entiendo con el concepto de "orden racial/espacial".

El orden racial/espacial ecuatoriano

Desde el inicio de la vida republicana del país, al igual de lo que ha pasado en otros países latino-americanos, la élite blanca y blan-

ca-mestiza ha reproducido una "ideología ecuatoriana" de identidad nacional que proclama al mestizo como el prototipo de la ciudadanía moderna ecuatoriana (Clark 1998a, 1998b; Rahier 1998; ver también Anderson, 1991[1983]; Arocha 1998; Gould 1993; McCallum 1996; Needell 1995; Pérez-Torres 1998; Radcliffe 1996). Esta ideología esta basada en una creencia en la inferioridad de la población indígena, y una incondicional y a veces contradictoria admiración e identificación con lo que llaman "la civilización occidental"(Silva 1995; Stutzman 1981; Whitten 1981).

A pesar de esta tentativa hegemónica para homogeneizar racial y étnicamente, esta ideología ecuator-

Las representaciones de negros hechas en Vistazo son producidas desde una posicionalidad elitista blanca o blanca-mestiza. El "nosotros" de Vistazo no incluye las subjetividades negras e indígenas

riana de identidad nacional resulta en una lectura racista del mapa del territorio nacional. Los centros urbanos son asociados con la modernidad y con la población blanca y blanca-mestiza, y las áreas rurales son vistas como lugares caracterizados por una inferioridad racial, violencia, retraso de todo tipo, salvajismo, etc. Estas áreas, mayormente habitadas por no-blancos o no-blanco-mestizos, han sido vistas por estas élites como constituyendo inmensos desafíos para el desarrollo nacional hacia los ideales de la modernidad. De esta manera, Ecuador comparte similitudes con Colombia, como lo ha expresado Peter Wade en su libro *Blackness and Race Mixture*: "hay un distintivo patrón espacial en la estructura de . . . la nación y su orden racial" (Wade 1993; ver también a Ching 1997; Feld 1996; Ferguson 1992; Gupta 1992; Malkki 1992).

En esta imaginación de la ecuatorianidad, no hay lógicamente ningún lugar para los negros: ellos son, y más bien deben permanecer, marginales. Ellos constituyen el último Otro, una especie de aberración histórica, un ruido dentro del sistema ideológico de la nacionalidad, una contaminación del patrimonio genético ecuatoriano. No hacen parte de este "mestizaje oficial" (Stutzman 1981: 63).

En la idea de ecuatorianidad, no hay ningún lugar para los negros: ellos son marginales. Constituyen el "último Otro", una especie de aberración histórica, un ruido dentro del sistema ideológico de la nacionalidad, una contaminación del patrimonio genético ecuatoriano

Representaciones de la identidad nacional en Vistazo

Vistazo ha publicado una variedad de artículos, fotografías, imágenes y otras representaciones que ilustran la "ideología oficial" de identidad nacional. Varias publicidades, por ejemplo, resumen la visión que las élites tienen de la "ecuatorianidad". Estas publicidades son caracterizadas por una ausencia de la población negra. Tienen por tema dominante los procesos de mestizaje, que son presentados como la esencia misma de la "ecuatorianidad". Y cuando hacen referencia a los indígenas, es como individuos que aparecen como nada más que vestigios del pasado: deben ser cambiados, "civilizados" (ver también el trabajo de Blanca Muratorio, 1994).

Esta idea, según la cual los pueblos indígenas representan nada más que el pasado nacional, es un tema de mucho interés para los redactores de Vistazo. Uno de estos artículos es titulado "Sondeando el pasado del hombre ecuatoriano" (24 de noviembre, 1978). Se focaliza en investigaciones arqueológicas conducidas por investigadores del Banco Central del Ecuador de la Sucursal de Guayaquil y está acompañado por una fotografía que muestra unas muchachas Chachis de la provincia de Esmeraldas, de pie con los senos desnudos, vestidas de trajes tradicionales (de la cintura para abajo). Debajo de la fotografía se puede leer la siguiente leyenda: "Estas bellas chiquillas son caya-

pas, de la provincia de Esmeraldas. Mantienen características que el tiempo ha respetado" (p. 27). Leyendas como éstas apuntan hacia la continua influencia que tienen tesis evolucionistas del siglo XIX (Darwin, Tylor, y otros). Otro artículo, titulado "Tribus condenadas a muerte" (15 de marzo, 1985: 36-41), explica la "degeneración" de pueblos indígenas que no pudieron adaptarse a la civilización, por el hecho de que "todavía son víctimas de viejas tradiciones malsanas" que les llevarán hacia la muerte. Una frase dice: "Los Waoranies tienen una población con alto grado de anormalidades a causa del matrimonio endogámico entre padres, hijos y hermanos" (p. 41).

Otro artículo, obviamente paternalista, que presenta los resultados de una investiga-



ción conducida por un psiquiatra en la Provincia de Cotopaxi, proclama un gran descubrimiento del año 1972: "En el indio, sí hay inteligencia superior" (enero de 1972: 100-102). Este descubrimiento le da más valor al mestizaje porque limita o más bien corrige el "aporte negativo" del ingrediente indígena...

Estas representaciones de gente indígena son marcadas por el contraste que hacen—desde una perspectiva blanca-mestiza dominante—con las imágenes de personas blancas nacionales, norteamericanas y europeas. Al contrario de aquellas, éstas aparecen como seres civilizados, modernos y respetables. Las características de sus cuerpos definen lo que se considera bello, atractivo, deseable. La ideología del blanqueamiento como es argumentada por Norman Whitten no quiere decir que el blanco se indiana o aindia, sino, al contrario, que es el indio quién debe blanquearse cultural y físicamente.

En cuanto a los negros, ellos no hacen parte de la química nacionalista. Ni son considerados como uno de los ingredientes del mestizaje oficial. En vez de simplemente ser invisibles, como se lo ha argumentado numerosas veces en el pasado, ellos más bien son contruados, ideológicamente a través de sus representaciones como los "últimos Otros".

Los negros como "último Otro"

Los investigadores que han estudiado el surgimiento de los nacionalismos y de los estados-naciones de final del siglo XVIII y comienzos del XIX han compartido la tendencia de poner su atención de manera exclusiva sobre lo que llamaron "los procesos homogeneizantes" de las ideologías que están detrás de las nacionalidades modernas. Esto es precisamente lo que hace, por ejemplo, Benedict Anderson en su famoso *Imagined Communities* (Anderson, 1991[1983]: 47-66). Esto lo hace también Stuart Hall cuando escribe que las "culturas nacionales" ayudan a "coser juntos" (stitch up) diferencias dentro de una singular identidad. Otros autores, en cambio, han preferido subrayar la importancia -al lado de los procesos homogeneizantes de las ideologías nacionales- que ha tenido la construcción de un Otro u Otros para la edificación de identidades nacionales. Identidades jamás existen por sí mismo, solas. Las identidades existen oposicionalmente, es decir, que su naturaleza profunda, o su condición de existencia es la de estar opuesta a otras identidades. Sin esta oposición, no habría ninguna necesidad para tener identidad alguna. El antropólogo del Medio



Oriente, Talal Asad, quién vive en los EE.UU., ha argumentado que "para asegurar su unidad-para hacer su propia historia-los poderes dominantes siempre han trabajado mejor con prácticas que diferencian y clasifican. . . En este contexto, el poder es constructivo y no tanto represivo. Además, su habilidad para seleccionar o construir las diferencias que sirven sus propósitos ha dependido de su explotación de los peligros y de las oportunidades contenidas en situaciones ambiguas" (Asad 1993: 17). Peter Wade, en su recientemente publicado estudio de la incorporación de formas musicales afro-colombianas dentro de los géneros de la "música nacional colombiana", sigue el mismo argumento (ver también a Moore 1997):

"La diversidad es necesaria para las ideas nacionalistas, en parte porque es solamente en relación a la diversidad que la unidad puede ser imaginada, pero también porque la diversidad casi siempre involucra relaciones de poder. De la misma manera que en las relaciones de poder colonial, el colonizador tiene un sentido de dominación que es nutrido por un deseo narcisista para la sumisión del subordinado Otro, los constructores de naciones definen su propia superioridad en relación con la diversidad que ellos observen y construyen-y desean. Distinción como excelencia dependen de distinción como diferenciación; discriminación como refinamiento y gusto superior dependen de discriminación en contra de la gente definida como inferior y diferente. (Wade 1998: 4)

El resto de mi artículo ilustra este último punto. En la perspectiva de la "ideología oficial" de la nacionalidad ecuatoriana, el negro constituye -como previamente he indicado -el último Otro, un acciden-



te histórico. Su presencia en la "nación ecuatoriana" no es sino en calidad de un "problema", como lo demuestra el análisis de las representaciones de negros en la revista *Vistazo*.

Agrupó a las varias representaciones de negros en cuatro categorías. En realidad estas categorías han sido utilizadas también-conscientemente o no-por los periodistas y editores de *Vistazo*: 1. Los africanos; 2. Los negros ecuatorianos.; 3. Los negros norteamericanos; 4. El resto de la diáspora africana en las amé-ricas. Estas representa-

ciones divulgan la lógica del orden "racial"/espacial ecuatoriano, así como la visión que las élites nacionales tienen del resto del mundo y de su supuesta jerarquía cultural. Es así que se puede observar en *Vistazo* que Europa y Norteamérica se encuentran a la cima de la escala de "respetabilidad cultural" compartida por los varios equipos de redacción, cuando Africa, al contrario, yace a sus pies. Esta escala de "respetabilidad cultural" tiene condiciones de existencia, y/o influencias transnacionales.

Porque el espacio al cual tengo acceso aquí está limitado, me limito a presentar los resultados de mi investigación sobre las representaciones de africanos y de afro-ecuatorianos (5).

Carácter negativo de "lo negro" (en general) en *Vistazo*

Varias representaciones de "lo negro" en las páginas de *Vistazo* no tienen especificaciones étnicas precisas. No refieren a negros particulares como afro-esmeraldeños, afro-choteños, afro-brazileños, Yorubas, etc. Estas imágenes funcionan simplemente como si pidieran al lector acordarse del significante "negro" que está profundamente enterrado dentro del inconsciente colectivo (blanco y blanco-mestizo) ecuatoriano y, más allá de ello, en el inconsciente colectivo occidental. Son imá-

genes fundamentalmente estereotipadas y altamente negativas.

Algunas aparecen bajo la forma de chistes. Uno de estos, por ejemplo, marca a los negros como seres estúpidos. Representa a una pareja de negros que se encuentran en la obscuridad. Se puede adivinar que son negros por los estereotipos de los rasgos de sus caras: grandes ojos blancos, grandes dientes, labios enormes. El hombre dice a la mujer: "Nos cortaron la luz!! ¡Al fin podremos hacer nuestros ahorros!!" (nº 66, noviembre de 1962: p. 98). Otro chiste representa a cinco negros vestidos con solo un pañuelo alrededor de la cintura. Están sentados alrededor de una mesa en la cual se encuentra un hombre blanco, cocinado... Uno de los negros tiene una biblia en las manos y dice: "Gracias, Señor, por habernos permitido traer a esta mesa... el pan de cada día. Amén" (julio del 1972, número 82: p. 138). En otro chiste, lo negro evoca a la farra incontrolada, a la pereza, a la sensualidad "natural", a los ritmos musicales, etc. Un hombre blanco, quién está en la playa con su esposa, se levanta y dice, rodeado por negros con sombreros de paja e instrumentos musicales: "Inés! No sé lo que pensarás; pero yo no vuelvo a casa..." (nº 125, octubre de 1967: p. 138), como si hubiera decidido abandonar al estress de la vida moderna por la vida fácil de los negros gozadores.

Otras representaciones de negros sin indicaciones étnicas son hechas en artículos que tienen por objetivo tratar de la humanidad de manera relativamente abstracta, en un ámbito geográfico global. Uno de éstos, titulado "Muerte Prematura de la Humanidad" (octubre de 1974: p.53), discute las tesis de Malthus y evoca a los negros como constituyendo un problema social permanente: no saben cómo cuidarse; siempre necesitan ayuda de algún tipo; hacen niños como conejos; etc. En pocas palabras, no nos--esto es un "nosotros" blanco o blanco-mestizo, por supuesto--dejan en paz... El contenido del artículo podría ser resumido con la siguiente cita, publicada debajo del subtítulo "¿Quiénes perecerán primero?": "En esta muerte colectiva, avanzando inexorable, inicialmente perecerán las gentes de escasos recursos, los hogares pobres. Morirán primero las mayorías desposeídas...". La fotografía que acompaña al artículo presenta a un niño negro, extremadamente flaco, con la mano derecha tendida como para pedir limosna...

Otro artículo, titulado "¿Desaparecerá la raza blanca?" (junio 06, 1978: 82-84), contradice la argumentación del artículo anterior. Sug

giere que dentro de pocas décadas, las razas negra y amarilla dominarán la población humana mundial.

Comentando sobre datos demográficos y también sobre la crisis petrolera contemporánea (fines de los años 1970), el periodista escribe:

"Por consiguiente, es posible prever con un elevado nivel de certidumbre, que la crisis actual y próxima de la energía tendrá no solamente un efecto sobre la civilización industrial, sino sobre la distribución de las poblaciones y de las razas humanas. La especie humana cambiará de color. Los blancos, que jamás estuvieron en mayoría, se volverán una pequeña, luego una muy pequeña minoría... La especie humana cambiará de piel".

Luego, en el mismo artículo, el periodista añade con gran optimismo--utilizando el término obviamente negativo de "inflación"--:"Pero la proporción de las poblaciones y de las razas estará finalmente--después de una fase de inflación amarilla, o morena, o negra--próxima de la proporción actual."

Estas pocas referencias fueron escogidas entre numerosas otras. Ellas anuncian los mayores temas que son repetidos y "tejidos" dentro de las representaciones de negros de las cuatro categorías con las cuales estoy trabajando.

Representaciones de Africa y africanos

Africa es definitivamente un lugar firmemente marcado como negativo en las páginas de Vistazo. Es un lugar en donde ocurren desorden político y golpes de Estado.

Es un lugar en donde se encuentran un número impresionante de tiranos. El Africa de Vistazo parece ser un continente en donde los líderes políticos, mucho más que en cualquier otra parte, y por lo tanto mucho más que en América Latina, no tiene ninguna consideración para sus pueblos. Es un lugar en donde, para usar el vocabulario evolucionista de Vistazo, la vida salvaje y cultos extraños todavía ocurren. Es un lugar plagado por numerosas calamidades. En pocas palabras, el Africa de Vistazo es caracterizado por la irresponsabilidad: africanos son nada más que niños inmaduros.

No he encontrado, en cuanto al periodo que cubre entre 1957 y 1991, ni un artículo que presente a Africa de manera positiva. De los 61 artículos sobre Africa publicados entre 1957 y 1991, 50 son sobre algún tipo de desorden político: guerra de independencia, golpes de Estado, excesos de tiranuelos, masacres políticas, etc. Uno de estos artículos,

publicado en el número de enero de 1965, relata sobre la guerra civil en la República del Congo-Leopoldville. El periodista escribe: "Una lucha salvaje se desarrolló en las calles de la bella ciudad [colonial], tropas del gobierno legal avanzaban por las desiertas avenidas sembradas de muertos, moscas y autos volcados, guerreros semi-salvaje de Soumialot [the rebel leader], entonando cantos rituales y fórmulas de magia negra, se lanzaron al contraataque apoyados por fuego de ametralladoras y fusiles automáticos chinos." Quiero enfatizar el hecho de que aquí solo los rebeldes son "racializados". Además, el periodista se refiere a ellos con todos los adjetivos (negativos) atribuidos a "lo africano": "guerreros" no "soldados"; "semi-salvajes"; y "magia negra". Adicionalmente, el origen de los fusiles automáticos es demonizado también: son fusiles "chinos", lo que era muy malo en estos tiempos de

guerra fría... No es posible entrar aquí en los detalles de esta guerra civil. Pero ya se puede indicar que los soldados del llamado "gobierno legal" (en realidad era un gobierno de marionetas manipulado por varios gobiernos occidentales, dentro de un contexto claramente neo-colonialista) tal vez no estaban luchando por el lado del "bien" como lo sugiere el periodista.

Antes de la mitad de los años sesenta no hubo reportaje sobre Africa. Después de esta fecha, su presencia limitada en la revista está marcada por catástrofes. Una variedad de artículos, desde la segunda mitad de los años 1960 hasta los años 1980, refieren a la sangrienta secesión de la región de Biafra en Nigeria, las atrocidades del dictador Idi Amin Dada--quien fue muy visible en los números de Vistazo de los años 1970-- , las "payasadas" de otro dictador: el Mariscal Bokassa de la República Centro-Africana, etc. Muchas de las expresiones utilizadas por los periodistas reportando estos eventos traicionan sus interpretaciones racistas y esencialistas. "Africa ruge" dice el título de un artículo sobre una masacre política en Rodhesia: en vez de culpar a los autores del hecho deplorable, culpan a la llamada "raza africana" entera... "Africa: corazón del sida" (27 de marzo de 1987: p. 60) dice otro, sugiriendo de una cierta manera que estos negros salvajes y africanos son responsables por este mal, etc.

En un artículo sobre Africa del Sur del principio de los 80s (febrero de 1981: p. 58-63), los negros africa-

En la revista Vistazo, de 1957 a 1991, no hay un artículo que presente a Africa de manera positiva. En pocas palabras, el Africa de Vistazo es caracterizado por la irresponsabilidad

nos son identificados como gente tradicional, retrasada y exótica, cuando, al contrario, los blancos sudafri- canos son claramente asociados con la modernidad, la vida urbana, los edificios altos, etc. En este artículo, se presenta a mujeres negras africanas con senos desnudos, de pie o a cuatro patas en una página, cuando en otra página está la fotografía de una mujer blanca de la cual se ve solamente la cara: tiene lentes y mira hacia el cielo. El divulgar o esconder el cuerpo femenino tiene mucho que ver con la distinción--muy importante en América Latina-- entre los conceptos de "mujer" (usualmente más oscura de piel sino negra, asociada con vulgaridad, falta de educación, de acceso sexual fácil, etc.) por un lado, y "señora" (blanca o de piel más clara, respetable, casada, cultivada, etc.) por el otro (ver Melhuus 1996). Al respecto, un artículo de los años 1970 (julio 1973, n°194: 80-82) presenta a bailarinas africanas, de Senegal, con el busto descubierto. Un subtítulo en el artículo dice "Nadie ha criticado que las bailarinas actúen con el busto descubierto". Las fotografías fueron tomadas durante una gira que el ballet nacional de Senegal hizo en Guayaquil. En aquella época, aún ningún cuerpo de mujer blanca había sido expuesto de esta manera en Vistazo...

Representaciones de Afro-Ecuatorianos

Una de las constantes más importantes en los artículos de Vistazo con representaciones de gente afro-ecuatoriana es, sin lugar a duda, la diferencia en el tono de voz del periodista cuando habla--en los textos escritos y/o a través del material visual--sobre negros de zona rural (las Provincias de Esmeraldas, Imbabura, Carchi, y más particularmente el Valle del Chota) y sobre negros de zona urbana (principalmente Guayaquil y Quito). Los negros aparecen como fuera de su lugar "natural" en zona urbana, en donde son fundamentalmente interpretados como predadores sociales. Son asociados con crímenes de todo tipo, afición a las drogas, violación, etc. En regiones rurales, al contrario, los negros son re-presentados como en asociación con formas musicales exóticas, la marimba, y otras tradiciones culturales inofensivas aunque extrañas. Negros rurales son representados como si estaban viviendo en su sitio reservado, como más cerca de la naturaleza, su "si-

tio social natural", como dice Stuart Hall. Se los ve muchas veces como las víctimas de calamidades naturales y otros problemas de salud. Imágenes de negros ecuatorianos que son simplemente positivas son muy raras en la historia de Vistazo. En algunos casos limitados aparecen en la revista como héroes nacionales y atletas quienes ganan medallas y otros títulos a eventos deportivos internacionales. La mayor figura que jugó este papel fue seguramente, en los años 1950 y 1960, Alberto Spencer. Más tarde, se ve a Lupo Quiñonez, Liliana Chalá, y un sinnúmero de otros. Mención de deportistas afro-ecuatorianos siempre viene acompañada del uso de un adjetivo como "negro", "moreno", "de ébano", etc. Esto denota el malestar de los perio-

Imágenes positivas de negros ecuatorianos son muy raras en las páginas de Vistazo. Representaciones de afro-ecuatorianos como peligrosos son abundantes y empezaron desde los primeros números en 1958

distas blancos y blanco-mestizos, así como de los editores de la revista, para quienes es imposible no "racializar" a un individuo negro cuando se le ve en una fotografía, como si el color de su piel no podía ir sin ser mencionada. Por supuesto, los deportistas que no son negros jamás son "racializados". Es así que tenemos, para Liliana Chalá, "La negra de oro" (19 de diciembre de 1986: 87-88); "el negro Italo Estupiñan" quien también es llamado "el gato salvaje"... (7 de abril de 1978: 92-95); o en otro registro "el chino negro", para referirse a Jaime Hurtado...

Las imágenes negativas de los afro-ecuatorianos tienden a ser de hombres más que de mujeres. Imágenes de mujeres negras usualmente vienen asociadas con algún aspecto "menos negativo", mismo si ello consiste en la manipulación de ellas y de sus cuerpos como una encarnación del mito de la venus negra, objeto sexual por excelencia...

Las representaciones de afro-ecuatorianos como peligrosos criminales en Vistazo son abundantes y empezaron desde los primeros números de la revista. En 1958, un artículo titulado "En las garras de la hierba maldita" (julio de 1958: p. 47-48, 85) marca el inicio de esta larga historia de denigración "racial" o étnica. Las dos ilustraciones de marihuaneros son hombres negros. Uno de ellos se llama Santos Benigno Blackman Morales. El periodista escribe acerca de él: "'Santos Benigno Blackman Morales', tiene una contradicción en sus nombres. En efecto: no debe ser muy benigno ni muy santo cuando está donde está. Y eso de Blackman le viene al pelo: su color es 'pura ra-

za'. Africa ruge." El mes siguiente (agosto de 1958: p. 4-6, 71), otro artículo "5.000 ladrones en Guayaquil", está acompañado por la fotografía de tres hombres negros en la cárcel. El año siguiente, un artículo demuestra que esta imagen negativa del negro es tan enraizada en el inconsciente colectivo blanco y blanco-mestizo que es utilizado para interpretar a un evento histórico que ocurrió en el siglo XVI en lo que se llama hoy día "la provincia de Esmeraldas". El artículo tiene por título: "El negro quien fue rey de Esmeraldas" (octubre de 1959: p. 72-74). El subtítulo principal dice: "De como los negros llegaron al Ecuador.- Un rey sanguinario de las selvas.- España actúa diplomáticamente". El

texto que sigue relata de una manera distorsionada la historia del grupo de Sebastián Alonso de Illescas y de Antón, en el siglo XVI, que fue salvada del olvido en la crónica del padre Miguel Cabello Balboa (ver Cabello Balboa 1965; Phelan 1967; Rueda Novoa 1990; Rueda Novoa 1992). Es interesante notar que el periodista jamás cuestiona a la institución de la esclavitud, su inhumanidad, etc. Al contrario, parece que está preocupado por pintar a estos negros como salvajes que se escaparon de su condición "normal" o "natural" de esclavos, que son sanguinarios, que actuaron como bestias y eso particularmente--dice el periodista en un impulso paternalista--con los grupos indígenas que ocupaban la zona en donde llegaron, etc. El periodista reproduce--aunque en el pasado--el estereotipo del negro delincuente... A ningún momento el periodista quiere celebrar la valentía de estos seres humanos quienes se rebelaron en contra de sus opresores para recuperar su dignidad y libertad... El dibujo que acompaña al artículo sugiere la intención del periodista y del redactor: se ve a un negro musculoso con un cuchillo en la mano, quién mató a un líder indígena que está en el piso, muerto...

Y los ejemplos de este tipo de representaciones siguen a lo largo de la historia de la revista. En 1961, la bestialidad de un prisionero negro está enfatizada por la presencia, al lado de su fotografía, de la siguiente leyenda: "Si salgo vuelvo a matar" (julio de 1961: p. 53-54). Esta historia de denigración auto-



mática de los hombres negros--que cuando no les presenta como delincuentes "naturales" o "animales salvajes" que no pueden controlar a sus impulsos, los presenta como otro tipo de problema social: madres adolescentes, pobres sin educación, hombres ratas, etc.--llegue hasta el presente. En el año 1997, Vista-zo festejó sus 40 años de existencia con un número especial. En este número, presenta a entrevistas de varias personas que cumplieron 40 años de edad en el año 1997. Es así que una puede leer entrevistas de un policía, de un médico, de un abogado, de una secretaria, de un pescador, etc. En la página 118 del n°715 del 5 de junio de 1997, se presenta la entrevista y la fotografía de "El Delincuente": un afro-esmeraldeño quien lleva, dice la leyenda, 20 años en la delincuencia y 16 preso...

Conclusiones

Al igual de lo que se puede encontrar profundamente anclado dentro del inconsciente colectivo blanco y blanco-mestizo ecuatoriano, representaciones de la gente negra han sido construidas en Vista-zo, a lo largo de su historia, como para ubicarlos de una manera definitiva como seres marginales en cuanto a lo que se entiende por "civilización", "nación", y "cultura nacional". Esta marginalidad no es el resultado del relativo número de negros que cuenta el Ecuador, como lo fue dicho en varias ocasiones por intelectuales y hombres políticos blancos y blan-

co-mestizos.. Esta marginalidad es la expresión del hecho de que la gente negra juega el papel de "último Otro" dentro de los imaginarios de identidad nacional. En la lógica de la ideología hegemónica de identidad nacional que define a la "ecuatorianidad", los negros constituyen lo que uno (blanco y blanco-mestizo) no quiere ser. Son la encarnación de lo contrario de lo que se proclama como ideales de la nacionalidad. Juegan el papel de Otro tanto adentro de los límites nacionales como fuera de ellos. Ni son incluidos en los mitos de la ecuatorianidad cuando se habla de "blanqueamiento". Este proceso, que lleva hacia la "nacionalidad" (la versión de las élites), está reservado para los indígenas. Esta

cualidad negativa de "último Otro" hasta es reproducida por la mayoría de intelectuales ecuatorianos--principalmente blancos y blanco-mestizos--quienes se auto-identifican como de izquierda, pero que ni mencionan a "lo negro" cuando escriben sobre los mitos de la ecuatorianidad (ver por ejemplo Silva 1995), las cuestiones de las identidades en Quito (Ibarra 1995), el racismo en la sociedad ecuatoriana, etc. Esta marginalidad de los negros ecuatorianos de hoy es la continuación de una larga historia de discriminación que empezó durante la colonia y que fue no solo reproducida sino reforzada a través de las décadas, en los varios medios de comunicación y en el "sentido común nacional".

NOTAS

(1) Todas las traducciones en este artículo son mías.

(2) En el seminario "Entender el Racismo: El Caso del Ecuador", organizado por la FLACSO en noviembre de 1998, en donde una versión de este trabajo fue presentada, un participante ecuatoriano blanco-mestizo fue hasta el punto de repetir varias ocasiones que no había huellas de racismo en la prensa ecuatoriana. El presente artículo demuestra el carácter erróneo de tal punto de vista.

(3) Tengo el proyecto de llegar hasta el año 1998.

(4) Para un estudio similar conducido en otro contexto nacional, ver Lutz. 1993.

(5) Una versión ampliada de este trabajo será publicada próximamente en un libro editado por Fredy Rivera y la FLACSO.

(6) En la historia de Vistazo, más de 10 artículos fueron dedicados al dictador Idi Amin Dada, como si fuera un emblema, una buena ilustración de lo que Africa es...

BIBLIOGRAFIA

- Anderson, Benedict, 1991 [1993], *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Arocha, Jaime, 1998, Inclusion of Afro-Colombians: Unreachable National Goal? *Latin American Perspectives* 25, Number 3(100):70-89.
- Asad, Talal, 1993, *Genealogies of Reli-*

gion: Discipline and Reasons of Power in Christianity and Islam. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

- Cabello Balboa, Miguel, 1965, *Obras*. Quito: Editora Ecuatoriana.

- Ching, Barbara and Gerald W. Creed, ed., 1997, *Knowing Your Place. Rural Identity and Cultural Hierarchy*. New York: Routledge.

- Clark, Kim, 1998a, Race, 'Culture,' and Mestizaje: The Statistical Construction of the Ecuadorian Nation, 1930-1950. *Journal of Historical Sociology* 11(2, June):185-211.

- Clark, Kim, 1998b, Racial Ideologies and the Quest for National Development: Debating the Agrarian Problem in Ecuador (1930-50). *Journal of Latin American Studies* 30:373-393.

- Feld, Steven and Keith Basso, ed., 1996, *Senses of Place*. Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.

- Ferguson, James, 1992, The Country and the City on the Copperbelt. *Cultural Anthropology* 7(1):80-92.

- Gould, Jeffrey, 1993, "¡Vana Ilusión!" The Highlands Indians and the Myth of Nicaragua Mestiza, 1880-1925. *Hispanic American Historical Review* 73(3):393-429.

- Gupta, Akhil and James Ferguson, 1992, Beyond 'Culture': Space, Identity, and the Politics of Difference. *Cultural Anthropology* 7(1):6-23.

- Hall, Stuart, 1992, Race, Culture, and Communications: Looking Backward and Forward at Cultural Studies. *Rethinking Marxism* 5(1):10-18.

- Ibarra, Hernán, 1995, La Cuestión de las Identidades en Quito. *Región (Cali)* (nº 3-4, Agosto):3-19.
- Malkki, Lisa, 1992, National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity Among Scholars and Refugees. *Cultural Anthropology* 7(1):24-44.
- McCallum, Cecilia, 1996, Resisting Brazil: Perspectives on Local Nationalisms in Salvador da Bahia. *Ethnos* 61(3-4):207-229.
- Moore, Robin, 1997, Nationalizing Blackness: Afro-Cubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.
- Muratorio, Blanca, 1994, Nación, Identidad y Etnicidad: Imágenes de los Indios Ecuatorianos y sus Imagineros a Fines del Siglo XIX. In *Imágenes e Imagineros: Representaciones de los indígenas ecuatorianos, Siglos XIX y XX*. B. Muratorio, ed. pp. 109-196. Quito, Ecuador: FLACSO- Sede Ecuador.
- Needell, Jeffrey, 1995, Identity, Race, Gender, and Modernity in the Origins of Gilberto Freyre's Oeuvre. *American Historical Review* 100(1):51-77.
- Pérez-Torres, Rafael, 1998, Chicano Ethnicity, Cultural Hybridity, and the Mestizo Voice. *American Literature* 70(1, March):153-176.
- Phelan, John Leddy, 1967, The Kingdom of Quito in the 17th Century: Bureaucratic Politics in the Spanish Empire. Madison: University of Wisconsin Press.
- Radcliffe, Sarah and Sallie Westwood, 1996, *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America*. London: Routledge.
- Rahier, Jean Muteba, 1998, Blackness, the "Racial"/Spatial order, Migrations, and Miss Ecuador 1995-1996. *American Anthropologist* 100(2):421-430.
- Rueda Novoa, Rocío, 1990, *Zambaje y Autonomía: La Historia de Esmeraldas siglos XVI-XIX*. FLACSO-Universidad del Valle.
- Rueda Novoa, Rocío, 1992, *La ruta a la Mar del Sur, Siglo XVIII*. *Procesos (Quito)* Segundo Semestre(3)
- Silva, Erika, 1995, *Los mitos de la ecuatorianidad. Ensayo sobre la identidad nacional*. Quito: Abya-Yala.
- Stutzman, Ronald, 1981, *El Mestizaje: An All-Inclusive Ideology of Exclusion*. In *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*. N. Whitten, ed. Urbana: University of Illinois Press.
- Wade, Peter, 1993, *Blackness and Race Mixture. The Dynamics of Racial Identity in Colombia*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Wade, Peter, 1998, Music, blackness and national identity: three moments in Colombian history. *Popular Music* 17(1):1-19.
- Whitten, Norman, ed. , 1981, *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*. Urbana Chicago London: University of Illinois Press 14

La identidad perdida de los ecuatorianos

No se trata de una preocupación nueva. El tema de la identidad ha estado presente desde el momento mismo del nacimiento de la República. Forma parte del proceso de constitución de la nación como comunidad imaginada



Eduardo Kingman Garcés
FLACSO-Ecuador

En los últimos años se ha evidenciado un creciente interés por la “identidad de los ecuatorianos”. No solo se escribe sobre el tema sino que se lo comenta, forma parte de una preocupación cotidiana acerca de lo que somos y a dónde vamos los ecuatorianos. ¿A qué se debe este interés creciente? ¿A quién interesa? ¿Qué interesa y hasta qué punto interesa?

En primer lugar, habría que señalar que no se trata de una preocupación nueva. Ha estado presente desde el momento mismo del nacimiento de la república. Forma parte del proceso de constitución de la nación como comunidad imaginada. Como un cuerpo de tradiciones, intereses y valores que vinculan al conjunto de ciudadanos que habitan un territorio y del que se excluían las mujeres, los indios, negros y los marginales. No obstante, hoy esa preocupación se presenta de modo parti-

cular, y en ese sentido como una forma nueva, inédita, de preocuparse.

Tipología del pueblo ecuatoriano

En 1916 Alfredo Espinosa Tamayo escribió su "Psicología y Sociología del pueblo ecuatoriano" ¿Qué se proponía el autor con ese texto? En primer lugar, devolver una visión objetiva de los hechos. "No solamente nuestras actuales condiciones, nuestros vicios de organización y nuestros defectos, nuestros actuales problemas, sino también reflejar el aspecto contemporáneo de nuestra patria". Acercarse a los hechos tal como son, apoyándose para ello en la sociología positiva: "en la propia suficiencia de conocimientos y en las dotes de observador concienzudo y profundo" (Espinosa Tamayo, 1917: 10-11).

De acuerdo a Espinosa las características de las sociedades dependen del clima, la raza, la producción y la naturaleza del suelo y, secundariamente, del medio ambiente social y la educación. Su visión de la vida social es "racialista". Existen determinados rasgos raciales (los propios de los indios, los criollos, los mulatos y los mestizos) que determinan la forma de ser de los ecuatorianos. A esto se añaden los rasgos que se derivan de las diferencias regionales, geográficas y climáticas. El indio es indolente, triste, ignorante, sin confianza en sí mismo, servil y al mismo tiempo astuto y artero. El negro es levantisco y exaltado "el menos apto para incorporarse a la civilización". El cholo es bastardo. La visión de Espinosa no es, en todo caso, estática. Estas condi-

ciones pueden mejorarse gracias a la introducción de cambios en la composición racial de la población mediante las migraciones, la civilización de las costumbres y la educación. Son causas "espirituales o biológicas", antes que económicas, las que han determinado las formas

Para Espinosa Tamayo, causas "espirituales o biológicas", en lugar de económicas, han determinado las formas de ser de los ecuatorianos

de ser de los ecuatorianos, sin embargo, en el porvenir estas condiciones podrían cambiar, "cuando el desenvolvimiento de las fuerzas vitales del país traiga otros contingentes" (Ibid: 73).

Muchas de estas características se vuelven generales a los ecuatorianos como resultado del cruce y mezcla de razas. Esto se expresa en las costumbres, en el carácter degradado de algunas de ellas.

¿A qué necesidades respon de un pensamiento de este tipo? Andrés Guerrero muestra el papel jugado por el libe-

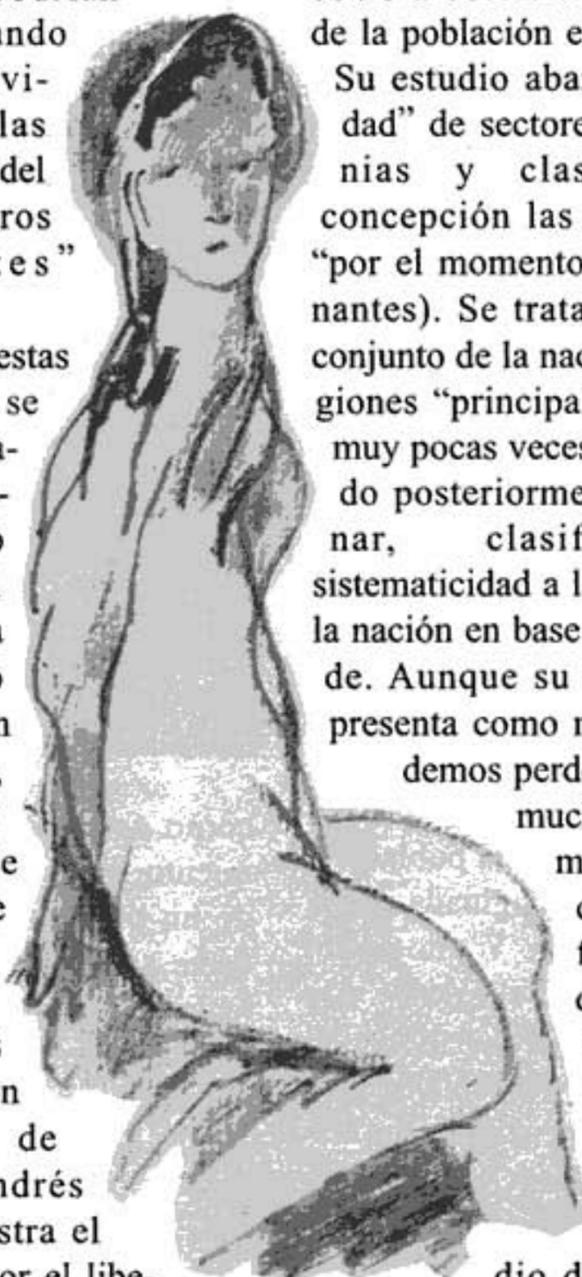
ralismo en la conversión del sujeto indio en objeto de protección del Estado. Había que proteger al indio, sometido tradicionalmente al concertaje y la servidumbre, para civilizarlo y convertirlo en ciudadano (Guerrero, 1994). Y algo semejante se dio en las primeras décadas de este siglo a través de la Beneficencia Pública y otros dispositivos como los delincuenciales. Estos hicieron de los pobres, locos, enfermos, vagabundos, niños, mujeres, objetos de preocupación del Estado (Clark, 1995; Kingman, 1999).

El ensayo de Espinosa se mueve en esta línea de intereses. Sólo que su preocupación no está orientada al desarrollo de aparatos y dispositivos en relación a tal o cual sector social, como a ubicar las condiciones de la población en su conjunto.

Su estudio abarca "la totalidad" de sectores sociales, etnias y clases (en su concepción las primeras son "por el momento" las determinantes). Se trata de pensar el conjunto de la nación, de sus regiones "principales", cosa que muy pocas veces se ha intentado posteriormente. De ordenar, clasificar, dar sistematicidad a las prácticas de la nación en base a lo que sucede. Aunque su sociología se presenta como neutral, no podemos perder de vista que

muchos de los elementos en la

que se basa forman parte de las percepciones cotidianas de un grupo; de lo que se concibe en medio de la práctica,



del trato corriente al interior del grupo y en relación a otros grupos. Su tipología de los ecuatorianos se nos presenta desligada de cualquier relación concreta, como toda tipología. No obstante el punto de partida de esta es el sentido práctico: el conjunto de experiencias de relación, tal cual son asumidas a partir del mundo de la vida.

¿A quién se dirige Espinosa Tamayo? Aparentemente a “los ecuatorianos”. No obstante, se trata de una ficción de la escritura; aunque no fuera más que por el hecho de que sólo una minoría es alfabeta y dentro de ésta muy pocos son los lectores y menos aún los interesados por la sociología. ¿Desde dónde habla Espinosa? Por un lado, desde su calidad de blanco-mestizo y hombre público (legislador, ministro de Estado) y, por otro lado, desde la autoridad que le otorga la cultura: excelente observador, conocedor de una ciencia positiva. Esto último es importante si se piensa que de acuerdo al mismo Espinosa las clases gobernantes y, particularmente, las clases propietarias, confunden la cultura con las buenas costumbres.

El esfuerzo de Espinosa no se limita a un registro costumbrista, tampoco a una ideología. Su trabajo se mueve dentro de la sociología, concebida como ciencia neutral (aunque no se sabe bien en qué consiste esto). Se trata de fundamentar una política en relación a la población, la misma que está guiada por la idea del progreso. Y esto en un momento en que el Estado y la sociedad y lo que constituye su fundamento, la República Aristocrática, se encuentran en crisis. “Poblar es gobernar”, afirma Espinosa citando a Sarmiento. Las migraciones y el



mejoramiento racial forman parte de esta política. El mestizaje ha de entenderse, en esta perspectiva, no como formación “de una raza americana” o “una raza cósmica”, sino

La preocupación actual sobre el tema de la identidad responde a un momento de resquebrajamiento del Estado, así como de la pérdida del sentido de lo público

como estrategia de blanqueamiento. Se trata, en todo caso, de un proceso que sólo podía darse a lo largo de varias generaciones. Lo que preocupa a Espinosa es tanto el mejoramiento racial, como lo que se presenta como su signo contrario: la degeneración de la raza. Muchas de las características de los ecuatorianos -sobre todo las de

los habitantes de la sierra- se mueven en este sentido. La época en la que escribió Espinosa Tamayo es de movilidad social y de trastocamiento de valores, de profunda crisis política y moral; de desdibujamiento de las antiguas clases y formación de nuevos sectores sociales, resultado de las migraciones y del desarrollo de las actividades mercantiles e industriales. Todo esto provoca “el recelo social” y es, en este contexto, en donde un mapeo de la sicología y sociología de los ecuatorianos, que permita ubicar sus características nuevas, se vuelve útil.

Una vez que los principios religiosos y morales y las prácticas cotidianas en los que se fundamentaba la existencia social en el siglo XIX, han sido puestos en cuestión, la sociología constituye un recurso. Se hace necesario re-conocer un mundo social en movimiento; catalogar, clasificar de nuevo, dar coherencia a las prácticas. El autor pretende moverse en el campo de la objetividad y asumir el punto de vista neutral de las ciencias. Al hacerlo, genera sistemas clasificatorios basados en la jerarquía y en la diferencia. Como anota Joan Scott “toda significación se produce de forma diferencial, por contraste u oposición y jerarquía” (Scott: 83). Se trata, como en otros casos, de un proceso discursivo que produce diferencias.

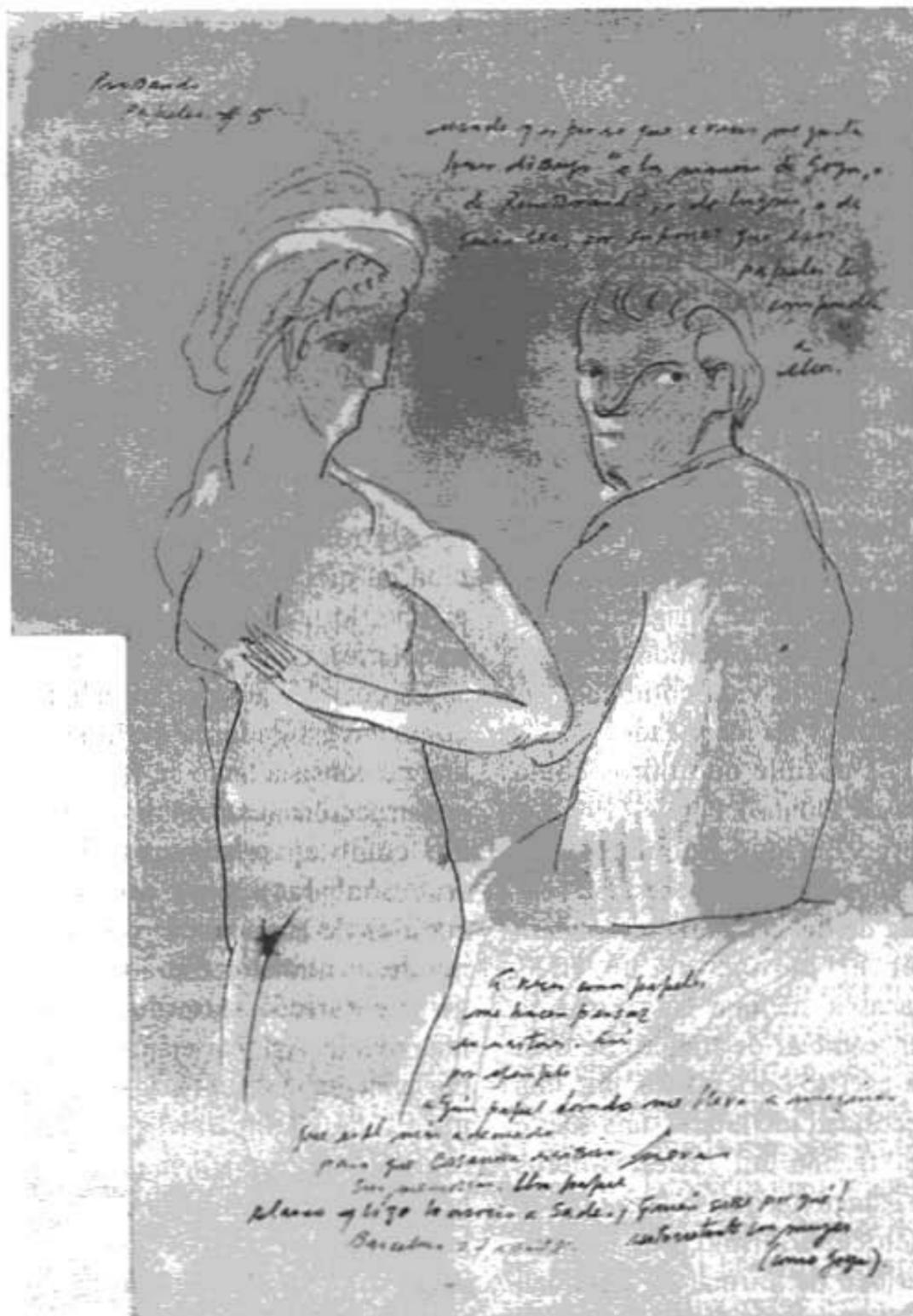
Conocimiento, identidad y sentido común

La preocupación actual sobre el tema de la identidad responde, igualmente, a un momento de crisis. De resquebrajamiento del Estado y de las instituciones de la sociedad civil, así como de la pérdida del sentido

campo de fuerzas y en relación a un contexto. Es necesario entender cómo funcionan esos procesos y cuáles son las posibilidades reales en juego. Pero, insistamos, es ¿que la reflexión sobre las identidades debe desligarnos de una práctica, o si se quiere de una ética identitaria en relación a los movimientos étnicos, de género, nacionales o de cualquier otro tipo? No necesariamente. De lo que se trata es de objetivar lo que hace y lo que se piensa como resultado de la inmersión en una práctica. Ya que todos nos movemos al interior de redes de significado y de disposiciones prácticas, el problema es saber de qué manera esto influye en el resultado de nuestra reflexión y viceversa, como nuestra reflexión puede incidir sobre lo que nos condiciona: las identidades, la cultura, la vida cotidiana.

Si las identidades están sujetas a negociación hay que saber qué se negocia, por qué se negocia y cómo se negocia. Así que se acepta y que se desecha de una tradición, como plantea Habermas.

Uno de los problemas de la producción reciente sobre el tema de las identidades en el Ecuador, radica en que asume el mundo social de modo espontáneo, tal como se presenta, o como algo que sucede a los ojos de quien escribe, o sobre lo que se comenta, o forma parte de la memoria. Como un espejo, aunque no fuese más que un espejo roto. ¿En qué se basan Adoum, Donoso Pareja o los autores del libro "Longos"? En su propia experiencia, en el sentido común de la gente, en un repaso ligero de la historia.



No es que carezcan de interés las percepciones, las representaciones (pensar lo contrario sería caer en un objetivismo craso), ¿pero a partir de qué espacio social, de qué estructuras de funcionamiento y de qué campo simbólico estas se arman? Las percepciones son, además, percepciones de percepciones. ¿Desde dónde se percibe y cómo se percibe? ¿Qué nos autoriza, por ejemplo, a calificar a los ecuatorianos como un pueblo triste? ¿Y por qué tenemos que ser todos necesariamente tristes? ¿Cuál es el mundo de vida desde el que juzgamos?

Si nos movemos en el campo

de las percepciones y las representaciones y del sentido práctico, es indispensable pasar de la descripción empírica a lo que Clifford Gertz denomina "descripción densa". Las identidades constituyen sistemas clasificatorios que nos permiten movernos en las realidades concretas; pero "el status de estas tipificaciones no puede compararse con el de las construcciones de las ciencias sociales" (Berger y Luckmann.: 217)

Cuando se trata problemas culturales como el de las identidades, no interesa tanto avanzar en el campo de las definiciones o de las generalidades concep-

tuales, como tener la capacidad de entender las formas concretas de constitución de las distintas formas culturales, no sólo porque no existe la cultura o las identidades en abstracto, sino porque se encuentran en constante movimiento. Mas esto supone asumir un campo conceptual (no se lo puede hacer desde la empiria o desde el sentido común), una etnología antes que de una etnografía (Levy Strauss, 1968). "Si bien uno comienza toda descripción densa (mas allá de lo obvio y lo superficial) partiendo de un estado de general desconcierto sobre los fenómenos observados y tratando de orientarse uno mismo, no se inicia el trabajo (o no se debería iniciar) con las manos intelectualmente vacías. En cada estudio no se crean de nuevo enteramente las ideas teóricas; las ideas se adoptan de otros estudios afines y refinadas en el proceso se las aplica a nuevos problemas de interpretación" (Gertz, 37)

Las políticas de identidad

Las prácticas coloniales y republicanas favorecieron el desarrollo de identidades grupales, ya sea al interior de las diversas localidades o como formas de diferenciación de los distintos estamentos, órdenes y actividades. Al mismo tiempo, fueron responsables de un conjunto de prácticas orientadas a la eliminación de las formas culturales autóctonas. Esta paradoja se expresó, sobre todo, en la división entre la República de Indios y la de Españoles, en la esquematización de sus usos y costumbres. Se trataba, por un lado, de un orden identitario relativamente estable, generado desde

la "Ciudad Letrada"; pero, por otro lado esto no siempre coincidía con las identidades reales. El desarrollo del mercado interno y la ampliación de los medios de comunicación y de transporte, a partir del último tercio del siglo XIX, generó una

Las prácticas coloniales y republicanas favorecieron el desarrollo de identidades grupales, ya sea al interior de las diversas localidades, o como formas de diferenciación de los distintos estamentos

mayor relación de las localidades entre sí y una creciente movilidad de la población en el territorio, así como una diversificación de los bienes y necesidades culturales. Todo esto apuntó a generar condiciones para la consolidación de un Estado consolidado, el desarrollo de la ciudadanía y la formación de una opinión pública. No obstante, el funcionamiento de la vida social continuó siendo, en gran medida, de carácter corporativo y estamental. Si bien el desarrollo del intercambio había con tribuido a la constitución de un mercado de trabajo

urbano y a una diferenciación económica y social al interior de las distintas actividades, "las barreras de casta se expresaban en una segregación ocupacional que atravesaba los diferentes oficios y ocupaciones, señalando el lugar que debían ocupar los individuos de acuerdo al origen étnico" (Ibarra, 1992). Esto explica, además, el papel jugado por los grupos de poder y sus redes clientelares en la organización de las sociedades locales y en la definición de las identidades y conflictos regionales. Los poderes regionales se organizaron sobre la base de sistemas locales de dominación social (Maiguashca, 1994:359). Aunque el proyecto estatal se fue imponiendo por sobre los poderes locales y regionales, las bases cotidianas de funcionamiento de la nación continuaban siendo, en gran medida, las sociedades locales.

La noción de ciudadanía implica una relación entre individuos con igualdad de derechos y deberes, integrados en una comunidad imaginada. Sólo que la ciudadanía, aceptada como principio de nuestros países desde los días mismos de la Independencia, ha sido y, en parte continua siendo, formal. Las formas de ejercicio de los derechos individuales pasan, en buena medida, por la adscripción a tal o cual grupo relacional, así como por la ubicación dentro de un orden de jerarquías. Contemporáneamente, todos hemos sido incorporados a la noción de ciudadanía, pero no





del mismo modo. De lo contrario, pensemos en la forma cómo operan los derechos ciudadanos en relación a los chachis, a los huaoranis y a los propios inmigrantes indígenas en las ciudades.

En cuanto a la identidad nacional, ésta es el resultado de una construcción imaginaria, así como del ejercicio de la soberanía sobre un territorio y el predominio de una lengua. Buena parte de los valores a partir de los cuales se construye el imaginario de la nación son los de los sectores dominantes. Pero estos valores se presentan como desprovistos de cualquier interés político o económico, como valores espirituales o de servicio a la patria, o incluso como formas de concesión o de conmiseración con el Otro. La aceptación de determinados rasgos identitarios como parte de la nacionalidad, pero en calidad de subordinados. Algo semejante sucede con las identidades regionales: son el resultado de intereses económicos y de poder, generados en el largo, mediano y corto plazo, así como del ejercicio simultáneo de la violencia y del consenso. El sentido de servicio a la nación, a una localidad o a una región, es difundido al conjunto de los pobladores a través de dispositivos como la escuela, la conscripción vial, las milicias, las bellas artes y, contemporáneamente a través de

los medios de comunicación.

Cuando se habla de identidad nacional, como el resultado de una construcción histórica, no se puede perder de vista el hecho de que durante largo tiempo los vínculos más fuertes de los pobladores fueron con una comunidad, una localidad, una región, un gremio, un linaje, antes que con la nación; y que esto ha tomado nuevamente fuerza en forma de conflictos regionales: su reinención bajo nuevos significados. El conflicto vivido recientemente por el país a pro-

Cuando se habla de identidad no se puede perder de vista el hecho de que durante largo tiempo los vínculos más fuertes de los pobladores fueron una comunidad, una localidad, una región

pósito del Banco del Progreso, convertido en símbolo de la "guayaquileñidad", de acuerdo a Felipe Burbano, muestra en qué medida la constitución del Estado-nación, dejó de lado (ocultó, puso al margen) estas diferencias. Al mismo tiempo, muestra el manejo político de las identidades regionales por parte de los grupos locales de poder. Existe toda una tradición de relaciones clientelares y de subordinación que se expresan en momentos de crisis. En el caso de Guayaquil, la clase política no solo mantiene el control de las instituciones a partir de las cuales se arma la identidad regional (Cámaras, Junta de Beneficencia, proyecto Malecón

2.000) sino el monopolio de la "comunicación legítima" (Bourdieu, 1995) en el sentido de que tienen el poder de definir los términos de lo regional y de los conflictos regionales.

Para producir lo que llamamos la ecuatorianidad ha debido darse un largo proceso práctico-discursivo. Aunque no siempre está orientado por una finalidad consciente, y tampoco constituye un proceso uniforme o impuesto sólo desde arriba, dado su carácter relacional, se trata de un proceso necesariamente selectivo, basado en sistemas clasificatorios de exclusión e inclusión, los cuales constituyen precondiciones para la construcción de la comunidad. Las políticas identitarias son, además, siempre diferenciadas: no se aplican del mismo modo, aunque se presenten como universales. En este como en otros casos, la identidad esconde la diferencia.

Un papel importante en este proceso juega la idea de "patrimonio". Durante la larga etapa de dominio de la República Aristocrática, el único patrimonio digno de conservarse era el que nos remitía al juego de valores tradicionales (arte y arquitectura coloniales y republicanos, historia, héroes y tradiciones locales). Con la modernidad incipiente de la primera mitad del siglo XX, la idea de patrimonio incluye las expresiones culturales indígenas, pero como artesanía o como folklore, o como herencia de un pasado muerto. Lo peculiar de la época contemporánea radica en que todos los elementos fijos alrededor de los cuales se organizaba la identidad nacional o regionales, así como sus recursos patrimoniales, han perdido centralidad. Los individuos y

los grupos se ven sujetos a una multiplicidad de referentes culturales, como expresión de la ampliación de los medios de comunicación, la información, y la cultura de masas. Estos factores no son asumidos de modo pasivo sino, por el contrario, de manera dinámica y creativa, como se han encargado de mostrar, entre otros, García Canclini y Jesús Martín Barbero. A diferencia de lo que sucedía en la sociedad tradicional, las identidades actuales no se arman en relación a valores determinados, sino que están sujetas a una movilidad creciente. Si las políticas de identidad tienen un carácter institucional y están referidas a estrategias de poder (así las desarrolladas por los poderes locales con el fin de racionalizar y disciplinar las costumbres), a nivel cotidiano la gente juega con las identidades, las usa, incorpora elementos culturales diversos y a veces contradictorios, de acuerdo a las circunstancias y a las necesidades. Si bien los procesos de transculturación y de formación de elementos culturales híbridos, no constituyen un fenómeno nuevo (ejemplo de ello es la cultura del barroco) es bajo las condiciones actuales que adquieren mayor significado.

Hechos como los de febrero del 96 y marzo del 99 muestran en qué medida las identidades están sujetas a una dinámica de mutaciones y cambios. Lo que no está resuelto es hasta qué punto existe un sustrato, una gramática, que caracterice a la población de un país, de una región, o a un grupo social: determinadas "señas particulares" resultado de un habitus, de una cultura política. En todo caso, las condiciones a partir de las cuales se definía la identidad

nacional han sufrido algunos cambios en los últimos tiempos:

- * La puesta en cuestión de la idea de una identidad nacional unificada, y el desarrollo de -propuestas orientadas por lo multinacional y lo multicultural,
- * el reconocimiento del carácter excluyente de los procesos de construcción de la ciudadanía,
- * la percepción de la Nación como una comunidad imaginada y por tanto, sujeta a procesos de reinvenición históricos.
- * El cuestionamiento del papel jugado por el Estado y la sociedad civil en la construcción de un proyecto nacional.
- * La crisis del centralismo y la necesidad de la descentralización, como proyecto social integral.
- * La crisis del concepto de soberanía basada en el territorio.

Es en el contexto de estas diversas condiciones concretas donde toman sentido las nuevas "formas de ser de los ecuatorianos".

La noción de mestizaje

El último as-

pecto que quiero discutir es la noción de mestizaje. Y esto en la medida en que se nos define como una nación mestiza (Donoso Pareja 1998:139). Ya vimos cómo en el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX el mestizaje constituye una política destinada al blanqueamiento de la población indígena y negra. En la medida en que el grueso de la población está formado por estos sectores, lo único que cabe es emprender políticas de mejoramiento racial, educación y civilización de las costumbres. Pero el mestiza-



je así entendido no elimina el conflicto entre las razas, ya que el mestizo, o más precisamente el cholo, no termina nunca de superar su condición de inferioridad. Además de que lo mestizo se plantea en oposición a lo blanco. El blanco, el patricio guayaquileño o el señor quiteño nunca deja' de autodefinirse como tal. El mestizaje coloca en un nuevo plano el problema del racismo, no lo elimina.

Actualmente, al interior de la sociedad nacional, hay un auto-reconocimiento como mestizos y una defensa del mestizaje como posibilidad; pero curiosamente los aspectos positivos del mismo provienen de lo blanco-mestizo, mientras que los factores de identidad negativa, tienen muchos elementos en común con los que los publicistas del siglo XIX e inicios del XX atribuían a los indios. Así, los ecuatorianos somos vagos, incumplidos, indisciplinados, irracionales, poco sistemáticos, desorganizados, botarates, melancólicos, traicioneros. Si queremos cambiar debemos desechar nuestras viejas costumbres, racionalizarnos, cambiar los hábitos de vida, civilizarnos. Las formas de identidad negativas atribuidas a los ecuatorianos nos remiten no sólo a la antigua oposición blancos-indios, sino a una oposición de género. En el mestizaje el indio es la matriz, el elemento pasivo; el ecuatoriano es sensible(ro), poco racional, a veces dual, como se ha concebido a las mujeres. Estas oposiciones no siempre son explícitas, se encuentran al margen, hace falta deconstruirlas.

Contemporáneamente, cuando hablamos de mestizaje, ha-

bría que diferenciar el mestizaje como ideología del Estado, de las formas concretas que asume. En un sentido amplio todos somos culturalmente mestizos; y lo somos aún más en el contexto de un mundo globalizado; sin embargo, en la vida cotidiana, la noción de mestizaje conserva, de modo enmascarado, su connotación racista. Existe una "concesión noble" por parte de la sociedad blanco-mestiza que lleva a definir a la Nación como mestiza. En la práctica, lo mestizo es percibido como un camino hacia la modernidad y hacia la civilización en las condiciones de un país en el que dominan los rasgos de identidad negativa.

No existen identidades puras al margen de algún tipo de mestizaje; no obstante, cualquier forma de transculturación, no elimina las diferenciaciones étnicas o las representaciones armadas en torno a la noción de raza. No es lo mismo autocalificarse como mestizo, que ser discriminado por ello (choleado). Con el fortalecimiento de la identidad de los pueblos indios producido en estos últimos años, la noción de mestizaje ha comenzado a tener una connotación distinta. No constituye tanto una forma vergonzante de existencia social, como un elemento de identidad positiva (Espinosa Apolo, 1998).

Hablar de mestizaje y dejar de lado el conflicto étnico y racial es soslayar el asunto de fondo. Algo semejante a lo que sucede cuando se habla de la Nación sin referirse a las nacionalidades indígenas o a la cuestión regional. El Estado contemporáneo, al mismo tiempo que acepta la diversidad, ejercita en la práctica distintas

formas de racismo en contra de la población. Desatiende sus necesidades básicas y "criminaliza" a los pobres (Carrión, 1999). Antes que por la construcción de ciudadanía está preocupado por la seguridad ciudadana.

Un problema semejante al del mestizaje se da con la utilización de un término ambiguo como el de culturas híbridas. García Canclini lo asumió en oposición a la creencia en identidades puras y en culturas no contaminadas. No obstante, en relación a la etnicidad él término puede llevarnos a creer equivocadamente, que lo étnico se diluye en lo híbrido. El que se asuma diferentes elementos culturales, venidos de todas partes, para expresar la identidad, es un problema distinto de la problemática de género, social o étnica, aunque muchas veces vayan juntos. Si bien el sexismo, el racismo, la segregación y la diferencia asumen nuevas formas en el contexto contemporáneo, sus fundamentos políticos, económicos y culturales nos remiten a la larga y mediana duración, a más de que forman parte del habitus.

Las identidades sociales e individuales no constituyen algo estático, o algo que se defina fuera de un campo de fuerzas. Se reconstituyen constantemente como resultado de la negociación, pero también del enfrentamiento y la oposición. El racismo, el sexismo, el centralismo y otras formas de intolerancia, constituyen "señas particulares" de los ecuatorianos, y sus posibilidades de superación dependen tanto de una racionalización de la política como de una acción cotidiana.

BIBLIOGRAFIA

- Adoum, Jorge Enrique (1997), Ecuador: señas particulares, Ecuador: Esqueletra Editorial
- Berger, Peter y Thomas Luckinann (1983), La construcción social de la realidad, Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Bourdieu, Pierre y Loic J.D. Wacquant (1995), Respuestas por una Antropología Reflexiva, México: Grijalbo.
- Clark, Kim (1995), "Género, raza y nación: la protección a la infancia en el Ecuador, 1919-1945". En Martha Moscoso (Comp): Palabras del Silencio, las mujeres latinoamericanas y su historia, Ecuador: Abya Yala.
- Donoso Pareja, Miguel (1998), Ecuador: identidad o esquizofrenia, Ecuador: Esqueletra Editorial.
- Espinosa Apolo, Manuel (1999), Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural, Quito: TramaSocial Editorial.
- Espinosa Tamayo, Alfi-edo (1918), Psicología y Sociología del pueblo ecuatoriano, Guayaquil: Imprenta Municipal.
- Geertz, Clifford (1987), La Interpretación de las Culturas, Barcelona: Gedisa Editorial.
- Guerrero, Andrés (1994), "Una Imagen Ventrilocua: el Discurso Liberal de la "desgraciada raza indígena" a fines del siglo)UX". En Blanca Muratorio (Ed): Imágenes e Imagineiros, Quito: Flacso-Sede Ecuador.
- Ibarra, Hernán (1992), Indios y cholos, orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana, Quito: Editorial El Conejo.
- Kingman Garcés, Eduardo (2000), "De la antigua caridad a la verdadera beneficencia: formas históricas de representación de la pobreza". En Ton Salman y Eduardo Kingman Garcés: Antigua Modernidad y Memoria del Presente, Quito: Flacso-Sede Ecuador.
- Levi-Strauss, Claude (1968), Antropología estructural, Buenos Aires: Eudeba
- Maiguashca, Juan (1994), "El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830|895". En Historia y Región en el Ecuador, 1830-1930, Corporación Editora Nacional-Flacso-Ecuador- Cerlac.

Jorge Enrique Adoum

‘La ecuatorianidad existe en un país heterogéneo’

El libro de Jorge Enrique Adoum, “Ecuador: señas particulares”, ha provocado un enorme debate alrededor de lo que sería la ecuatorianidad. La recepción y difusión del libro confirma la preocupación actual sobre el tema de la identidad. ¿Quiénes somos los ecuatorianos? ¿Hay unos rasgos que nos definen a todos más allá de nuestras diferencias y de las heterogeneidades del país? Estas preguntas se las formulamos a Jorge Enrique Adoum, quien aceptó contestarlas por escrito. Las inquietudes despertadas por su libro se extienden hacia muchos campos, entre ellos, al del escritor. ¿Desde dónde habla quien intenta descubrir la ecuatorianidad? Si la mirada de cada uno de nosotros no puede sino vislumbrar fragmentos de la realidad, ¿se justifica que alguna voz hable de aquello que nos identifica a todos? Tema apasionante y controversial, sin duda. ICONOS se complace en presentar en este número una entrevista con el autor de “Ecuador: señas particulares”

1 .- ¿No es la búsqueda de la identidad colectiva un ejercicio interminable y, por lo tanto, inútil? ¿No es una trampa pretender buscar «un algo», «unos rasgos», «unas señas» en las cuales nos encontremos los ecuatorianos?

—Creo que lo «interminable», por el solo hecho de serlo, no se vuelve forzosa-mente inútil. Trátese de un ejercicio intelectual, como el de la filosofía, por descubrir algo o de un esfuerzo colectivo para la construcción de una sociedad mejor, la historia está llena de ellos, incluso cuando han resultado utópicos. ¿Sería, entonces, inútil el intento de instaurar un régimen realmente democrático, una justicia justa, un Estado equitativo? Y no veo por qué buscar «un algo, unos rasgos [...] en los cuales nos encontremos los ecuatorianos»

rianos» sea una trampa, porque el sentido en que aquí se ha empleado la palabra significa «ardid para burlar o perjudicar a alguno». ¿A quién se burla o perjudica al pretender encontrar esas señas? La pregunta que surge, más bien, de la suya es la siguiente: ¿No tenemos, los ecuatorianos, ningún rasgo o seña que nos diferencie de otros grupos humanos?

2.- Se extraña en su libro la ausencia de referencias a otros estudios sobre la identidad ecuatoriana. Su libro parecería partir de nada, de cero, para descubrirlo todo. ¿Por qué no profundizar y debatir interpretaciones ya propuestas, en lugar de aventurarse en una nueva?

— No conozco, porque no existen, muchos estudios sobre la identidad ecuatoriana: yo no pretendí «profundizar y debatir interpretaciones ya propuestas» sino señalar las que, a mi juicio, parecen ser «señas particulares» aunque no exclusivas. Y no partí «de nada, de cero», sino de la historia del país, de la literatura ecuatoriana, de mis vivencias en más de setenta años, de la realidad actual, en los que son visibles esos rasgos del comportamiento. Y ¿con qué objeto me habría referido a otros estudios que, según usted, serían también, de acuerdo con la pregunta anterior, inútiles y tramposos?

3.- ¿Cuáles fueron sus parámetros de análisis? ¿Cuál es el eje teórico y conceptual de su reflexión sobre la identidad? ¿Se siente usted cercano a alguna corriente teórica en particular?

— No partí de una corriente teórica determinada, ni sé cuáles serían los parámetros teóricos o conceptuales para emprender ese análisis. Partí de observaciones que ya están presentes en mis libros anteriores y de una larga reflexión antes de escribir el último, pretendiendo que fueran lo más objetivas posible.



Foto Diario Hoy

4.- ¿Es posible pensar que hay algo que nos define a todos los ecuatorianos como una colectividad? ¿Es posible «la ecuatorianidad» en un país, como dice usted en su libro, diverso, heterogéneo?

— Creo que sí: ¿cómo podríamos considerarnos si no como una «colectividad», si es lo menos a que puede aspirar como definición un grupo humano? La «ecuatorianidad» existe en un país heterogéneo: uno puede verla en la actitud de los ecuatorianos en el extranjero, cuando olvidan la región, los modos y costumbres por diversos que sean, incluso los renco-

res, que existen dentro. Exiliados económicos o deportistas, asistentes a congresos y convenciones o estudiantes, son y se sienten esencialmente ecuatorianos. Hay, además, un prototipo de ecuatoriano, que no es serrano ni costeño, pícaro, inteligente, hábil, para triunfar sobre otros en todos los chistes en que se enfrente a ex-

tranjeros, más ricos o poderosos que él. Y es de suponer que el término de ecuatorianidad —bastante difuso por lo demás, al igual que la guayaquileñidad, la morlaquía, el manabitisimo...— corresponde, como toda palabra, a un concepto concebido aquí, por nosotros.

5.- En este aspecto, en un libro publicado poco tiempo después del suyo, Miguel Donoso Pareja niega la diversidad y trata de demostrar que en el Ecuador se estaría conformando la identidad única. ¿Está usted de acuerdo? En el fondo del planteamiento de

Donoso se encuentra al mestizaje como identidad única y unificadora de los ecuatorianos. ¿Qué opina usted?

— Hay cierta contradicción al negar la diversidad, que salta a la vista, y, luego, afirmar que «se está conformando una identidad única», porque ¿a partir de qué, si no de la diversidad, se conformaría? Todo país es mestizo pero, en el nuestro, un gran sector de la población parece tener vergüenza del mestizaje, e incluso algunos mestizos lo repudian. No creo que pueda alcanzarse una «identidad única y unificadora» en el Ecuador. Por lo demás, la identidad de países de mayor edad que el nuestro, tales como Estados Unidos, el Reino Unido, Italia, España, Brasil, México, Argentina, se basa, precisamente, en el reconocimiento, a veces orgulloso, de su diversidad y tienen conciencia de que ella la enriquece.

6.- Para muchos, hay el peligro de que el descubrimiento de «la ecuatorianidad» resulte una forma de imposición de la identidad de unos sectores sobre otros, de una región sobre otra, de una cultura sobre otra. ¿No sería más pertinente pensar la identidad como un juego complejo de identidades determinándose mutuamente, antes que por referencia a una suerte de interioridad nacional o conjunto de señas particulares? Más que buscarla en la unidad, ¿cabría descubrirla en el juego de la diversidad? En el tema de la identidad siempre estare-

mos frente a un espejo roto, como sugiere la cita de Ray Bradbury al comienzo de su libro. Toda unidad es transitoria, pasajera.

— Me parece advertir alguna confusión de términos en la pregunta. He dicho, ahora y antes, que la unidad se basa en la diversidad, tanto en los países citados en la respuesta anterior como en el nuestro, y en ningún momento se me habría ocurrido considerarla como «una forma de imposición de la identidad de unos sectores sobre otros», lo que aboliría el

Todo país es mestizo pero, en el nuestro, un gran sector de la población parece tener vergüenza del mestizaje

concepto mismo de diversidad. Me parece falsa la afirmación de que «toda unidad es transitoria, pasajera», porque creo exactamente lo contrario: a la unidad que, para serlo, debe ser sólida y definitiva, se llega a través de procesos que son, por definición, transitorios y pasajeros. La confusión viene, posiblemente, de que solo hemos hablado de «unidad» cuando los partidos políticos y grupos sociales se han unido en torno a un problema concreto, y casi exclusivamente al problema con el Perú: ni siquiera una catástrofe larga y sucesiva, como la de El Niño, que afectó a diversas provincias, logró suscitar un

movimiento unitario de solidaridad. De ahí que la mejor respuesta a nuestra agresividad regional —que no es lo mismo que diversidad geográfica—, a nuestro comportamiento racista —que no es lo mismo que multiplicidad étnica— quizás sea convertir la unidad en un problema nacional que nos agrupe a todos en su búsqueda.

7.- ¿Dónde se ubica usted cuando habla de «la ecuatorianidad»? Porque siempre los escritores y ensayistas hablan desde algún lado: desde sus prejuicios, desde su clase, desde su género, desde su ciudad, desde su barrio. Otros creen hablar desde la razón. ¿Desde dónde habla usted? ¿Dónde está situado Jorge Enrique Adoum cuando se propone describir «lo ecuatoriano»?

—Ante todo, yo no suelo hablar de «ecuatorianidad» y he dicho que me parece un término bastante difuso, pero que significa algo para quienes lo emplean. Usted afirma que «siempre los escritores y ensayistas hablan desde algún lado», pero no encuentro «mi» lado en su enumeración. No lo hice desde mi barrio, ni desde mi ciudad: ¿cuáles serían, con una infancia transcurrida en Ambato, una adolescencia en Quito, parte de la juventud en Santiago de Chile, 24 años de la madurez fuera de Ecuador, particularmente Pekín, Ginebra y París, y lo que podría llamar la vejez nuevamente en Quito? Tampoco desde mis «prejuicios», puesto que, de advertirlos al escribir el libro, habría lu-

chado contra ellos, y menos aún desde «mi» género, que después del racismo y el regionalismo es el peor de todos. ¿Tal vez desde mi clase, como individuo que reconoce la existencia y los derechos de otras? ¿Parecería fatuidad decir que desde la razón?

8.- Usted habla de una cierta vergüenza de los ecuatorianos consigo mismos. ¿Es una vergüenza generalizada, o es una vergüenza de las élites frente al exterior? Para librarse de la vergüenza hay que huir permanentemente de lo que avergüenza. Es ese el caso de los ecuatorianos, según usted. ¿De cuáles ecuatorianos?

— He hablado de una actitud general, parecida a la de aquel que se encuentra frente a quien considera «superior» y que, por lo mismo, se advierte de preferencia en el extranjero. Las únicas elites que podrían avergonzarse, son las intelectuales: las económicas son célebres por la insolencia de su poder basado en el dinero, incluso y, a veces, de preferencia en el mal adquirido. No creo que la solución radique en una actitud de «huida», sino en un análisis honesto de por qué actuamos así. Se trata de saber qué nos avergüenza: si nuestros defectos, individuales o colectivos, si ciertos momentos de nuestra historia, si la opinión que del país tienen en el exterior. Es difícil y, por lo demás, cualquier

esfuerzo individual resultaría inútil, tratar de sustituir la imagen de Lorena Bobbit con la de Araceli Gilbert o la de Abdalá Bucaram con la de César Dávila Andrade.

9.- ¿Qué hace un pueblo cuando «descubre» su identidad? ¿La asume, la cambia, la niega, la resiste? ¿Qué hacer con nuestras señas particulares?

— Creo, ante todo, que la asume, y puede cambiar, incluso independientemente de su decisión o voluntad: volviendo a la fotografía en el

No creo que la solución radique en una "huida", sino en un análisis honesto de por qué actuamos así

pasaporte como símil de la identidad, es obvio que el titular envejece, comienza a usar anteojos, curarse una herida, recurrir a la cirugía estética. Y, una vez asumida, un pueblo solo la niega o se resiste a ella en las grandes transformaciones políticas, quiero decir de sistema, no de régimen, precisamente cuando cree que su identidad es otra, que ha sido falseada o traicionada con la instauración del nuevo sistema. Entre nuestras señas particulares he indicado algunas que justificarían estar orgullosos de ellas y otras

(¿las más?) que deberíamos borrar para ser mejores.

10.- ¿Dónde ha tenido mayor acogida su ensayo? ¿Cuáles han sido, por ejemplo, las reacciones desde Guayaquil o Cuenca? ¿Quiénes se han sentido mejor retratados con su libro?

— A juzgar por las ventas del libro (su presentación al público de Guayaquil fue magnífica) y por mis conversaciones con estudiantes de colegios y universidades, ha sido igual la acogida en las ciudades que usted cita, donde ha habido cursos y talleres sobre él, y en otras —Ambato, Ibarra, Otavalo— que he visitado. Hay quienes creen advertir exageración y pesimismo en mi libro, pero mi análisis de lo que somos resulta benévolo y hasta pretensioso si se lo compara con los epítetos que, sobre los ecuatorianos, han recogido, por ejemplo, la profesora Nila Velásquez y el diario El Universo, de Guayaquil, en entrevistas a personas de diversos sectores de la población: con solo una o dos excepciones, son tan despectivos (¿una prueba de lo dicho más arriba?) que jamás, ni en el peor estado de indignación, se me habrían ocurrido o los habría proferido. Sigo creyendo que somos mejores que eso y merecemos tener una mejor opinión de nosotros mismos.

Marzo de 1999

Democracia cívico-militar o las tentaciones del poder

Hugo Chávez ganó las elecciones con un inmenso respaldo de las clases populares, con las promesas electorales de luchar contra la corrupción, hacer una nueva Constitución y una revolución democrática para refundar la República



Tibisay Lucena
Investigadora del IESA (Venezuela)

Las elecciones de 1998 modificaron dramáticamente el panorama político venezolano. El 8 de noviembre se eligieron Gobernadores de Estado, diputados a las Asambleas Legislativas regionales y miembros al Congreso Nacional, y el 6 de diciembre al Presidente de la República. La campaña que acompañó estas elecciones se caracterizó por ser una campaña dura, los ataques entre los candidatos no tuvo precedentes en procesos electorales anteriores, y el electorado estu-

vo diametralmente dividido entre dos candidaturas, una de orientación popular y la otra conservadora. Henrique Salas Römer (Proyecto Venezuela, PV), Hugo Chávez Frías (Polo Patriótico) e Irene Sáez (al principio Movimiento IRENE) (1), identificaron sus candidaturas como independientes por "el cambio que el país necesita". Dos candidaturas salidas de las filas disidentes de AD, Claudio Fermín (2) (Renovación) y Miguel Rodríguez (3) (Apertura) completaban el grupo de candidatos que apostaban por un cambio radical para superar la crisis económica y política que el país atraviesa desde los años ochenta. Los partidos tradicionales, Acción Democrática (AD) y el socialcristiano COPEI,

fueron identificados como los defensores del status quo y el continuismo. Convergencia, el partido de gobierno, no lanzó ningún candidato, aunque extraoficialmente apoyó al candidato de Proyecto Venezuela.

En las elecciones presidenciales, aproximadamente el 80% de los electores votó por un cambio.(4) Por primera vez en la historia democrática venezolana, AD y Copei no controlan el Congreso y el Presidente de la República no pertenece a ninguno de los dos partidos ni salió de sus filas. Hugo Chávez ganó las elecciones con un inmenso respaldo de las clases populares, con las promesas electorales de luchar contra la corrupción, hacer una nueva Constitución y una revolución democrática para refundar la República. Su discurso, de alto contenido populista, lleno de citas bolivarianas y bíblicas, ha sido muy criticado. Su proyecto cuenta con una fuerte oposición tanto de los partidos tradicionales como de los nuevos partidos que se identificaron con el cambio. ¿Por qué Hugo Chávez Frías ganó las elecciones de diciembre? ¿Cuáles son las perspectivas de los procesos políticos que comienzan ahora en Venezuela?

El desprestigio del oficio: crisis del sistema político venezolano

La democracia venezolana se caracterizó por tener unas relaciones Estado-sociedad mediadas por los partidos políticos y mantener una sociedad pasiva y desmovilizada. Durante treinta años, los partidos monopolizaron todas las formas de vida colectiva, se convirtieron en los mediadores exclusivos entre el Estado y la sociedad, y en los principales agentes de expresión de conflicto político (Levine, 1978; Lander, 1995; Calcaño, 1998). Los altos ingresos petroleros permitieron que el Estado se convirtiera en el principal agente de transformación y modernización del país en términos de crecimiento económico, mejoramiento de la calidad de vida y construcción de la infraestructura necesaria para el desarrollo (López, 1989; Lander, 1995). Así mismo, el modelo rentista del Estado, permitió una integración social y cultural caracterizada por una ascendente movilidad social financiada

por la distribución de recursos por parte del Estado a todos los estratos sociales (Calcaño, 1998). La espectacular caída de los precios petroleros marcó el comienzo de una larga crisis que no solamente ha sido socioeconómica, si no también sociopolítica.

La crisis del sistema político venezolano es una expresión del deterioro del pacto fundacional de la democracia que firmó una elite política en 1958. Acción Democrática (AD) y el socialcristiano Copei, los firmantes del llamado Pacto de Punto Fijo, son los partidos que tradicionalmente obtuvieron la representación más grande en el Congreso (bien para hacer mayoría por sí solos o entre los dos) y hasta 1993 fueron los únicos que se alternaron en el poder.(5) Los pactos entre las élites partidistas garantizaron durante las dos primeras décadas estabilidad institucional, mientras que el marco legal del sistema electoral les permitió mantener el control sobre los procesos políticos dentro de las reglas del juego democrático.

El sistema de representación proporcional con el uso de listas cerradas y bloqueadas para la elección de todos los cuerpos legislativos que funcionó en Venezuela hasta 1988 (hoy día funciona un sistema mixto) le dio gran control a los líderes políticos encargados de elaborar dichas listas. La perversión del sistema radica en que los potenciales candidatos, para garantizar su postulación en "puestos salidores", se interesan más en acercarse a aquellos que elaboran las listas y se olvidan de sus electores.

Acción Democrática, el partido con mayor arraigo en el país, se caracterizó desde sus inicios por su ancha base popular. Sin embargo, el control férreo de sus líderes sobre los procesos internos, y la falta de democracia en la elección de sus propios candidatos, unido a un movimiento sindical, su principal fuente de apoyo popular, señalado como corrupto y poco representativo, los llevó a desvincularse de su propia base. Durante mucho tiempo, la relación clientelar con los partidos permitió que los electores no percibieran como intolerable el problema de la corrupción (Calcaño, 1998).

A partir de los años ochenta, nuevas formas de asociación y participación emergieron para representar intereses diferentes a aquellos de los parti-

Por primera vez en la historia democrática venezolana, AD y COPEI no controlan el Congreso y el Presidente de la República no pertenece a ninguno de los dos partidos, ni salió de sus filas

dos tradicionales. Una sociedad caracterizada hasta el momento por ser pasiva y poco movilizada, comenzó a buscar nuevas formas de integración política que le permitieran un mayor grado de pluralidad y participación.

La reforma del Estado, la descentralización administrativa, la reforma de la ley electoral y la reforma de la Constitución surgieron como salidas a la crisis. La poca voluntad política para impulsar los cambios necesarios contribuyeron a aumentar el descontento y la desconfianza hacia una clase política que es percibida como corrupta, y poco o nada representativa de los intereses de la sociedad. Hacia finales de los ochenta, la credibilidad y legitimación de los partidos políticos era prácticamente nula.

Carlos Andrés Pérez ganó su segunda presidencia en 1988 con amplio respaldo popular (muchos vio su segundo mandato como una vuelta a la bonanza de los años setenta). El plan de gobierno de Pérez, conocido como El Gran Viraje, fue un intento de reestructuración económica para superar la crisis del modelo rentista petrolero. El VIII Plan de la Nación contempló la reducción del tamaño del Estado, el aumento de los precios de la gasolina y la re-orientación de la economía hasta el momento protegida, hacia una economía de mercado. Sin embargo, a pesar de alcanzar algunos resultados macroeconómicos positivos, desencadenó la profundización de la crisis sociopolítica (López y Lander, 1999). En 1989, a las pocas semanas de la toma de posesión, se da el "caracazo" como la primera manifestación de explosión social, con lo cual se inició un período de protestas populares que se mantiene a lo largo de los últimos años. Es un movimiento de volcamiento hacia afuera, "la gente salió a la calle y no ha vuelto a sus casas, también los oficiales se salieron de los cuarteles" (Ramón J. Velázquez, El Nacional 27/12/98: D-1). El gobierno de Carlos Andrés Pérez sufrió dos intentos de golpes de Estado en 1992, uno el 4 de febrero (4F) y el otro el 27 de noviembre (27N), pero se mantuvo en el poder hasta 1993, cuando fue enjuiciado y encarcelado.

La reforma constitucional, la principal bandera del chavismo durante la campaña electoral, comen-

En Venezuela, hacia finales de los años ochenta, la credibilidad y legitimidad de los partidos políticos era prácticamente nula. La poca voluntad política para impulsar los cambios necesarios contribuyeron a aumentar el descontento hacia la clase política

zó a surgir como una salida a la crisis política después de los acontecimientos del 27 de febrero de 1989. Posteriormente, luego de las dos asonadas militares en 1992, el tema de la constituyente resurge de nuevo en la opinión pública. Sin embargo, en ambas ocasiones el intento no pasa de algunos debates en el Congreso.

Rafael Caldera (1994-1999) gana las elecciones de 1993 con una promesa de cambio radical frente al llamado "paquete neoliberal" del gobierno de Pérez. Su gobierno se inaugura con una baja en los precios petroleros y una aguda crisis financiera que lo llevó a la inyección de recursos (destinados en principio a la implementación de un programa

alternativo de políticas económicas y sociales) al sistema bancario y cuyo monto significó el 10% del PIB. El gobierno de Caldera se caracterizó por tener constantes manifestaciones de huelgas y protestas a lo largo de todo el período. Caldera termina su período constitucional con otra gran baja en los precios petroleros, una deuda externa que consume el 30% del presupuesto nacional, un déficit fiscal que representa el 9% del PIB, un desempleo del 11% para 1998 y, en general, una economía en recesión con altos índices de inflación. En el plano político, la reforma de la Constitución, una vez más se quedó en los debates del Congreso, y el presidente Caldera no cumplió sus promesas de luchar contra la corrupción. En el plano social, el deterioro de los servicios básicos, salud y educación, así como el crecimiento de los niveles de pobreza deja a finales del período a una población frustrada y un descontento general.

El fenómeno Hugo Chávez

El 4 de febrero de 1992, el hoy presidente de la República, Hugo Chávez Frías, encabeza un intento de golpe de Estado contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez. El Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200) fundado en 1982 por él mismo y por un grupo de militares de rango medio (llamados a sí mismos en un principio los "comacates" por estar compuesto por coroneles, mayores, capitanes y tenientes) lo acompa-

ñan.(6) Durante 10 años este grupo de militares jóvenes conspiró en los cuarteles para terminar con un régimen que consideraban había conducido al empobrecimiento de gran parte de la población y a la frustración con sus líderes. A finales de los años ochenta, la evaluación del MBR-200 está en sintonía con una opinión pública hipercrítica a los partidos políticos considerados corruptos y no representativos. Cuando el 4F el Tcnel. Hugo Chávez Frías hace una llamado de rendición a sus compañeros de armas a través de un mensaje televisado a todo el país, genera simpatías entre diferentes sectores de la sociedad.

En 1994, Rafael Caldera sobreescribió las causas a los líderes golpistas presos por rebelión militar. En 1997 (luego de haber recorrido el país durante tres años), Hugo Chávez decide fundar un partido político para participar en las elecciones del siguiente año. Desde ese momento, hasta las elecciones de diciembre, su popularidad en las encuestas nacionales tiene un movimiento ascendente. El Movimiento Quinta República (MVR) aglutina a los integrantes del MBR-200, y a un grupo de civiles, en su mayoría de izquierda, que venían acercándose a los golpistas desde sus años de encarcelamiento. Otra parte importante de esta alianza cívico-militar es el Movimiento 5 de Julio, nombre bajo el cual se identifican los

El gobierno de Caldera se caracterizó por tener constantes manifestaciones de huelgas y protestas. En el plano social, el deterioro en los servicios básicos, dejó a la mayoría de la población con un sentimiento de frustración y descontento

militares que dieron el golpe del 27N.

El llamado Polo Patriótico se forma posteriormente en 1998 por una alianza de varios partidos, el Movimiento Quinta República (MVR), el Patria Para Todos (PPT) producto de la división de La Causa R (LCR) en 1997, el Movimiento al Socialismo (MAS) perteneciente a la coalición de partidos que llevó a Caldera a su segundo gobierno, y un grupo de partidos pequeños, que también apoyaron a Caldera en las elecciones de 1993, entre los cuales están el Partido Comunista de Venezuela (PCV), el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) y el grupo electoral Solidaridad Independiente (SI), liderada por Paciano Padrón,

disidente de las filas del partido socialcristiano COPEL.

Elecciones 1998: La rabia contra el miedo

Durante su campaña Hugo Chávez atacó duramente a los partidos tradicionales, en una guerra sin cuartel donde los responsabilizó de los "cuarenta años de democracia corrupta y podrida". Su discurso tuvo tres componentes principales: el de las citas, especialmente bolívarianas y bíblicas; el de evaluación de la democracia y ataque en contra de los partidos, especialmente en contra de AD; y un tercer componente de corte populista en el que destacaron sus promesas de aumentos de sueldos, y justicia social basada en reivindicaciones en las áreas de educación, vivienda y salud. Los mítines fueron multitudinarios. Para el mítin de cierre de campaña realizado en Caracas el 2 de diciembre, logró reunir aproximadamente unas 400 mil personas, en un ambiente festivo y de gran esperanza, contrastando con la imagen violenta y de "turba amenazante" como era señalada por los adversarios de Chávez.

La característica principal de la campaña electoral fue la movilización de emociones. El país estuvo dividido por el miedo y la rabia. Tanto el Polo Patriótico como los otros partidos trataron de alguna manera de capitalizar esas emociones. El discurso de Chávez durante la campaña fue de ataque



frontal en contra de los partidos y de los cuarenta años de democracia (en una ocasión prometió "freír la cabeza de los adecos", lo cual sirvió para aumentar el temor de sus adversarios), reivindicador del 4F, crítico del capitalismo salvaje y glorificador del pueblo como el único y verdadero soberano. En sus mítines multitudinarios, llegó a comparar la voz del pueblo con la voz de Dios, y a señalarse a sí mismo como el que escucha la voz del pueblo y el que está con Dios.

Durante los últimos meses se constituyeron tres puntos alrededor de los cuales se polarizó el resto de la campaña. El PP con sus promesas de cambios radicales por medio de la refundación de la República (vía Asamblea Constituyente); Proyecto Venezuela con sus promesas de cambio radical también, pero respetando la institucionalidad y la constitucionalidad, y un tercer punto, los partidos tradicionales, con pocas posibilidades de ganar, pero que desarrollaron diversos ataques a los dos anteriores.

Proyecto Venezuela (con un candidato identificado con la oligarquía regional), Copei y AD desataron una campaña de terror acerca de un "desborde de las masas" (amenazante y violenta) ante un potencial triunfo chavista. Hasta la última semana antes de las elecciones presidenciales, Acción Democrática abrió dos frentes de ataque, el uno contra Hugo Chávez y el otro contra Henrique Salas Römer. Chávez atacó a todos. La última semana antes de las elecciones presidenciales se unieron todos los partidos en un intento de detener el virtual triunfo chavista, aglutinando todas las candidaturas alrededor de la de Salas Römer.

Chávez, por su lado, capitalizó la rabia de una población frustrada por la poca voluntad de los

da y seguridad personal. Capitalizó, también, el descontento general por el dramático deterioro de las condiciones básicas de vida. Gana las elecciones con el 56% de los votos, otros presidentes ganaron incluso con mayor cantidad de votos, pero ninguno con la popularidad y, al mismo tiempo, el grado de rechazo que tiene el actual presidente. Ante el triunfo de Chávez, miles de personas salieron pacíficamente a celebrar con alegría un triunfo que percibieron como propio.

En la elecciones regionales el PP obtuvo 7 gobernaciones. El liderazgo regional jugó un papel muy importante frente el efecto "portavión" Hugo Chávez. Las regiones se mantuvieron políticamente plurales, una tendencia que se viene dando desde 1989, cuando se eligen los gobernadores de estado por primera vez. (8)

La gobernación del Estado Zulia es una muestra de la diversificación de las alianzas dentro de la tendencia del panorama político. El reelecto gobernado Francisco Arias Cárdenas (uno de los golpista del 4F) ganó la primera vez en 1995 postulado por La Causa Radical (LCR). En 1998 de nuevo es postulado por LCR y una alianza amplia de varios partidos entre los cuales estaban COPEI, el MAS, y el MVR. El partido que le aporta el número mayor de votos es COPEI.

Las elecciones parlamentarias dieron como resultado un Congreso donde ningún partido hacía una mayoría por sí solo. Acción Democrática y el Movimiento Quinta República fueron las fracciones que obtuvieron la mayor cantidad de curules, sin embargo tenían que negociar con alguna otra fuerza para poder alcanzar los acuerdos necesarios para la gobernabilidad.

Al igual que sucede con las elecciones regionales, AD y Copei han ido perdiendo espacio político, tendencia que comienza a darse desde finales de los ochenta cuando la ola de reformas, especialmente de descentralización y de re electoral, se inician.

Los dos meses de Gobierno: fuego abierto en varios frentes

Hugo Chávez llega a la presidencia con el país dividido. Existen grandes expectativas y cualquier anuncio presidencial es motivo de controversia (la racionalización del uso de guardaespaldas, carros y celulares para funcionarios del gobierno, es una de las pocas medidas que fue vista con cierto beneplácito general). El Presidente Chávez pa-

PRESIDENTES ELECTOS 1973-1998

AÑO	PRESIDENTE	PARTIDO	VOTOS	%	VOTOS VALIDOS
1973	Carlos Andrés Pérez	AD 2	2,130,743	48.70%	4,375,269
1978	Luis Herrera Campins	COPEI	2,487,318	46.77%	5,318,294
1983	Jaime Luisinchi	AD	3,775,341	57.67%	6,546,778
1988	Carlos Andrés Pérez	AD	3,858,973	52.76%	7,314,842
1993	Rafael Caldera	CONVERGENCIA	1,304,849	23.23%	5,616,699
1998	Hugo Chávez	MVR	3,673,685	56.20%	6,537,304

Fuente CSE: Resultados Electorales (Varios Años), Dirección de Estadísticas; CNE Resultados Electorales 1998, CD ROM

partidos tradicionales y de los gobiernos para solucionar los problemas de corrupción, salud, vivien-

reciera tener una estrategia de acción en dos escenarios, uno en lo político y el otro en lo económico. El escenario político está caracterizado por su beligerancia y conflictividad con diferentes sectores (mantiene un discurso amenazante hacia la clase política y populista hacia sus electores). El otro escenario de acción es de continuidad con un plan económico que pareciera no es muy diferente al programa de Caldera.

La Asamblea Constituyente ha dado origen a tensos enfrentamientos entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. El conflicto ha pasado por varios momentos: durante la campaña, y especialmente luego de las elecciones de diciembre, el debate se centró en la necesidad de reformar la Constitución para convocar la Asamblea Constituyente. La Constitución venezolana no contempla el referéndum convocatorio para una constituyente, por lo que los opositores del chavismo, consideraron que era pertinente primero hacer una reforma constitucional. El chavismo, por su parte, percibió esto

como una maniobra de los partidos políticos para entorpecer una vez más el proceso, como ya había ocurrido en años anteriores. El conflicto se resolvió con el fallo de la Corte Suprema de Justicia a principios de enero a favor de la convocatoria por la vía del referéndum sin necesidad de reformar la Constitución. El segundo momento del conflicto se inició inmediatamente después del fallo de la Corte, para

GOBERNADORES ELECTOS POR AGRUPACION POLITICA 1989 - 1995

AGRUPACION POLITICA	ANO			
	1989	1992	1995	1998 (*)
AD	11	8	12	8
COPEI	7	8	3	4
MAS	1	5	4	3
LCR	1	1	1	1
PV			1	1
CONV.			1	1
MERI				1
MVR				1
PPT				3
TOTAL	20	22	22	23

(*) El Polo Patriótico obtuvo en total 7 gobernaciones, 3 del MAS, 3 de candidatos provenientes de las filas del PPT, y 1 del MVR.
Fuente: CSE, Dirección General de Estadísticas Electorales;
CNE: Resultados Electorales, Venezuela 1998. CD Rom.

DIPUTADOS POR PARTIDO POLITICO 1973- 1999

	1973 N°	%	1978 N°	%	1983 N°	%	1988 N°	%	1993 N°	%	1998 N°	%
AD	102	51%	88	44%	113	57%	97	48%	55	27%	62	30%
COPEI	64	32%	84	42%	60	30%	67	33%	53	26%	28	14%
MAS	9	5%	11	6%	10	5%	18	9%	24	12%	17	8%
LCR							3	1%	40	20%	6	3%
CONV.									26	13%	4	2%
MVR											46	22%
PV											20	10%
PPT											7	3%
OTROS	13	16%	8	17%	9	16%	8	5%	2	17%	17	8%
TOTAL	200	100%	199	100%	200	100%	201	100%	203	100%	207	100%

Fuente: CSE, Dirección de Estadísticas Electorales, Varios años;
CNE Dirección de Estadísticas, Resultados Electorales 1998.

ver quién convoca el referéndum. El entonces Presidente electo instó al Congreso a convocar la constituyente y reiteró que de no hacerlo, convocaría la consulta popular el 15 de febrero (El Universal, 24/1/99, 1-1). El tema se debate en el Congreso en los siguientes días en una lucha que evidentemente no era meramente legal ni formal, sino política, no solamente porque quien convoca al referéndum establece las bases comiciales, sino también por ser la promesa electoral que llevó a Chávez a la presidencia. El conflicto de la convocatoria quedó resuelto el 2 de febrero cuando Chávez en la toma de posesión de su gobierno, sorpresivamente (aún para su propio partido), lanza un decreto para el referendum consultivo.

Inmediatamente la oposición rechazó el decreto por considerar que las preguntas buscan otorgarle plenos poderes al Ejecutivo y ataca al Presidente de querer instaurar un régimen autocrático. El conflicto con el Legislativo llegó al punto que varios parlamentarios del partido de gobierno, se pronunciaron en favor de la disolución del Congreso. A mediados de febrero se abrió un compás de espera cuando varios independientes y personas de diferentes toldas políticas introducen

ante la Corte Suprema de Justicia (CSJ) una serie de impugnaciones al decreto presidencial. El Presidente dio a conocer su posición en declaraciones a la prensa: la CSJ tiene que ponerse del lado del pueblo y en contra de todo el "leguleyerismo" impugnatorio. El lenguaje fuerte utilizado por el Presidente fue interpretado como una amenaza a la máxima Corte del país. Sin embargo, las tensiones fueron disueltas días después cuando la Presidenta del CSJ, la Dra. Cecilia Sosa Gómez, le hace una visita institucional al Presidente Chávez al palacio de Miraflores. Su intención fue dialogar sobre las funciones que son responsabilidad del Poder Judicial, y del respeto que debe haber entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Según sus declaraciones en rueda de prensa, la Corte no se siente amedrentada por las palabras del Presidente (El Nacional 18/2/99, D/5). La beligerancia entre el Presidente y el Congreso continúa pero en menor intensidad. Al-

El presidente Chávez pareciera tener una estrategia de acción en dos escenarios: uno en lo político y otro en lo económico

gunas fracciones parlamentarias consideran que es un parlamento temporal y aunque ha bajado un poco el tono de las discusiones, el Congreso tiene entre sus manos la discusión de la Ley Habilitante que le otorga al Presidente amplios poderes para legislar en materia económica (los cuales necesita para poner en marcha su plan económico). Por el momento, los poderes constituídos están a la expectativa del fallo de la Corte Suprema sobre las impugnaciones al decreto presidencial.

En los dos meses que lleva de gobierno, Chávez ha tenido sus momentos de tensión con el poder Judicial, ha entablado peleas con el Congreso, los partidos políticos a quienes continúa atacando, los sindicatos, especialmente la Confederación de Trabajadores de Venezuela

(CTV), a los que acusa de corruptos y pocos representativos de sus afiliados, y los gobernadores de estado. Con los gobernadores el caso es particular, porque durante la campaña los gobernadores se aliaron para evitar el triunfo de Chávez y, a su vez, éste tiene un plan de reordenamiento territorial para sustituir el actual, lo cual conduciría a la eliminación de algunos estados y sus gobernaciones. Si bien los gobernadores no están

en capacidad de mantener ningún tipo de beligerancia con el Ejecutivo, lo están presionando (aún los gobernadores elegidos por el Polo Patriótico) para la transferencia de recursos para cubrir el déficit fiscal regional. Los gobernadores, y los partidos políticos, a pesar de su enorme desprestigio, ejercen cierto liderazgo en sus regiones que de alguna manera puede contrarrestar la fuerza del carisma presidencial.

Todos estos conflictos se desarrollan en un clima de gran desconfianza entre la oposición y otros sectores, debido al discurso presidencial de sobrevalorización de las Fuerzas Armadas y a una escalada militar en puestos del gobierno. La militarización se puede entender hasta cierto punto, si se toma en cuenta que debido a la formación militar del presidente, su entorno inmediato es militar. Su gente de confianza proviene de la institución castrense. En parte lo que se interpreta con mayor desconfianza es el par cívico-militar con que ha

realizado algunas designaciones. El Ministro de Agricultura y Cría (MAC) es un civil, y su viceministro es un militar (el General de Brigada Francisco Visconti, quien fue uno de los militares que huyó al Perú ante el fracaso del golpe del 27N). Lo mismo sucede en otros ministerios y organismos del Estado a nivel de direcciones sectoriales importantes. Todos sus compañeros militares de la asonada del 4 de febrero,

hoy ocupan cargos gubernamentales, bien sea porque

fueron electos, o por designación directa del Presidente. El Tcnel. (r) Francisco Arias Cárdenas fue electo gobernador en segundo período del estado Zulia; el Tcnel. (r) Jesús Urdaneta fue designado Director General de la Disip (policía de inteligencia política) y el Tcnel. Joel Acosta Chirinos fue electo diputado al Congreso. Los que participaron en el golpe del 27N también fueron asignados en puestos de confianza de Chávez. Aparte del General (r) Visconti (MAC), el Contralmirante (r) Hernán Grüber Odremán fue nombrado gobernador de Caracas (Grüber se lanzó a la gobernación del estado Miranda, pero fue derrotado). Hasta el momento hay un total de 60 militares, algunos activos y otros retirados, en organismos del Estado. El número más alto de militares en el gobierno durante el período democrático del país.

Otro elemento que aumenta la presencia militar en la vida pública es el plan cívico-militar Bolívar 2000 que el Presidente inició a finales de febrero. Este es un plan que se propone atacar los problemas más puntuales de salud, educación e infraestructura con la participación conjunta de las tropas militares y un voluntariado social. En las dos semanas que lleva de funcionamiento se ha dedicado a la reparación de vialidades, escuelas y a la atención médica inmediata.

Conclusiones

Estos momentos pueden ser entendidos mejor si se toma en cuenta la heterogeneidad y el pragmatismo político que existe tanto dentro del chavismo como al interior de aquellos que lo enfrentan. Las tensiones en la democracia venezolana existentes desde los ochenta, expresan su grado de conflictividad más grande en estos mo-

mentos. Se cuestiona el principio de democracia



representativa, en favor de una democracia participativa, bajo los principios de justicia social. La propia visión protagónica del Presidente ante los procesos de cambio y su tendencia de concentrarlos todos en sus manos, unido a su verbo fustigante en contra de los partidos, aliena a aquellos que al igual que él, han visto por años con ojos críticos el funcionamiento de la democracia y que en un determinado momento pudieran convertirse en sus aliados. El tema de los militares no está resuelto, su incursión en los espacios civiles genera una gran desconfianza.

Tenemos un legislativo desprestigiado, en su momento más débil (a pesar de que el 75% de sus integrantes son nuevos parlamentarios); una oposición también desprestigiada, lo cual la debilita, y un Ejecutivo fuerte. En el medio queda el electorado, las clases populares mantienen el respaldo al presidente y la clase media le tiene desconfianza, pero está altamente movilizada con deseos de participación y cambio.

En los pocos meses que lleva de gobierno, Chávez ha tenido sus momentos de tensión con el poder Judicial, ha entablado peleas con el Congreso, los sindicatos y los gobernadores de Estado

El gran dilema de Chávez está en tratar de controlar la turbulencia política e impulsar los cambios que ha ofrecido en medio de una crisis económica que no tiene solución a corto plazo. Los peligros están en que el sector militar no chavista perciba que el grado de conflictividad es muy grande y decida lanzar un golpe de Estado. A su vez, Chávez puede tener una percepción parecida y decidirse a disolver el Congreso y gobernar con el sector militar de su

partido. Si el Presidente cree que el clima internacional y el interno no le permiten el autogolpe, puede intentar formar alianzas para garantizar cierta gobernabilidad. Para ello tendrá que moderar su discurso, alejarse de los sectores más radicales y militares del chavismo y acercarse a aquellos de sus oponentes que también se han pronuncia por el cambio y en contra de los partidos tradicionales. El gran arma de Chávez en estos momentos es la calle, pues cuenta con gran repaldo popular. Lo que tiene en contra es el tiempo. A corto plazo Chávez está obligado a satisfacer alguna de sus promesas electorales, el

problema está en si la crisis económica se lo va a permitir.

En lo político queda claro que los viejos liderazgos de oficina están caducos. El electorado ha demostrado no guardar las lealtades política del pasado. Las transformaciones de la sociedad venezolana se han venido dando desde los ochenta, y hoy las contradicciones se expresan con mayor intensidad. Sin duda, el país no es el mismo, estamos en una etapa de transición. Desafortunadamente para Hugo Chávez, él no es el primero de una nueva era como dice, sino por el contrario, es el último del régimen anterior.

NOTAS

(*) Investigadora del Centro Desarrollo Humano y Organizaciones del Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA). Caracas, Venezuela

(1) Irene Sáez lanzó su candidatura como independiente, posteriormente aceptó el respaldo de Copei y pasó a ser la candidata socialcristiana.

(2) Claudio Fermín se separó de Acción Democrática en 1996 por desacuerdos internos en torno a la candidatura presidencial.

(3) Miguel Rodríguez no pertenece a Acción Democrática, sin embargo, se lanza como candidato de un partido formado por Carlos Andrés Pérez luego de ser expulsado de AD, mientras cumplía casa por cárcel. Rodríguez fue el ministro de Cordiplan (planificación) en 1989 durante el segundo gobierno de Pérez que inició el programa de ajustes y reformas económicas de corte neoliberal. Carlos Andrés Pérez salió electo senador por el estado Táchira, su Estado natal, y se incorporó a la vida política de nuevo.

(4) Los votos obtenidos por Hugo Chávez y Henrique Salas, suman 96.17% del total de los votos válidos, sin embargo sería erróneo interpretar que ese casi 100%, es por el cambio que representaban ambos candidatos. El retiro del apoyo de AD y Copei a sus candidatos y los acontecimientos de las últimas semanas de campaña deja un margen para los llamados votos del miedo, con el fin de frenar la candidatura de Hugo Chávez. Sumando conservadoramente sólo los votos del Polo Patriótico y los obtenidos por proyecto Venezuela pudiera dar una idea aproximada de las personas que apoyaron el discurso de cambios que ambos candidatos

ofrecieron.

(5) En 1993, Rafael Caldera, fundador del partido socialcristiano Copei, se lanza a la candidatura presidencial con el respaldo de Convergencia, un partido que funda tras su ruptura con Copei debido a desacuerdos por su candidatura. Caldera gana las elecciones con una alianza amplia entre Convergencia y un grupo de partidos pequeños que en su momento se llamo el "chiripero" en alusión a su tamaño y a la cantidad.

(6) Los comandantes de las tropas en diferentes sitios del país fueron: Teniente Coronel Francisco Arias Cárdenas quien ejerce junto a Chávez el liderazgo principal, Tcnel Jesús Urdaneta Henández, Tcnel Joel Acosta Chirinos y el Tcnel. Jesús Ortiz Contreras.

(7) La Ley Orgánica del Sufracio y Participación Política prohíbe en el artículo 135 la utilización de los símbolos de la patria, el escudo, o la esfinge de los próceres de la Nación, por esta razón, el MBR-200 que contiene el nombre de Simón Bolívar, lo cambió por el de Movimiento Quinta República, en alusión a la quinta república desde la declaración de la independencia.

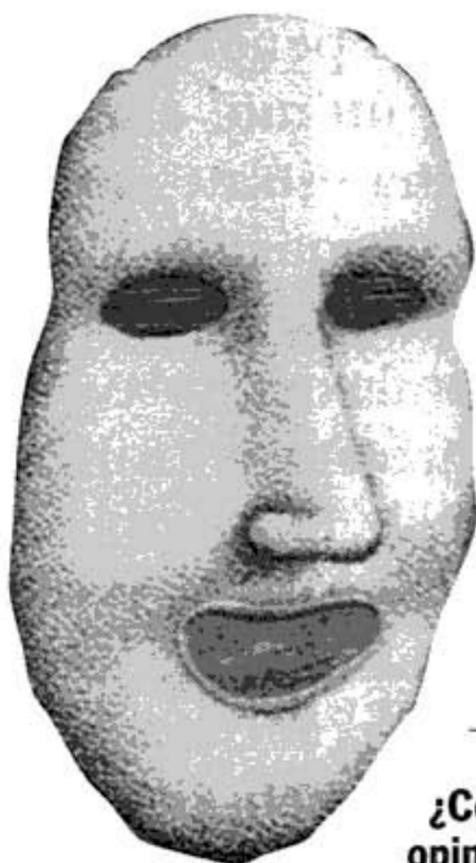
(8) Las elecciones regionales y locales se realizan cada 3 años desde 1989. Las presidenciales cada 5. En 1998 por primera vez coinciden ambas elecciones en diciembre. Por decisión del CNE las regionales se adelantan, las locales se posponen para el segundo semestre de 1999 y las del Congreso se realizan conjuntamente con las regionales. Este cambio de las elecciones fue interpretado por miembros del polo partiotico como una maniobra de AD para intentar retener el control del Congreso ante el posible triunfo de Chávez, que hasta entonces se mantenía como primera o segunda opción ganadora en las encuestas.

BIBLIOGRAFIA

- Gómez Calcaño, Luis (1998) "Venezuela, Notas para una Discusión". (Mimeo).
 - Lander, Edgardo (1995) "Movimientos Sociales Urbanos, Sociedad Civil y Nuevas Formas de Ciudadanía en Venezuela" En: Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, N° 2-3, Abril-Septiembre, pp. 165-187.
 - Levine, Daniel (1978) "Venezuela since 1958: The Consolidations of Democratic Politics". En: The Breakdown of Democratic Regimes: Latin America. Juan Linz and Alfred Stepan Editors. The Johns Hopkins University Press. Baltimore and London.
 - López Maya, Margarita (1989) Del Pacto de Punto Fijo al Pacto Social: Desarrollo y Hegemonía en Venezuela. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Caracas.
 - López Maya, Margarita y Luis Lander (1999) "Triunfos en Tiempo de Transición: Actores de Vocación Popular en las elecciones Venezolanas de 1998" (sin publicar).
 - Shugart, Mathew (1992) "Leaders, Rank and File, and Constituents: Electoral Reforms in Colombia and Venezuela". En: Electoral Studies, 11:1, pp. 21-45.
- Periódicos y Revistas
- El Nacional: Septiembre 1998-Marzo 1999.
 - El Universal: Septiembre 1998-Marzo 1999.
 - Revista ZETA: La Noche de las Boínas Rojas. Febrero 1992, N° 885.

Opinión pública y comunicación:

El doble flujo de la comunicación política



Virginia García Beaudoux-Orlando y D' Adamo-Flavia Freidenberg
Universidad de Salamanca

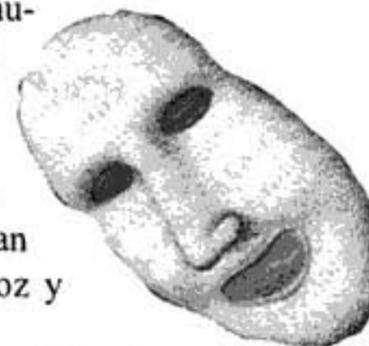
¿Cómo forma sus opiniones políticas la opinión pública?

Las creencias y los valores políticos de los individuos, sus ideas acerca de la sociedad y del sistema político, su nivel de información acerca de las normas, reglas, instituciones y estructuras de autoridad, son elementos importantes en la formación de sus opiniones acerca de las cuestiones políticas. Por ello, los procesos a partir de los cuales los sujetos adquieren sus orientaciones políticas son claves en la formación de sus opiniones, proceso donde participan todos y ninguno de los ciudadanos (Sartori, 1992; 157). A partir de la relevancia que a nuestro criterio presenta el problema, el presente trabajo se orienta a la exploración de los procesos de formación de la opinión pública con referencia a objetos políticos, analizando en particular el aspecto relativo al papel que en ellos juegan la comunicación política y sus diversos agentes.

Las opiniones (1) no surgen de la nada sino que son fruto de un proceso. Se trata de un fenómeno social en el que participan una multiplicidad de factores, sobre todo, aquellos relacionados

con la comunicación política. Utilizando un criterio historicista podrían distinguirse dos modos diferentes de formación de la opinión pública: el proceso de formación de la opinión en la sociedad primaria y el proceso de formación de la opinión en la sociedad de masas. Con referencia al primero de ellos, según Kimball Young (1956), en Estados Unidos, la opinión pública surgía de la asociación de los ciudadanos de una aldea o comunidad determinada con el objetivo de llegar a algún acuerdo con relación a las cuestiones públicas. Los ciudadanos se reunían para discutir los problemas de la comunidad. La temática se limitaba a problemas locales o morales, es decir, temas de discusión vinculados con la educación, los impuestos, el funcionamiento de las instituciones públicas o las obras públicas. Sobre la base de estas discusiones debía alcanzarse algún tipo de consenso y, sobre la base de este consenso, determinarse un curso común de acción. Como en la polis griega, los ciudadanos de las aldeas norteamericanas participaban activamente en el ágora para definir el curso de los asuntos de la comunidad. Los asuntos de la comunidad solían discutirse en la iglesia luego del servicio religioso, donde todos tenían la palabra, es decir, voz y voto para decidir.

La formación de la opinión pú-



blica en la sociedad de masas, en cambio, se presenta como producto de la Revolución Industrial surgida alrededor de 1880, que provocó una serie de transformaciones muy importantes tanto en el sistema político como en las estructuras económicas y sociales de distintos países. Las maquinarias, la división del trabajo, los transportes y las comunicaciones rápidas, la organización de la empresa corporativa y el veloz crecimiento de la población, transformaron a las sociedades primarias en algo nuevo. En este sentido, tuvo lugar un proceso original a partir del cual los individuos comenzaron a adquirir nuevas actitudes y valores. Las relaciones interpersonales, aquellas interacciones cara a cara propias de las asambleas del pueblo, de carácter más duradero, tendieron a transformarse en cortesía y superficialidad. En este nuevo escenario, la opinión pública fue sufriendo transformaciones y sus cambios provocaron una serie de modificaciones en:

a) el radio y los instrumentos de estimulación, puesto que se ampliaron e incrementaron de manera significativa;

b) la vida urbana, que fue configurándose como necesariamente más compleja, más flexible y más móvil;

c) las relaciones económicas, sociales y políticas, que comenzaron a tener un alcance mayor, y

d) la naturaleza de los problemas, porque dejaron de centrarse en lo local para alcanzar una dimensión global.

A partir de estos cambios, se produjeron también nuevas dificultades e inconvenientes en el proceso democrático de formación de la opinión pública. Los ciudadanos se encuentran expuestos a una cantidad incalculable de información. Ninguna persona puede obtener toda la información que necesita de manera directa y a partir de la experiencia directa con los acontecimientos. En cambio, se hace necesario recurrir a fuentes indirectas y secundarias de información e interpretación, como por ejemplo, a los medios de comunicación de masas. La comprensión cabal del proceso de formación de la opinión pública cuando tiene lugar bajo las condiciones recién reseñadas, requiere de la consideración de al menos dos dimensiones temporales: una estática y una dinámica. La estática describe a la opinión pública en un momento en particular, efec-

tuando un corte transversal del fenómeno, como si se sacara una fotografía en un momento determinado. La dinámica, a diferencia de la primera, la concibe de un modo evolutivo.

El proceso dinámico de formación de la opinión pública puede ser descrito como una serie de momentos interdependientes, de flujo y reflujo y complementarios entre sí. En una primera etapa, existiría un tema o problema que compromete a la comunidad o a algún sector considerable de ella; por ejemplo, una campaña electoral. Se realizarán intentos para definir el tema en cuestión de tal manera que permita la discusión por parte de los individuos y los grupos. La segunda etapa se caracteriza por ser el momento en que se producirían las consideraciones preliminares y exploratorias acerca de un asunto. Siguiendo con el ejemplo propuesto, surgirían preguntas tales como: ¿Cuál

es la importancia de esas elecciones? O ¿ha llegado el momento de decidir mi voto? Estas cuestiones suelen ser tratadas en diversos ambientes y medios, como ser: debates abiertos, mitines, crónicas, editoriales de la prensa, conversaciones informales, comentarios en la radio y la televisión y por otros medios de comunicación de masas. En esta etapa es común que se realicen investigaciones acerca de los problemas y la figura del experto adquiere enorme importancia, ya que proporciona información a quienes participan de la discusión política. En el caso del ejemplo propuesto, los analistas políticos

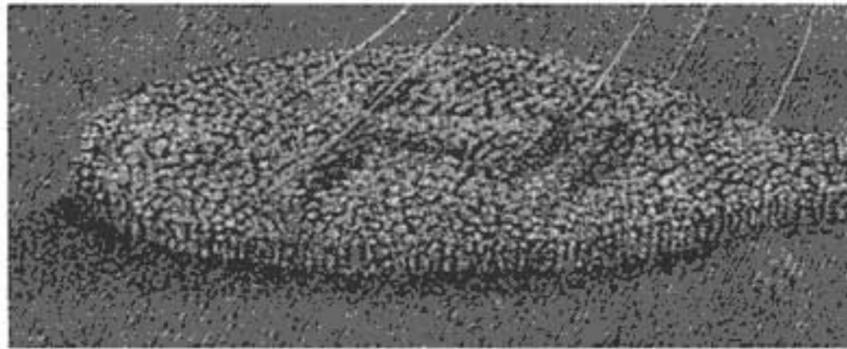
desempeñarían un papel crucial en esta etapa. El tercer momento se caracterizaría por la presentación de propuestas y soluciones alternativas (típicamente, sería el momento pre-electoral). En esta etapa, los individuos llegarían a tomar decisiones más comprometidas con respecto a las distintas posiciones políticas. También sería probable que la conducta de los individuos se transformara en una conducta de masas y que los aspectos racionales del problema se perdiesen entre un conjunto de estereotipos, lemas y apelaciones emocionales. Finalmente, la cuarta etapa involucra intercambios de diversa índole, como las conversaciones, discursos, debates y escritos (intercambios característicos, por ejemplo, de la recta final de la campaña y los momentos más cercanos al proceso de toma de de-

El proceso dinámico de formación de la opinión pública puede ser descrito como una serie de momentos interdependientes, de flujo y reflujo, complementarios entre sí

cisión electoral efectiva), facilitando que los individuos puedan alcanzar cierto grado de consenso. El consenso es susceptible de ser medido a partir de encuestas de opinión. Muchas veces ese consenso puede ser precario pero aún así, una vez que se alcanza cierto grado de homogeneidad, el paso siguiente es el de la acción (para finalizar con la ilustración propuesta, sería el momento del voto).

Una vez alcanzado este último nivel, se ha completado el proceso de formación de la opinión pública y nos encontramos fuera de ese proceso, dado que la acción no se considera parte de él.

Una gran diversidad de estudios se han abocado a la descripción y explicación del complejo proceso de formación de la opinión pública centrando sus análisis bajo la óptica de la dimensión dinámica. En 1940, Floyd Allport se refería al proceso de la opinión pública como "... yaciendo dentro del armazón de los sistemas de eventos colectivos... La actividad colectiva es.. el resultado final de un proceso circular en el cual individuos, en sus muchos roles o capacidades, cooperan..." (Allport, 251). En esos años, ya existía la idea de un proceso colectivo circular, un proceso de "...interestimulación entre los publicistas y el pueblo..." (Allport, 252). Otro ejemplo de propuestas llevadas a cabo desde la perspectiva dinámica, lo encontramos trece años después, en 1953, en una formulación en la que Foote y Hart identifican cinco fases colectivas en el proceso de formación de la opinión pública. Según los autores, una primera fase es la "Fase del problema", en la que una situación es considerada como problemática por una persona o grupo, pero el problema y sus consecuencias no han sido completamente definidos aún. Como señalan Foote y Hart (1953), en esta fase las interacciones son rudimentarias y provisionales porque las personas no han determinado qué es lo que quieren. En los momentos finales de esta etapa el problema se va definiendo y cristalizando en un asunto reconocido. Las personas implicadas, el público de este asunto, lentamente va definiendo lo que desea y lo que opina respecto de la cuestión.



Un segundo momento sería la "Fase propuesta", en la que tendría lugar la formulación de una o más líneas de acción como respuesta al problema ya definido. Esta etapa también está caracterizada por cierta ambigüedad y presenta, al igual que la anterior, apelaciones discursivas. Es común, en esta fase, encontrar que se manifiestan "... algunas de las características de la conducta colectiva: movimientos a

tientas, emociones efímeras, ondas esporádicas de rumores y presiones, clamor desorganizado..." (Foote y Hart, 1953; 313). Un tercer estadio sería la "Fase política" en la que el centro de atención se encuentra en el

debate activo. Se discuten todas las propuestas y alternativas y la viabilidad de aplicación de cada una de estas soluciones. Es la fase más fácil de identificar como discurso político puesto que los miembros más activos del público buscan consenso entre los menos activos. Por ejemplo, es característico de esta fase que en los periódicos se publiquen editoriales y cartas de apoyo o de oposición a propuestas concretas.

Este estadio culmina con la toma de decisión de llevar a cabo un plan específico de acción. La cuarta fase o "Fase programática" es el momento en el que se lleva a cabo la acción aprobada en las etapas anteriores y, finalmente, la "Fase de valoración" es la que involucra las evaluaciones periódicas de la eficacia de la política llevada a cabo.

Una de las representaciones más actuales, formulada también desde la perspectiva del proceso

dinámico de formación de la opinión pública, es la denominada "Bubble-up", que lo conceptualiza como un "... rebullir del cuerpo social que sale hacia lo alto..." (Sartori, 1992 ;153). Este modelo supone que las opiniones emergen como chorros y borbotones casi automáticamente y se impone la opinión con una direccionalidad desde abajo hacia arriba. Una vez cada tanto, el público se obstina con un tema en particular, reacciona de un modo cuasi inesperado e impone a los estratos superiores su propia agenda temática. Para este modelo, los ciudadanos se plantean problemas, los discuten, opinan de diferentes maneras sobre ellos y formulan puntos de

En el proceso de formación de la opinión pública, una vez que se alcanza un cierto consenso, el paso siguiente es la acción

vista. Los exponen de manera organizada (y desorganizada también) y los hacen competir entre sí. Uno de todos estos puntos de vista resulta el "ganador" y los ciudadanos aplican su juicio como solución del problema u ordenan a sus representantes que lo hagan.

Aunque no tan reciente como la anterior y planteando una direccionalidad en principio opuesta a la del modelo "Bubble-up", una de las propuestas más aceptadas en tanto explicativa del proceso dinámico de formación de la opinión pública, es la elaborada por Karl Deutsch (1974). Deutsch diseñó un modelo en cascada para describir cómo se forma la opinión pública en materia de política exterior; modelo que también podría ser utilizado para el análisis de la formación de la opinión pública en otras cuestiones. El autor propone una secuencia de momentos descendentes contenidos a intervalos por una serie de cinco contenedores. Los distintos momentos que caracterizan al modelo "en cascada" son los siguientes :

1. El primer contenedor se encuentra ubicado en lo más alto de la cúspide y es donde circulan las ideas de las élites económicas y sociales.
2. El siguiente momento es el que está integrado por las élites políticas y del gobierno.
3. El tercer nivel está constituido por las redes de comunicación y por los hacedores y difusores de los mensajes que circulan en esas redes.
4. El cuarto nivel lo proporcionan los líderes de opinión en el ámbito local, aquellos activistas que están verdaderamente interesados por la política y prestan atención a las informaciones de los medios de comunicación.
5. Por último, en el nivel más bajo, se encuentran los ciudadanos (el demos).

Dentro de este modelo, tres consideraciones merecen ser particularmente destacadas por ser las que le confieren su carácter dinámico. En primer término, el papel de los líderes de opinión no se restringe a la actividad correspondiente al cuarto nivel del modelo, sino que además se desempeñan como intermediarios entre todos los otros niveles. En segunda instancia, los distintos niveles experimentan retroalimentación o feedback en el proceso

de formación de la opinión pública y esto hace que, como sostiene Sartori (1992; 154), más allá de que este modelo sea de "cascada" o "caída descendente", incorpore la posibilidad del otro modelo, el del resurgimiento o "bubble-up". En tercer lugar, en cada uno de los niveles existirán el disenso y las opiniones discordantes, manteniéndose relaciones horizontales en cada uno de ellos entre influyentes e influidos o emisores y receptores. Por lo tanto, intermediación entre niveles, feedback y relaciones de influencia son las premisas que confieren su carácter dinámico al modelo en cascada: no se trata de estadios aislados entre sí, sino de niveles que contemplan diferentes tipos de interactividad.

En el próximo apartado, nos referiremos a lo que constituye el aspecto central del presente trabajo, esto es, la discusión de las características de la interacción entre tres de los niveles mencionados en este último modelo. Concretamente, el foco de nuestro interés se dirige al análisis de las relaciones entre medios de comunicación, líderes de opinión y ciudadanía (niveles 3, 4 y 5 del modelo de Deutsch) en el proceso de formación de la opinión pública respecto de las cuestiones políticas.

II. ¿Cuántos escalones tiene la escalera de la comunicación política? La propuesta de la comunicación en dos escalones.

Una de las propuestas teóricas clásicas más reconocida con relación a los procesos involucrados en la formación de la opinión pública en lo que se refiere a las cuestiones políticas, es la del "flujo de la comunicación en dos escalones". En la ya clásica obra *The People's Choice*, gracias a una investigación llevada a cabo con una muestra de los votantes de las elecciones presidenciales de 1940 en Erie County (Ohio, EEUU), Lazarsfeld, Berelson y Gaudet (1944) efectúan un hallazgo significativo: descubren el papel de la influencia personal sobre la influencia de la comunicación de masas en la esfera política. La determinación del papel crucial de las relaciones interpersonales en la comunicación política fue, en realidad, azarosa. Inicialmente, el proyecto de investigación se orientaba al estudio del impacto que



sobre los votantes tenían las campañas electorales; y para ello se intentaba evaluar cómo las personas pertenecientes a distintas categorías sociodemográficas (edad, sexo, lugar de residencia, nivel de educación, etc.) seleccionaban diferencialmente de los medios de comunicación de masas información vinculada a los comicios. Sin embargo, los datos relevados apuntaron en una dirección distinta a la esperada: ellos indicaban que algunas personas tendían más al intercambio informal de ideas con otras personas, que al uso directo de los medios de comunicación de masas. Por lo tanto, esas influencias interpersonales comenzaron a ser tenidas en cuenta como variables necesarias y explicativas cuando lo que se persigue es el establecimiento de los efectos de los mass media en el área de la comunicación política.

En todos los grupos sociales existen individuos que son particularmente activos y, por lo general, más sensibles que los demás a los intereses del propio grupo, así como también más proclives a expresar abiertamente sus opiniones. A esa clase de individuos, Lazarsfeld, Berelson y Gaudet los denominaron "líderes de opinión" (opinion leaders) y los definen como aquellas personas que cumplen la función de relacionar a sus propios grupos con las partes relevantes del sistema. A este respecto, dicen

Los líderes de opinión juegan un rol especial en la red de relaciones personales... las ideas fluyen desde la radio y la prensa hacia los líderes y de ellos hacia los sectores de la población menos activos

cambio, y sirve como un puente sobre el cual los medios formales de comunicación extienden su influencia" (1944, p. 151-152). Tales conclusiones surgieron a partir de la observación de que cuando se les pidió a los sujetos entrevistados que reportaran su exposición a las comunicaciones políticas de cualquier tipo vinculadas a las campañas, las personas mencionaron con más frecuencia las "discusiones políticas" relativas a la elección con personas cercanas de su entorno social, que la exposición directa a la radio o a la prensa. La participación en discusiones

y conversaciones políticas era característica, sobre todo, de aquellos individuos que todavía no habían decidido su voto y que, por lo tanto, eran permeables a la influencia en mayor medida. La exposición directa a los medios, en cambio, parecía concentrarse en un pequeño grupo de votantes. Asimismo, las correlaciones indicaban que las personas que tendían a exponerse a un medio también eran más proclives a exponerse en alto grado a los otros medios de comunicación disponibles. Esos altos niveles de exposición se correspondían con los sujetos que se declaraban más interesados por la política, y con quienes tenían una decisión de voto ya tomada: en todas las fases de la campaña se presentaron como quienes más leían y escuchaban información proveniente de los medios. La evidencia sugiere, entonces, que la información pasa de los medios a los individuos más atentos e informados; y que luego ellos retransmiten esa información (junto con su propia interpretación y "traducción" del contenido de las comunicaciones) por canales interpersonales a otras personas que tienen menor contacto directo con los medios y a quienes no les genera inconvenientes depender de los demás para obtener la información.

Este proceso recién descrito fue denominado por sus descubridores como "flujo de la comunicación en dos escalones" o "doble flujo de la comunicación". Esta propuesta sugiere que los individuos forman parte de grupos que tienen sus propias normas y valores; y que dentro de ellos, los líderes de opinión cumplirían la función de tamizar o filtrar las comunicaciones procedentes desde afuera. Considerado de esta manera, el grupo queda planteado como un elemento moderador de las influencias externas y el líder de opinión como mediador

Proceso de formación de la opinión pública
Estratos que participan en el proceso:

- **Elites económicas y sociales**

- **Elites políticas y de Gobierno**

- **Redes de comunicación y
 hacedores de la comunicación**

- **Líderes de opinión**

- **Ciudadanos**

Fuente: Elaboración de los autores

los propios autores que "los líderes de opinión juegan un rol especial en la red de relaciones personales ... las ideas a menudo fluyen desde la radio y la prensa hacia los líderes de opinión y desde ellos hacia los sectores de la población menos activos (en política) [...] Las influencias persona-a-persona alcanzan a aquellos quienes son más susceptibles al

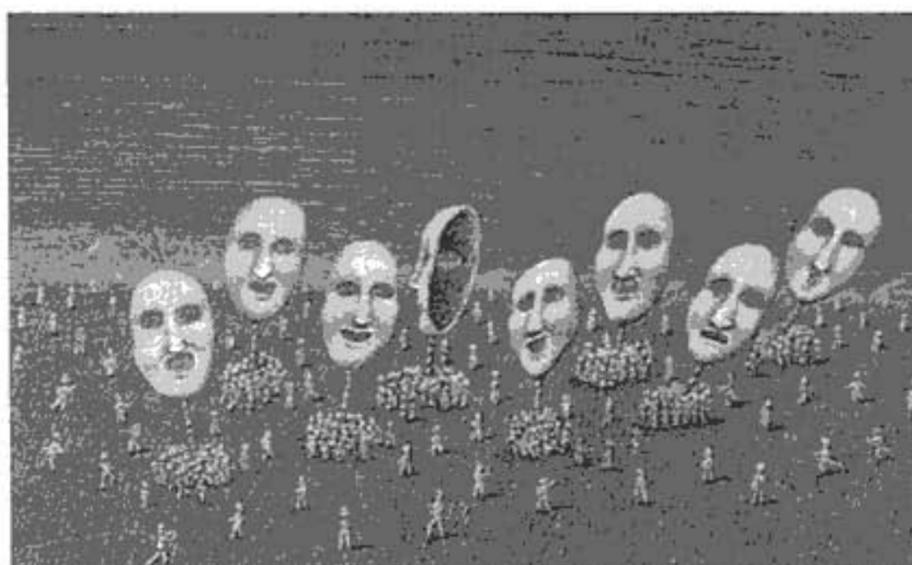
entre la acción de los medios de comunicación y los sujetos del grupo. Los líderes de opinión obtienen la información política de manera directa (es decir, de los medios), y el resto de las personas del grupo acceden a ella a través de estos últimos. En síntesis, a partir de la citada investigación, las relaciones interpersonales comenzaron a ser consideradas como puntos de anclaje de actitudes y opiniones; y entre los investigadores sociales se aceptó ampliamente la idea de que "las relaciones sociales informales desempeñan una parte significativa modificando la forma en que determinadas personas reaccionan frente a un mensaje que les llegue a través de los medios de comunicación de masas" (De Fleur, Ball-Rokeach, 1993; 253). Se cree que los "otros significativos", así como los grupos de referencia y de pertenencia serían la fuente de apoyo de las actitudes y acciones individuales. Desde esta perspectiva de la comunicación política, entonces, los mensajes de los medios de comunicación de masas serán efectivos siempre y cuando los grupos que son importantes para el individuo suscriban a sus contenidos, porque los efectos de los media serían consecuencia de la extensión de un proceso más básico y complejo que es el de influencia personal. En conjunto, como señala Wolf, "la teoría de los media emparentada con la corriente sociológico-empírica sostiene que la eficacia de la comunicación de masas está muy relacionada y depende en gran medida de procesos de comunicación no medial de la estructura social en la que vive el individuo" (1996, 61-62).

Si tomamos en consideración que Lazarsfeld et al. propusieron su hipótesis a mediados de los años '40, cuando la televisión todavía no había realizado su debut en el escenario de las comunicaciones masivas, una pregunta casi obligada que debiéramos formularnos en la actualidad, es la referida a si la hipótesis del flujo de la comunicación política en dos escalones se habrá visto mermada en su vigencia o, al menos, si de continuar con valor operante, lo hará de manera relativizada. En este sentido, y teniendo en cuenta el cambio sustancial y cualitativo que implica la aparición de la televisión en el terreno de la comunicación de masas, y en particular de la comunicación política, es que nos orientamos a evaluar empíricamente si:

- a) la hipótesis del doble flujo de la comunicación continúa vigente;
 - y en caso de no ser así,
- b) si la vía de las relaciones interpersonales, aún cuando no fuera a la que los sujetos recurren con mayor frecuencia, sigue siendo la más utilizada co-

mo canal de comunicación en situaciones particulares como los casos de "rumor político".

A los fines de tales objetivos, diseñamos un instrumento de investigación que fue administrado en el transcurso de 1997 a una muestra poblacional integrada por 662 estudiantes universitarios argentinos de diferentes orientaciones, con una edad promedio de 21.8 años, siendo el 58.1% de género femenino y el 41.9% de género masculino. El instrumento utilizado para relevar los datos, consiste en un cuestionario conformado por cuarenta y seis ítems, que fue administrado



mediante el método de encuesta. Algunos de los ítems son cerrados, esto es, con opciones múltiples en categorías de respuesta predeterminadas; y otros son abiertos, es decir, dando libertad al encuestado para seleccionar sus respuestas. Contiene además un apartado sociodemográfico que releva edad, género, tipo de carrera que estudia el encuestado, nivel de ingresos familiares, autoubicación ideológica en el continuo "derecha - izquierda" (medida mediante la utilización de una escala de tipo Likert de 7 gradaciones), y finalmente, una escala de interés por la política. De la totalidad de los ítems incluidos en el cuestionario, en esta oportunidad haremos referencia a tres, específicamente diseñados para evaluar la cuestión que nos ocupa.

El primero de ellos, pregunta a los sujetos cuál es el medio de comunicación por el que reciben en primer lugar las noticias políticas. Las respuestas obtenidas se configuran de la siguiente manera:

En una aproximación inicial, al evaluar el problema de la principal fuente de la que obtienen en primer lugar la información política, nuestros datos sugieren una fuerte preponderancia de la televisión, y una baja frecuencia de comunicaciones propiciadas vía las relaciones interpersonales. Sin embargo, y en aras de un mayor control interno de la información que

pudiéramos obtener a través de ese primer ítem, se planteó a los sujetos un ítem acerca de la misma cuestión, pero no ya en abstracto, sino con referencia a casos concretos de la realidad nacional con fuertes resonancias políticas. De esta manera, indagamos de dónde habían obtenido la primera información con referencia a un caso de supuestos sobornos para la instalación de un equipo informático en un banco público nacional ("Caso IBM-Banco Nación"); una acusación de tráfico y consumo de drogas que involucró a un conocido representante de jugadores de fútbol con la supuesta implicación de personas cercanas al poder político ("Caso Cópola"); el caso del homicidio de un reportero gráfico que se destacaba por obtener fotos de personas que habrían tenido negociados con el gobierno ("Caso Cabezas"); y un caso de evasión de impuestos de gran envergadura en el sistema aduanero nacional ("Caso Aduana Paralela").

Nuevamente, encontramos corroboración de los datos que señalan a la televisión como el principal medio del que los sujetos obtienen información acerca de la realidad sociopolítica, y cuando debieron responder no ya en abstracto (la idea que ellos mismos tienen del uso que hacen de cada canal) sino específicamente cómo habían tomado conocimiento de ciertos eventos específicos de la realidad, el peso de la comunicación interpersonal resultó aún menor que el estimado en el ítem anterior por los propios sujetos.

Finalmente, indagamos a los sujetos acerca de que vía elegirían para informarse frente a un caso de rumor político.

A partir de los resultados que hemos obtenido, el proceso de comunicación en dos escalones, al menos con la direccionalidad planteada por Lazarsfeld et al., pareciera haber perdido preeminencia en favor de la televisión. Y eso no solo en el caso de la información política en general, sino aún frente a situaciones particulares, en las que sería esperable que los sujetos recurrieran a fuentes que consideran expertas o que les despiertan una alta credibilidad, como sería la situación de un rumor político importante. En ambas instancias, solo alre-

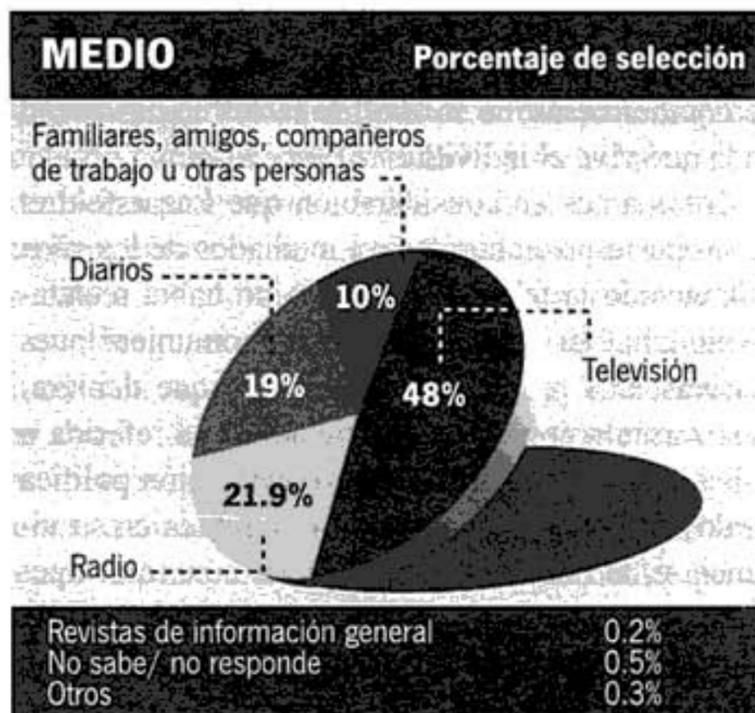
Los mensajes de los medios de comunicación de masas serán efectivos siempre y cuando los grupos que son importantes para el individuo se suscriban a sus contenidos, porque los efectos de los medios serían una extensión de la influencia personal

dedor del 10% de la población consultada apela a las relaciones interpersonales o a los otros significativos como medios para la obtención de la información política.

El "interés por la política" suele mostrarse como una de las variables con mayor poder discriminante a la hora de diferenciar a los sujetos en sus comportamientos y actitudes frente a las cuestiones políticas (D'Adamo, García Beaudoux, 1992; Milbrath, Goel; 1977). Anteriormente hemos comentado que Lazarsfeld y colaboradores encontraron incidencia de esta variable en su investigación, dado que los altos niveles de exposición directa a los medios de comunicación se co-

respondían con los sujetos que se declaraban más interesados por la política. Veamos, entonces, qué sucede cuando dividimos a nuestros encuestados según su grado de interés por la política, y compa-

*Ítem: "Cuando se trata de noticias políticas, por lo general, ¿de quién las recibe en primer lugar?"



ramos sus respuestas en los ítems referidos a la primera fuente de obtención de la información y a su potencial comportamiento frente a una situación de rumor político.

Como ya mencionamos, la hipótesis de Lazarsfeld y colaboradores, postula que la información fluye desde los medios (radio y prensa) hacia los líderes de opinión, y desde ellos hacia los sectores

menos activos de la población. Si los líderes de opinión se definen por su mayor grado de actividad e interés en las cuestiones políticas, podríamos asimilarlos a la categoría de los sujetos de nuestra investigación que se autodefinen como "interesados por la política"; a la vez que los sectores menos activos de la población, respetando el sentido propuesto por Lazarsfeld et al., se corresponderían con los sujetos que se definieron como "no interesados por la política". Si tomamos tales categorizaciones como válidas, observamos una tendencia interesante. Si bien en el caso de los sujetos con interés por la política bajan los porcentajes de exposición a la televisión, no debemos dejar de recordar que dicho medio no se encuentra incluido en los considerandos de la postulación del proceso de doble flujo de la comunicación. En cambio, encontramos un apoyo relativo para las ideas de Lazarsfeld et al. al hallar que en el grupo de sujetos asimilables a los líderes de opinión, bajan los porcentajes de comunicación interpersonal y aumentan los porcentajes de consumo directo de la noticia a través de los diarios tanto respecto del total de la muestra como respecto de los sujetos no interesados por la política. En ese mismo sentido, en el caso de los sujetos no interesados por la política, encontramos que si

bien aumenta el consumo televisivo, disminuye el porcentaje de la incidencia del diario y aumenta la frecuencia de reconocimiento de las relaciones interpersonales en tanto medio respecto de los porcentajes arrojados por la muestra total.

La misma tendencia se repite cuando analizamos los comportamientos frente a casos de rumor político: el 7.9% de los sujetos interesados por la política lo consultarían con familiares, amigos, compañeros de trabajo u otras personas; ascendiendo esa cifra al 13.1% en el caso de los sujetos no interesados por la política; mientras que un 10.0% del total de la muestra recurriría a otras personas para obtener información.

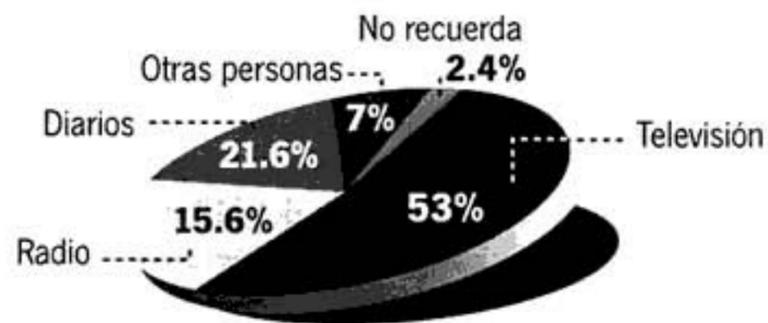
A pesar de estos hallazgos que van en el mismo sentido de las postulaciones de los investigadores de la Universidad de Columbia, las diferencias porcentuales resultan demasiado pequeñas como para dar sustento a su proposición. En cambio, los porcentajes del total de la muestra referidos a sus diferencias entre exposición a la televisión y a las opiniones de los otros significativos tanto para informarse de los acontecimientos como en situaciones de rumor político, resultan contundentes para dar sustento a la idea de que la irrupción de la televisión en el terreno de la comunicación de masas,

***Item:** "¿A través de qué medio obtuvo la primera noticia acerca de los siguientes acontecimientos?"

CASO IBM-BANCO NACION



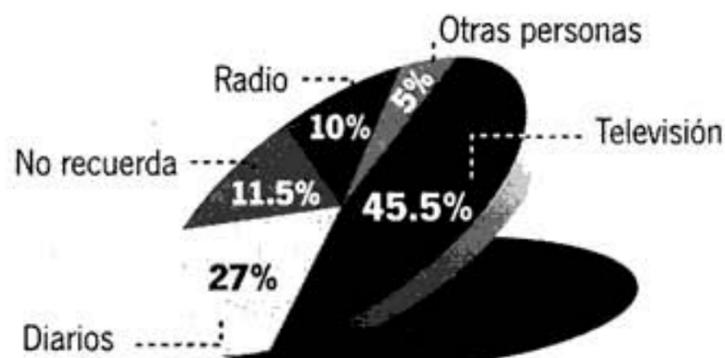
CASO CABEZAS



CASO COPPOLA



CASO ADUANA PARALELA



cambió cualitativamente el panorama de las relaciones entre individuos y política.

III. Los escalones en la era de la televisión

***Item:** "Si llegase a su conocimiento cualquier rumor político de importancia, ¿qué haría para comprobar la certeza de ese rumor?"



En nuestros días, la extendida presencia de la televisión ha configurado una constelación de la comunicación política radicalmente diferente a la encontrada por Lazarsfeld, Berelson y Gaudet en 1944. En aquel entonces y a pesar de la sorpresa inicial que suscitó su hallazgo, no dejaba de responder a una cierta dinámica social el hecho de que las personas se vincularan con la información política del modo diferenciado en que lo hacían los "líderes de opinión" y los "sectores menos activos de la población" en política. Si bien en los Estados Unidos en la década del '40 la presencia de receptores de radio era formidable, alcanzando la cifra de 30 millones de hogares y 51 millones de unidades; la cantidad de televisores no llegaba al millón, lo cual marca una abrumadora diferencia a favor de la radio comparada con la época actual. El 25% de las personas admitía escuchar radio más de seis horas diarias (Young, 1956). Es decir, que nos encontrábamos frente a una sociedad que establecía un vínculo con un medio de comunicación masivo, pero de características diferentes a la televisión. Más aún, el tipo de sociedad de fines de la segunda guerra mundial no respondía a los parámetros de las sociedades actuales. El espacio para el diálogo y el encuentro de las personas era mayor, sobre todo en condados rurales o semi ur-

banos de los Estados Unidos de aquel momento, habida cuenta además de la fuerte estructura comunitaria históricamente fundante de las relaciones entre los ciudadanos y la política de dicha nación (ver: Tocqueville, 1835/1995). Así, la presencia de líderes de opinión con capacidad de influencia sobre el procesamiento de la información política de otros ciudadanos, era una resultante lógica del modo de vinculación con los medios de comunicación y del tipo de estructura social predominante para la época.

El esfuerzo cognitivo que importan esencialmente la lectura y más secundariamente, la atención al medio radial, no son comparables ni comparables con la exposición a imágenes ya editadas y procesadas como las de la televisión, muchas veces repetidas en varias ocasiones en un mismo día, las que no requieren ni de esfuerzos de atención ni de pensamiento parangonables con la atención, interpretación e inteligibilidad demandadas por el mensaje escrito y aún por el mensaje radial. A partir de esto último es que los elementos no verbales asociados con la vividez y la inmediatez de los mensajes han ido también aumentando su importancia. En este sentido, Sartori (1998) afirma que "... el vídeo está transformando al ho-

***Item:** "Cuando se trata de noticias políticas, por lo general, ¿de quién las recibe en primer lugar?"



mo sapiens, producto de la cultura escrita, en un homo videns para el cual la palabra está destronada por la imagen..." (p. 11) y que la televisión empobrece las capacidades cognoscitivas del ser humano en tanto la preponderancia de lo visible sobre lo inteligible lleva a un "ver sin entender" (p.12). En otras palabras, lo escrito necesita de interpretación mientras que lo visual de un simple registro. Adicionalmente, la televisión es muchas veces un medio cuyo uso se rige por una cuestión de hábitos, de costumbres vinculadas a las rutinas y horarios familiares (Roda Fernández, 1989); por lo que la exposición a ella no requiere necesariamente de una previa intención de informarse. Todos estos elementos mencionados habrían obrado en detrimento del poder de la redes interpersonales de la comunicación a favor del universo televisivo. Como señala Debray, en la era de la videoesfera, en la que imperan las videocracias, el videoestado, los teleelectores y predomina la clase político-mediática, "quien concentra las miradas concentra los sufragios" (1995, p.53).

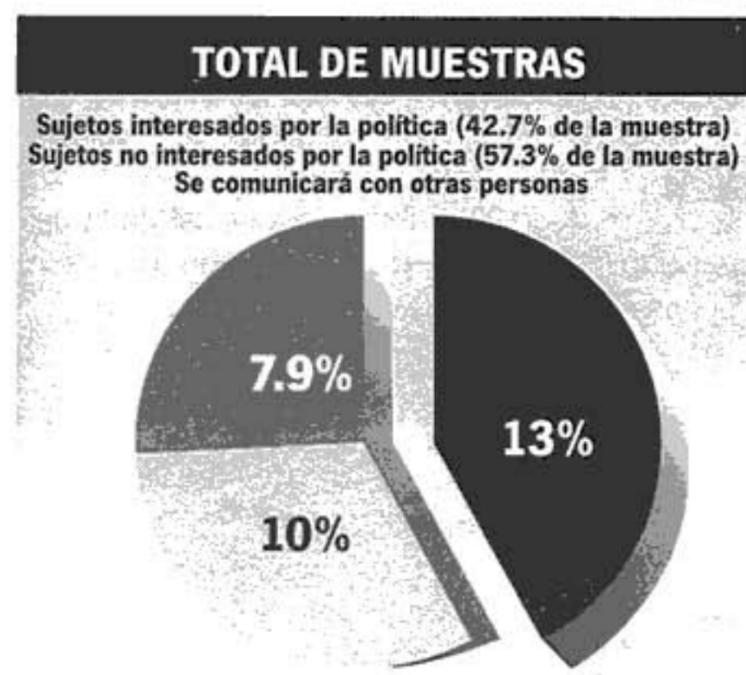
Sartori (1998:71) sostiene que cuando la opinión pública se informaba principalmente a través de los periódicos, el "...equilibrio entre opinión autónoma y opiniones heterónomas estaba garantizado por la existencia de una prensa libre y múltiple...". La invención de la radio tampoco generó fuente de conflictos. Fue la televisión la que modificó la naturaleza del proceso de formación de la opinión pública. Mientras la información se limitaba a la lingüística y, siguiendo el modelo en cascada presentado por Deutsch, el proceso no se restringía a una relación vertical (de arriba hacia

abajo) sino que se producía por medio de una sucesión de cascadas interrumpidas por lagunas donde las opiniones se mezclan. Con la televisión, según Sartori, la cascada ya no descansa en lagunas sino que cae con su fuerza arrolladora, con todo el poder de la imagen sobre los individuos. Este medio de comunicación no permite la existencia de reequilibrio ni retroacciones ni la presencia de múltiples líderes de opinión que nos posibiliten evaluar mejor nuestras percepciones.

Pero adicionalmente, existe un componente inevitable en la apreciación de los procesos de formación de actitudes sociales y políticas en este final de milenio. Nos referimos al impacto de la globalización. Si la globalización ha tenido como motor a los procesos económicos, su sistema nervioso está estructurado a partir de la concomitante globalización de la información en el mundo, sea ésta a través y principalmente de los medios masivos, como también desde una perspectiva distinta pero que sería peligroso subestimar, esto es, de las redes informáticas que han crecido de manera exponencial en estos últimos años. Nos encontramos frente a una situación que ofrece muchas facetas paradójicas. Una de ellas es la presencia de un hombre que se aísla de su medio ambiente social y potencia su independencia a partir de su dependencia de la tecnología como fuente de la cual proviene el grueso de su información. Aún no estamos en condiciones de ponderar con precisión las consecuencias que esto acarreará en el largo plazo. A nuestro criterio, en Latinoamérica la tendencia podría llevar a la concentración de dos grupos diferenciados. Uno, el de los altamente informados-aislados y otro, el de los desinformados-agrupados. Cómo compatibilizarán objetivos y qué diferencias y similitudes tendrá la relación de ambos con la política en un espacio compartido, es un problema a dilucidar en un tiempo más próximo que lejano.

La cuestión precedente tiene implicancias sobre uno de los aspectos nodulares de los hallazgos de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet. Nos referimos al papel de los líderes informales en la política. La apatía, el desinterés y el desprestigio en el cual se encuentran sumidos políticos y partidos políticos ¿los convierte en especies en vías de extinción?. Si debemos aceptar teórica y prácticamente la inevitable existencia de líderes informales en todos los grupos, esta desvalorización de los político ¿inhibe el desarrollo de su propias habilidades políticas, en tanto ellas serian inadecuadas y no operativas para el mantenimiento de su liderazgo dentro del grupo?. Y de ser así, ¿hacia dónde encauzarán su po-

***Item:** "Si llegase a su conocimiento cualquier rumor político de importancia, ¿qué haría para comprobar la certeza de ese rumor?"



der de influencia?. Por otra parte, esta carencia en la gestación de líderes políticos informales ¿se refleja en el consensuado reconocimiento de la falta de líderes políticos formales confiables?. O bien, en otros términos, la llamada "crisis del liderazgo" ¿responderá a la dificultad que tienen los líderes para formular un mensaje político que represente adecuadamente a quienes son sus seguidores potenciales o reales cuando ellos mismos dudan sobre la mera existencia y valoración del líder político como tal?

Como hemos argumentado hasta aquí, la aparente desaparición del "two-step flow" responde a una serie de razones concurrentes y que provienen de distintos órdenes: sociales, culturales, políticos y tecnológicos. En un mitín, los líderes

políticos actuales privilegian la presencia de la televisión a la presencia de sus seguidores. No sería extraño que en el futuro los componentes de un encuentro político sean el político y una cámara. El mensaje político se adecua y se adecuará cada vez más al formato del show televisivo. No debe extrañarnos, entonces, que en muchos países latinoamericanos hayan emergido líderes políticos provenientes del mundo del espectáculo, ya sea en sus facetas artísticas o deportivas. En realidad, no es éste un fenómeno privativo de los países de América Latina: un ex ídolo de la lucha libre es hoy gobernador de un estado en los Estados Unidos. ¿Será éste el nuevo perfil del liderazgo político en el siglo XXI?

NOTAS:

(1) A los fines del presente trabajo, el concepto de "opinión" se define como la manifestación verbal de una actitud. Las actitudes suelen ser definidas como tendencias o predisposiciones que se expresan al evaluar una entidad con algún grado de positividad o negatividad. La manifestación de las actitudes puede encontrar diferentes cauces: verbal, no verbal, gestual, etc. Las opiniones constituyen el aspecto verbal y una manifestación visible de las actitudes. Por lo tanto, el concepto de opinión es más restringido que el de actitud y, en cuanto fenómeno, es dable esperar que las opiniones sean menos consistentes en el tiempo que las actitudes, más transitorias y circunstanciales (D'Adamo, García Beaudoux; 1998)

BIBLIOGRAFIA:

-Allport, F. (1940): "Polls and the science of public opinion", *Public Opinion Quarterly*, Junio, 249-257.
 -D'Adamo, O.; García Beaudoux, V. (1992): "Cultura Cívica y comportamiento político", *Boletín AVEPSO*, Vol. 14, N°3.
 -D'Adamo, O.; García Beaudoux, V. (1998): "Psicología Social y proceso político: Actitudes políticas". En: J. F. Morales, A. L. Kornblit (Eds.), *Manual de Psicología Social*. Cap. 20. Mc Graw Hill. En Prensa.

-De Fleur, M.; Ball-Rokeach, S. (1993): *Teorías de la comunicación de masas*. 2da. Edición. Barcelona y Buenos Aires: Paidós.
 -Debray, R. (1995): *El Estado Seductor*. Buenos Aires: Manantial.
 -Deutsch, K. (1974): *Las Relaciones Internacionales*. Buenos Aires: Paidós.
 -Foote, N.; Hart, C. (1953): "Public opinion and collective behavior". En: M. Sherif y M. Wilson (comps.), *Group relations at the crossroads*. Nueva York: Harper and Bross.
 -Lazarsfeld, P.; Berelson, B.; Gaudet, H. (1944): *The people's Choice*. New York: Columbia University Press.
 -Milbrath, L.; Goel, M. (1977): *Political Participation*. Boston: Houghton Mifflin Company.
 -Roda Fernández, R. (1989): *Medios de comunicación de masas*. Madrid: CIS.
 -Sartori, G. (1992): "Opinión Pública", En: G. Sartori (Ed.), *Elementos de Teoría Política*. Madrid: Alianza Singular.
 -Sartori, G. (1998): *Homo Videns*. Madrid: Taurus.
 -Tocqueville, A. (1835): *La democracia en América*. Edición consultada: 1995. Madrid: Alianza.
 -Wolf, M. (1996): *La investigación de la comunicación de masas*. México: Paidós.
 -Young, K. (1956): *Psicología social de la opinión pública y de los medios de comunicación*. Buenos Aires: Paidós.

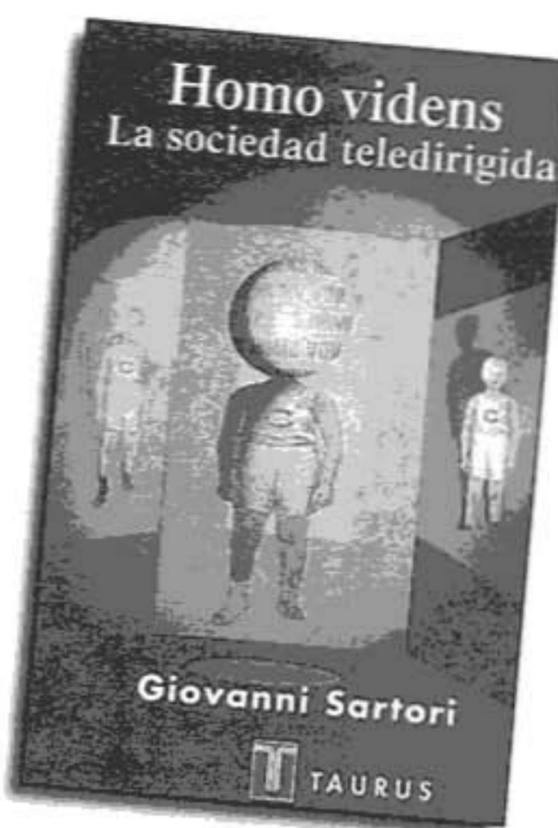
Homo videns: la sociedad teledirigida

Sartori, Giovanni, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Madrid Taurus, 1998, pp. 159

Hace más de treinta años, en su obra "Apocalípticos e integrados en la cultura de masas" (1967), Umberto Eco definía ya las dos posturas antagonistas frente a los futuros desarrollos de los mass - media, de las tecnologías informacionales y de las telecomunicaciones. Una diferencia, sin embargo, no ha dejado de marcar dichas posiciones. Mientras que los "integrados" se limitaron a caracterizar la innovación, los alcances, colosales consecuencias y efectos de los mass - media en la sociedad y cultura modernas, de los que se convertían en el principal signo y factor de modernización, los "apocalípticos" (hasta los más integrados) no han cesado de reconocer la crisis generalizada, junto con la destrucción de un humanismo, que acarrearía la revolución mass-mediática, telecomunicacional e informacional.

Hasta un "integrado" como Dominique Wolton (*Penser la communication*, Flammarion, Paris, 1997), aun reconociendo que las modernas sociedades, extremadamente complejas y en proceso de mayor complejización, requieren procedimientos informativos y comunicacionales cada vez más tecnificados e instrumentalizados, no deja de sostener que "el problema consiste en socializar las técnicas y no tecnificar la sociedad" (p. 39); y se equivoca al considerar "poco probable que la dimensión funcional de las modernas comunicaciones debilite el ideal normativo y de intercambios que existe en la comunicación" (p. 30ss; 349ss).

La obra de Sartori se encuadra en la más impugnadora tradición "apocalíptica", muy sugestiva, con todas sus pertinencias, pero quizás no tan original incluso desde sus dos principales enfoques políticos: el referido a la opinión pública y a la democracia. Precisamente por compartir la posición "apocalíptica" de Sartori, nos consideramos obligados a cuestionar el equívoco de sus argumentos, de los que nos limitaremos a criticar un falso supuesto y las injustificables consecuencias a los que llega.



Sartori establece que "el video está transformando el homo sapiens, producto de la cultura escrita, en un homo videns para quien la palabra está destronada por la imagen" (p. 12). Sartori olvida aquí que la racionalidad gráfica o invención de la escritura, iniciada hace 5 mil años en Mesopotamia y consolidada hace más de 4 mil años en la actual Siria (Mari, Ebla, Ugarit) fue una fracción en la historia del "homo sapiens", cuyo origen se remonta más allá de 100

mil años. Nada en absoluto alteró la escritura, la racionalidad del hombre, aun cuando modificó profundamente las formas y procedimientos de ejercicio de dicha racionalidad.

La racionalidad gráfica, que se desarrolla a partir de una progresiva generalización de la escritura y lectura, reduciría y transformaría sin necesidad de destruirlas totalmente otras formas de racionalidad. Nadie percibió con mayor claridad este doble proceso de innovación destructora de unas formas de racionalidad por otra que Sócrates, para quien la dialéctica o comunicación entre discursos era el mejor procedimiento para la producción de conocimientos y la búsqueda de la verdad.

Sartori, despoja, por un lado, a las telecomunicaciones y tecnologías audio-video-máticas de toda racionalidad, reduciéndolas a su dimensión instrumental, cuando en realidad han sido producidas y siguen desarrollándose como resultado de procesos de una particular racionalización; por otro lado, les atribuye un efecto de transformación de las sociedades modernas y futuras, cuando en realidad dicho efecto, uno entre otros muchos factores de cambio, debe ser así mismo explicado y comprendido como parte tanto como consecuencia de otras más amplias y complejas transformaciones.

La ciencia moderna no ha requerido para nacer y evolucionar de los niveles de abstracción de la filosofía escolástica, que Sartori parece echar de menos, ni de sus elaborados procedimientos lógicos y silogísticos; ello no ha impedido a las ciencias modernas inaugurar nuevas formas de racionalidad, paradigmas teóricos y conceptua-

les, una nueva epistemología.

Ciertas nostalgias mentales impedirían incluso a Sartori radicalizar su crítica al despótico dispositivo mass-mediático, telemático e informacional. Mientras que el relegamiento y declive de la racionalidad abstracta es un efecto secundario de estas tecnologías de la racionalidad moderna, se pasa por alto el impacto que tiene la saturación de imágenes que nutren y ceban al homo videns, atrofiando degenerativamente su función imaginaria; puesto que cada vez más acostumbrado a verlo todo, el hombre moderno se encontrará cada vez más incapacitado para imaginar nada; lo que a la larga acarrearía un empobrecimiento de la función simbólica.

Nadie ignora el impacto de los mass-media y telecomunicaciones en la opinión pública (cfr. J. Sánchez-Parga, "Mass - media contra opinión pública", en ECUADOR DEBATE, n. 46 1999), pero hay que reconocer también que: a) las transformaciones de la opinión pública responden a factores socio políticos y culturales muy diver-

sos y complejos, y no sólo a los mediáticos y telecomunicacionales; b) el efecto de los mass-media en estas transformaciones depende del carácter que tiene la opinión pública en una determinada sociedad; c) en una larga y muy consolidada tradición de opinión pública, con una clase política tan políticamente representativa como políticamente responsable, los mass-media no tendrán el mismo efecto que en otras sociedades con una deficiente o deformada sociedad civil y una precaria e ineficiente opinión pública.

Un tratamiento análogo merece la crítica de Sartori a los efectos mass-mediáticos sobre el individualismo moderno, en las "sociedades televisivas" y el "autismo electrónico". El efecto de masificación de los mass-media sobre las sociedades modernas y sus "multitudes solitarias" no es una consecuencia directa y exclusiva del desarrollo de las telecomunicaciones y de la audio, video-mática; hay que reconocer también que estos efectos se encuentran mucho más condiciona-

dos por el individualismo moderno y el repliegue sobre las privacidades particulares, en detrimento de las dimensiones públicas y colectivas de la sociedad.

Y lo mismo cabe sostener, finalmente, de la tan criticada videopolítica y videodemocracia: sin negar la influencia que el video y las telecomunicaciones ejercen sobre los cambios en la política y en la misma democracia, no cabe ignorar esos otros procesos más profundos y de más larga duración que han contribuido a que "la política ya no sea lo que hasta ahora había sido".

En conclusión, no se pueden adoptar convincentes posiciones "apocalípticas", que sean simple resultado de posiciones "integradas" de épocas y paradigmas precedentes, ni se debe olvidar que la del homo videns siempre será una mirada inteligente; y aún cuando las imágenes que mire puedan imbecilizarlo.

Por José Sánchez Parga

Liberation Ecologies

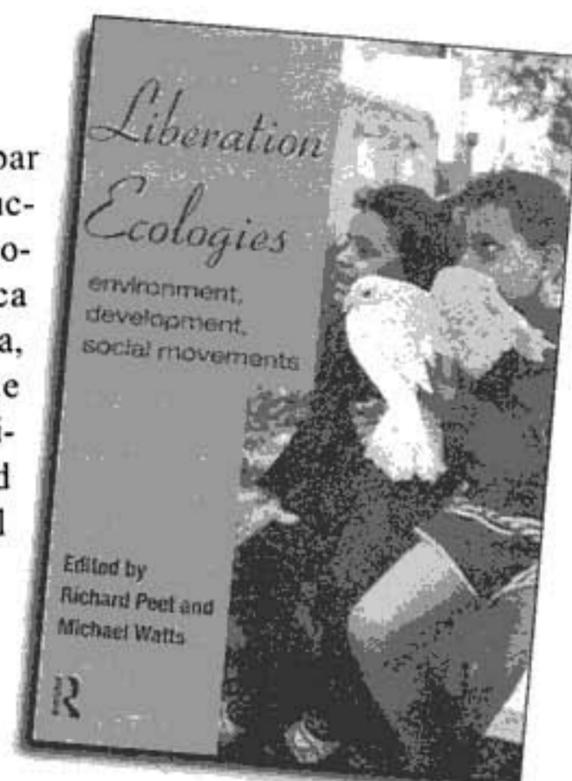
Peet, Richard & Michael Watts. (Eds). 1996. *Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements*. New York, Routledge.

Este trabajo contiene una serie de artículos que ponen en movimiento la argumentación teórica de la nascente disciplina de la ecología política. El instrumental de la ecología política se aplica a conflictos de acceso y manejo de recursos naturales en países periféricos. Se trata de una serie de estudios de caso en América Latina, Asia y África que evocan la relación crucial entre desarrollo, movimientos sociales y medio

ambiente. El libro recoge trabajos de conocidos especialistas en el tema. Anthony Bebbington hace un análisis sobre organizaciones indígenas y estrategias agrarias en el Ecuador; Karl Zimmerer aborda el tema de la degradación de suelos y las respuestas sociales a la erosión en Bolivia; Richard Schroeder y Krisnawati Suryanata hacen un estudio comparativo entre Indonesia y África Occidental sobre relaciones de género y sistemas agroforestales. Se encuentran aportes sobre reforma y cambios en los sistemas agrarios en China, Gambia, Madagascar e India. A esto se suman un aporte teórico

de Arturo Escobar sobre la construcción de una ecología política posestructuralista, y un capítulo de síntesis de los editores, Richard Peet y Michael Watts.

El libro *Liberation Ecologies* ofrece una visión crítica de las relaciones sociedad-naturaleza en el marco de la hegemonía neoliberal del fin de siglo y considera varios aspectos



les, una nueva epistemología.

Ciertas nostalgias mentales impedirían incluso a Sartori radicalizar su crítica al despótico dispositivo mass-mediático, telemático e informacional. Mientras que el relegamiento y declive de la racionalidad abstracta es un efecto secundario de estas tecnologías de la racionalidad moderna, se pasa por alto el impacto que tiene la saturación de imágenes que nutren y ceban al homo videns, atrofiando degenerativamente su función imaginaria; puesto que cada vez más acostumbrado a verlo todo, el hombre moderno se encontrará cada vez más incapacitado para imaginar nada; lo que a la larga acarrearía un empobrecimiento de la función simbólica.

Nadie ignora el impacto de los mass-media y telecomunicaciones en la opinión pública (cfr. J. Sánchez-Parga, "Mass - media contra opinión pública", en ECUADOR DEBATE, n. 46 1999), pero hay que reconocer también que: a) las transformaciones de la opinión pública responden a factores socio políticos y culturales muy diver-

sos y complejos, y no sólo a los mediáticos y telecomunicacionales; b) el efecto de los mass-media en estas transformaciones depende del carácter que tiene la opinión pública en una determinada sociedad; c) en una larga y muy consolidada tradición de opinión pública, con una clase política tan políticamente representativa como políticamente responsable, los mass-media no tendrán el mismo efecto que en otras sociedades con una deficiente o deformada sociedad civil y una precaria e ineficiente opinión pública.

Un tratamiento análogo merece la crítica de Sartori a los efectos mass-mediáticos sobre el individualismo moderno, en las "sociedades televisivas" y el "autismo electrónico". El efecto de masificación de los mass-media sobre las sociedades modernas y sus "multitudes solitarias" no es una consecuencia directa y exclusiva del desarrollo de las telecomunicaciones y de la audio, video-mática; hay que reconocer también que estos efectos se encuentran mucho más condiciona-

dos por el individualismo moderno y el repliegue sobre las privacidades particulares, en detrimento de las dimensiones públicas y colectivas de la sociedad.

Y lo mismo cabe sostener, finalmente, de la tan criticada videopolítica y videodemocracia: sin negar la influencia que el video y las telecomunicaciones ejercen sobre los cambios en la política y en la misma democracia, no cabe ignorar esos otros procesos más profundos y de más larga duración que han contribuido a que "la política ya no sea lo que hasta ahora había sido".

En conclusión, no se pueden adoptar convincentes posiciones "apocalípticas", que sean simple resultado de posiciones "integradas" de épocas y paradigmas precedentes, ni se debe olvidar que la del homo videns siempre será una mirada inteligente; y aún cuando las imágenes que mire puedan imbecilizarlo.

Por José Sánchez Parga

Iconos, Revista de Ciencias Sociales No. 7, 1999.
Flacso-Ecuador p. 149-150

Liberation Ecologies

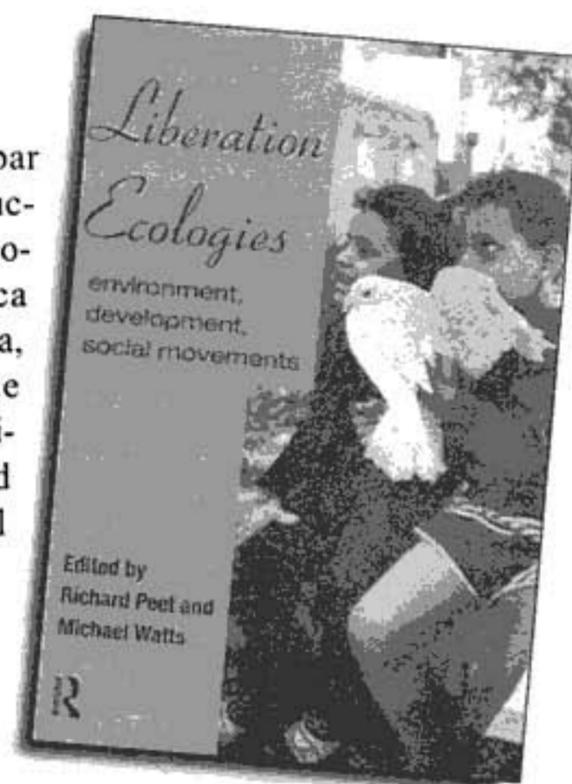
Peet, Richard & Michael Watts. (Eds). 1996. *Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements*. New York, Routledge.

Este trabajo contiene una serie de artículos que ponen en movimiento la argumentación teórica de la nascente disciplina de la ecología política. El instrumental de la ecología política se aplica a conflictos de acceso y manejo de recursos naturales en países periféricos. Se trata de una serie de estudios de caso en América Latina, Asia y África que evocan la relación crucial entre desarrollo, movimientos sociales y medio

ambiente. El libro recoge trabajos de conocidos especialistas en el tema. Anthony Bebbington hace un análisis sobre organizaciones indígenas y estrategias agrarias en el Ecuador; Karl Zimmerer aborda el tema de la degradación de suelos y las respuestas sociales a la erosión en Bolivia; Richard Schroeder y Krisnawati Suryanata hacen un estudio comparativo entre Indonesia y África Occidental sobre relaciones de género y sistemas agroforestales. Se encuentran aportes sobre reforma y cambios en los sistemas agrarios en China, Gambia, Madagascar e India. A esto se suman un aporte teórico

de Arturo Escobar sobre la construcción de una ecología política posestructuralista, y un capítulo de síntesis de los editores, Richard Peet y Michael Watts.

El libro *Liberation Ecologies* ofrece una visión crítica de las relaciones sociedad-naturaleza en el marco de la hegemonía neoliberal del fin de siglo y considera varios aspectos



que permiten replantear el debate sobre desarrollo, sustentabilidad ecológica y política. La necesidad de retomar la discusión sobre estos temas radica en las transformaciones de los últimos diez años. Entre los cambios más importantes, se menciona la desintegración del Estado benefactor; la globalización de la economía, la política y la ecología; la emergencia de la ecología política, la misma que se centra en un análisis marxista de la economía política de la naturaleza; y, el surgimiento de un pensamiento posestructural a fines de los 80 que cuestiona las formas de pensar y construir el desarrollo y lo ubica en un marco relacional vinculado al poder del conocimiento, las instituciones y las diferencias culturales. De acuerdo a los autores, estos nuevos escenarios han obligado a redefinir los vínculos entre política, sociedad y naturaleza.

De acuerdo a los estudios de caso presentados, se puede reconocer el potencial emancipatorio de la actividad política enmarcada en las reivindicaciones ambientales. La política ecologista parece movilizar no solo a movimientos sociales nacionales, sino

también promover el establecimiento de alianzas y redes transnacionales y formas alternativas de resistencia y negociación.

Las evidencias presentadas en los diferentes estudios, sugieren que las economías campesinas y los sistemas agrarios, tan estudiados en los setenta, sufrieron una gran transformación. Los cambios del agro se debieron principalmente a la desestructuración de las formas tradicionales de producción y manejo de recursos naturales, a la irrupción del mercado y a la degradación ambiental. Para explicar estos cambios se recurrió a explicaciones basadas en la articulación entre ecología y economía política.

A pesar de la diversidad de situaciones, ecologías, geografías de los casos expuestos es posible establecer grandes líneas de reflexión: la importancia de la relación entre modelos económicos, acumulación capitalista y costos ambientales; los contenidos políticos de la disputa por el control sobre los recursos naturales, los derechos de propiedad y las percepciones diferentes sobre la conservación y manejo de dichos recursos; y, finalmente, la vinculación entre democracia y estilos

de vida sustentables.

El sugestivo título que en español se traduciría por "Ecologías de la Liberación" nos conduce a nuevos campos de análisis en los que convergen el interés de desentrañar los discursos, lenguajes imaginarios sobre la naturaleza y los poderes institucionales que los sostienen, y a la vez, entender las prácticas ambientales relacionadas con determinadas relaciones sociales e imaginarios ambientales subalternos. Explicar la compleja interacción entre instituciones, prácticas y discursos ambientales, regímenes de acumulación, formas de conocimiento y relaciones sociales tiene, desde esta perspectiva, un poder transformador. Las ecologías de la liberación se constituyen de este modo en un terreno de reflexión crítica que reubica la discusión de las relaciones sociedad-naturaleza, atravesadas por un andamiaje político-ideológico. La construcción de nuevos imaginarios ambientales desde los movimientos sociales subalternos se convierte así en el gran desafío para la transformación de los discursos y prácticas hegemónicas de desarrollo económico.

María Fernanda Espinosa

Mujeres Contracorriente Voces de Líderes Indígenas

Emma Cervone, Alicia Garcés, Sissy Larrea, Abelina Morocho, Mercedes Prieto, Nely Shiguango, Berta Tapuy y Dolores Yangol. CEPLAES, Cuadernos de Trabajo, Quito, 1998.

Este sugerente libro recoge los resultados de la investigación denominada: "Mujeres Líderes Indígenas. Lecciones y Desafíos", llevada a cabo por un equipo de in-

vestigadoras del CEPLAES. Se inscribe y aporta elementos a una problemática poco investigada y esclarecida, como es la relación existente entre el género y la etnicidad, por un lado; y la participación política y el liderazgo femenino, por otro.

La investigación utiliza como estrategia metodológica los estu-

dios de caso y como fuente principal de información las historias de vida de cuatro mujeres líderes: dos quichuas de la Sierra central, la una alcaldesa del Municipio de Suscal en la provincia del Cañar, y la otra dirigente comunitaria y cantonal en la zona de Guamote, provincia de Chimborazo. Las otras dos líderes son quichuas de la provincia del

que permiten replantear el debate sobre desarrollo, sustentabilidad ecológica y política. La necesidad de retomar la discusión sobre estos temas radica en las transformaciones de los últimos diez años. Entre los cambios más importantes, se menciona la desintegración del Estado benefactor; la globalización de la economía, la política y la ecología; la emergencia de la ecología política, la misma que se centra en un análisis marxista de la economía política de la naturaleza; y, el surgimiento de un pensamiento posestructural a fines de los 80 que cuestiona las formas de pensar y construir el desarrollo y lo ubica en un marco relacional vinculado al poder del conocimiento, las instituciones y las diferencias culturales. De acuerdo a los autores, estos nuevos escenarios han obligado a redefinir los vínculos entre política, sociedad y naturaleza.

De acuerdo a los estudios de caso presentados, se puede reconocer el potencial emancipatorio de la actividad política enmarcada en las reivindicaciones ambientales. La política ecologista parece movilizar no solo a movimientos sociales nacionales, sino

también promover el establecimiento de alianzas y redes transnacionales y formas alternativas de resistencia y negociación.

Las evidencias presentadas en los diferentes estudios, sugieren que las economías campesinas y los sistemas agrarios, tan estudiados en los setenta, sufrieron una gran transformación. Los cambios del agro se debieron principalmente a la desestructuración de las formas tradicionales de producción y manejo de recursos naturales, a la irrupción del mercado y a la degradación ambiental. Para explicar estos cambios se recurrió a explicaciones basadas en la articulación entre ecología y economía política.

A pesar de la diversidad de situaciones, ecologías, geografías de los casos expuestos es posible establecer grandes líneas de reflexión: la importancia de la relación entre modelos económicos, acumulación capitalista y costos ambientales; los contenidos políticos de la disputa por el control sobre los recursos naturales, los derechos de propiedad y las percepciones diferentes sobre la conservación y manejo de dichos recursos; y, finalmente, la vinculación entre democracia y estilos

de vida sustentables.

El sugestivo título que en español se traduciría por "Ecologías de la Liberación" nos conduce a nuevos campos de análisis en los que convergen el interés de desentrañar los discursos, lenguajes imaginarios sobre la naturaleza y los poderes institucionales que los sostienen, y a la vez, entender las prácticas ambientales relacionadas con determinadas relaciones sociales e imaginarios ambientales subalternos. Explicar la compleja interacción entre instituciones, prácticas y discursos ambientales, regímenes de acumulación, formas de conocimiento y relaciones sociales tiene, desde esta perspectiva, un poder transformador. Las ecologías de la liberación se constituyen de este modo en un terreno de reflexión crítica que reubica la discusión de las relaciones sociedad-naturaleza, atravesadas por un andamiaje político-ideológico. La construcción de nuevos imaginarios ambientales desde los movimientos sociales subalternos se convierte así en el gran desafío para la transformación de los discursos y prácticas hegemónicas de desarrollo económico.

María Fernanda Espinosa

Mujeres Contracorriente Voces de Líderes Indígenas

Emma Cervone, Alicia Garcés, Sissy Larrea, Abelina Morocho, Mercedes Prieto, Nely Shiguango, Berta Tapuy y Dolores Yangol. CEPLAES, Cuadernos de Trabajo, Quito, 1998.

Este sugerente libro recoge los resultados de la investigación denominada: "Mujeres Líderes Indígenas. Lecciones y Desafíos", llevada a cabo por un equipo de in-

vestigadoras del CEPLAES. Se inscribe y aporta elementos a una problemática poco investigada y esclarecida, como es la relación existente entre el género y la etnicidad, por un lado; y la participación política y el liderazgo femenino, por otro.

La investigación utiliza como estrategia metodológica los estu-

dios de caso y como fuente principal de información las historias de vida de cuatro mujeres líderes: dos quichuas de la Sierra central, la una alcaldesa del Municipio de Suscal en la provincia del Cañar, y la otra dirigente comunitaria y cantonal en la zona de Guamote, provincia de Chimborazo. Las otras dos líderes son quichuas de la provincia del

Napo, con destacada participación en organizaciones comunitarias, regionales y nacionales. Este recurso metodológico las convierte a estas mujeres de alguna manera en coautoras del libro.

Cuatro antropólogas son autoras del estudio introductorio y de cada uno de los tres casos investigados. El primero a cargo de Mercedes Prieto, el caso de Guamate elaborado por Sissy Larrea, el de Napo por Alicia Garcés y el de Cañar por Emma Cervone, que también escribe las lecciones y desafíos del estudio.

La investigación se plantea entender por qué las mujeres indígenas no se sienten representadas ni por el discurso ni por las estructuras de los que se denomina el movimiento de mujeres en el país. Los casos de estudio comparan inquietudes semejantes y nos muestran cuatro hallazgos básicos.

El primero es el origen del liderazgo de las mujeres que relatan sus historias de vida. Un elemento distintivo es el contexto social y económico (el andino y el amazónico) en el cual están insertas cada una de estas mujeres líderes, de igual manera su condición de casadas o solteras. También influye el prestigio de la familia de origen de la mujer líder, el acceso a la educación formal y la revalorización étnica del grupo del que forma parte. El liderazgo está muy relacionado con la participación de las mujeres como dirigentes de las organizaciones de base y locales y como promotoras de los proyectos de desarrollo que se ejecutan en su área de influencia.

El segundo tiene que ver con las características de los liderazgos. Un factor importante es su relación con el movimiento indígena, es decir, con organizaciones de carácter étnico y con cobertura regional o nacional. Otra relación importante

es su vínculo con grupos o movimientos de mujeres comunitarios monoétnicos y locales multiétnicos. El ámbito del liderazgo se mueve desde lo comunitario hacia lo político local y culmina en lo étnico regional y nacional.

El tercer hallazgo está relacionado con el liderazgo y las relaciones de género. En este aspecto hay diferencias regionales, mientras en la amazonía los roles de género son paralelos en el mun-



do indígena serrano existe flexibilidad de roles de género. Respecto al manejo de espacios de poder por parte de las mujeres, en las zonas bajas aparecen asociadas con el conocimiento del cuerpo, la salud y el manejo de la chacra y en la sierra con su capacidad para obtener y administrar recursos económicos de manera autónoma, debido sobre todo a la migración de los hombres. Otro hecho importante es el de poder usar el castellano y el quichua, es decir la condición bilingüe, en forma solvente, generalmente como resultado del proceso educativo. Por último, la presencia de algunos patrones ideológicos más igualita-

rios entre los sexos que en otros contextos culturales, hace que el tema de la paridad en el acceso al poder no sea un tema de mayor relevancia en el mundo andino, mientras que en la amazonía se plantea como una estrategia explícita de las mujeres.

El cuarto y último hallazgo tiene que ver con los discursos étnico y de género. Hay diferentes tipos de liderazgo femenino, se podría diferenciar un primero que plantea las reivindicaciones étnicas silenciando las de las mujeres. Uno segundo, en el que el género y la cultura se construyen como identidades paralelas y el último que enfatiza en lograr paridad en el acceso al poder, sin levantar una política en beneficio de las mujeres. Sin embargo, en los tres estudios de casos el tema de las desigualdades de género y de una política para las mujeres aparece claramente a nivel comunitario.

Las autoras al final se preguntan: ¿en qué se diferencia el liderazgo femenino indígena con el ejercido por los varones indígenas? Aparentemente no hay mayores diferencias. Sin embargo,

en uno de los estudios de caso se recobra el tema de que las mujeres son más solidarias que los hombres. Donde se marca la diferencia en el liderazgo es en los diferentes roles ejercidos por hombres y mujeres, principalmente por la responsabilidad doméstica de las mujeres que incluso no logra plantear un discurso público y una política que problematice estos temas. Por lo tanto, la construcción de un liderazgo diferente de las líderes indígenas debe encaminarse a la discusión abierta y clara de las desigualdades de género, más allá de las desigualdades étnicas.

Fernando García